

Quinto Curcio Rufo

**HISTORIA DE
ALEJANDRO MAGNO**

CLÁSICOS DE HISTORIA 124

QUINTO CURCIO RUFO

HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO

Traducción de Mateo Ibáñez de Segovia y Orellana (1699)

Tomado de:

[http://interclassica.um.es/index.php/interclassica/divulgacion/mapas/datos/personajes/
autores_latinos/curcio/\(obra\)/388305#obra](http://interclassica.um.es/index.php/interclassica/divulgacion/mapas/datos/personajes/autores_latinos/curcio/(obra)/388305#obra)

SUMARIO

Libro III	3
Libro IV	20
Libro V	52
Libro VI	73
Libro VII.....	94
Libro VIII.....	116
Libro IX	141
Libro X	160
Índice general	175

LIBRO III.

CAPÍTULO 1

Apodérase Alejandro de la ciudad y fortaleza de Celenas. Entra en la capital de Frigia, donde habiendo cortado el nudo gordiano, resuelve pasar en busca de Darío.

Habiendo¹ en tanto despachado Alejandro al Peloponeso a Cleandro con porción de dinero por que hiciese levass de gente, y dado las órdenes convenientes para las disposiciones de Licia y de Panfilia, partió a acampar delante de los muros de Celenas, por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el río Marsias, a quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de un monte, desde donde descendiendo con ruidoso ímpetu a una roca, dilata por lo llano sus purísimas aguas, regando con ellas los campos cercanos y conservándolas siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del mar cuando se ofrece en serenidad, dio ocasión a los poetas para fingir que las ninfas enamoradas del río hacían su morada en aquella roca. Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lyco.

Habiendo abandonado sus habitadores la ciudad, entró en ella el rey, de donde pasó a acometer la fortaleza a que se habían retirado, enviando delante un heraldo para que les notificase se rindiesen, y que de no hacerlo no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados al heraldo sobre una torre de crecida magnitud, y habiendo hecho que reconociese su altura le encargaron dijese a Alejandro no había llegado a conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que sabiendo cuan impenetrable era, estaban resueltos a exponerse a todo lance y a perecer antes que faltar a la constante fidelidad que debían a su dueño. Pero viéndose acometidos y que la necesidad los estrechaba cada día más, pidieron tregua de sesenta días, ofreciendo rendirse si cumplidos éstos no les había llegado socorro, como lo ejecutaron el día señalado por haberles faltado.

Llegaron después embajadores de Atenas pidiendo les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada de Gránico. A lo que respondió que despacharía no sólo éstos sino también a sus ciudades a los demás griegos luego que pusiese fin a la guerra de Persia. Deseaba con impaciencia acercarse a Darío, y teniendo noticia de que aún no había pasado el Eúfrates, juntó sus tropas con resolución de hacer la guerra con todas sus fuerzas, sin exceptuar ninguna de empresa tan peligrosa, y dispuso su marcha por Frigia, cuyas poblaciones se componen más de villas que de ciudades y cuya capital es Gordio, antigua y famosa corte del rey Midas, situada sobre la ribera del río Sangario, a igual distancia del mar Póntico que del de Cilicia. Créese es este el más angosto paraje de toda el Asia, en el cual estrechando ambos mares por una y otra parte, la tierra queda a manera de puente, uniendo con la tierra Arme esta provincia, a quien circundándola casi enteramente las aguas la dejan en forma de isla, sin que se ofrezca entre los dos mares más que esta corta porción de tierra que los divide.

Habiéndose apoderado el rey de la ciudad, entró en el templo de Júpiter, donde vio el carro de Gordio, padre de Midas, el cual sólo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componían de repetidos nudos, tan mezclados y unidos entre sí los unos con los otros, que no se les podían descubrir los cabos. Supo de los habitadores que estaba prometido por anuncio del oráculo el imperio del Asia a quien acertase a desatar aquella inexplicable unión. Con cuya noticia, inflamado Alejandro del deseo de que se cumpliese en él la predicción, se aplicó a procurarlo. Hallábanse presentes muchos frigios y macedones, tan temerosos los unos de que le desatase como cuidadosos los otros del peligro a que se exponía si no lo consiguiese, cuyo recelo aumentaba en éstos la impenetrable dificultad que ofrecía el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podía descubrir ni el principio ni el fin de ellos. Con todo, hallándose ya empeñado el rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos

1 Los libros I y II están perdidos.

inútiles, poco importa (dijo) el modo de desatarle. Y cortando de una cuchillada todas las correas, o burló la predicción del oráculo o la cumplió.

Resuelto, pues, a dar la batalla a Darío en cualquiera parte donde le hallase, y deseando asegurar las plazas que dejaba atrás, dio a Anfótero el gobierno de la armada que estaba a la parte del Helesponto y a Hegéloco el mando de las demás tropas, con orden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Quíos y de Cos, para cuyos gastos les libró 500 talentos, e igual cantidad a Antípatro y a los que había dejado en defensa de las ciudades de Grecia; y ordenó a los aliados que en cumplimiento de los tratados contribuyesen con cierto número de bajeles para la seguridad del Helesponto. No tenía aún noticia de la muerte de Memnón, cuyo capitán era entre todos los de Darío quien únicamente le daba cuidado, por conocer no podían hacerle oposición los demás faltando él. Había llegado ya hasta la ciudad de Ancira, donde habiendo hecho la reseña de su ejército entró en Paflagonia, frontera de los hénetos, y de quienes, según el sentir de algunos, traen los venecianos su origen; cuya región, habiéndole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos como lo estuvo en tiempo de los persas. Puso en ella a Calas por gobernador, y llevando consigo los reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó a Capadocia.

CAPÍTULO 2

Pasa revista al ejército de los persas, y Caridemo, ateniense, es condenado a muerte, por haber dicho, aunque con orden de Darío, libremente su sentir.

En el ínterin Darío, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnón, y recibido con ella el sentimiento que merecía pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su ejército, por hallarse poco satisfecho de sus cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos y la infelicidad de todos. Formó su campo en lo llano de Babilonia, y para animar más a su gente, quiso ver juntas todas sus fuerzas, a cuyo fin, siguiendo el ejemplo de Jerjes, dispuso una circunvalación que pudiese contener diez mil hombres en batalla, donde pasaron muestras sus tropas. Tardaron en entrar en este distrito, según estaban alistadas, desde que salió el sol hasta que puesto le sucedió la noche, y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vio una innumerable multitud de infantería y de caballería, la cual parecía aún mayor de lo que era.

Componíase la infantería de doscientos y cincuenta mil hombres, entre quienes había setenta mil persas, cincuenta mil medos, diez mil barcanos, armados de hachas de dos cortes y de abreviados escudos, casi a manera de rodela; cuarenta mil armenios e igual número de dérbices, armados de picas o palos endurecidos al fuego; ocho mil hombres del mar Caspio y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil griegos, jóvenes valerosos todos, a quienes tenía a sueldo suyo Darío; no habiendo permitido el tiempo se juntasen los bactrianos, los sogdianos y los indios y los demás pueblos que habitan hacia el mar Rojo, cuyos nombres aún le eran desconocidos. La caballería consistía en treinta mil caballos persas, diez mil medos y dos mil barcanos, armados no de otra suerte que la infantería; siete mil armenios, casi el mismo número de los hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos; dos mil berbices, doscientos del mar Caspio y cuatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacían en todo más de sesenta mil caballos; finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y si bien, gozoso de verla, le lisonjeaban con ella a porfía sus sátrapas la esperanza, y conforme a su natural adulación, volviéndose hacia Caridemo, ateniense, varón de gran práctica e inteligencia en la milicia, y declarado enemigo de Alejandro por haberle hecho desterrar de Atenas, le preguntó si le parecían bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo.

Caridemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y soberbia de los poderosos, le dio esta:

«Posible es, señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decírtela después. Ese soberbio aparato de guerra, ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dejas

agotado el Oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia tal que aun la imaginación no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable a tus vecinos, pues todo consiste en oro y púrpura. No empero el espantoso ejército de los macedones despreciando tan vana como inútil ostentación, sólo aplica su cuidadosa vigilancia a formar con destreza sus batallones, y a resguardarse lo mejor que le es posible, cubriéndose con sus escudos y picas. Su falange es un cuerpo de infantería que combate a pie firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres y las armas son como una impenetrable valla. Hallándose tan diestros y prontos a las órdenes de sus cabos, que a la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los ejercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos a lo que se les ordena, y cuando conviene volver a una y otra parte, doblar los puestos, y hacer frente a todas, lo saben ejecutar los soldados con no menor destreza que los mismos capitanes. Y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata, sabe que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que en la de la pobreza, y que se mantienen aún hoy en ella. Si les molesta el hambre, cualquier mantenimiento los satisface; si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el día sino en pie. ¿Crees, por ventura, tú que la caballería de Tesalia, la de los acarnanios y la de los etolos, pueblos invencibles y fortalecidos de todo género de armas, pueden resistirse a tiros de honda y a palos endurecidos al fuego sus puntas? Son precisas para su opósito iguales fuerzas a las tuyas, las cuales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envía allá todo ese oro y esa inútil plata y las hallarás.»

Era Darío de natural blando y moderado; pero como de ordinario la prosperidad pervierte al mejor, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio a Caridemo, sin atender al celo con que aquel ingenuo varón le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni a la indemnidad que debía guardarle habiéndole admitido a su protección. Pero Caridemo, no cediendo aún entonces de su natural libertad, con voz más entera: «Espero (le dice) que muy en breve satisfaga mi muerte al mismo contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiéndote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú, en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza, sirvas de ejemplo que acredite a la posteridad cuán inútiles son en los hombres las más excelentes prendas con que los adornó la naturaleza, cuando, ciegos a los resplandores de su fortuna, dejándose llevar de su prosperidad, se precipitan a los mayores riesgos.» Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenían la orden. De lo cual, aunque tarde, se arrepintió el rey; y reconociendo ser verdad lo que le había dicho, le mandó dar sepultura.

CAPÍTULO 3

Pompa de los reyes de Persia cuando salen a campaña. Descripción de las tropas de Alejandro.

Ordenó después a Timodes, hijo de Mentor, joven activo e intrépido, que se entregase de todos los soldados extranjeros que servían debajo del mando de Farnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes más esperaba, y proveyó en Farnabazo el puesto que Memnón tenía.

Pero demás de la fatiga en que le ponía el peligroso estado de su imperio, le afligían no menos las imágenes que se le ofrecían en sueños de la infelicidad que le amenazaba, o ya fuesen efecto de la misma congoja, o ya infausto presagio del futuro suceso. Parecíale que veía los reales de los macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco después se le acercaba Alejandro, en el mismo traje en que le saludaron a él como rey los persas cuando llegó al trono; y que habiéndose paseado a caballo por la ciudad de Babilonia, improvisadamente desaparecieron a un tiempo él y el caballo.

Fueron varios los juicios de los adivinos sobre su verdadera interpretación. Tenían unos por feliz agüero que el rey hubiese visto abrasarse el real de los macedones, y a Alejandro, depuestas sus reales vestiduras, a la moda persiana y en traje de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama del campo de los macedones, la cual atribuían a anuncio del esplendor de la futura gloria de Alejandro; y su aparición en el mismo traje con que se halló Darío cuando le

reconocieron por su rey, a seguro testimonio de que poseería el imperio del Asia. En cuya comprobación hicieron (como de ordinario sucede a los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habían prevenido, y entre otros del de los caldeos; los cuales, luego que mudó Darío en el principio de su reinado la vaina de su cimitarra y la puso al uso griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas que el imperio de los persas pasaría a aquellos cuyo estilo había infelizmente imitado. Sin embargo, asegurado el rey de su sueño, por dar mayor crédito a la favorable interpretación de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo y que se adelantasen sus tropas hacia el Eúfrates.

Era costumbre antigua de los persas no poner en marcha su ejército hasta haber descubierto sus rayos el sol, con cuyas resplandecientes luces, ilustrado el día, se daba la señal por medio de una trompeta en la tienda real, donde expuesta sobre ella la imagen del sol, colocada entre cristales, marchaba en este orden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban sagrado, a quien seguían los magos cantando himnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, en correspondencia de los días del año, vestidos de ropas de púrpura. Después un carro, consagrado a Júpiter, conducido de dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, a quien llamaban el sol, y los que los seguían con vestiduras blancas y una baqueta de oro en la mano. No lejos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de caballería, compuesto de doce naciones, diferentes en armas y en costumbres, y éste de diez mil de los que llaman los persas inmortales; los cuales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedrería, excedían en suntuosidad a todos los demás bárbaros.

A treinta pasos de distancia iban quince mil primos del rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mujeriles, sobresalía más en la profanidad de éstos que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco después de ellos los que llamaban doríforos la real vestidura delante del carro del rey, en quien se ofrecía con la majestuosa pompa que pudiera en un trono. Hermoseaban y enriquecían este carro imágenes de dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedrería, sobresalían dos estatuas de un codo de altura, que representaban a Nino y a Belo, entre quienes se interponía un águila de oro en el ademán y acción de desplegar las alas para tomar su vuelo.

Nada, empero, igualaba a la magnificencia del rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, cuajado de plata, sobre quien llevaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba cuajada, y sobrepuestos en ella dos halcones de oro, reclinándose el uno sobre el otro, dándose entre sí con los picos. Ceñíala femenilmente una banda, de quien pendía su cimitarra, cuya vaina cubría preciosa pedrería; y la tiara azul, insignia real, a quien llaman cídaris los persas, que llevaba en la cabeza, una faja de púrpura mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los más cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro en las puntas, y de retaguardia treinta mil infantes. Después de los cuales llevaban a la mano cuatrocientos caballos del rey.

A distancia de un estadio iba Sisigambis, madre de Darío, en un ostentoso carro, así como en otro su mujer, y detrás todas las damas de ambas reinas a caballo. Seguíanlas quince grandes carros, a quienes llamaban armamaxas, y en quienes iban los hijos del rey, las personas a cuyo cuidado estaba su educación y gran cantidad de eunucos, los cuales lograban estimación entre aquellos pueblos. Procedían luego con real aparato trescientas sesenta concubinas, seguidas de seiscientos machos y trescientos camellos, que llevaban la plata del rey, con escolta de ballesteros. Después las princesas y las mujeres de los que ejercían los puestos de la corona y de los mayores señores de la corte; luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del ejército, y a lo último algunas compañías, armadas ligeramente, con sus capitanes, los cuales cuidaban de reunir las tropas y hacer que anduviesen.

Tal era el ejército de Darío, bien diverso en todo de los macedones, en el cual se veían hombres y caballos resplandecientes, no con el oro ni con los suntuosos adornos y variedad de

colores que aliñaban el traje, sino con el bruñido acero y pulido bronce. Tropas siempre prontas a marchar, a acampar y a combatir; ni cargadas del bagaje, ni embarazadas de gente inútil; obedientes, no sólo a la señal, sino al menor ademán de sus cabos; abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas a alojar en cualesquiera parajes; por lo cual no le faltaron el día del combate soldados a Alejandro y sí a Darío; el cual, habiéndose empeñado inconsideradamente en ciertos lugares estrechos, no pudo pelear en medio de la innumerable muchedumbre con que dio principio a la batalla, sino con igual número al corto que en su enemigo había despreciado.

CAPÍTULO 4

Apodérase Alejandro en muy buena coyuntura del paso de Cilicia, que había abandonado Arsames, capitán de Darío.

En tanto, Alejandro, después de haber dado el gobierno de Capadocia a Abistámenes, se encaminó hacia Cilicia, a cuya región (llamada el Campamento de Ciro, por haber acampado en él aquel príncipe cuando marchó a Lidia contra Cresos) llegó. Dista de allí sólo cincuenta estadios el paso de Cilicia, el cual es un estrecho, a quien sus habitantes llaman Pilas, y cuya natural situación parece imita las fortificaciones que le labra el artificio de los hombres.

Teniendo presente Arsames, gobernador de la provincia, el consejo que dio Memnón al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitución presente, resolvió, como lo hizo, arruinar Cilicia, abrasando y destruyendo cuanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovecharan los enemigos de aquellas tierras, cuya conservación tenía por difícil. Como si no le hubiera sido más conveniente ocupar con poderosas tropas el estrecho y la cumbre de la montaña que predomina el camino por donde los macedones entraron, desde la cual podía, sin la menor pérdida, embarazar el paso o deshacerlos, que retirarse, dejando tan corta porción de gente a las entradas. Ejecutó por sí la destrucción que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasión a las moderadas tropas que quedaban para que, creyéndose vencidas, se retirasen también (como lo hicieron) sin esperar al enemigo, de quien menores fuerzas que las de Arsames habrían bastado a defender aquel puesto, por la constitución de Cilicia.

Ésta, cerrada con una dilatada cadena de rudos e inaccesibles montes, que descollándose por aquella parte del mar a manera de arco o media luna se extienden en punta hasta la otra ribera, tiene detrás de ellos, en los más retirados lugares, tres pasos sumamente estrechos y cuya entrada es tan difícil como imposible llegar a Cilicia sino por alguno de ellos. Saliendo hacia el mar, se ofrecen a la falda de ellos prodigiosas vegas, a quienes riegan infinitos arroyos y dos ríos, Píramo el uno y Cidno el otro, célebres ambos, si bien éste no tanto por lo caudaloso de sus aguas cuanto por la hermosura de ellas; las cuales, descendiendo con suavidad apacible de su origen a llano y limpio suelo, se difunden por él sumamente frías, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa ni altere nunca el torrente de otro río su tranquilo curso y pureza.

Había consumido el tiempo en aquella región muchos monumentos que fueron célebre asunto de los poetas, si bien no dejaban de ofrecer en ella los lugares en que estuvieron situadas las ciudades de Lirneso y Tebas, la caverna de Tifón, el famoso bosque de Coricio, donde se coge el azafrán, y otros de quienes sólo ha quedado la fama que tuvieron en lo antiguo.

Entró, pues, Alejandro por este paso, que ellos llaman Pilas, y después de haber reconocido la situación de los lugares, dijo que jamás había admirado tanto como entonces su buena fortuna, confesando pudieran haberle deshecho fácilmente a tiros de piedras. Porque además de ser éste un desfiladero por donde apenas podían marchar de frente cuatro hombres armados, correspondía la eminencia al camino, el cual no sólo era estrecho, sino también roto en muchos lugares por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantase la caballería ligera de los tracios a reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una tropa de ballesteros para que se apoderase de la cumbre del monte, con orden de que llevasen la flecha sobre el arco, no ya en forma de marcha, sino de combate.

Con esta orden hizo pasar todo su ejército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo

tiempo que los persas empezaban a encender el fuego para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmeni6n, a quien el rey haba enviado a toda diligencia con algunas tropas de infanteria a embarazar el incendio, y viendo que los b6rbaros se haban puesto en fuga a la fama de su venida, se entr6 en ella.

CAPÍTULO 5

Sobrevino a Alejandro una enfermedad de cuidado por haberse bañado fuera de tiempo en el río Cidno.

Corre por en medio de la ciudad de Tarso el río Cidno, de quien acabamos de hacer memoria, cuyos calores se igualan a los crecidos que pueden padecerse en las más ardientes regiones. Habiendo llegado Alejandro a ella en lo más riguroso del verano y del día, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas sin reparar en el peligro a que se exponía hallándose en tan opuesta disposición a semejante intento; con cuyo fin y el de acreditar con los suyos en la moderación de sus adornos su modestia, no rehusó desnudarse a vista de todo su ejército; pero no bien hubo entrado en el río, cuando embargándole recio frío le arrebató casi todo el natural calor, dejándole tan privado de sentidos, que retirándole a su tienda tuvieron por cercano el fin de su vida los suyos.

La confusión y el clamor que ocasionó este accidente en todo el campo fue cual pudiera si hubiese muerto: deshechos en lágrimas, se lamentaban de que se les malograra en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas el mayor rey que vio el mundo, no en el riguroso furor de una batalla o de un asalto, sino en la apacible serenidad de un río. Ponderaban que Darío se hallaba cerca y victorioso aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos a volver fugitivos por donde haban ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruido todo el país, así para ellos como para los enemigos, y habiendo de penetrar tantos y tan dilatados desiertos, bastaba el hambre por sí sola a deshacerlos, aun cuando faltase quien los oprimiese. «¿Quién será (decían) el que nos conduzca en la fuga en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quién el que se atreva a suceder a Alejandro? Y cuando seamos tan felices que lleguemos al Helesponto, ¿quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos?» Y convertida su compasión por lo que miraba a la persona del rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorrumpían en lamentables gemidos, quejándose de que se les quitase y arrebatase de entre las manos, en la flor de su juventud y en el mayor vigor de espíritu, a su rey y a su camarada.

Sin embargo, cobrando Alejandro espíritu y volviendo poco a poco en sí, conoció a los que le rodeaban y dio muestras de que se había disminuido la fuerza de la enfermedad sólo en que empezaba a sentirla. Era, empero, mayor la dolencia que le afligía el ánimo que la que le oprimía el cuerpo; porque sabiendo llegaría Darío dentro de cinco días, no cesaba de lamentarse de su destino por haberle entregado atado de pies y manos a su enemigo, usurpándole tan ilustre victoria y reduciéndole a poner fin a su vida en una tienda con muerte tan indigna de su persona como ajena de la gloria que se había prometido.

Sobre lo cual, habiendo hecho entrar allí a sus confidentes y a sus médicos, les dijo: «Bien reconocéis, ¡oh amigos! el estado a que me veo reducido; en el cual parece que oigo el estruendo de las armas enemigas y que me veo ya provocado del mismo contra quien he traído la guerra. Sin duda alguna Darío se aconsejó con mi fortuna cuando me escribió cartas tan soberbias como las que recibí; pero en vano si es permitido curarme por mi dictamen, según el cual no pide el estado de mis intereses remedios lentos ni médicos tímidos y tardos, pues importándome más una muerte pronta que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir cuanto disposición para poder pelear.»

Esta impaciente temeridad del rey puso en cuidado a todos, y obligó a algunos a suplicarle que no aumentase con la precipitación el peligro; que se pusiese en manos de los médicos, los cuales, no sin razón, procedían remisos en la aplicación de remedios extraordinarios, habiendo

solicitado Darío corromper la fidelidad de sus domésticos y publicado que daría mil talentos a quien quitase la vida a Alejandro; a vista de lo cual no se persuadían hubiese quien temerariamente se atreviese a intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

CAPÍTULO 6
***Recupera su salud por medio de Filipo, docto y fiel médico,
a quien todo el ejército da grandes gracias.***

Hallábase entre los grandes médicos que siguieron al rey desde Macedonia uno llamado Filipo, natural de Arcania, el cual le había servido desde sus tiernos años y le amaba como a su rey y como a quien había criado. Este, pues, emprendió curarle con remedio que no siendo violento esperaba de él prolijo y favorable efecto. Y si bien ninguno asistió a él, le abrazó quien más debía temerle, que era el rey; el cual no teniendo otro anhelo que el de hallarse al combate, cuya victoria le parecía aseguraba como pudiese asistir en él al frente de los suyos, posponía los mayores riesgos a precio de lograrlo, llevando no sin grande impaciencia, la dilación de tres días que eran necesarios para preparar el medicamento.

Hallóle entre estos desabrimientos una carta de Parmenión (cuya fidelidad a su persona tenía bien acreditada) en la cual le pedía no fiase su salud de Filipo, por haberle corrompido Darío ofreciéndole mil talentos y a su hermana por mujer suya. Fácilmente se deja entender la conturbación y perplejidad en que le dejaría su contenido: revolvía en su ánimo cuánto le representaba el temor y la esperanza. «¿Tomaré yo (decía entre sí) medicina cuyo veneno quitándome la vida dé ocasión a que se atribuya a arrojo mío mi muerte? ¿Infamaré a mi médico, o me dejaré oprimir en una tienda? Pero no; quiero antes morir a manos de ajena maldad que a las de mi propia desconfianza.»

Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la carta, que ocultó debajo de la almohada; y subsistiendo dos días en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el médico con la medicina, tomó el rey con una mano la carta y con la otra la bebida; y habiendo pasado ésta sin el menor recelo, dio aquélla a Filipo para que la leyese, sin quitar mientras lo hacía los ojos de él, por si podía descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el ánimo.

Pero habiéndola leído Filipo, manifestó más indignación que miedo, y arrojándola dijo al rey: «Aunque siempre, señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificación del parricidio de que se me acusa, y en su averiguación la seguridad de la mía. La única merced que te pido es, que deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con más celo que discreción y oportunidad, des reposo al ánimo y lugar a la medicina para que pueda obrar.»

Asegurado, gustoso y esperanzado el rey con tan constante aseveración, «Bien creo, ¡oh Filipo! (le dijo) que aunque os fuese permitido hacer elección entre todas las pruebas de mi confianza, de la que con mayor testimonio os certificase de ella, excusarais la presente. Ninguna, empero, podíais hallar que más os asegurase de ella, pues habéis visto que despreciando la noticia que tuve en descrédito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habéis dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesáis como lo que a mí me importa.» Y dicho esto, le dio, en testimonio de su confianza, su mano derecha.

Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento a obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenión; porque perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope que casi le faltaron los pulsos y a todos la esperanza de su vida; pero Filipo, sin omitir nada de cuanto era consecuente a su oficio y podía contribuir a su alivio, reconociendo que volvía algo en sí, le procuró divertir con cuanto pudiera serle grato, hablándole unas veces de su madre y hermanas y otras de la gloriosa victoria, que para coronar sus triunfos se le ofrecía tan inmediata.

Finalmente, habiéndose dilatado y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del

cuerpo, empezó primero el espíritu y después el cuerpo a recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, cuanto al tercer día se dejó ver de su ejército; el cual no miraba con más gusto al mismo Alejandro que a Filipo, a quien todos llegaban, cual pudieran a algún dios, a darle gracias por haberles asegurado la vida de su príncipe. Porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendían a sus reyes, tanto más excesivo el que se concilió Alejandro en ellos, cuanto experimentando que aun sus más temerarias resoluciones las convertía en mayor felicidad y gloria suya la fortuna, no acababan de persuadirse a que dejase de ser sin especial asistencia de los dioses nada de cuanto intentaba.

Pero lo que aumentaba más glorioso esplendor a sus acciones y mayor admiración con ellas, eran las considerables empresas que había obtenido en tan tiernos años; su grande aplicación a todos los ejercicios que podían facilitarle la agilidad del cuerpo, su modestia en el vestirse sin diferencia de los demás, y su pronta y proporcionada disposición a todo género de empleos militares; prendas que aunque parecen de cortísima consideración en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (o ya las debiese a la naturaleza, o ya al arte) se granjeó tan grande amor como respeto.

CAPÍTULO 7

Viéndose Alejandro sano, resuelve acometer a Darío. Manda dar muerte a Sísenes por sospechar de él alguna conspiración, a que dio motivo su negligencia.

Habiendo tenido noticia Darío de la enfermedad de Alejandro, se adelantó con la mayor presteza que le fue posible y permitía tan considerable ejército como el suyo hacia el Eúfrates, si bien no le pudieron pasar sus tropas antes de cinco días, a pesar de haber hecho levantar muchos puentes para la prisa que daba por ganar a Cilicia. En tanto, Alejandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó a la ciudad de Solos; y habiéndola tomado, puso guarnición en la fortaleza y condenó a la ciudad en doscientos talentos por haber seguido la facción de Darío. Y cumplidos los votos que había hecho por su salud, permitió por algunos días juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio que hacía de los bárbaros. Asistiendo a ellos, le llegaron noticias de Halicarnaso de haber deshecho los suyos a los persas y de quedar reducidos a su obediencia los mindios y caunios, con otros muchos pueblos de aquella parte.

Concluidos los juegos levantó su campo; y habiendo pasado el río Píramo por una puente que mandó hacer, llegó a la ciudad de Malos, en quien se alojó una parte del ejército, y lo restante en Castáballo, donde le salió al encuentro Parmenión, a quien había enviado para que reconociese la tierra y el camino que va a Iso. Habíalo ejecutado así Parmenión, apoderándose de algunos lugares estrechos, en quienes puestas algunas tropas para su defensa tomó aquella ciudad, abandonada de sus habitantes; y penetrando por lo más interior del país, echó de las montañas a los que se habían fortificado en ellas; después de lo cual y de haber asegurado los pasos, volvía a participárselo. Con que estándolo el rey de que los tenía libres, se entró con su ejército en Iso, donde se confirió sobre si se habían de esperar allí las reclutas que venían a grandes jornadas de Macedonia, o pasar adelante.

Parmenión fue de dictamen de que no podía haber elegido lugar más cómodo para dar la batalla que aquél, respecto de que no permitiendo por su estrechez gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas debían evitar cuanto les fuese posible las campiñas y llanuras, en quienes se hallarían cercados por todas partes, y oprimidos de la crecida muchedumbre de los bárbaros, de quienes debían temer quedar vencidos, no ya por su valor, sino por el propio cansancio, no hallándose, como ellos, con sobrada gente para remudar la que estuviese fatigada. Cuyas razones, persuadiendo fácilmente a todos, quedó resuelto se esperase a Darío en aquellas montañas.

Hallábase en el ejército del rey un persa, llamado Sísenes, el cual, enviado en tiempo de Filipo por el gobernador de Egipto a Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dejó su propia patria por quedar en aquel reino, desde donde siguió a Alejandro al Asia, logrando ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de

cierto soldado cretense una carta cerrada, con sello que no conocía, la cual era de Nabarzanes, sátrapa de Darío, en que le persuadía obrase alguna acción digna de su ilustre nacimiento y de la grandeza de su valor, para hacerse por ella el lugar que merecía en la gracia del rey.

Solicitó muchas veces, en cumplimiento de su fidelidad e inocencia, ocasión de mostrársela a Alejandro; pero hallándose en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna más oportuna; cuya retardación fue causa de que se le tuviese por cómplice en la pretendida traición; porque habiendo dado con ella lugar a que llegase la carta a manos de Alejandro, leída por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sísenes, que se le volviese cautelosamente; pero dejando éste pasar muchos días, acabó con su descuido de confirmar la sospecha, por la cual fue muerto a manos de los soldados cretenses en el mismo ejército, y sin duda por orden de Alejandro.

CAPÍTULO 8

Consejo y resolución de Darío antes de la batalla.

Consternación del ejército de los persas y presagio de su derrota.

Había llegado ya al campo Timodes con los soldados griegos que le entregó Farnabazo, en quienes tenía puesta Darío toda su esperanza. Procura, en cuanto podía esta gente, persuadirle a que retrocediese y volviese a tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, o que a lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas innumerables tropas, y no expusiese a un revés de la fortuna todas sus fuerzas. No asentía tan mal Darío a este dictamen, como los principales de su corte, los cuales, suponiendo como decían que aquella infiel y venal nación le proponía dividiese sus tropas, no con otro fin que el de poder más fácilmente, hallándose éstas separadas, entregar al enemigo las que estaban a su cargo; le proponían, por más seguro, que los embistiese con todo el ejército, y dejase con su mortandad un ejemplo memorable del castigo de su traición.

Pero Darío, con cuyo blando natural y piadosa intención no se conformaba esta violencia, bien lejos de convenir con su dictamen, les manifestó no incurriría nunca en acción tan indigna de sí como la de tratar de aquella suerte a los que estaban a sueldo suyo y le habían seguido debajo de su fe; porque haciéndolo, ¿quiénes serán (decía) los extranjeros que quieran fiarse de ella, acordándose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás había visto fuese la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle trajese semejante peligro, nadie se atrevería a expresar su dictamen; y últimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniéndose siempre por más celosos los que eran del mejor.

En cuya confirmación envió a decir a los griegos «quedaba agradecido a su afectuosa demostración; pero que no se conformaba con retroceder, así porque era entregar de conocido su reino al enemigo, como porque si consentía en la reputación el todo de la guerra, no era fácil persuadir al mundo de que dejaba de ser fuga el hacerlo. Que aun menos razón había para pensar en dilatar la guerra, hallándose con el invierno tan próximo, y sin los víveres que necesitaba tan numeroso ejército en un país a quien tenían igualmente asolado los suyos que los enemigos; ni en dividir sus tropas, violando la costumbre de sus predecesores, los cuales expusieron siempre a una batalla sola todas sus fuerzas. Que aquel rey, terror poco antes del mundo, cuya orgullosa soberbia fue insufrible, apenas tuvo aviso de su venida, cuando, convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigó en las concavidades de las montañas (no de otra suerte que de las breñas los animales medrosos al menor ruido de los pasajeros); y que ya entretenía y engañaba la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia; pero que no por esto dilataría el combate, pues le acometería en las mismas grutas donde vilmente se había refugiado.» Palabras a la verdad magníficas, si hubiesen correspondido a verificarlas los efectos.

Habiendo, pues, enviado a Damasco su plata y sus más preciosas alhajas, debajo de una ligera escolta, marchó hacia Cilicia con el grueso de su ejército, en cuyo seguimiento, según el estilo de aquella nación, iban su madre y su mujer con las princesas y su tierno hijo. Refiérese que una

misma noche llegaron Alejandro a aquel estrecho paso de Siria y Darío al otro, a quien llaman Pílas Amánicas. No pusieron duda los persas en la fuga de los macedones, hallando abandonada la ciudad de Iso, en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, a quienes no permitieron seguir el ejército sus heridas y enfermedades. Mandó Darío, a persuasión de los grandes de su corte, naturalmente crueles e inhumanos, que les cortasen las orejas y las manos, y que los pasasen por todo su campo, para que reconociendo bien sus fuerzas, pudiesen dar entera noticia de ellas a Alejandro.

Levantados, pues, sus reales, pasó el río Pílaro para cargar por las espaldas en los que él creía fugitivos; pero habiendo llegado al campo de los macedones aquellos míseros soldados, y dándole noticia de que se encaminaba Darío a toda diligencia hacia ellos, no acababan de darles crédito; por lo cual envió el rey espías para que desde las regiones marítimas reconociesen si venía él en persona o sólo alguno de sus generales con alguna parte de sus tropas, con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados, teniéndolas por todo el ejército. Pero volviendo éstas, se empezó a descubrir una multitud espantosa de hombres, y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecía sino un incendio toda ella, respecto de la dilatadísima extensión que ocupaba, así el ejército por su copiosísima numerosidad y mala ordenanza, como el bagaje cuando acampaba.

Habiendo ordenado Alejandro su campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increíble gusto, al ver se le cumplía el deseo que había tenido de combatir en aquellos lugares estrechos, si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es tanto lo que se aventura, no dejó de convertirse en cuidado su seguridad. Temía por una parte, no sin razón, a la misma fortuna, a quien siempre había reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenía tantas experiencias cuantos eran los mismos beneficios que de ella había recibido; considerándose en víspera de quedar o el más triunfante, o el más infeliz príncipe del mundo. Alentábalo empero por otra parte el creer mayores los premios que los peligros, y que si la victoria era incierta, segura una honrada y gloriosa muerte.

Y así, después de haber dado orden a sus soldados para que se previniesen y estuviesen prontos a la tercera vigilia de la noche, subió a la cumbre de un monte, donde, haciendo encender grandes fuegos, sacrificó, según el estilo de su patria, a los dioses defensores de aquellos lugares.

Había dado por tres veces la señal la trompeta, y sus tropas, dispuestas ya a marchar, teniendo orden de apresurar el paso, llegaron al romper el día a los puestos que habían de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores que Darío no estaba más distante de allí que lo de treinta estadios, hizo el rey alto, y habiéndose armado, puso sus tropas en orden de batalla.

Casi al mismo tiempo tuvo Darío por los amedrentados paisanos noticia de la marcha de Alejandro; la cual, cuanto le fue a él increíble, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle cuando los seguía como a fugitivos, tanto le fue causa de considerable terror a su ejército, cuya disposición era más de marcha que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitación de los que se aceleraban a ellas. Suben unos a la eminencia del monte para reconocer las tropas del enemigo, y enfrenan otros sus caballos, siendo tal el desorden en que había puesto la confusión, que apenas se hallaba quien mandase.

Había resuelto Darío desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porción de su ejército y poner hacia aquella parte del mar, que cubría el ala de su ejército, algunas tropas para coger en medio al enemigo y que de todas partes fuese oprimido. Enviado veinte mil hombres y algunas compañías de flecheros, con orden de que pasasen el río Pílaro, que estaba en medio de ambos ejércitos, y se opusiesen a los macedones, o cuando no pudiesen conseguirlo se retirasen a los montes, y disponiendo alguna emboscada cargasen al enemigo por las espaldas; pero más poderosa la fortuna que toda la providencia de este príncipe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su ejecución, y haciéndola inútil en otros; porque en llegando a debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que éste se rinda y caiga oprimido de su mismo peso.

CAPÍTULO 9

Fuerzas y comparación de uno y otro ejército.

El orden y disposición del ejército de Darío era en esta forma: tenía el ala derecha Nabarzanes con la caballería y veinte mil hombres entre flecheros y honderos, en la cual estaba Timodes con treinta mil infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda del ejército y en nada inferiores a la falange macedónica. Gobernaba la siniestra Aristómedes, natural de Tesalia, con veinte mil bárbaros, en cuyo socorro los seguían las naciones más belicosas.

Iba el rey en la misma ala, en la cual había de pelear, rodeado de su guardia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de cuarenta mil infantes, a quien seguía la caballería de los hircanos y de los medos, y a ésta la de los demás pueblos, mezclados indiferentemente en el ala derecha y siniestra del ejército, cuya vanguardia ocupaban seis mil hombres entre honderos y flecheros. Finalmente, no había espacio en la estrechez de aquellos lugares donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las tropas de su ejército, cuyas dos alas se extendían, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de quienes estaban la madre y mujer de Darío con crecido número de mujeres.

Tal era la disposición del ejército de los persas, a cuyo opósito plantó Alejandro a la frente del suyo la falange en que consistía la mayor fuerza de los macedones; al ala derecha a Nicanor, hijo de Parmenión, reforzado de Ceno, de Pérdicas y de Meleagro, con Ptolomeo y Amintas, todos al frente de las tropas que mandaban; y a la siniestra, que miraba hacia el mar, a Parmenión y a Crátero, con orden que obedeciese a aquél. Distribuyó en las dos alas la caballería; puso en la de la derecha la de los macedones y tesalios, y en la siniestra la del Peloponeso, y delante algunas compañías de honderos y flecheros, fortificados de la caballería ligera de los tracios y cretenses.

Opuso a las tropas que Darío había enviado sobre el monte a los agrianos, recién llegados de Grecia, encargando a Parmenión se extendiese hacia el mar lo más que pudiese para que quedasen apartados de las rocas, de que se habían apoderado los bárbaros, si bien éstos, no teniendo ánimo para acometer a los que iban a ellos, ni para cargar por las espaldas a los que pasaban delante, amedrentados sólo de ver a los honderos, se pusieron en fuga, lo cual aseguró a Alejandro el flanco de su ejército, por donde temió siempre recibir algún daño de lo alto. Marchaban sólo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez del lugar el que se dilatasen más, aunque poco después se fueron extendiendo sus batallones y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la infantería y para que la caballería ocupase las alas del ejército.

CAPÍTULO 10

Discurso de Alejandro a sus soldados.

Hallábanse ya los dos ejércitos a vista el uno del otro, aunque a mayor distancia que de un tiro de saeta, cuando empezaron primero a sentirse por su desordenada marcha y descompasados gritos los persas, a quienes correspondieron inmediatamente los macedones con los suyos, excesivos en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número, respecto de que rebatiendo en aquellos montes y resonando en aquellas espaciosas selvas multiplicaban éstas, como de ordinario sucede con todas las que reciben su sonido, volviéndolas con mayor ruido y estruendo.

Marchaba Alejandro al frente de su ejército, a cuyos soldados hacía señas con la mano para que caminasen a moderado paso y no se fatigasen de suerte que les faltase el aliento en la primera fuga; y puesto a caballo y recorriendo sus escuadrones, esforzaba con diverso estilo a todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nación las palabras que más pudieran persuadirlos.

Acordaba a los macedones las innumerables batallas que habían obtenido en tantas guerras de Europa, para sojuzgar Asia y las últimas partes del Oriente, a quienes los habían llevado, más que su persuasión, su propio gusto y antiguo valor. Que siendo los libertadores del mundo y habiendo dilatado sus victorias más allá de los límites que prescribieron Hércules y Baco, no sólo debían imponer el yugo a los persas, sino a todos los demás pueblos del mundo. Que los bactrianos y los indos obedecerían a los macedones, y que lo que entonces veían, era de cortísima consideración

respecto del todo, de que los haría señores sola una victoria. Que no siempre habían de permanecer entre las rocas de Iliria y de Tracia, haciendo una guerra estéril e ingrata, pues esperaba fuesen los despojos de todo el Oriente premio de su valor y de sus fatigas, y que apenas necesitarían sacar la espada contra aquella muchedumbre fluctuante ya en su miedo, a quien podrían derribar sólo a los golpes de sus escudos. Sobre estas persuasiones invocaba a su padre Filipo, vencedor de los atenienses, representando a los suyos Beocia poco antes sujeta y la más célebre de sus ciudades destruida y arruinada por los fundamentos; mostrándoles unas veces la jornada del Gránico, y otras el considerable número de ciudades que había ganado, o por fuerza o por convenio, y finalmente, la gran cantidad de provincias que dejaban sujetas a su obediencia.

Pasando después hacia los griegos, les hacía memoria de cómo aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, y de quienes había recibido la Grecia tan considerables daños, cómo primero Darío y después Jerjes con insoportable orgullo les habían impuesto en mayor prueba de una infame servidumbre tributos hasta en la tierra y en el agua. Que este último inundó su patria, tanto de hombres como de animales, agotando los ríos y consumiendo cuanto la naturaleza produce para el alimento de los hombres; y últimamente, que habían saqueado sus ciudades quemando los templos de los dioses y violado todo género de lugares, así divinos como humanos.

Enderezándose después hacia los ilirios y los tracios, gente acostumbrada a vivir de la rapiña, les hacía que contemplasen el ejército de los enemigos, resplandeciente todo con el oro y la púrpura y menos cargado de armas para el combate que de materia para la presa y el despojo; persuadiéndoles a que, pues eran hombres, fuesen a ellos y arrebatasen de aquellas mujeres cuantos adornos se ofrecían en ellas, y permutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves y hielos, por aquellas hermosas llanuras y ricas campañas de la Persia.

CAPÍTULO 11

Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos, entregándose a la fuga el resto del ejército. Queda Alejandro señor del campo, en que hace una considerable presa.

Habiendo llegado a tiro de saeta, cargó furiosamente la caballería de los persas en el ala izquierda del enemigo, con la cual deseaba Darío combatir, por saber que la mayor fuerza del ejército de los macedones consistía en su falange. Empezábase también a embestir el ala derecha de Alejandro; el cual al punto que lo reconoció, dejados sobre la montaña sólo dos escuadrones, pasó los demás con la mayor diligencia a lo más peligroso del combate; y destacando de sus escuadras la caballería de los tésalos, dio orden a quien los mandaba que, conduciéndolos secretamente por detrás de sus batallones, se juntase con Parmenión y ejecutase sus órdenes.

Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los persas, se defendían valerosamente; pero estando tan juntos los unos con los otros, o no podían expedir sus armas, o si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el aire unas con otras, e impidiendo su violencia, caían en tierra sin hacer efecto alguno, o era tan débil el golpe como corto, o ninguno el daño que causaban. Con que hallándose precisados a combatir tan de cerca, echaron todos mano a las espadas, con quienes fue grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos ejércitos, que se tiraban cuerpo a cuerpo hiriéndose unos a otros en los rostros.

No era permitido entonces, ni al cobarde ni al perezoso, que dejase de obrar, pues peleando a pie firme y cuerpo a cuerpo, como en un combate singular, no podían dejar su puesto si no hacían otro con la muerte de su enemigo; y entonces adelantando sólo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de fresco, sin ser concedido a los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudiese retirar de la batalla, respecto de tener por frente el enemigo y a los suyos por las espaldas; que ambos se lo impedían igualmente.

Cumplió por su parte Alejandro a un tiempo con las obligaciones de soldado y capitán, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte a Darío; el cual, descubriéndose de todas partes sobre un carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos

para su defensa como en los enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo cuán vivamente le apretaba Alejandro, se puso delante de su carro con la caballería que mandaba, señalándose entre todos tan igualmente su valor como su gallarda disposición y resplandecientes armas, y no menos su ferocidad contra todos y su piedad con poquísimos, pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistían, dio muerte a muchos y obligó a otros a que se pusiesen en fuga. Animados empero los macedones con la presencia de su rey, y enardecidos unos y otros, rompieron aquel escuadrón, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevísimo espacio se llenó todo de horror y de sangre.

Veíanse alrededor del carro de Darío muchos grandes señores y capitanes postrados en aquel suelo sobre sus propios rostros, en la misma postura que combatiendo a vista de su rey habían caído, traspasados todos sus cuerpos de las heridas, entre quienes se reconocían Atizies, Reomitres y Sábaces, gobernador de Egipto, los cuales habían mandado en tres ocasiones grandes ejércitos, rodeados de innumerable infantería y caballería de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. De la parte de los macedones fueron pocos los muertos, y éstos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre quienes salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho.

En tanto, los caballos que conducían el carro de Darío, oprimidos de los crecidos golpes que recibían y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron a enarbolarse y a sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser volcado el príncipe; el cual, temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó a tierra y puso en uno de los caballos que le seguían, despojándose ignominiosamente de todas las insignias reales, para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendáronse a ella inmediatamente todos, y arrojando las armas que habían tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenía el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros.

La caballería que Parmenión había destacado seguía a toda diligencia a los fugitivos, que desde la frente habían ido a dar a aquel lugar. Y si bien apretaban vigorosamente los bárbaros en el ala derecha a la caballería de los tésalos, habiendo desbaratado uno de sus escuadrones, haciendo éstos un caracol, volvieron valerosamente a la carga, y hallando a los persas en el desorden que los tenía la confianza de la victoria, los rompieron e hicieron en ellos considerable mortandad. Siendo tan difícil a los caballos como a los jinetes persas revolver a una y otra parte, por la gran pesadez con que iban armados, y fácil a los tésalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos a todas manos, les ganaban la grupa, los daban muerte o los hacían prisioneros. Alejandro, noticioso de tan feliz suceso, no habiéndose atrevido antes a seguir a los bárbaros, viéndose por todas partes victorioso, fue inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento.

No llevaba consigo más de mil caballos, y sin embargo, era grande el estrago que hacía en los enemigos. ¿Pero quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota, puede numerar los hombres? Ahuyentaba de sí, cual pudiera a un rebaño de ganado, a aquella desordenada turba a quien el mismo pavor que la precipitaba a la fuga le era de estorbo a la misma fuga.

Sin embargo, los griegos que iban a sueldo de Darío debajo del mando de Amintas, que era uno de los capitanes de Alejandro antes, y entonces del partido contrario, se habían retirado, no como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia. No así los bárbaros, los cuales, tomando bien diversos derroteros, siguieron unos el camino derecho de Persia y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiéndole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de plata, más para la ostentación de una vana magnificencia que para los gastos de una guerra; y cargando mayor porción de la que podían llevar, dejaban cubiertos los caminos de lo menos estimable que su avaricia había despreciado.

Llegaban ya hacia donde se hallaban las mujeres, a quienes arrebatában con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, cuanto es esto lo que ellas más apetecen, sin que perdonasen a su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada liviandad y apetito. No se oían en todo el campo

sino clamores, llantos y gemidos, según era la infelicidad a que cada uno se hallaba reducido, no habiendo quedado ningún género de daño ni de vituperio que no practicase indistintamente en todo sexo y edad la desenfadada crueldad y violencia. Nada, empero, acreditó tanto el vano y débil poder de la fortuna como ver que los mismos que habían dispuesto la tienda de Darío con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas después todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alejandro; siendo lo que únicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la tienda del vencido.

En el ínterin, la madre y la mujer de Darío, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquélla por su edad y por la majestad de su persona, y ésta por su hermosura; la cual, en medio de todas sus aflicciones, no había padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos a su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, nacido en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse también dos adultas princesas recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lágrimas y consumidas de la congoja, lamentando no tanto su propio infortunio y la miseria cuanto el de aquélla.

Rodeábalas crecido número de señoras, las cuales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras y mesándose los cabellos, llamaban aquellas princesas, cuanto antes con propio título entonces con impropio nombre, sus reinas y sus señoras. Olvidando, en fin, su propia miseria, sólo procuraban saber de Darío, hacia qué parte había combatido, y cuál había sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por prisioneras como él viviese; pero aquel infeliz príncipe, mudando de rato en rato de caballos, le había alejado a crecida distancia la fuga.

Murieron en esta batalla, de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos; de los de Alejandro sólo quedaron quinientos cuatro heridos, y muertos treinta y dos infantes y ciento cincuenta caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

CAPÍTULO 12

Consuela con real generosidad a la madre y mujer de Darío y a las demás princesas en la pérdida del rey, a quien creían muerto.

Cansado el rey de seguir a Darío, viendo que la noche se acercaba y que no le podía hallar, se volvió al campo de los enemigos, a quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite a los grandes de su corte, no embarazándole asistiese a él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado a la mesa, cuando oyeron en la tienda inmediata un espantoso ruido, mezclado de tales gemidos, que llenando de pavor toda la campaña, obligaron a los que hacían guarda delante del alojamiento del rey a que corriesen a las armas, temiendo aquel rumor principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la madre y mujer de Darío y las demás señoras prisioneras; las cuales teniendo a su príncipe por muerto, le lloraban a su bárbara usanza con crecidos sollozos y lamentables suspiros. Hallándose cierto eunuco delante de la tienda de Darío, vio su manto en manos de un soldado, que acaso se encontró poco después de habersele quitado el rey por no ser conocido, como dejamos dicho; y creyendo le había recogido por muerte suya, las aseguró por noticia cierta lo que fue errado juicio suyo.

Refiérese que noticioso Alejandro de la ocasión de su ternura, compadecido igualmente de ella que de la desgracia de Darío, prorrumpió en lágrimas, y que mandó a Mitrenes, el cual entregó la ciudad de Sardes y sabía la lengua périca, que pasase a consolarlas; pero que considerando podría renovar su indignación y dolor la vista de aquel traidor, envió a Leonato, uno de los primeros señores de su corte, con orden de que las asegurase vivía el príncipe a quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó a la tienda de aquellas princesas, a cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su rey; pero éstos, discurriendo al ver hombres armados que era llegado el fin de sus reinas, corren dentro diciendo en altas y tristes voces que aquella gente venía a darles muerte. En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices princesas a qué resolverse, ni atreviéndose a responderle, dejaban a la discreción del vencedor lo

que quisiese obrar.

Finalmente, Leonato, después de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecía, dejó sus soldados a la puerta y entró en la tienda, atemorizando más el verle entrar sin que alguno le condujese. Postradas, pues, a sus pies, le piden que antes que les quite la vida les permita sepultar el cuerpo de Darío a usanza de su patria, ofreciéndose a morir gustosas habiendo cumplido con aquella última obligación que debían a su rey. Asegurólas Leonato de su recelo, haciéndolas saber era vivo Darío, y que su rey estaba tan lejos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto a atenderlas y tratarlas con la decencia y decoro que correspondía a su grandeza y soberanía. Con lo cual Sisigambis, volviendo a recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato la ayudase a levantar.

El día siguiente, haciendo Alejandro enterrar a sus difuntos soldados, concedió el mismo honor a los cadáveres de los más ilustres persas, y a la madre de Darío permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme a su estilo con todos los que gustase; pero aquella prudente princesa, admitiendo el favor del rey, sólo se valió de él para dar sepultura a algunos de sus más inmediatos parientes, con la moderación que pedía el estado presente de su fortuna y sin el ostentoso aparato que estilan los persas en semejantes casos, por prevenir no sería bien visto de los enemigos que excediese de la templanza con que ellos habían hecho aquella función.

Habiendo, pues, cumplido Alejandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió a avisar a las reinas que pasaba a visitarlas, y haciendo retirar a todos los que le acompañaban entró en la tienda solo con Hefestión. Era valido suyo, y habiéndose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no había persona que se atreviese a hablarle con la libertad que él; si bien lo hacía con tal cordura, que más parecía permisión del rey que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposición y gentileza Hefestión, que teniéndole por rey aquellas princesas, le saludaron y reverenciaron como a tal. Advertidas empero de su equivocación por algunos eunucos cautivos, se arrojó Sisigambis a los pies de Alejandro, dando por disculpa de su yerro el ser la vez primera que le veía. A cuyo tiempo, levantándola el rey y tratándola con el título de madre suya la dijo: Que no le había padecido, por ser Hefestión otro Alejandro.

Verdaderamente que si hubiese conservado este príncipe hasta el fin de su vida igual moderación de ánimo a la que usó entonces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado tiñó indignamente en medio de los festines sus manos en la sangre de sus más fieles amigos, y dio precipitada muerte a aquellos grandes varones a quienes debía parte de sus victorias, que le reputaría aún por más feliz y glorioso de lo que se mostró cuando después de haber sojuzgado con tan esclarecidas victorias todas las naciones que se dilatan desde el Helesponto hasta el Océano, imitó el triunfo de Baco. No habiendo empero preocupado aun entonces su espíritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderación y prudencia, hasta que creciendo después, y faltándole fuerzas para soportar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es que en aquellos primeros años excedió en benignidad y continencia a todos sus predecesores.

Vivió con las hijas de Darío, princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido sus hermanas, estando tan lejos de hacer experiencia de la honestidad de la reina, cuya belleza era la mayor que entonces se conocía, que puso sumo cuidado en evitar cuanto fuese de su desagrado. Finalmente, la atención, benignidad y decoro con que las trató fue tal, que de cuantas conveniencias tenían antes, ninguna pudieron echar menos entonces, sino la confianza, la cual nunca se tiene del enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento.

Hizo también que se entregasen a las señoras todas sus joyas, su recámara y bagaje, a cuyas urbanas demostraciones, reconocida Sisigambis, «mereces, señor, (le dijo) que nosotras hagamos por ti los mismos votos que hacíamos por nuestro Darío, pues experimento que no sólo le excedes en la felicidad, sino también en la justicia y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el título de reina, cuando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta a hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna, porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando a tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera

tan indigno de ti.»

Animólas el rey en su aflicción, y tomando en brazos al hijo de Darío, sin extrañarle aquel tierno infante, le echó los suyos, dejando al rey tan suspenso de su constancia, que vuelto después a Hefestión, «¡Cuánto me holgara (le dijo) de que Darío tuviese alguna parte de esta docilidad!» Después de lo cual, y de haber salido de la tienda y consagrado tres altares en la ribera del río Píparo, uno a Júpiter, otro a Hércules y otro a Minerva, pasó a Siria, enviando delante a Parmenión a Damasco, donde estaba el tesoro de Darío.

CAPÍTULO 13

Entrega el gobernador de Damasco a Parmenión los tesoros de Darío e infinita nobleza.

Continuando Parmenión su marcha a Damasco supo en el camino que iba delante de él uno de los sátrapas del rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvió esperar mayor refuerzo. En cuyo ínterin le llevaron los corredores cierto mardo, quien encontraron, el cual dio a Parmenión unas cartas que el gobernador de Damasco escribía a Alejandro, añadiendo de palabra que su señor pondría en manos del rey toda la plata y los muebles de Darío. Abriólas Parmenión para asegurarse más de él; y viendo que pedía en ellas a Alejandro le enviase prontamente uno de sus capitanes con alguna gente, volvió a despachar al mardo, el cual, escapándose de las guardas que llevaba, llegó a Damasco antes del día.

Puso este accidente en cuidado a Parmenión, el cual, temiendo alguna emboscada, no se atrevía a aventurarse sin guía por aquel desconocido país. Con todo, fiándose en la buena fortuna de su dueño, hizo buscar algunos paisanos, que mostraron el camino y pusieron al cuarto día en la ciudad. El gobernador de ésta, recelando no se hubiese dado crédito a sus cartas, habiendo mostrado a los suyos que no se tenía por seguro en aquella plaza, hizo al romper del día poner en la puerta falsa todo el dinero del rey, que los persas llaman gaza, y lo más precioso que tenía a su cuidado; y afectando en lo exterior que huía para poner en salvo aquel tesoro, se disponía a entregarlo al enemigo.

Saliendo, pues, de la ciudad, le seguían millares de hombres y de mujeres, las cuales movían a compasión a todos, si no a aquel en quien se habían fiado; pues por lograr mayor recompensa llevaba a los enemigos una presa, que no ignoraba era más preciosa que todo el oro del mundo, pues se componía de las mujeres y los hijos de los sátrapas de Darío y de los mayores señores de Persia, entre quienes se hallaban los embajadores de las ciudades griegas, cuya guarda había dejado Darío, como en fortaleza segura, al cuidado de este traidor.

Llamaban los persas gangabas a los porteadores que llevan a cuestras todo género de carga. Estos, pues, no pudiendo tolerar el frío que ocasionaban las grandes nieves que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura que llevaban con la plata del rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno a embarazárselo, para que no faltase en el lamentable estado de la fortuna de Darío la ignominiosa circunstancia de que tuviese osadía la parte más vil del vulgo a profanar los adornos de su real persona.

Pareció aquella turba a Parmenión grueso capaz de no despreciarlo; y así, habiendo puesto en orden de batalla a su gente, y animándola con breves palabras, como pudiera si hubiese de combatir, la mandó que avanzase a galope y que con acelerado ímpetu cargase en ella; pero no les dieron lugar a que lo hiciesen los que conducían aquellas cargas, pues atemorizados a vista suya las arrojaron y se entregaron a la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, a quienes afectó imitar el mismo gobernador, mostrándose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traición.

Veíanse riquezas inmensas en aquel campo, esparcidas por una y otra parte: todo el oro y plata destinado para la paga de tan numeroso ejército, las soberbias recámaras de aquellos grandes señores y señoras, vasos de oro, frenos de lo mismo, tiendas magníficas y carros. Espectáculo a la verdad lastimoso, y suficiente a compadecer a los mismos que se cebaban en la presa, si bastase el más lastimoso a detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia. Cuanto por espacio de muchos

siglos habían atesorado en continuada prosperidad tantos reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veía expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebatában unos de entre las breñas y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botín.

Habían ya dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon a la fuga, entre quienes hicieron prisioneras infinitas mujeres, las cuales traían en brazos a sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas princesas, hijas del rey Oco, antecesor de Darío, reducidas por la inestabilidad de la fortuna desde la elevada grandeza del padre al abatido estado de una gran pobreza, que acabó de hacer más infeliz este último revés de la fortuna.

Hallábase en aquella tropa la misma viuda de Oco; la hija de Oxatres, el hermano de Darío; la mujer de Artabazo, una de las mayores señoras del reino, y su hijo Ilioneo; la mujer e hijas de Farnabazo, general de todas las demás costas; tres hijas de Mentor; la mujer y el hijo del esclarecido capitán Memnón, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia que no tuviese parte en esta calamidad. No se libraron algunos de los más ilustres lacedemonios y atenienses, pues fueron también prisioneros de éstos Aristogitón, Drópides e Ifícrates, y de los lacedemonios Pasipo, Onomastórides, Onomante y Calicrátides.

La plata que se halló en moneda importó dos mil sesenta talentos, y la labrada quinientos, sin la cual y los prisioneros que dejamos referidos, lo quedaron también treinta mil personas, habiéndose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo, empero, los dioses quedase sin castigo el autor de tan considerable desolación, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la cual rindió sus últimos alientos a los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que conservando aún (a lo que juzgo) algún respeto a la majestad del príncipe, aunque reducido a tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza a aquel traidor, la llevó a Darío, a quien en medio de su infortunio no dejó de serle de algún consuelo ver castigada su maldad, y experimentar que no todos sus vasallos habían olvidado la fidelidad y veneración que le debían.

LIBRO IV.

CAPÍTULO 1

Responde Alejandro con real magnanimidad a las orgullosas cartas de Darío.

Da el reino de los sidonios a Abdalónimo, descendiente de reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazón. Muerte de Amintas, que había dejado el partido de Alejandro, a manos de los persas, y de muchos capitanes de Darío, en muchos lugares, a las de los macedones.

Darío, que poco antes se había visto con un ejército tan numeroso y florido, habiendo salido a la batalla elevado en un carro, más en apariencia de triunfo que en disposición de combate, huía por aquellas campañas que antes estaban cubiertas de infinito número de sus tropas, y entonces ya desiertas y solas. Caminó a bien acelerado paso aquel infeliz príncipe toda la noche con cortísimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos el mismo rumbo, y de no poderlo hacer los que le seguían, por la frecuencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, a Oncas, donde fue recibido de cuatro mil griegos, con quienes se encaminó hacia el Eúfrates, creyendo que sólo tendría por suyo lo que con la presteza ocupase primero. En el ínterin, habiendo hecho Parmenión entrar todo el botín en Damasco, tuvo orden del rey para que se entregase de él y pusiese en custodia a los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de la llamada Celesiria.

No bien reducidos los sirios en medio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contuvieron en su deber. Rindióse también la isla de Árado; y si bien Estratón, rey entonces, conservaba aún las ciudades marítimas y otros muchos lugares distantes del mar, los entregó después a Alejandro; el cual habiéndole admitido debajo de su fe, marchó hacia la ciudad de Máratos.

Recibió en ella una carta de Darío, escrita con tan soberbios términos, que quedó bien ofendido de ellos; pero aún más de que usando en ella del título de rey no se le pusiese. Decíale, más con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: «Que le restituyese a su madre, a su mujer y a sus hijos, por cuyo rescate le entregaría cuanto dinero bastase a satisfacer a toda Macedonia; y que por lo que miraba al reino le disputarían, si gustase, cuerpo a cuerpo en igual combate. Pero que si se hallaba aún capaz de admitir consejo, le persuadía se contentase con el de sus antecesores, sin insultar ajenos dominios, en cuyo caso admitiría por lo venidero su amistad y alianza, la cual conservaría con inviolable fe.»

Respondióle Alejandro en estos términos: «El rey Alejandro a Darío: Darío, rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo a los griegos que habitaban las riberas del Helesponto y arruinó con todo género de hostilidades a los jonios, antiguas colonias nuestras, y habiendo pasado el mar con un poderoso ejército, introdujo la guerra en lo más interior de la Macedonia y de la Grecia. A cuyo ejemplo pasó después de él Jerjes con espantosa multitud de bárbaros a presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval y precisado a retirarse, como lo hizo, dejó a Mardonio en Grecia para que saquease nuestras ciudades y desolase nuestras campañas. Y ¿quién ignora que Filipo, mi padre, fue asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los persas emprenden guerras impías, y hallándose con las armas en la mano, en vez de esgrimir las con generoso espíritu contra los enemigos venciéndolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de hallaros con tan poderoso ejército, habéis ofrecido a un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien sólo se defiende, y la justificación de los dioses quien mira por la causa a quien asiste ésta, han favorecido mis armas, concediéndome el que haya reducido gran parte de Asia a mi obediencia y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y si bien no debía concederos nada de cuanto me pedís, por haber faltado a todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venís de la

manera a que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno a vuestra madre, a vuestra mujer y a vuestros hijos, para que conozcáis que así como sé vencer, también obligar a los vencidos. Y si acaso receláis ponerlos en mis manos, os concederé salvoconducto para que lo podáis hacer seguramente. Pero no puedo dejar de advertiros que cuando me escribáis otra vez, os acordéis de que escribís a un rey, y rey vuestro.»

Despachó con esta carta a Tersipo, y tomó él la vuelta de Fenicia, donde habiendo admitido a su obediencia la ciudad de Biblos, pasó después a la de Sidón, célebre por su antigüedad y por la fama de sus fundadores. Habiéndose rendido al rey Estratón, más que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitantes, respecto de seguir el partido de Darío, quedó privado del reino, el cual, confiriéndole Hefestión, por el permiso que tenía del rey para hacerla al más digno de los sidonios, a dos esclarecidos jóvenes hermanos en cuya casa posaba, se excusaron de admitirle, dando por razón no podían condescender a ello sin contravenir a las leyes de aquel reino, las cuales ordenaban que ninguno pudiese ocupar el trono que no fuese de la real sangre.

Admirado Hefestión de aquella heroica moderación con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro y del fuego, exclamó en altas voces: «¡Oh generosas almas! ¡Oh magnánimos corazones! Vosotros sois los primeros que con loable desengaño habéis conocido cuánto más glorioso es rehusar un reino que poseerle. Dadme, empero, alguno de la estirpe real, en quien viva siempre presente, cuando se halle colocado en el trono, la memoria de que os deba la corona que le ciñeréis.»

Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambición con que muchos grandes señores de aquel reino aspiraban al trono, y las serviles indignidades con que a precio de conseguirlo obsequiaban a los favorecidos de Alejandro, le declararon: «Era, entre cuantos conocían, el más merecedor de la corona Abdalónimo, descendiente, aunque remoto, de la real estirpe, y a quien la suma pobreza le precisaba a mantener la vida del jornal que adquiría con su trabajo en un jardín, fuera de la ciudad.» Habíale reducido, como a otros muchos, su gran bondad a aquella miseria, en la cual, atento a su trabajo, no había oído el estruendo de las armas que tenían alterada toda Asia.

Y así, tomando aquellos dos jóvenes hermanos las insignias y ornamentos reales, partieron en busca de Abdalónimo, a quien hallaron arrancando las viciosas hierbas de su jardín. Habiéndole saludado ambos, le dijo uno de ellos: «Depón esos inmundos andrajos para adornarte de estas reales vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido: ten real ánimo y acredita tu constancia y virtud en igual grado a la elevada fortuna de que te has hecho merecedor. Empero, no olvides cuando ocupando el real trono te veas árbitro soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado, ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona.»

Pareció a Abdalónimo sueño lo que le pasaba, y así les preguntó si no se avergonzaban de burlarse de él. Cuya incredulidad y tardanza en ejecutar lo que le ordenaban, les obligó, bien a pesar suyo, a lavarle, asearle y ponerle una vestidura de púrpura, recamada de oro. Después de lo cual y de haberle asegurado, debajo de grandes juramentos, que no se burlaban de él, le condujeron a palacio.

Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad, la cual, cuanto a unos fue grata, tanto a otros de considerable disgusto, y con especialidad a los grandes y poderosos, cuya indignación prorrumpió ante los validos de Alejandro en grandes baldones y ultrajes de su bajeza y miseria. Ordenó el rey le llevasen a su presencia, y habiéndole advertido por algún rato con bastante cuidado, le dijo: «Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble e ilustre origen, deseo saber cuál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria.» «Permitan los dioses, señor (le respondió), que pueda llevar con tan grande ánimo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de cuanto me ha faltado.» Habiendo hecho el rey por esta respuesta el alto concepto que merecía la virtud de aquel varón, no sólo le concedió los bienes muebles de Estratón, sino gran parte de la presa de los persas, acrecentando su estado con una de las regiones vecinas.

Mientras pasaba esto, llegó a Trípoli Amintas (que, como hemos referido, había dejado el partido de Alejandro) con cuatro mil griegos, que le siguieron después de la derrota. Habiéndose embarcado en aquel puerto pasó a Chipre, donde, juzgando por el estado presente de las cosas que sería tan dueño de cuanto pudiera apoderarse si con justo título lo poseyese, determinó asaltar a Egipto, y declarado enemigo de ambos reyes, estar pronto a ejecutar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser más conforme a sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar a los soldados esperanzándolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber había muerto Sábaces, gobernador de Egipto, en la batalla; lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los persas, los cuales estaban sin cabo, y que habiendo aborrecido siempre los egipcios a los gobernadores, los recibirían a ellos, antes como autores de su libertad que como a enemigos. Que la necesidad les precisaba a intentarlo todo; y que habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debían fiar más de las futuras que de las presentes. A cuyas persuasiones movidos, declararon a una voz que todos estaban prontos a ejecutar lo que dispusiese.

Y así, teniendo Amintas por más conveniente valerse de aquel ardor que dar tiempo a que se resfriase, entró en el puerto de Pelusio, como si le hubiese enviado delante Darío; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus tropas hasta Menfis. Los egipcios, pueblo ligero y más fácil a alterarse que a obrar acción alguna de consideración, movidos a la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos para echar de los presidios las guarniciones de los persas, los cuales, aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperanza de poder defender a Egipto. Pero habiéndolos derrotado Amintas en batalla, y obligádoles a que se retirasen dentro de la misma ciudad de Menfis, puso sitio a ésta y envió sus tropas a forrajear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas y no tuviesen enemigo de quien temer.

Mázaces, aunque reconoció a su gente perdida de ánimo después de aquella infeliz derrota, manifestándoles que los enemigos, ciegos con el feliz suceso de la victoria, se habían entregado enteramente al descuido y esparcido por todas partes, los esforzó cuanto le fue posible a que hiciesen una salida, y a que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió a la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepción de alguno, fueron muertos todos con su capitán; quedando por este medio vengados ambos reyes de quien había sido tan infiel al que le había amparado como traidor, al que como a su dueño debía guardar lealtad, y él con el castigo que merecía de uno y otro.

Los sátrapas de Darío que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos y alistado alguna juventud en la Paflagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lidia, de quien era gobernador Antígono, capitán de Alejandro. A éste a pesar de haber enviado al rey algunas tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los bárbaros que no excusó presentarles la batalla, en la cual no se mostró menos favorable que en las demás la fortuna, pues en tres combates que tuvieron en diversos lugares quedaron derrotados enteramente los persas, a cuyo tiempo derrotó la armada de los macedones, que venía de Grecia, a Aristómenes, enviado de Darío, para que recuperase la costa del Helesponto, y echó a pique sus bajeles.

Por otra parte Farnabazo, general de los persas, habiendo recogido el dinero que pudo de los milesios y puesto guarnición en la ciudad de Quíos, pasó con cien naves hacia la isla de Andros, y de allí a Sifno, y habiéndolas asegurado las condenó a una cantidad de dinero. Esta cruel guerra encendida por dos reyes los mayores de Europa y de Asia, para apurar cuál de ellos quedaría señor del universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta, porque Agis, rey de los lacedemonios, habiendo llegado a juntar ocho mil griegos, que fugitivos de Cilicia se habían retirado a su patria, hacía guerra a Antípatro, gobernador de Macedonia; y los cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones o macedonas o espartanas. Pero había inclinado los ojos la fortuna a una sola querrela, de cuyo suceso pendía la decisión de todas las diferencias del resto del mundo, y por ello los demás movimientos fueron de cortísima consideración.

CAPÍTULO 2

Pone Alejandro sitio a los tirios por no haberle querido admitir.

Sujeta enteramente Siria y Fenicia al poder de los macedones, sin que de toda ésta les quedase otra ciudad que no lo estuviese excepto Tiro, plantó el rey su campo en cierto lugar, a quien separa de aquélla sólo un corto brazo de mar. Parecióles a sus habitantes que hallándose aquella ciudad tan poderosa y celebrada por la primera de ambas provincias, sería más conforme a su reputación solicitar la alianza de Alejandro que sujetarse a su imperio. Con cuyo fin despacharon embajadores que le presentasen una corona de oro y llevasen en gran abundancia víveres y todo género de refresco. Admitió con gratitud el rey aquella demostración, y habiendo tratado con gran benignidad a los embajadores, les dio a entender deseaba, en cumplimiento del precepto del oráculo, hacer sacrificio a Hércules, a quien con más especialidad que a los demás dioses veneraban los tirios, y de quien los reyes de Macedonia creían descender. Respondiéronle que en cierto lugar, llamado «Palaetiro», fuera de la ciudad, había otro templo consagrado a Hércules, donde le podría hacer. No pudiendo Alejandro reprimir su indignación, en medio de su natural blandura les dijo colérico que si por hallarse en una isla despreciaban su ejército, esperaba mostrarles bien a prisa que estaban en tierra firme, y entrar, a pesar suyo, a fuego y sangre en su ciudad.

Despachados con esta respuesta los embajadores, no bastó ni ella ni las persuasiones con que procuraron sus aliados reducirlos a que abriesen las puertas a aquel conquistador, a quien se le habían sujetado Siria y Fenicia, para que dejasen sus ciudadanos resolverse a tolerar el sitio, fiados en la fortaleza de su situación. Entre la ciudad y la tierra firme se interpone un estrecho de mar de cuatro estadios de latitud, el cual, expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas, era el mayor obstáculo al intento que los macedones tenían de juntar la isla a la tierra firme. Pues no se podía llevar a ella material alguno sin gran dificultad, aun estando el mar en tranquilidad y bonanza, y todavía parecía tanto más imposible estando en borrasca. Entonces aun los reunidos quedan reducidos a estrago por los repetidos embates del refluo, sin que pueda haber máquina, por firme que sea, a quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado e inundan y abran las crecidísimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento.

A esta gran dificultad se añadía la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del mar, sumamente profundo allí, por cuya causa le sería imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si éstas y los instrumentos para hacerlo no se asestaban a alguna distancia sobre las mismas naos. Impedía también el muro que salía de hacia el mar que a pie firme se pudiese atacar de cerca y no servía de menor atraso la falta de bajeles con que estaba el rey y la facilidad con que podrían desde la ciudad rechazarlos (aun cuando los tuviese) si se llegasen a ella tiros de flechas, no pudiendo hacer efecto alguno de las máquinas que se armasen sobre ellas respecto de la agitación de las ondas.

A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente que aumentó la confianza de los tirios e inflamó más sus ánimos a la defensa. Este fue haber enviado los cartagineses embajadores a Tiro para hacer, a la manera de su patria, el sacrificio que repetían todos los años en reconocimiento de haber fundado a Cartago los tirios, a quienes honraban como a padres suyos. Estos, pues, esforzándolos a la vigorosa resistencia de aquel sitio, les ofrecieron pronto socorro, siéndoles fácil dárselo por hallarse entonces Cartago señora del mar.

Con que resueltos a defenderse hasta el último trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas e instrumentos de guerra, se armó la juventud y se les señalaron sus tiendas a los ingenieros, de que había grande abundancia en la ciudad, donde no se oía sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallábanse algunos garfios de hierro, a quienes llamaban harpagones, así como cuervos a ciertos instrumentos hechos para asir las máquinas de los enemigos, sin infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas.

Introducido el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere que al encenderlas el fuego, se veía correr por debajo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los tirios a favor suyo. Pero Aristandro, el más docto de los adivinos que entonces se hallaban, vio un

presagio de la ruina de la ciudad, cuando absorto y suspenso el rey de lo que había acaecido en su ejército partiendo un pan, del que brotaron algunas gotas de sangre, le aseguró del cuidado declarando que si la sangre corría por de fuera, sería infausto agüero para los macedones; pero que saliendo de él lo era para la ciudad contra quien intentaban poner sitio.

Sin embargo, considerando Alejandro que su armada se hallaba distante de allí, y lo que podría atrasar las demás empresas la dilación de aquel sitio, les ofreció la paz, por medio de enviados, a quienes contra el derecho de las gentes dieron muerte y arrojaron desde los muros al mar. A vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinación del sitio, se dedicó Alejandro con el mayor ardor a él.

Siendo empero preciso hacer antes el muelle que había de unir la ciudad a la tierra firme, desalentaba tanto a los soldados el ver la profundidad del agua, que pareciéndoles imposible llenarle sino milagrosamente: «¿Qué desmesuradas piedras (decían), ni qué crecidos árboles bastarán a conseguir lo que apenas podrán acabar infinitas legiones de gentes? Y que estando allí el mar en continua alteración, cuanto más se estrechase el paso entre la tierra firme y la isla, tanto más furiosas serían las borrascas.» Con todo, Alejandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus ánimos a aquella empresa, les hizo creer se le había aparecido en sueños Hércules, y que extendiéndole la mano y abriéndole las puertas le introducía en la ciudad. Después de lo cual y de haber ponderado la cruel atrocidad que habían cometido en sus enviados los enemigos, el desacato con que habían violado el derecho de gentes y cómo era aquella ciudad la que únicamente se había atrevido a interrumpir el curso de sus victorias, ordenó a los capitanes esforzaren a sus soldados y evitasen los corrillos y murmullos.

Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposición las cosas, dio principio a la obra, para quien se aprovecharon de las piedras que aún se conservan entre las ruinas de Palaetiro y de las maderas que suministró el monte Líbano, de quien cortaron cuantas fueron necesarias para las fábricas de navíos y torres.

Llegaba ya la obra a una considerable altura, si bien no igualaba con el agua, y cuanto más iba desviándose el muelle de la ribera hacia el mar, tanto más se hundía por la inmensa profundidad. De esta oportunidad se aprovechaban los tirios para arrimarse en sus chalupas y escarnecer y burlar a los macedones, a quienes decían que veían, no sin gran gusto, a aquellos conquistadores tan celebrados en el mundo, llevar a sus hombros los materiales para la fábrica, no de otra suerte que las bestias. Les preguntaban, en mayor ignominia suya, si por ventura era Alejandro más poderoso que Neptuno. Si bien estos ultrajes sólo servían de más estímulo para la presteza de los soldados, los cuales consiguieron por último, a fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco a poco se fuese extendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la ciudad.

Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la había ocultado el mar, iban con esquifes a reconocer el muelle, no enteramente perfeccionado, y cercándolo molestaban a los que se ocupaban en hacerlo. Herían, sin daño suyo, a muchos de los macedones, los cuales, no pudiendo estorbar que se acercasen y retirasen a sus esquifes libremente, se hallaron precisados a suspender la obra por acudir a su defensa. (23)

Reconociendo esto Alejandro, dio orden para que con diversos reparos se evitase el daño de los obreros y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar a los enemigos que se acercasen. Los cuales, armando por otra parte sus esquifes y arrimándolos a la ribera en parte donde no podían ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente y dieron muerte a algunos soldados que conducían la piedra, así como también en el monte Líbano los villanos árabes a cerca de treinta de los macedones que hallaron por allí desordenados, sin otros a quienes hicieron prisioneros.

CAPÍTULO 3

Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.

Estas pérdidas, si bien ligeras, y el deseo de que no se juzgase podía ser solo el sitio de una ciudad asunto capaz a ocupar todo su cuidado, sin darle lugar a otras empresas, obligaron a Alejandro a que, dejándolo a Crátero y de Perdicás, se encaminase con un ejército volante a Arabia.

Habiendo elegido los tirios, mientras estaba ausente, la mayor nao que tenían, y llenado su popa de arena y piedras para que levantase la proa, bien carenada de betún y azufre la echaron al mar, desde donde, surcando a velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle. Entonces pegaron fuego a la proa y se pasaron a las chalupas que habían llevado para este efecto. Encendiéndose inmediatamente el bajel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir a evitar el estrago los macedones, prendieron en las torres y en las demás obras que estaban sobre el muelle. En cuyo ínterin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habían pasado a ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo y cuanto les pareció capaz de alimentar el fuego. Éste, corriendo hasta lo alto de las torres con suma voracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los cuales perecieron unos miserablemente a su rigor, y se precipitaron otros, depuestas y abandonadas sus armas, al mar, donde viéndolos nadar los tirios, y queriéndolos antes cautivos que muertos, los herían y maltrataban con saetas y palos, hasta que, imposibilitados de defenderse, los metían en sus esquifes.

No fue sólo el fuego causa de tan considerable estrago; también tuvo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, a cuya recia impetuosidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fábrica con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron a caer las piedras y la mitad de la obra. Con que roto aquel cúmulo de ellas, sobre quien se reunía la tierra, se precipitó a lo profundo del mar todo el reciente edificio, sin que hallase Alejandro cuando volvió de Arabia algún vestigio de él, a cuyo tiempo se atribuían (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos a otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con más razón quejarse todos de la furiosa crueldad del mar.

Habiendo dado principio el rey a otro nuevo muelle, quiso que así como el antecedente estaba de lado contra el viento, le mirase de frente éste, a quien defendían las demás obras, las cuales quedaban como ocultas debajo de él, y que tuviese mayor extensión, que preservase las torres (fabricadas en medio) de los tiros de las flechas. Arrojaban, pues, con este fin al mar árboles enteros, cargados de sus ramas, a quienes cubrían de piedras, sobre las cuales plantaban otros, y sobre éstos un suelo de tierra y piedra que los cubría, y a él nuevos árboles, continuando de esta suerte aquella extraña fábrica, hasta que aumentada, quedó trabada y tan firmemente unida como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos.

No se descuidaban por su parte los sitiados, los cuales hacían cuanto les era posible por embarazar la prosecución del trabajo, a que les ayudaban no poco algunos que, nadando entre dos aguas, llegaban al muelle sin ser sentidos de los enemigos, y tirando hacia sí a gran fuerza con garfios de las ramas que salían por fuera de la obra, llevaban éstas tras sí cuanto tenían encima y dejaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo difícil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados ya, llegando a faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo a los demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo cual, hallándose Alejandro disgustado y dudoso en la resolución de continuar o levantar el sitio, le llegó de Chipre una armada y Cleandro con las tropas griegas, que había poco antes pasado por el mar a Asia, que unos y otros bajeles componían una de ciento ochenta velas. Dividióla en dos alas y embarcándose en la galera real, tomó la derecha y dio la siniestra a Pnitágoras, rey de Chipre, y a Crátero.

No se atrevieron los tirios, aunque tan poderosos en el mar, a presentar la batalla: opusieron sólo al enemigo con sus galeras abrigadas de sus muros. Pero no por esto dejó el rey de acometerlas y echarlas a pique todas, y de arrimarse el día siguiente con su armada a los muros, a quienes batió por todas partes con las máquinas y con los arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él

si se arruinase aquél. Sin embargo, cercados por todas partes respecto de llegar ya, en medio de los embarazos que pusieron, el muelle a tiro de saeta y de rodearle los muros la armada enemiga, eran a un mismo tiempo trabajados, así por mar como por tierra. A que se llegaba la disposición en que habían ordenado sus galeras de cuatro órdenes de macedones, los cuales uniendo unas con otras sus proas, habían cubierto todo el espacio que se interponía entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza que servían de puentes, sobre quienes se plantaban los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron a fuerza de remos hacia la ciudad cargando desde cubierto a los que defendían la muralla, respecto de servir las proas de parapeto.

Mediada la noche, ordenó se extendiesen en esta forma alrededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; a vista de lo cual, desesperados ya los tirios y sin saber qué hacerse, se empezó a cubrir repentinamente el cielo de nubes, que usurpaban aun aquella corta luz que suelen permitir en medio de su oscuridad las tinieblas. Alterado el mar se empezó poco a poco a embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que rotos los cables y maderos que los unían, y precipitados al fondo, arrastraban tras sí con espantoso fracaso los hombres; no siendo posible gobernar las galeras unidas unas con otras en tan furiosa tormenta, en la cual el soldado embarazaba al marinero, y el marinero al soldado; y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el más experimentado y diestro obedecía al menos experto, porque los patronos, acostumbrados a mandar siempre, desfavoridos entonces con el miedo de la muerte, sólo atendían a obedecer. Sin embargo, cedió por último el mar a los constantes esfuerzos de los remeros, los cuales parecía le arrebatában a viva fuerza las galeras, que por último, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera.

Arribaron en el mismo día a Tiro treinta embajadores de Cartago, más para dar esfuerzo que socorro a los tirios, con quienes se excusaron de no traerle, por estar los cartagineses en guerras dentro de su misma patria, en quien se hallaban precisados a pelear no menos que por la conservación de su reino por la defensa de sus vidas. Era cierto que los siracusanos, los cuales saqueaban y robaban entonces con poderoso ejército todo el África, se habían acampado muy cerca de los muros de Cartago. No perdieron empero los tirios el ánimo, en medio de ver frustradas sus mayores esperanzas, y enviaron sus mujeres y sus tiernos hijos a Cartago, esperando, aseguradas sus más queridas prendas, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refirió en junta general cierto ciudadano cómo se le había aparecido en sueños Apolo, a quien adoraban con especial culto, y mostrado que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los macedones, quedando en seco, se había convertido en bosque. Preocupados del miedo (aunque no era el autor digno de gran fe), inclinados a creer lo peor, aprisionaron la estatua de Apolo con una cadena de oro, la cual clavaron en el altar de Hércules, a quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Habían llevado allí desde Siracusa los cartagineses (tan cuidadosos siempre de exornar e ilustrar a Tiro con las presas y despojos de las ciudades que habían adquirido, como a la misma ciudad de Cartago) aquel simulacro, a quien colocaron en el mismo lugar donde reconocían su origen. Proponían algunos que se restableciese un sacrificio, desusado ya después de muchos siglos, y que no sé que pudiese ser acepto a los dioses. Reducíase éste a consagrar a Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrílega costumbre, recibida de sus fundadores y observada en Cartago hasta su destrucción, sin duda que se habría renovado entonces allí y cometido superstición tan bestial como opuesta a la naturaleza, a no haberlo embarazado la madurez y prudencia de los que por más ancianos conservaban en Tiro la primera autoridad.

Hallándose, pues, los tirios en aquel conflicto, en el cual suele mostrarse la necesidad más industriosa que el arte, dispusieron, demás de los instrumentos ordinarios, cierto género de invenciones, con que poder defenderse y ofender a los enemigos. Contra quienes para incomodar las galeras que se acercaban a los muros, unían ancoradas de cuatro brazos, hoces y manos de hierro a grandes vigas, las cuales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponían en lugar de flechas y las disparaban a los enemigos, cuyos maderos quebrantaban a unos, y cuyas áncoras y hoces, que

clavadas en ellos quedaban pendientes, despedazaban a otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con esto su industria, pasó a hacer ciertos escudos de alambre, los cuales introducidos en la fragua los sacaban de ella hechos ascua, y llenándolos de arena o de lodo hirviendo los arrojaban prontamente desde la muralla a los enemigos, a quienes era tanto más sensible este género de tormento, cuando pasándoles la arena ardiendo la cota y penetrándoles hasta la carne, los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallándose precisados para conseguirlo a arrojar las armas y a rasgar sus vestidos, en cuyo caso quedaban más expuestos a los golpes de los enemigos, los cuales con las áncoras, con las hoces y con las manos de hierro clavadas a las vigas arrebatában a sí a muchos de ellos.

CAPÍTULO 4

Apodérase por último Alejandro de Tiro, en quien hace considerable estrago su ejército.

Disgustado Alejandro de que la vigorosa resistencia de un sitio le dilatase su tránsito a Egipto, interrumpiéndole infelizmente el acelerado curso con que había corrido todo el Asia y malográndole la prosecución dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el sitio. Contrapesado empero con el descrédito de partirse sin haber conseguido designio en que se había empeñado, la corta probabilidad que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresión que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputación, la cual había contribuido aún más que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dejar en Tiro un testimonio de su mengua y de que podía ser vencido, resolvió hacer el último esfuerzo con mayor número de navíos, en quienes puso lo más escogido de sus tropas.

Mientras se disponía a su ejecución, se dejó ver acaso sobre las aguas una ballena de extraordinaria magnitud, la cual acercándose al muelle de los macedones, batiendo en él las alas y levantando aquella formidable corpulencia se dejó ver mejor de ambos ejércitos. Después de lo cual, sumergiéndose desde lo alto del muelle al mar, y ocultándose unas veces en él, y saliendo otras casi toda fuera del agua, se volvió a dejar ver por último, no lejos de las murallas de la ciudad, cuyo espectáculo fue de tan igual regocijo a los tirios como a los macedones. Decían éstos les había descubierto la ballena el camino por donde habían de dirigir su obra; y aquéllos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alejandro, había enviado aquel monstruo por mensajero de su venganza, la cual esperaban lograr bien aprisa con la ruina de todo aquel trabajo. Lo cierto es que los dejó tan gustosos aquel presagio, que lo celebraron toda la noche con festines y banquetes, de quienes salieron tan embriagados que al descubrirse el sol, embarcándose en sus bajeles, que habían coronado con guirnalda de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dejó aquel agüero.

En el ínterin el rey había ordenado su armada delante de la obra que miraba a Egipto, y dejado sólo treinta bajeles al opósito del puerto de Sidón, de los cuales tomaron dos los tirios, cuya presa ocasionó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alejandro los gritos de los suyos, hizo volver su armada hacia la parte del ruido, donde, como la más ligera, llegó primero que las otras la Real, compuesta de cinco órdenes de remos. Luego que la vieron los tirios enviaron dos galeras suyas a que la embistiesen. Bogaba la Real contra una de ellas, a quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espolón; y si bien la que había quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando una de las galeras del rey de tres órdenes de remos, fue tan terrible el choque que descargó en ella que arrojó al patrón de lo alto de la popa al mar; a cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras macedonas y el mismo rey, recuperada, no sin trabajo, la galera que se les había tomado, se retiraron los tirios hacia la ciudad con toda la armada.

Siguiólos el rey; y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedirselo las innumerables flechas que le arrojaban desde los muros, apresó o echó a pique casi todos los bajeles. Pasado esto, concedió Alejandro a sus tropas dos días de descanso, después de los cuales, y de haber hecho que su armada y las máquinas se acercasen al muro, subió a una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo como peligro de su persona, respecto de que, reconociéndole

inmediatamente por sus reales insignias y por la riqueza de sus armas, fue el blanco de las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí y de que las advirtiesen todos; dio muerte a lanzadas a muchos que defendían la muralla, y, acercándose más a ésta, derribó dentro de la ciudad a cuchilladas a unos, y precipitó al mar a golpes de su escudo a otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatía.

Ya sus principales defensas, desmoronadas a los repetidos e impetuosos golpes de los arietes, caían en tierra; ya la armada había ganado el puerto, y ya los macedones estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los cuales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huían unos a los templos, implorando el socorro de los dioses y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte; arrojándose otros sobre los mismos enemigos, resueltos a vender a buen precio sus vidas: la mayor parte, subiéndose a los techos, arrojaba en los enemigos piedras y cuanto hallaban para ofenderlos. Mandó el rey que, preservados los que se habían refugiado a los templos, fuesen todos los demás muertos y sus casas abrasadas. Cuya orden en medio de haberse publicado, no bastó a obligar a ninguno de cuantos traían armas a que se rindiese a recurrir a los templos; los cuales llenaba crecido número de mujeres y de niños únicamente, así como ocupaban los umbrales de sus casas los más ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los soldados.

Los sidonios que se hallaban en el ejército de Alejandro, y habían entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponían tener con los tirios, por creer, igualmente que su ciudad de Sidón, la de Tiro, fundación de Agenor, libraron a muchos, a quienes embarcaron ocultamente en sus bajeles y los pasaron a Sidón. Por este oficioso engaño se preservaron de la saña del vencedor hasta quince mil; pudiéndose inferir cuál sería la mortandad y el estrago, de haberse hallado dentro de las murallas de la ciudad seis mil despedazados. En medio de lo cual, no habiéndose templado aún la indignación del rey, ofreció a los vencedores un espectáculo horrible y cruel aun a sus mismos ojos. Componíase éste de dos mil hombres, a quienes, habiendo satisfecho y apurádoselos la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar y fijar a orillas del mar. Perdonó empero a los embajadores de los cartagineses, aunque declarándoles la guerra, que por entonces difería respecto de la ocurrencia presente de las cosas.

De esta suerte se hizo Alejandro dueño de la ciudad de Tiro después de siete meses de sitio. Su antiguo origen y las frecuentes variedades de su fortuna la han hecho célebre a la posteridad. Fundóla Agenor, y fue por largo tiempo, no sólo señora del mar vecino, sino de todos los demás que penetraron sus proas. Y si hemos de dar crédito a la fama, los tirios fueron los primeros que inventaron las letras o que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es que sus colonias se dilataron casi por todo el universo: a Cartago en África, a Tebas en Beocia, y a Cádiz en las riberas del Océano. O por haber tenido, como creo, tan grande jurisdicción en el mar, y navegado con tanta frecuencia por tan desconocidas tierras a las demás naciones, eligieron lugares cómodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entonces; o como algunos quieren, porque, trabajados los habitantes de los recios temblores de tierra a que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados a buscar por medio de las armas nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el día de hoy de la felicidad de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven a florecer los estados, y del más seguro reposo, debajo de la protección dichosa del imperio romano.

CAPÍTULO 5

Escribe Darío a Alejandro con más urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia. Presentan los griegos a Alejandro una corona de oro. Reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.

Casi al mismo tiempo recibió Alejandro otra carta de Darío en que ya le trataba como a rey; ofrecíale en casamiento a su hija Estatira, y en dote cuanto se contiene entre el Helesponto y el río

Halis, sin reservar más que las tierras que miran al Oriente. Pedíale que, en caso de no admitir estos ofrecimientos, se acordase de la inestabilidad de la fortuna y de que cuanto más colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto más expuestos están a la envidia, que concita ésta contra ellos. Representábale cuánto temía que no de otra suerte que los pájaros, a quienes elevaba su natural ligereza a las nubes, se dejase llevar del viento de una desmesurada y loca ambición, a que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo acción más difícil que la de saberse gobernar en la edad que tenía, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese que en medio de las pérdidas recibidas le quedaban aún fragmentos de su naufragio; que no siempre había de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas, pues era preciso que alguna vez saliese a espacioso campo, donde no podía dejar de avergonzar a Alejandro el corto número de sus soldados. Que aún tenía que pasar el Eúfrates, el Tigris, el Araxes y el Hidaspes, cuyos ríos eran como antemurales de su imperio. Y que aun cuando los pasase felizmente, debía considerar el tiempo que consumiría en penetrar Media, Hircania, Bactria y los Indios del Océano, el que le costaría sujetar a los sogdianos y a los aracosios, pueblos cuyos nombres apenas eran conocidos, y a tantas naciones confinantes con el Cáucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias (necesitando aún para pasar seguramente por ellas de largos años) se envejecería en sólo hacerlo. Y últimamente, que dejase de llamarle, porque si iba a él, sería para ruina suya.

Respondióle Alejandro que no podía dejar de extrañar ofreciese lo que no tenía, y que dividiese (como pudiera si lo poseyese) lo que enteramente había perdido; pues le prometía Lidia, Jonia, Eolia y toda la costa del Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias, cuando por vencedor debía él darle la ley y recibirla Darío como vencido. Que si sólo él ignoraba cuál de los dos era el dueño, se lo enseñaría en una batalla. Que cuando pasó el mar no limitó sus empresas a Cilicia o a Lidia, cuyas conquistas serían a la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato, pues se dilataban a Persépolis y a reducir debajo de su obediencia Bactras, Ecbatana y los últimos términos del Oriente. Que tuviese por cierto que a cualquiera parte que huyese le había de seguir, y que así no pensase acobardar con sus ríos a quien había surcado tan dilatados mares.

Esta fue la sustancia de lo que ambos reyes se escribieron. En tanto los rodios, franqueando las puertas de su ciudad a los vencedores, se la entregaron a Alejandro, el cual había dado antes el gobierno de Cilicia a Sócrates, y a Filotas el de todas aquellas tierras que se ofrecen en los contornos de Tiro. Dejó Parmenión a Andrómaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al rey, el cual, habiendo ordenado a Hefestión, general de la armada, costease por la Fenicia, tomó con todas sus tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallándose próximo el día que los griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos ístmicos, a quienes concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron en él los griegos, naturalmente lisonjeros e inclinados a acomodarse al tiempo, enviar doce embajadores al rey con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que había obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia; siendo así que habiendo dado poco antes oídos a cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la guerra para no separarse de la parte a que viesen se inclinaba la fortuna.

No sólo rendía el rey a su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino también sus gobernadores, esclarecidos capitanes, hacían por su parte admirables progresos. Apodérase Calas de Paflagonia, y Bálacro, después de haber roto a Idarnes, sátrapa de Darío, de la ciudad de Mileto; redujeron Anfótero y Hegélico, con una armada de ciento sesenta velas, a la obediencia de Alejandro todas las islas que están entre Acaya y Asia, y se apoderaron de Ténedos, donde fueron llamados de sus habitantes. Resolvieron hacer lo mismo de Quíos, pero habiendo preso Farnabazo, pretor de Darío, a los principales de la facción de los macedones, dejó la ciudad, aunque sin la guarnición que necesitaba, al cuidado de Apolónides y de Atanágoras, que seguían su partido. No por esto desistieron del sitio los capitanes de Alejandro, fiados más en el afecto de los habitantes que en sus propias fuerzas. Su confianza no les salió vana, pues habiéndose movido cierto disgusto entre Apolónides y los capitanes de la guarnición, les facilitó el desorden que causó el que se apoderasen de la ciudad. En la cual, habiendo derribado las puertas los que tenían inteligencia con

los macedones, hicieron entrar a Anfótero y a Hegéloco con sus tropas, y juntándose a ellos, después de haber muerto la guarnición, se apoderaron de Farnabazo, de Apolónides y de Atanágoras y los entregaron a los vencedores, así como también doce galeras de tres órdenes con sus remos y soldados, treinta navíos con algunos vasos de corsarios y tres mil griegos que estaban a sueldo de los persas. Reclutáronse con los soldados las compañías, y habiendo castigado los piratas, pusieron en las galeras del rey a todos los forzados.

Sobreviniendo acaso allí a la primer vigilia de la noche Aristonico, tirano de Metimna, se presentó, ignorante de lo que pasaba en Quíos, con algunas fragatas a la boca del puerto, e hizo saber a las guardas que iba a ver a Farnabazo. Respondiéronle éstas estaba recogido, y que por entonces no lo podía hacer, pero que pues era amigo suyo entrase en el puerto y que al día siguiente le vería. Ejecutólo así Aristonico, a quien siguieron diez bergantines de piratas, pero apenas lo hubieron hecho cuando cerraron las guardas el puerto y los hicieron a todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desde allí los macedones a Mitilene, que Cares el Ateniese había tomado poco antes, hallándose en ella con dos mil persas; pero no siendo bastantes fuerzas éstas para mantener un sitio, rindió la ciudad, capitulando habían de salir libres, y se retiró a Imbro; los vencedores perdonaron a los ciudadanos.

CAPÍTULO 6

Mientras Darío se dispone para la guerra toma Alejandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente a Betis, su gobernador.

Habiendo perdido Darío las esperanzas de la paz, que había creído alcanzar por medio de sus cartas y de sus embajadores, volvió a juntar todas sus fuerzas y se dispuso para la guerra, con cuyo fin ordenó a sus capitanes hiciesen la masa del ejército en Babilonia, y a Beso, sátrapa de Bactria, que alistando al mayor número de gente que le fuese posible la condujese allí. Tienen los bactrianos entre todas aquellas naciones el primer crédito de soldados y demás bárbaros, así por no haber participado de la delicadeza de los persas, como porque en imitación de los escitas, vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos y que sólo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dio sobrada ocasión para que el rey quedase poco seguro de su fidelidad, levantando el ánimo a las esperanzas del reino, a que no podía dejar de aspirar sino por medio de alguna traición.

En tanto Alejandro hacía todas las diligencias posibles por saber el paraje a que se había encaminado Darío, aunque sin ningún fruto respecto de la inviolable observancia con que los persas conservan ocultas las resoluciones de sus príncipes, cuyo secreto no son poderosas a romperle ni las mayores promesas ni las más rigurosas amenazas, y cuya infracción se castiga por antigua ley del reino con graves penas. Por lo cual entre ellos se tiene por incapaz de que se le fíe cosa de importancia al que no sabe callar, por contravenir a lo que parece quiso la naturaleza fuese lo más fácil de observar en el hombre. Alejandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso sitio a Gaza, en quien se hallaba por gobernador Betis, cabo de tan gran valor como fidelidad a su rey, el cual con cortísimas fuerzas defendía una plaza que necesitaba de considerable presidio.

El rey, después de haber reconocido su situación, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debajo de tierra, a que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por allí el mar vecino gran cantidad de arena mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos que dificultasen el ahondar, y que éstos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del enemigo, con cuyo fin hizo acercar las máquinas hacia la ciudad como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino el transporte de las torres, cuyas ruedas encallándose en aquellos crecidos arenales, donde ni podían dar vuelta ni caminar sin grandes vaivenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados sin poderse defender, no costándoles menos trabajo el retirar sus máquinas que el que les tuvo el conducirlos.

Por lo cual, habiendo mandado el rey tocar a retirar, ordenó el día siguiente a sus soldados que

cercasen la ciudad; antes de lo cual, sacrificando al amanecer a los dioses, según el estilo de su patria, e implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dejó caer en la cabeza de Alejandro un terrón, que inmediatamente se deshizo todo, y pasándose luego a la torre más próxima, en la cual, dada toda de betún y de azufre, se embadurnó de suerte las alas de uno y otro, que fue fácil el cogerle. Pareció el caso a todos digno de consultarlo con los adivinos, y no menos a Alejandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenía el primer crédito entre los adivinos, respondió: Que tomaría Alejandro la plaza, pero que corría riesgo de ser herido, y que así, le aconsejaba dejase pasar aquel día sin intentar nada. Por lo cual el rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrasase una ciudad sólo su tránsito a Egipto, tuvo por bien conformarse con el adivino y ordenar que se retirasen sus tropas; a vista de lo cual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la ocasión, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente como la habían empezado, porque al punto que vieron les hacían rostro los macedones empezaron a aflojar.

Habían llegado ya los gritos de los combatientes a oídos de Alejandro, el cual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiéndose armado de su coraza, a instancia de sus validos, contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente a ponerse al frente de sus banderas. Apenas fue descubierto, cuando cierto árabe, soldado de Darío, emprendió una acción de mayor osadía que la que correspondía a su nacimiento; éste, habiendo ocultado un puñal debajo de su escudo, y arrojándose a los pies del rey, como si se le rindiese, después de haberle hecho levantar, y dado orden para que fuese recibido en sus tropas, pasando el bárbaro diestramente el puñal a la mano derecha, le tiró a la cabeza del rey, de cuyo golpe pudo librarse torciéndola algo; pero no el bárbaro de la prontitud con que castigó su desacato, cortándole de una cuchillada la mano que le había errado, creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, a lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se verificó poco después la predicción del sueño, pues combatiendo entre los primeros fue herido de una flecha, que pasándole el arnés le penetró la espalda, de donde sacándose la Filipo, su médico, arrojó gran cantidad de sangre, no sin admiración de todos respecto de no poder reconocer, por impedirlo las corazas, la parte por donde había entrado la saeta.

El rey, sin alterarse ni mudar de semblante, mandó que se restañase la sangre, y que se le vendase la llaga, y de esta suerte, o disimulando el dolor, o venciéndole, se mantuvo por largo espacio delante de sus escuadrones; pero volviendo a correr con mayor abundancia la sangre que en virtud de la curación se le había detenido, y empezándosele a inflamar la llaga, que hasta entonces no le había ocasionado grandes dolores, por no haber llegado a enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pie, le retiraron los suyos a su real. Con cuya acción, teniéndole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante a la ciudad. Mas el rey, sin esperar a asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma que igualase con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron también los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien no llegando a igualar con las torres que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saetas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibían con las minas, las cuales, derribando el muro, facilitaron con sus ruinas la entrada a los soldados.

Hallóse de los primeros en el asalto el rey, a quien, adelantándose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna que se la dejó bastantemente lastimada; si bien afirmándose en su dardo, en medio de no tener aún cerrada la otra herida, no dejó de combatir de los primeros, colérico de haber recibido en este sitio dos. Cargado Betis de heridas, después de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas no por esto dejó de mantenerse con el mismo valor que mostró desde el principio y de conservar sus armas teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que, oprimido de todas partes y sin querer rendirse, le tomaron en brazos y se lo llevaron al rey. El cual, olvidado de la generosa magnanimidad con que había aplaudido

hasta allí, aun en sus enemigos, su valor e ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegría indigno de sí, «¡Morirás, oh Betis, (le dice) no como lo has deseado, porque antes has de padecer cuantos tormentos puede inventar contra un prisionero la más cruel venganza!» Pero él, mirando al rey con tan constante como airado semblante, no dio respuesta alguna a sus amenazas, de que más indignado el rey, a grandes voces, «Mirad (les dice a los suyos) la arrogancia y obstinación con que calla. ¿Habéis por ventura visto que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostración de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, o cuando no pueda le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos.»

Finalmente, pasando a rabia la ira, y empezando a convertir con la nueva fortuna en bárbaras y extrañas sus loables y antiguas costumbres, le mandó (conservando aún algunos vitales alientos) agujerear los talones, por donde, introducidas unas correas, fue amarrado a un carro y arrastrado por unos caballos alrededor de la ciudad, con tan gran gusto como vanagloria del rey, por imitar en aquel cruel combate a Aquiles, de quien se suponía descendiente.

Quedaron en aquel combate, entre árabes y persas, cerca de diez mil, cuya victoria compraron a precio de no poca sangre los macedones, y cuyo sitio fue célebre, no tanto por la defensa de la plaza cuanto por las heridas del rey. Éste, deseando sumamente pasar a Egipto, despachó a Amintas a Macedonia con diez galeras para que hiciesen levadas de soldados, porque si bien había obtenido tan considerables victorias y logrado felizmente cuanto había intentado, no dejándole de consumir sus fuerzas, fiaba más de los soldados de su nación que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

CAPÍTULO 7

Pasa Alejandro a visitar el templo de Júpiter Ammón, a cuyo oráculo hace varias preguntas.

Los egipcios, a quienes había muchos años que les era molesta la grandeza de los persas por su avaricia y orgullo, a la fama de la venida de Alejandro empezaron a sacudir el yugo que les tenían impuesto, no siendo extraño que entonces lo hiciesen cuando habían recibido poco antes a brazos abiertos los tróficos y al traidor Amintas. Y creyendo pasaría el rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero tomando otro camino, llegó a los siete días de haber partido de Gaza a aquella comarca de Egipto, llamada el día de hoy el Campamento de Alejandro, de donde habiendo enviado casi toda la infantería hacia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus tropas. Quedaron los persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egipto, que no le esperaron. Aún no había llegado a Menfis cuando Mázaces, gobernador de aquella ciudad, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Darío.

Pasó de Menfis por el mismo río a las últimas partes de Egipto, y después de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el oráculo de Júpiter Amón. Era ésta una jornada sumamente trabajosa, aun a quien la hiciese con menos tropas y sin el mucho aparato que llevaba Alejandro, por la gran sequedad que padece aquella región, tan poco favorecida del cielo como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino; también causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiéndose a cada paso en ella los pies, no se sacan sin gran trabajo.

Representaban los egipcios todas esas dificultades a Alejandro, aumentándosele aún más de lo que eran. Pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, a quien creía o quería que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza a que en lo humano se había elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen y descendió por el río a la laguna Mareotis, donde le llevaron los embajadores de los habitantes de Cirene algunos presentes, pidiéndole la paz y que se sirviese de entrar en sus ciudades; admitiéndolos, y habiendo hecho alianza con ellos prosiguió su camino. Parecióles tolerable la primera y segunda

jornada, por no haber entrado aún en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero cuando se hallaron en sus vastas campañas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso piélago) la vista hacia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se le ofrecía en quien se descubriese árbol ni señal alguna de menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres se había consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegábase a esto el intensísimo ardor del sol, que lo abrasaba todo, y de quien partícipe el aire, no permitía aún la respiración sin la fatiga de alguna congoja.

En medio, pues, de este conflicto, o acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes, que dilatándose por todo él ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque falto de agua, si bien habiendo descargado crecida lluvia hicieron todos provisión, hallándose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas las recibían como caían en ellas.

Cuatro días gastaron en pasar aquellos desiertos y llegar al sitio del oráculo, en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces cuando éste caminaba a paso lento, y adelantándose otras como para servirle de guía hasta que llegó al templo del dios. Donde es digno de admiración que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol; riéganlos y fecúndanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera.

Los que lo habitan por la parte que mira al Oriente confinan con la Etiopía, y los que lo pueblan por la que está al Mediodía, con los árabes, llamados trogoditas, cuyas tierras se extienden al mar Rojo. A la parte del Occidente moran otros etíopes llamados simuos, y a la del Septentrión los nasamones, gente acostumbrada a insultar con correrías las costas de la gran Siria y enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que teniéndolas sitiadas y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan fácilmente cuando el mar se retira de las embarcaciones que quedan en seco.

Los moradores de este impenetrable territorio, llamados hamonios, habitan en cabañas separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fue de los antiguos reyes; en la segunda los cuartos de sus mujeres, de sus hijos y de sus concubinas, y también el del oráculo del dios, y en la última los arqueros y las demás guardas del rey. Ofrécese otro oasis de Amón, en medio del cual corre una fuente, a cuya agua llaman del sol. Está al amanecer tibia, y fría a medio día, desde cuyo extremo pasa a calentarse a proporción del curso de la tarde, hasta que llega a media noche a hervir, y desde ésta empieza a disminuir su calor conforme se va acercando el día, en cuya alternación continúa siempre.

No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar a los demás dioses; compónense de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan a él los sacerdotes cuando le consultan un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata pendientes de ambos lados. Síguelos grande acompañamiento de mujeres y de doncellas cantando ciertas canciones groseras a su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio a Júpiter y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan.

Habiéndose adelantado el rey al templo, le llamó su hijo el más antiguo de los sacerdotes, asegurándole le concedía este honor Júpiter su padre. Respondióle Alejandro, olvidado de su naturaleza, que le admitía y reconocía por tal; y pasando a preguntarle si le tenía destinado para dueño del universo. Tan preocupado el sacerdote de la lisonja como el rey de la vanidad, le aseguró que sí. Solicitó después saber de él si habían sido castigados todos los que fueron cómplices de la muerte de su padre. Mostrando escandalizarse el sacerdote, le dijo que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Filipo habían satisfecho las penas de su delito, añadiendo que permanecería invencible hasta que pasase a ocupar el lugar que tenía destinado entre los dioses. Una vez concluyó

con su sacrificio, tras hacer magníficas ofrendas al dios y considerables mercedes a los sacerdotes, permitió que consultasen también al oráculo los primeros señores de su corte, los cuales sólo se contentaron con preguntarle si les aconsejaba hiciesen honores divinos a su rey. A que respondió el sacerdote que sería muy acepto a Júpiter que venerasen como a Dios a príncipe tan invencible.

Verdaderamente que aun a quien hubiere juzgado más favorable el oráculo no puede dejar por falsas imposturas todas estas respuestas, ni de reconocer cuánto más indignos quedan los hombres de la gloria a que aspiran cuando enajenados de sí con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió a Alejandro, el cual, pensando hacer más glorioso su nombre con la divinidad del título de hijo de Júpiter, no sólo permitió se lo llamasen, sino lo mandó con orden expresa, oscureciendo la fama que le habían granjeado sus esclarecidas empresas por los mismos medios con quienes creyó acrecentarla. Los macedones, que aunque sujetos por largo curso de años a monárquico imperio mantenían alguna apariencia más de libertad que los otros pueblos, en vez de oponerse a aquel delirio, asintieron a él con mayor indiscreción de la que convenía a la reputación de su príncipe y suya. De esto empero trataremos en su lugar, por concluir aquí lo que nos resta.

CAPÍTULO 8

Fundación de Alejandría en Egipto y diversas expediciones de Alejandro.

Habiendo llegado Alejandro, de vuelta del templo de Júpiter Amón, a la laguna Mareotis, cercana a la isla de Faros, y observada la situación del lugar, resolvió dar principio en aquella isla a la fábrica de una ciudad; pero pareciéndole muy corta para la grandeza que deseaba tuviese, eligió el sitio donde yace hoy Alejandría, la cual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio que hay entre las lagunas y el mar, y dejando delineada una muralla de ochenta estadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Menfis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver Egipto y Etiopía, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso palacio de Memnón y de Titono, le llevaron casi de la otra parte de los términos del sol; pero no permitiéndole tan inútiles jornadas las disposiciones de la próxima guerra, la cual era preciso que fuese más cruel y sangrienta que lo había sido hasta allí, dio el gobierno de Egipto al rodio Esquilo y al macedonio Peucestes, con cuatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnición en las plazas, y dejó treinta galeras en Polemón para defender las entradas del Nilo.

Nombró poco después a Apolonio por gobernador de la parte de África que está contigua a Egipto, y a Cleómones para que cobrase los tributos de aquellas dos provincias; y habiendo ordenado a las ciudades cercanas que pasasen a habitar a Alejandria, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo.

Refiérese que al tiempo que se disponía el diseño de las murallas que se habían de hacer, sobrevino gran cantidad de pájaros, los cuales se comieron todo el engrudo que se había prevenido para él, cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos a infeliz presagio para la ciudad, lo declararon por muy favorable los adivinos, asegurando denotaba que vendrían a socorrerse a ella de todas partes, y que alimentaría muchas provincias y naciones.

Mientras el rey hacía su jornada por el río, deseoso de seguirle Héctor, hijo de Parmenión, el cual se hallaba en lo mejor de su juventud y muy en la gracia de Alejandro, se entró en su bajel, que llevando más carga de la que debiera, se fue a pique con todos los que iban en él. Disputó aquel joven por largo espacio su vida con las ondas, por el gran estorbo que le eran los vestidos, habiéndosele enredado, para que pudiese nadar; con todo, ganó a esfuerzos de su industria y pujanza la ribera, pero llegando a ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento que el temor y el peligro le habían, no sin gran violencia, embargado, no habiendo allí persona alguna que pudiese socorrerle, por haberse librado los demás en la ribera contraria, rindió por último el espíritu. Sintió el rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones y las magníficas exequias que mandó hacerle, luego que fue descubierto su cuerpo. Este disgusto aumentó la noticia

de la muerte de Andrómaco, gobernador de Siria, a quien los samaritanos quemaron vivo; de cuya maldad irritado Alejandro partió contra ellos a toda diligencia; pero habiéndole entregado los cómplices luego que llegó, y hecho que se ejecutase en ellos el castigo que merecían, proveyó en Memnón aquel gobierno.

Expuso también los tiranos, y entre otros los de Metimna, Aristonico y Ersilao al furor de los pueblos a quienes habían oprimido y muerto, después de haber ejecutado en ellos todo género de tormentos, en venganza de los ultrajes que les hicieron. Dio después audiencia a los embajadores de Atenas, de Rodas y de Quíos.

Manifestáronle los atenienses su regocijo por la victoria que había obtenido, pidiéndole diese permiso para que los prisioneros griegos volviesen a sus ciudades, y quejáronse los rodios y quios de sus guarniciones. Condescendió a los ruegos de todos, y atendiendo a la fidelidad con que se habían señalado en servicio suyo los de Mitilene, les volvió sus rehenes, aumentó sus límites y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud a los reyes de Chipre la merced que le mereció la fineza de haber preferido su amistad a la de Darío, y la de haberle socorrido en el sitio de Tiro. Después de lo cual envió a Anfótero con una escuadra en socorro de la isla de Creta y de las muchas plazas que tenían sitiadas los persas y algunos piratas, ordenándole se aplicase primero a limpiar el mar de los corsarios que aprovechándose de la oportunidad que les ofrecía el empeño y guerra de ambos reyes infestaban aquellas costas. Ejecutado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro a Hércules Tiro, y partiendo en seguimiento de Darío tomó su marcha hacia el Eúfrates.

CAPÍTULO 9

Llega Darío a Arbela y bien a pesar suyo pasa Alejandro el Eúfrates y el Tigris.

Noticioso Darío de la partida de su enemigo de Egipto a África, se hallaba dudoso en la resolución de mantenerse en la comarca de Mesopotamia o de pasar en persona a las provincias más retiradas de su reino para animar a la guerra a aquellos distantes pueblos a quienes con corto fruto solicitaban sus capitanes. Asegurado, empero, por personas dignas de crédito de que la determinación de Alejandro era de seguirle con todas sus fuerzas a cualquier lugar donde se encaminase, y conociendo lo importante de la empresa y el valor de su enemigo, dio para que se juntasen en Babilonia todas las tropas que esperaba. Estábanlo ya los bactrianos, los escitas y los judíos, con otras naciones que no se habían hallado en la última batalla; si bien componiéndose su ejército de tanto mayor número que el que tuvo en Cilicia, faltaban a muchos armas, por quienes se hacían las más vivas diligencias.

La gente de a caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras y enjaezados de lo mismo sus caballos, así como prevenidos de espada y rodela los que hasta entonces no habían llevado más armas que los dardos. Distribuyéronse muchas cuerdas de caballos entre la infantería para que los domasen y se aumentase con ellas la caballería, mucho más crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenían puesta toda su confianza aquellas naciones y asegurado el mayor terror del enemigo. Salían de lo alto del timón cierto género de lanzas de hierro en punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas fijadas en el yugo, así como entre los rayos de las ruedas muchos dardos cuyas puntas salían fuera, y en el cerco muchas hoces, hacia arriba unas y hacia abajo otras, para que cuando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en cuanto encontrasen.

Con tal ejército, ordenado en esta forma, partió de Babilonia. Tenía el Tigris a la mano derecha, a la siniestra el Eúfrates y todas las campañas de Mesopotamia cubiertas de sus tropas. Habiendo, pues, pasado el Tigris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar a Satropates, coronel de la caballería, con mil caballos escogidos, y dio seis mil a Mazeo, gobernador de la provincia, para que embarazase el paso del río y asolase y quemase todo el territorio por donde había de pasar Alejandro, a quien creyendo sin más prevenciones para la subsistencia de su ejército que las que robaba, esperaba vencerle por medio del hambre, en que se engañaba, por lo bien

abastecido que se hallaba de todo género de víveres que así por tierra como por el Tigris le llevaban. Llegó, pues, a la villa de Arbela, a quien hizo célebre después su ruinas habiendo dejado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje, mandó hacer un puente sobre el río Lico, por quien pasó su ejército en cinco días, como lo había hecho antes por el Eúfrates. Después de lo cual y de haberse alejado casi ochenta estadios, acampó a la orilla del río Bumelo, cuyo terreno no podía ser más cómodo, así para ordenar en batalla su ejército, como para las escaramuzas de la caballería y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña ni matorral alguno que lo embarazase, habiendo hecho allanar e igualar lo que no lo estaba.

No acababa Alejandro de dar crédito a los que le aseguraban lo numeroso de aquellas tropas, hasta que empezó de lejos a divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas cuantas bastasen a formar aquel numerosísimo ejército, después de una rota tan considerable como la que había tenido; pero despreciando con su invencible valor a quien cedían los mayores peligros aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once días de marcha a alojar sobre el Eúfrates, donde habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasase primero su caballería, a quien siguió su falange, sin que se atreviese a estorbárselo Mazeo, en medio de haberle enviado Darío antes con seis mil caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos días a sus soldados, no tanto para que en ellos se entregasen al reposo, cuanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Darío, recelando no se retirase a lo más remoto de su reino, y le obligase a seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos en quienes era preciso le faltase cuanto necesitaba para mantener su ejército.

Llegó, pues, en cuatro días al Tigris, a quien pasó junto a Arbela, en cuyo territorio permanecía aún por la otra parte del río el humo del incendio que había introducido Mazeo, con tan universal ruina como la que pudiera causar el mismo enemigo. El humo era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viese el camino, puso a Alejandro en recelo de que fuese prevención para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó a hacer alto; pero habiéndole asegurado sus corredores no tenía que temer, envió a reconocer el vado del río, cuyas aguas llegaban a la entrada a los ijares de los caballos y hasta los cuellos en medio de él. Es el más rápido e impetuoso de todos los ríos del Oriente, así por hacer más caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras que tiene; causa por la cual le pusieron los persas el nombre de Tigris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la infantería en medio de dos alas de caballería, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en las cabezas. Pasó Alejandro a pie entre la infantería, y fue el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado a los soldados; los cuales, así por las piedras en que resbalaban como por la impetuosidad de la corriente que los arrebatava, apenas podían sostenerse sin gran trabajo.

Mayor, empero, era el de los que conducían sus bagajes, pues no bastando a valerse a sí, libres de todo embarazo y pudiendo hacerlo menos con aquel estorbo, los impelía lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas, las cuales fluctuando por una y otra parte del río, eran causa de que muchos cayesen y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocía suyo, fuese aún mayoría fatiga y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otro que el que les causaba el río. Mandábales el rey en altas voces que salvaran sólo las armas y abandonasen lo demás; pero ni su consejo ni sus órdenes podían percibir: tan grande era el ruido, tanto el alboroto.

Pasaron, finalmente, por donde el río con menos rápido curso descubre el vado, sin otra pérdida que la de un poco de bagaje, siendo cierto que si entonces hubiesen cargado en aquel ejército los enemigos, le habrían derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del rey separó de allí a los enemigos, defraudándoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel río con la misma dicha que había pasado el Gránico a vista de innumerable muchedumbre de infantería y caballería que le esperaba en la ribera, y vencido crecido número de enemigos en las rocas de Cilicia, la cual pudo disculpar la osadía con que se arrojaban a los peligros, y hacer que asegurados de la continuada prosperidad que experimentaban, se atribuyese

más que a temeridad a confianza su excesivo ardor.

Mazeo, empero, que como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el río hubiese cargado en ellos, contento con enviar delante mil caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el rey, despachó a toda diligencia a Aristón, coronel de la caballería peonia, para que los acometiese, no llegó hasta que se habían puesto en marcha. Fue, sin duda, famoso aquel combate en que se señaló con ilustres acciones el valor de Aristón, el cual enderezándose al sátrapa que mandaba la caballería de los persas, le pasó la lanza por el gaznate, siguiéndole como a fugitivo por en medio de los enemigos le derribó del caballo, y habiéndole cortado, a pesar de su resistencia, la cabeza y vuelto a unirse con las demás tropas, la ofreció con gran gloria suya a los pies del rey.

CAPÍTULO 10

Amedrenta y turba a los soldados de Alejandro un eclipse de luna, pero él los asegura y esfuerza por medio de los adivinos de Egipto. Pone en fuga a los persas que assolaban y destruían por todas partes. Muere la mujer de Darío, prisionera, de la tristeza, y llora Alejandro su desgracia. Sospechas, sentimiento y votos de Darío.

Habiendo acampado el rey allí dos días, ordenó al siguiente estuviesen prontos todos a la marcha; pero empezando la luna a la primera vigilia de la noche, hallándose el cielo claro y sereno, a perder el esplendor de su natural belleza y a manifestarse poco después manchada y como teñida en sangre, quedando por último cubierta y obscurecida del todo su luz, causó en el ejército tan religiosa conmoción aquel imprevisto accidente (sobreviniendo en ocasión de estar para darse tan sangrienta batalla y cuyo suceso tenía a todos en bastante cuidado), que pasando a desmesurado pavor, prorrumpan los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo «que el cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que contra la voluntad de los dioses, y a pesar de la suya, los llevaban a los últimos términos de la tierra; que los ríos se oponían a su tránsito, que los astros les negaban su acostumbrada luz, y que no veían sino desiertos y soledades; y por último, que por complacer la ambición de un hombre solo, derramaban tantos su sangre; y hombre tal, que desdiciendo su patria, negaba a su padre y pretendía se le venerase como a Dios.»

Pasaron estas murmuraciones a una declarada sedición, de la cual noticioso Alejandro, cuya grandeza de ánimo no era capaz de alterarla ningún accidente, hizo llamar a su presencia a los cabos de su ejército y a los adivinos egipcios, los cuales tenían el primer crédito en la facultad astrológica, y habiendo ido a ella, los mandó que declarasen el juicio que hacían de aquel eclipse. No ignorando éstos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones y sus períodos, y que el eclipse de la luna lo ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella y el sol la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo que el sol denotaba a los griegos, y la luna a los persas; y que ningún eclipse de ésta dejó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad. En cuya confirmación alegaron los muchos ejemplos antiguos de los reyes de Persia, a quienes con semejantes señales anunciaron los dioses el infeliz suceso de sus combates. No hay medio más eficaz para refrenar la barbaridad popular, la cual por desenfrenada e inconstante que se halle, si llega a estar tocada de alguna vana sombra de religión obedece mejor a los adivinos que a sus generales.

Luego que se divulgó la respuesta de los egipcios entre las tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposición valiéndose el rey, movió a la segunda vigilia los reales. Tenía a mano derecha el Tigris y a la izquierda los montes, a quienes llaman Gordieos, y habiéndole llevado sus corredores al romper del día noticia de que se acercaba el ejército de Darío, ordenado el suyo, se puso al frente de él. Si bien se averiguó después eran sólo mil caballos que iban al descubierto, a quienes tuvieron por cuerpo de ejército, como de ordinario sucede a los que van a reconocer el campo; los cuales, no pudiendo descubrir nada cierto, aseguran como tal lo que les representa su miedo.

Asegurado, empero, el rey del número de aquella caballería, cargó en ella y la obligó a retirar;

dio muerte a algunos que iban mal montados, hizo prisioneros a otros, y poco después que se adelantasen algunos caballos, así para que adquiriesen noticias del enemigo como para que extinguiesen el fuego que habían introducido en las villas los bárbaros, los cuales huyendo le dejaron puesto en los techos de las casas y en el trigo que tenían recogido en las campañas, si bien no habiéndole dado tiempo para que prendiese, y causado sólo el daño en la parte a que le aplicaron, pudieron aprovecharse, luego que lo extinguieron, del trigo y de casi todo lo demás que hallaron en gran abundancia.

Esta desolación del enemigo sirvió a los soldados de mayor incentivo para que le siguiesen y se apresurasen a evitar la destrucción y estrago que a vista suya hacía el fuego que introducía en cuanto se le ofrecía. Si bien en aquella ocasión hizo la necesidad cuanto podía haber obrado la razón, porque Mazeo, que antes de verse seguido de los enemigos quemaba y destruía a su beneplácito las villas, contento entonces con asegurar su vida dejó muchas enteras a los vencedores.

En tanto el rey, noticioso de que Darío estaba de la otra parte, a tan corta distancia como de cincuenta estadios, y cogiéndole este aviso en paraje bien abastecido, se detuvo allí cuatro días. Después de los cuales, llegando a sus manos ciertas cartas de Darío, por medio de quienes solicitaba de los soldados griegos le diesen muerte, y estando tan asegurado de la fidelidad de éstos como de la lealtad de los macedones, se halló dudoso en si resolvería leerlas en junta plena o no. Consultándolo empero con Parmenión, le disuadió de ello, representándole cuán peligroso era hacer partícipes a los soldados de semejantes intentos; pues para cometer una maldad bastaba cualquiera, no habiendo alguna de quien no fuese capaz la avaricia.

Conforme con tan prudente dictamen, hizo marchar su ejército, en cuyo camino se le ofreció uno de los eunucos de la mujer de Darío, el cual le llevaba la noticia de dejarla tan en el último peligro de su vida, que aseguraba sería muy posible la hubiese ya perdido. Habían postrado a aquella infeliz princesa la fatiga de prolijo y penoso camino y los continuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte que desfallecida a su rigor cayó en los brazos de su suegra y de sus hijas, rindiendo poco después el espíritu, de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alejandro. El cual, no menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lágrimas, como pudiera hacerlo Darío, pasó a la tienda de Sisigambis, a quien halló junto al cuerpo de la nuera difunta.

Allí fue donde se renovó su dolor al ver aquella venerable princesa postrada por tierra, lamentando en aquella última infelicidad todas las demás que le renovaba, y a las hijas de Darío, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañándola a sentir con igual ternura tan sensible pérdida, en la cual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenía delante de sus ojos a su nieto, cuya tierna edad movía a tanta mayor compasión, cuanto que siendo el más lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentía.

Derramaba Alejandro en medio de los suyos copiosísimas lágrimas, y se hallaba más necesitado de recibir que de ministrar algún consuelo. Pasó todo el día sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen a aquella princesa las reales y suntuosas exequias que acostumbran los persas en semejantes casos. Por cuya heroica acción merece, aun hoy, los loores que son debidos a su gloriosa memoria, y que vinculada a los venideros siglos la memoria de benignidad y moderación tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Viola sólo una vez en ocasión de visitar a su suegra cuando quedaron ambas prisioneras; y entonces su peregrina hermosura, más que de incentivo a sus menos decorosos deseos, sirvió de crédito a su loable continencia y de esplendor a su gloria.

Aprovechándose uno de los eunucos de la reina, llamado Tiriotes, de la ocasión que le facilitó el desorden y confusión en que había puesto a todos aquella lástima, tuvo forma de salir por cierta salida en la que no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al campo de Darío. Fue allí recibido de las guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras y anegado en su llanto, pasó a la tienda del rey, el cual no bien le hubo visto cuando combatido de tan crecidos como varios temores, aun no acabando de resolverse a lo que

más debía recelar, le dijo: «Bien infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante y de lo desmedido de tus acciones que vienes a darme noticia de algún considerable infortunio. Ruégote, empero, que sin que te detenga la aflicción en que me ves, me la refieras sin disfraz ni embarazo, porque habiendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas a ser infeliz, podrá ser que (como suele a los que lo son) me sirva de algún consuelo saber hasta dónde llega la adversidad de mi suerte. ¿Vienes acaso a darme (como sospecho y no acabo de acertar a pronunciar temeroso) noticia de algún desacato cometido en las prendas que más adoro, el cual habrá sido para ellas y será para mí más sensible que los mayores tormentos del mundo?» «Tan contrario a eso es, señor (le respondió Tiriotes), que entre todos los obsequios que tributan a sus soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya usado con ellas el vencedor; pero la reina, tu esposa, acaba de rendir a la Parca los últimos alientos de su vida.»

No bien lo hubo articulado, cuando no se oían por todo el campo sino lastimosos gemidos y espantosos y extraños gritos, y cuando persuadido Darío a que sin duda habría muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor y fuera de sí prorrumpió con desmedidos gritos en estas voces: «¿En qué te he ofendido, Alejandro, o qué agravio he ocasionado a los tuyos para que tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces, tú me persigues sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun cuando te la hubiese ofrecido, ¿es bastante alguna para que, profanando el sagrado de las mujeres, hayas faltado al respeto que se les debe?» Aseguróle Tiriotes con repetidos juramentos, poniendo a los dioses de su patria por testigos, de que la había atendido Alejandro con la veneración que debía a su decoro y su soberanía, y llorado su muerte con gran ternura y con tan vivas demostraciones de dolor como pudiera él siendo su esposo.

Pero aumentando aquel enamorado infeliz príncipe con esta noticia a las sospechas de la ofensa de Alejandro los celos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse a que tan tiernos y excesivos sentimientos por una cautiva dejasen de proceder de recíprocos cariños, habiendo despedido a todos los que se hallaban con él y quedado solo con el eunuco, le dijo, no vertiendo ya lágrimas, exhalando, sí, suspiros: «Advierte, oh Tiriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad te la harán declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte a tanto rigor, te ruego que si acaso te ha quedado algún amor, algún respeto a tu reina, me digas si Alejandro, como mozo y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber y mi honra y mi vergüenza no me permiten decir.»

Ofreciéndose Tiriotes voluntariamente a los tormentos, en crédito de su verdad, le volvió a asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente a los dioses por testigos, de que no había procedido acción menos loable y decorosa. Con lo cual, dando, por último, crédito a las aseveraciones del eunuco, se cubrió el rostro, y restituido al llanto permaneció en él por largo espacio; después del cual, existiendo las lágrimas y levantando la ropa sobre la cabeza y al cielo las manos hizo esta deprecación: «Dioses protectores de la corona de los persas, ruégoos que os dignéis restablecerme en mi trono. Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos ni mi infeliz destino, os sirváis de que el imperio de Asia no recaiga en otro dueño que en el que sabe ser tan justo enemigo como benigno y moderado vencedor.»

CAPÍTULO 11

Pide Darío por tercera vez la paz sin fruto y niegasela también Alejandro, persuadiéndole a que se rinda o haga la guerra.

Aunque Darío había procurado, sin ningún fruto, por dos ocasiones la paz, y desengañado de ella vuelto sus pensamientos a la guerra, vencido y obligado de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus más inmediatos y autorizados parientes para que por tercera vez la solicitasen y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alejandro su consejo, y habiendo hecho entrar en él al más anciano de los embajadores, dijo éste así: «No le precisan a Darío, señor, ni la fuerza, ni la necesidad a que solicite la paz, y sin embargo te la pide hoy tercera vez, obligado de tu justificación y clemencia. Has tratado hasta aquí a su madre, a su mujer y a sus hijos con tan grande

urbanidad, que no ha sentido su cautiverio, sólo sí su ausencia. Has mirado por el honor de sus hijas con no menor atención y decoro que si fueses su padre, y has honrado a su madre con el título de reina, conservándola en la misma ostentación y grandeza que mantenía antes de su desgracia. Reconozco en tu rostro igual tristeza a la que dejamos en el de Darío, cuando partimos de su presencia, si bien con la diferencia de que aquél llora a su esposa muerta y tú a tu enemiga difunta, cuyas exequias han interrumpido el curso de tus progresos. ¿Qué hay, pues, que admirar que quien se halla obligado de generosidad tanta solicite la paz de un príncipe a quien se le reconoce con tan colmados beneficios? ¿Y sobre qué es la guerra cuando faltando los odios y la enemistad cesa el motivo para ella? Dejábate antes todas las provincias que se dilatan hasta el río Halis y terminan en Lidia; hoy empero te ofrece en matrimonio a su hija con cuantos dominios contienen el Helesponto y el Eúfrates, hallándose pronto a entregarte en mayor testimonio y seguridad de su fe y amistad la amada prenda de su hijo Oco, como le devuelvas a su madre y a sus dos hijas, por cuyo rescate te pide admitas treinta mil talentos de oro.

Si no tuviese tan acreditada tu prudencia y moderación, no me atrevería a decirte debes en la coyuntura presente no sólo conceder la paz sino deseársela. Advierte lo que dejas atrás, lo que falta por conquistar, y que es tan grave como peligroso peso el de un gran imperio, e inconsiderado arrojado emprender más de lo que se puede conservar. Reconócelo en la crecida grandeza de esos navíos, cuya desproporción impide el que se rijan y gobiernen. Y qué sé yo si la misma excesiva grandeza de Darío ha sido principal causa de sus considerables pérdidas, por lo difícil que es el acertar a mantenerla; pues hay cosas tanto más fáciles de adquirir que de conservar, cuanto tienen mayor prontitud nuestras manos a robar que disposición nuestra cordura a retener. Aun la misma muerte de la mujer de Darío puede servir de advertencia y persuasión a tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida las ocasiones de que se ejercite la generosa virtud de tu clemencia.»

Oído el embajador lo hizo salir Alejandro de su tienda, y deseando saber el dictamen de los de su consejo, les ordenó se lo propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse a manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del rey, interrumpiendo Parmenión aquel silencio, representó: «Que desde Damasco había votado se admitiese el rescate de aquellos prisioneros, así porque sería considerable la porción que se sacaría de ellos, como porque faltando la ocasión para el cuidado de su guarda, se ocuparían en más digno empleo de su valor los soldados que se malograban en aquél. Y que entonces se volvía a confirmar en el mismo sentir, con tanta mayor firmeza cuanto reconocía no debía ponerse el rey en marcha sin haberse desembarazado primero del penoso estorbo que causaban al ejército una anciana reina y dos juveniles princesas y admitido los treinta mil talentos de oro que se le ofrecían. Que considerase que sin sacar la espada quedaba por medio de un tratado dueño de los más prodigiosos reinos del mundo, y tanto más glorioso cuanto ningún príncipe antes de él llegó a poseer aquella vasta extensión que contienen el Istro y el Eúfrates; después de cuya posesión juzgaba le sería más conveniente restituirse a Macedonia que alargarse a Bactria y a India.»

Quedó tan disgustado Alejandro del voto de Parmenión, que no bien le hubo acabado cuando prorrumpió diciendo: «También yo preferiría el oro a la gloria si fuese Parmenión; pero hallándome Alejandro no puede tener lugar el recelo de que llegue a estado de pobre, pues si no me engaño soy rey y no mercader, ni tengo nada que vender y mucho menos mi fortuna. Si se juzga por conveniente que los prisioneros se restituyan, mucho más loable y honroso será hacerlo sin rescate alguno que entregarlos por el vil precio del dinero.»

Y volviendo inmediatamente a hacer entrar al embajador le dio esta respuesta: «Diréis a vuestro dueño que los agradecimientos son superfluos entre los que se hacen guerra, y que si yo he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos lo he hecho por lo que me debo a mí y no por afecto alguno que le tenga a él. Mi genio no es de oprimir a los afligidos, ni pueden ser empleo de mi valor prisioneros y mujeres; peleo sólo con los que se hallan con las armas en las manos y están en estado de defenderse. Si Darío hubiese solicitado de mí la paz por los medios que corresponden a una sincera intención y segura fe, podría ser que me detuviese a pensar lo que en tal caso debía

obrar; pero no habiendo cesado de solicitar por medio de sus cartas y de sus ofertas y dádivas con mis soldados que me fuesen traidores, y con mis validos que me diesen muerte, estoy resuelto a buscarle a todo trance, no ya como a enemigo, sino como a atosigador y asesino.

Por lo que mira a las condiciones que me proponéis, son tales que si las admitiese quedaría él más vencedor que yo. Decís que me ofrece cuanto está de la otra parte del Eúfrates; pero deseo que me digáis: ¿quién es hoy dueño de esto? Parece que aún me juzgáis de esta otra, y respecto de este error que no he pasado los límites del gran dote que me ofrece y que tanto ponderáis; cuando con sus armas me desapropie de la posesión de estos dominios, entonces confesaré dádiva suya lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la misma liberalidad me promete una de sus hijas en dote, como si ignorase yo la tenía destinada para empleo de alguno de sus vasallos, a cuya excesiva honra y a la que me hace en preferirme para yerno suyo, parangonándome con Mazeo, no puedo dejar de vivir reconocido. Volved y decid a Darío que cuanto ha perdido y conserva ha de ser objeto de una batalla, con cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarándole a él o a mí por dueño de ambos reinos. Que no me ha traído a Asia la codicia de los presentes, sino la magnánima generosidad con que acostumbro hacerlos; y que si depuesta la vana soberbia con que pretende igualárseme, se contiene en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permita lo que me pide; pero que advierta, en caso de repugnarla ufano y altivo, que así como no pueden ilustrar el mundo sin considerable ruina suya dos soles, tampoco regir sin igual riesgo dos dueños tan vastos reinos como son los de ambos. Y que en esta atención elija o rendirse hoy o combatir mañana, sin prometerse mejor suceso que los que ha experimentado hasta aquí.»

Oída por el embajador su resolución, le dio las gracias, porque hallándose en ánimo de continuar la guerra no le entretuviese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor le permitiese volver cuanto antes a participar a su rey su determinación para que se dispusiese al combate. Habiéndoselo concedido y llegado a la presencia de Darío, le hizo sabedor de la prontitud con que le presentaría la batalla Alejandro.

CAPÍTULO 12

Atemorízanse los macedones viendo en batalla el ejército de los persas; pero por último, llegando a ellos, toman alegres las armas.

Informado Darío por sus embajadores de la resolución de su enemigo, envió a Mazeo con tres mil caballos para que se apoderase de los pasos donde habían de llegar los enemigos. Alejandro, habiendo hecho las últimas honras a la mujer de Darío, y dejando en su campo aquel gravoso acompañamiento con algunas tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su infantería en dos cuerpos y cubierta por ambas partes de la caballería, a quien seguía el bagaje. Deseoso de saber de Darío, hizo adelantar a Ménidas con la caballería de los escitas para que solicitase inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero habiendo sabido en el camino que Mazeo estaba a corta distancia, y no atreviéndose a pasar más adelante, se volvió sin más aviso que el de que había oído crecido estruendo de hombres y ruidoso relincho de caballos, habiéndole sucedido lo mismo a Mazeo, pues luego que descubrió de lejos a los corredores de Ménidas retrocedió para hacer partícipe de la marcha del enemigo a Darío, el cual, deseando dar la batalla en campo raso, mandó a su gente tomase las armas y la ordenó en forma de batalla.

Ocupaba la punta del ala izquierda la caballería de Susa, con los dahas, los aracosios y algunos bactrianos, que hacían en todos casi seis mil caballos. Marchaban después cien carros armados de hoces, y tras ellos Beso al frente de tres mil caballos bactrianos y de dos mil masagetas que cerraban estas tropas: seguías la infantería, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debajo de sus banderas. Conducían Ariobarzanes y Orotóbantes a los persas con los mardos y sogdianos en dos cuerpos separados que mandaba el príncipe Orsines, descendiente de los siete persas y de Ciro, el más esclarecido de sus reyes. Seguíanlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del ejército, y Fradates después con las bandas caspianas y cincuenta carros de guerra; después los indos y todas las demás naciones vecinas del mar Rojo, que servían más para aparente

terror que para seguro socorro. Iban después otros cincuenta carros armados de hoces con las tropas extranjeras y los armenios de la Baja Armenia, seguidos de los babilonios, de los belitas, de los habitantes de los montes Coseas y los gortuas, pueblos de la Eubea, los cuales aunque militaron antiguamente debajo de las banderas de los medos, habían degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntáronseles los frigios, los catáones, y finalmente, cerraban todas aquellas tropas los que habitaban las tierras que poseen el día de hoy los partos que pasaron de la Escitia. Esta era la ordenanza del ala izquierda.

En la derecha estaban por una parte los armenios de la Mayor Armenia con los cadusios, luego los capadocios, los sirios y los medos, que llevaban también cincuenta carros armados de hoces, llegando a componerse todo el ejército de cuarenta y cinco mil caballos y doscientos mil infantes; los cuales, dispuestos en este orden, se adelantaron diez estadios, y habiéndoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano, en cuyo ínterin fue tan extraño el pavor que improvisadamente se difundió por todo el campo de Alejandro, sin haberse podido saber la ocasión, que preocupados todos de un oculto horror empezaron a temblar.

Veíanse en el aire resplandores semejantes a las exhalaciones ardientes que en las noches del estío levanta el calor, las cuales, dilatándose a bastante distancia del ejército de Darío, las tuvieron por fuegos de su campo, creyendo que por negligencia habían caído en sus cuerpos de guarda. Siendo cierto que si Mazeo, que guardaba el paso, los hubiese cargado a este tiempo los habría derrotado; pero manteniéndose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que había ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alejandro el desmayo de sus tropas, mandó hacer alto y que dejasen las armas; y habiéndoles asegurado de que hallándose el enemigo a bastante distancia faltaba el motivo para su desasosiego, hizo se entregasen al reposo; con lo cual, restituidos por último a sus primeros alientos, volvieron a tomar animosos las armas, si bien Alejandro tuvo por más conveniente que llegar a esgrimir las con el enemigo, acampar por entonces en aquel lugar y atrincherarse bien en él.

El día siguiente, Mazeo, que estaba alojado con alguna caballería escogida sobre una altura desde donde se veía el campo de los macedones, o ya fuese miedo o ya haber ido solo a descubrirle, se volvió hacia Darío. Ocuparon inmediatamente los macedones aquel puesto que les era de gran comodidad por descubrir desde él muy a gusto suyo el campo de batalla y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedía la vista del ejército, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los escuadrones, los batallones y su ordenanza. Había inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdía aun a los que cogía más distantes.

Entonces el rey, empezando a perder algo de su acostumbrada seguridad tan natural a su gran corazón, pesaba con el de Parmenión su dictamen, si bien tarde, porque hallándose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer o de morir. Conturbábale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus tropas, si bien, haciendo mayor impresión que él en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que había obrado y de las innumerables naciones que había vencido con aquel corto ejército, prevalecía en él al desaliento la esperanza. Y así, receloso de que no se aumentase con la tardanza la desesperación de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pusiese la caballería mercenaria de los peonios delante de su falange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la caballería. Ya había disipado la hermosa luz del sol aquella niebla, y descubierto distantemente toda la ordenanza del campo enemigo, cuando los macedones, o impelidos de su animosidad o disgustados de la dilación a guisa de combatientes, levantaron el grito, a que correspondieron los persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas y los valles circunvecinos.

No era posible contener a los macedones, los cuales, impacientes de llegar a las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero teniendo el rey por más conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las cuales acabadas se retiró a su tienda,

desde donde descubriría sin ningún estorbo todo el ejército del enemigo.

CAPÍTULO 13

Opónese Alejandro al voto de Parmenión y de Poliperconte, que era de que se combatiese de noche; y después de haberse entregado por algún rato al reposo, anima a los suyos al combate.

Representábanle entonces a Alejandro sus mismos ojos con bien distintas señas la gravedad del peligro en que se había empeñado, los cabos que por una y otra parte rodeaban los escuadrones animando las tropas y dando orden a todo, el ruido de los soldados y de los capitanes, el sonido de las trompetas y el resplandor que cual naturales y activas luces despedían las armas, eran cosas que aunque de ninguna importancia en sí todas, le tenían en continuo desasosiego el espíritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo cual, o no sabiendo a qué resolverse o deseando saber el ánimo y dictamen de los suyos, juntó su consejo para que en él se confiriese lo que más convenía determinar.

El voto de Parmenión, cuyas largas experiencias y consumado talento le habían granjeado el primer crédito entre todos los demás generales, fue de que aquella empresa se llevase más por los términos de un oportuno improviso acometimiento que por los regulares de un combate descubierto. Representaba que cuanto sería fácil romper a aquella numerosísima muchedumbre, compuesta de tantas naciones, cuyas costumbres, genios y lenguajes eran sumamente distintos, acometiéndola desprevenida entre la oscuridad de la noche y la quietud del profundo sueño, en quien les impediría el mismo pavor, aumentado en sus tinieblas, la reunión y ordenanza, tanto más aventurado y peligroso el suceso si el combate fuese de día, a cuya claridad podrían atemorizar a los macedones los feroces aspectos de los escitas y bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos; accidentes todos que, si bien no aumentan las fuerzas ni menos la ocasión para el temor, suelen hacer aún mayor impresión en los ánimos de los soldados que las que con más razón pueden causarle. Que debía considerarse el conocido riesgo a que se exponía su corto ejército por la facilidad con que le oprimiría por todas partes tan inmensa muchedumbre, y que no era lo mismo haber peleado entre las inaccesibles rocas e impenetrables lugares de Cilicia, que haber de hacerlo en campaña rasa y descubierta.

Conformes los votos de los más generales con éste, fue tanto lo que se inclinó a él Poliperconte, que protestó en el suyo pedía de su ejecución la victoria. Pero el rey, vuelto a él y mirándole con sañudo semblante porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que había tratado a Parmenión le repetía nuevo motivo para su desagrado: «Vosotros me persuadís (les dice) a que use de las mismas cautelas y ardidés de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la superchería y el engaño. Hállome, empero, tanto más lejos de permitir que la ausencia de Darío, la ventaja del sitio ni el logro de una victoria debida al favor de la noche desdoren y disminuyan mi gloria, cuanto mi voluntad y última resolución es de combatir en medio del día, para poder en el menos dichoso suceso quejarme antes de mi desgracia que avergonzarme en el más feliz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto de que los bárbaros se mantienen a todas horas con las armas en la mano y con tan gran vigilancia, que no es fácil acometerlos desprevenidos; por lo cual os mando que os dispongáis para la batalla.» Después de cuyos generosos estímulos les permitió algún tiempo para el reposo.

Darío, empero, juzgando que el enemigo ejecutaría lo que Parmenión había persuadido, ordenó estuviesen prontos los cabos, que gran parte del ejército se mantuviese con las armas y que se doblasen las guardas. Y recorriendo en persona, asistido de los principales cabos, su campo (de quien despedían los crecidos fuegos, que en él había grandes resplandores), visitaba sus tropas, puestas ya en arma, invocando al sol, a quien llaman Mitra, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondían a su antigua gloria y a la generosa virtud de sus predecesores. Decía que (en cuanto era permitido a la cortedad humana penetrar los presagios del cielo) las reservadas y selectas disposiciones de los dioses daban a conocer los tenían propicios, habiendo experimentado antes el repentino pavor de los macedones;

los cuales, vagando por diversas partes de su campo, habían arrojado las armas. Que esperaba tomasen los dioses tutelares del imperio de los persas venganza de aquellos desatinados, cuyo cabo lo era aún más que ellos; pues no de otra suerte que las fieras, dejándose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que le tenían dispuesto.

No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los macedones, los cuales permanecieron también en arma toda la noche: el mismo Alejandro, no habiendo llegado nunca a verse tan sobresaltado, hizo llamar a Aristandro, por cuyo medio recurrió a los dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano y cubierta la cabeza, procedía delante del rey, pidiendo con él socorro a Júpiter, a Minerva y a la Victoria. Cuyo sacrificio, concluido con las precisas ceremonias, se retiró el rey a su tienda a procurar algún reposo en lo que le quedaba de la noche. Pero asaltándole unas veces el cuidado de si cargaría con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, o si le acometería por el frente, y otras el de si lo haría por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por último rendido de las fatigas del ánimo a un profundo sueño.

Había ya desplegado el día completamente su luz, y con ella aumentándose el desasosiego de los cabos, que se hallaban a la entrada de la tienda de Alejandro; los cuales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la extrañeza con la memoria de lo que habían experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo rey era el primero que los llamaba y que reprendía a los negligentes y perezosos; no pudiendo en aquélla hacer juicio seguro para la causa de él, y de entregarse con tal sosiego al sueño al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendía el todo de sus intereses.

Sin embargo, no atreviéndose ninguna de sus guardas a entrar dentro, y acercándose la hora del combate, para el cual ni los soldados se podían armar ni poner en ordenanza sin que se lo mandase, habiendo esperado Parmenión largo espacio, dio orden a los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitía mayor dilación la urgencia entró en su cámara, donde le llamó muchas veces. Pero no bastando todas para que despertase, se vio precisado a mecerle y a decirle a grandes voces: «Advierte, señor, que ya está muy adelantado el día; el enemigo en batalla, que marcha hacia nosotros, y que tu gente espera aún tus órdenes. ¿Dónde está tu invencible valor? ¿Dónde aquella cuidadosa vigilancia con que solías despertar a tus guardas?» A cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alejandro con sereno semblante, y asegurado a Parmenión no se había entregado con tanta quietud al reposo a no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba, mandó tocar al arma.

No cesando, empero, Parmenión de admirar la tranquila serenidad del rey y su descuido, «No te extrañes (le dijo), pues cuanto te confieso me tenía cuidadoso la desolación que antes hacía Darío en todo, tanto más sosegado hoy, habiendo resuelto presentarme la batalla; a vista de lo cual ¿qué puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y... pero yo me declararé más a su tiempo. Pónganse en tanto todos debajo de sus banderas, que yo os seguiré y pasaré a daros mis órdenes.»

No acostumbraba a armarse sino raras veces; y estas más a ruego de los suyos que a persuasiones del temor y a intimaciones del peligro. Hízolo, empero, entonces; y habiendo salido fuera de la tienda, y causado tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resolución que mostró, que teniéndolo por feliz agüero de la victoria la suponían como segura.

Hizo derribar las trincheras, sacó fuera sus tropas y las puso en batalla. Tomó la gente de a caballo de la compañía del rey, cuyo capitán era Clito, la punta del ala derecha con los escuadrones de Filotas, a cuya parte estaban todos los cuerpos de caballería, cerrando con el último Meleagro. Iba después la falange, y tras ella los argiráspides, debajo del mando de Nicanor, hijo de Parmenión, seguido de las tropas de Ceno; después los orestas y los lincestas, pueblos belicosos, y a lo último Poliperconte, que conducía en ausencia de Amintas, su coronel, las banderas extranjeras. Entre cuyas tropas estaban los nuevos aliados, a quienes mandaba Filipo, hijo de Bálacro. Este era el orden que guardaba el ala derecha de Alejandro.

A la izquierda estaba la caballería del Peloponeso, conducida por Crátero con la de los aqueos, locrenses y malienses, y por última banda la gente de armas de Tesalia, mandada por Filipo. La

infantería iba cubierta de la caballería; pero para impedir que fuese oprimida por la muchedumbre tenía otra segunda línea, donde estaba un poderoso cuerpo de reserva, y en las alas caballería, no de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte si los acometiesen por detrás.

En esta segunda línea estaban los agríanos, que mandaba Átalo, con los arqueros de Creta. Y para que de todas partes quedase bien resguardada la ordenanza, hizo que los últimos escuadrones volviesen las espaldas a los primeros. Allí estaban los ilirios, los extranjeros mercenarios y los tracios, armados a la ligera; y por último, en tal orden aquel ejército, que los últimos podían para evitar la carga torcer los rostros y hacer frente hacia todos lados, no estando la vanguardia más fortificada que los flancos, ni los flancos que la retaguardia.

Dispuestas así las cosas, ordenó que si los bárbaros disparasen estrepitosamente sus carros, llenos de hoces, manteniéndose en ordenanza se abriesen para dejarlos pasar, con cuya prevención no podrían, dándoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno; pero que si por el contrario fuesen a ellos sin ruido, que entonces diesen grandes gritos para espantar los caballos y los hiriesen por una y otra parte. Mandó también a los que tenían las alas que las extendiesen cuanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dejó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Darío, en una eminencia no distante del campo de batalla, con cortas guardas. Mandaba el ala izquierda, según lo hacía siempre, Parmenión, y el rey la derecha.

Aún no estaban a tiro de saeta cuando cierto fugitivo del campo de Darío, llamado Bión, llegó a toda diligencia a participar a Alejandro cómo Darío había hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasase su caballería gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales para que evitase llegar a él la suya. Asegurado el rey de la noticia hizo partícipes de ella a sus capitanes, a quienes mandó que pasando de uno en uno a sus soldados, respecto de no permitir entonces hacerlo de otra suerte, así el crecido número de gente como el gran ruido que causaban ambos ejércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas señales.

CAPÍTULO 14

Oración de Alejandro a los griegos y de Darío a los persas.

En tanto Alejandro, puesto a caballo y recorriendo por una y otra parte de su ejército sus escuadrones, animaba con su esforzada presencia y con la eficacia de sus razones a sus capitanes y a los que tenía más inmediatos a su persona, representándoles «que después de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la cual les obligaba nuevamente a esgrimir sus aceros en aquella batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Gránico y los montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les había abierto el paso de Siria y Egipto, de quienes se habían apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el logro de la victoria. Que no pensasen que habían de pelear con enemigos nuevos, sino con los que habiendo librado en la última rota por medio de ignominiosa fuga sus vidas, volvían forzados a exponerlas al mismo peligro. Que había tres días que rendidos, no menos que al peso de sus armas a la opresión del miedo, permanecían en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperación en que se hallaban que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que cuanto dejaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de quienes se componía gran parte de su ejército, pudieran causar terror a otros que ignorasen de cuán corta importancia es para los que pelean saber quiénes eran los que llamaban escitas y quiénes cadusios. No, empero, para los macedones, los cuales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, cuanto sabían que la fama de las naciones belicosas se extendía a las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas a violento impulso de sus cavernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputación y crédito de los macedones, la cual les había granjeado su generoso valor y gloriosas conquistas, era tan

notoria al mundo, que apenas habría en él lugar, por retirado que fuese, a quien no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desordenadas escuadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban unos sin más armas que la de un dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenían justas y cumplidas; por lo cual, aunque era más numeroso en hombres el ejército enemigo, muy superior en soldados el suyo. Que no les pedía peleasen valerosamente si no los estimulaba primero a hacerlo su ejemplo. Que les ofrecía combatir al frente de sus banderas, esperando ilustrar su persona de tantos ornamentos cuantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dejaba de participar del común botín del ejército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo y conservación de su amor. Y por último, que a no estar asegurado de que se hallaba con tan valerosos soldados, les habría representado cuán imposibilitados se hallaban de recurrir a la fuga: porque después de haber penetrado tan dilatadas provincias y dejado atrás tantos y tan caudalosos ríos y tan inaccesibles montes, estaban incapaces de retroceder y de volver a su patria si no abrían el camino para ella con las puntas de sus espadas.»

De esta suerte animó a los cabos y soldados que tenía cerca de sí.

En tanto Darío llevaba el ala izquierda de su ejército, rodeado de su nobleza y de la flor de su caballería e infantería, burlándose del corto número de enemigos y creyendo que estando extendidas las alas de su ejército se hallaría desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos hacia todos los que le rodeaban les habló en esta sustancia:

«Nosotros, que poco ha éramos señores de todas aquellas tierras que baña el Océano de una parte y que contiene el Helesponto de otra, nos hallamos reducidos y necesitados a pelear hoy, no ya por la gloria sino por la vida, y lo que más es que la vida, por la libertad. Este es el día fatal que ha de establecer o arruinar el mayor imperio que vio jamás el mundo. En el Gránico sólo combatimos con la menor parte de nuestras fuerzas; después de la pérdida que tuvimos en Cilicia nos podía servir Siria de retirada; teníamos aún el Tigris y el Eúfrates, poderosos baluartes ambos de este reino; pero ya hemos llegado a estado tal, que si perdemos el terreno que pisamos no nos queda donde huir. La dilación de la guerra ha consumido cuanto dejamos atrás. No tienen ya las ciudades habitantes, ni labradores los campos; hasta vuestras mujeres y vuestros hijos nos vienen siguiendo, que será otra santa presa para el enemigo si no libramos prendas tan amadas por medio de una honrosa victoria. Por lo que a mí toca, he procurado cumplir con cuanto he juzgado de mi obligación; he juntado tan numeroso ejército que apenas estas vastas y dilatadas campañas son capaces a contenerle en sí, lo he proveído de armas y de caballos, he dispuesto que no falten municiones y bastimento a tan considerable muchedumbre, y he elegido finalmente lugar capaz de ponerla en orden de batalla. Lo demás depende de vosotros; tened ánimo: procurad quedar vencedores burlándoos del crédito y reputación de los enemigos, arma bien débil para soldados de generosos espíritus, y estad ciertos que lo que habéis tenido por virtud y valentía en ellos, sólo es una precipitada temeridad, que no bien ha exhalado el ardor de su bizarría cuando se apaga y consume, no de otra suerte que se debilitan y descaecen los animales luego que han vertido su veneno.

Estas llanuras nos muestran el corto número que nos ocultaron los montes de Cilicia. Mirad cuán distantemente se reconocen sus ordenanzas; reparad en la extensión de sus alas y advertid en lo desamparado de su cuerpo de batalla; partid, pues, contra aquellos a quienes han puesto en retaguardia de espaldas a nosotros, como en anuncio de que nos las vuelven disponiéndose a la fuga. ¡Por los dioses que, aun sin que usemos de los carros armados de hoces, bastan sólo las uñas de los caballos para desbaratarlos y romperlos! Con cuya victoria, si la obtenemos, quedará todo por nosotros y concluida la batalla, sin recurso alguno los enemigos a la fuga por hallarse encerrados entre el Tigris y el Eúfrates.

A que se añade que aun lo que antes contribuyó a hacerlos vencedores, convertido en mayor gravamen y perjuicio suyo, será medio de que hoy queden vencidos; porque hallándonos con un ejército ligero y fácil de mover, y teniendo ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de nuestros despojos, le podremos deshacer fácilmente, logrando a un tiempo la causa y el fruto de la

victoria.

Pero si acaso pudiere en alguno de vosotros hacer mayor impresión que la eficacia de estas razones el crédito de aquella gente, advierta que hoy existen las armas de los macedones, no sus personas; porque habiéndose derramado tanta sangre de ambas partes, por corta que haya sido la que se ha vertido de la suya es más considerable siempre la menor pérdida en un corto ejército que la más crecida en uno poderoso. Y Alejandro, por invencible que parezca a los cobardes, no es más que un hombre solo; y si queréis creerme, un desatinado, y a quien hasta aquí ha hecho más dichoso nuestro pavor que su virtud; pero no pudiendo tener larga subsistencia la próspera fortuna donde no interviene a conservarla la razón y la prudencia, por más que se haya declarado ésta a favor suyo, no dudéis que desabrida y cansada de su continuada temeridad le desampare y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco seguros, y tan inestables y expuestas a repetidas variedades y mudanzas las felicidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas.

¿Y qué sabemos si los dioses han permitido que el imperio de los persas, a quien han elevado al mayor cúmulo de gloria por espacio de doscientos treinta años, padezca ahora este golpe, no para destruirle sino para conmoverle y acordarnos por este medio de la inestabilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha muchos años que por nuestro gusto hicimos guerra a los griegos en sus dominios; hoy que nos la han traído a los nuestros es preciso que los arrojemos de ellos. De lo cual podéis reconocer cuán recíprocamente estamos expuestos todos a las mudanzas y reveses de la fortuna, y que es imposible que ni los persas ni los griegos lleguen a conseguir la monarquía a que aspiran dos tan poderosos concurrentes; pero aun cuando no nos alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad a que, no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, hagamos el último esfuerzo para nuestra defensa.

Mi madre, mis dos hijas y mi hijo Oco, esperanza de este imperio, lloran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa, aquellos grandes señores en cuyas venas purpúrea real sangre que los ilustra, aquellos esclarecidos capitanes, algo menos que reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte de mí mismo no está en mí, y si la que me ha quedado no se asegurase en vosotros, quedaría enteramente cautivo. Ea, pues, valerosos soldados, librad a mi madre y a mis hijos de las prisiones, ya que mi esposa (¡ay de mí!) la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras prendas por quienes no rehúso perder la vida. Suponed que juntas todas, después de haber implorado el socorro de los dioses patrios recurren a vuestra fidelidad pidiéndoos vuestra compasión y socorro, y que os intiman las libréis de tan infeliz miseria. ¿Creéis por ventura que su dolor le ocasiona la sujeción con que viven al arbitrio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no se dignarían ser reinas? Pero ya veo a los enemigos que se adelantan, y cuanto más se acercan tanto mayor es lo que se me ofrece que deciros para infundir más coraje en vuestros ánimos.

Ruégoos, pues, por nuestros dioses tutelares, por el fuego eterno que va delante de nosotros en esos altares, por el sol que nace en los confines de mi reino, y por la inmortal memoria de Ciro, el cual habiendo conquistado este imperio de los medos y de los lidios fue el primero que lo transfirió a los persas, libréis del último y eterno ultraje el nombre y la nación de los persas. Marchad, pues, alegres y confiados en la victoria, para que aumentada con los triunfos de ella la gloria que os dejaron vuestros predecesores, pase a vuestros descendientes. De vuestro valor pende el día de hoy vuestra libertad, vuestra salud y toda la esperanza y el remedio de la patria. El medio de evitar la muerte es despreciarla; el que la teme la encuentra. Por lo que mira a mi persona, aunque me veis en este carro no estoy en él tanto por observar la costumbre de este reino cuanto por dejarme ver mejor de todos; haced lo que en mí viereis y seguid el ejemplo que os diere, que es cuanto os pido.»

CAPÍTULO 15

Descripción de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela. Vencedor Alejandro, sigue a Darío vencido y roto.

Deseoso Alejandro de evitar los lugares de las emboscadas que Bión le había mostrado, y de encontrar a Darío, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salía siempre hacia la mano derecha,

cuya diligencia hacía también Darío por llegar a él, habiendo ordenado a Beso que cargase en el ala derecha de Alejandro con la caballería de los masagetas. Tenía delante de sí sus carros armados de hoces, a quienes hizo partir contra los enemigos luego que se les dio la señal; soltáronlos a toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad fuese mayor el daño que hiciesen en ellos, no dándoles lugar a que pudiesen evitarle. Quedaban muertos unos al violento impulso de las lanzas que salían del timón y despedazados otros al de las hoces que pendían de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó a los macedones a que cediendo a él se retirasen, no ya con ordenanza, sino cual pudieran en declarada rota, con precipitada fuga.

Advirtiéndola Mazeo, aumentó su terror cargando también en ellos y enviando mil caballos a saquear los alojamientos de los enemigos; a cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, a quienes tenían en el mismo cuartel, cercana su gente, rotas las prisiones, se librasen. Si bien previniendo el fin Parmenión, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor presteza que pudo al rey por medio de Polidamante el peligro en que estaba y lo que gustaba hiciese. Pero habiéndole oído Alejandro, «Id (le respondió) y decid a Parmenión que si ganamos la victoria, no sólo recuperaremos lo que es nuestro, sino quedaremos también dueños de cuanto posee el enemigo; que no enflaquezca el cuerpo de la batalla ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alejandro y de Filipo.»

En el ínterin los bárbaros saquearon el campo, dieron muerte a muchos de las guardas, y los prisioneros, rotas sus prisiones y armados de cuanto encontraban, cogiendo a los macedones en medio, cargaban en ellos, y persuadidos a que habría sido igualmente feliz el suceso, y que victoriosos los persas se entregaban ya a la presa, participaron a Sisigambis había obtenido Darío la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos y apoderándose del bagaje; pero conservándose aquella prudente princesa, por más que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar a la fortuna con su anticipado regocijo, apenas acertaban a distinguir cuál era lo que más deseaba.

En tanto Ménidas, general de la caballería de los macedones, habiendo procurado con algunas tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, o ya fuese por arbitrio propio o ya fuese por orden de Alejandro, no pudiendo tolerar el furor de los cadusios y de los escitas, apenas intentó el combate cuando se vio precisado a retirarse hacia el rey, sin otro fruto que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje que recuperador de él. Con cuyo suceso disgustado Alejandro, ya se arrepentía de su primera orden, aunque temiendo justamente no divirtiese a los soldados del combate el deseo de cobrar su bagaje, envió a toda diligencia a Aretes, capitán de los piqueros, a quienes llamaban sarisóforos, contra los escitas. En cuyo ínterin los carros, que habían roto las primeras filas, llegaron hasta la falange; pero los macedones abriendo con grande animosidad su batallón y dividiéndole en dos, como se les había ordenado, los cogieron en medio, donde, cruzadas las picas, herían por una y otra parte los caballos, y cercando después los carros derribaban a los que iban en ellos.

Fue tan grande el estrago, que no se veían sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados y doloridos de las heridas no se dejaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar a ello volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pavor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban tras sí a los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la retaguardia hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron a obligarlos a que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban a sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo espiraban en sus mismos puestos.

A cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al capitán de los escitas que robaban el bagaje, fue grande el terror que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerzo de los bactrianos, a quienes Darío envió para abrigoarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque derribando del primer choque a algunos macedones, y haciendo huir a otros, que se retiraron hacia donde estaba el rey, fue tan grande el regocijo con que celebraron los persas este suceso, que levantando el grito no de otra

suerte que si se hallasen vencedores, y cargaron con gran furia en el enemigo, a quien creían enteramente deshecho. Pero advirtiéndolo Alejandro aquel desorden, habiendo reprendido y confortado a los medrosos rehizo por sí solo el combate y obligó a los suyos a que, recuperados sus alientos a los esfuerzos de su persuasión, volviesen a la carga.

Y reconociendo disminuida el ala izquierda de los persas, por faltar en ella los bactrianos, a quienes había llevado a los alojamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió e hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle en medio mientras combatía, le acometieron por las espaldas; y sin duda que le hubieran puesto en gran peligro si la caballería de los agrianos, sobreviniendo allí a toda diligencia, no hubiese cargado en los bárbaros que le habían embestido y los hubiesen obligado a volver contra ellos; en cuya ocasión fue mucho mayor el número de los muertos de la parte de los persas, aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenía Alejandro al enemigo por el frente y por las espaldas, si bien a los que le acometían por éstas daban bien que hacerlos agrianos y los bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podían recobrar sus filas. Había muchas tropas que separadas de su grueso peleaban donde se les ofrecía hacerlo.

Ambos reyes, a cortísima distancia ya el uno del otro, inflamaban a los suyos al combate; Darío en un carro y a caballo Alejandro, rodeados ambos de sus más escogidas tropas, las cuales atentas sólo a librar a sus reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las suyas, a cuyo precio y el de morir a su vista se tenían por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban más inmediatos a sus personas, por ser allí donde de una y otra parte anhelaban todos obtener la gloria de dar por su mano muerte al rey enemigo. Pero fuese ilusión o hecho cierto, es sin duda que los que se hallaban al lado de Alejandro aseguraron haber visto volar apacible a un águila sobre su cabeza, sin que la alterase ni espantase el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morían, que permaneció por largo espacio alrededor de su caballo, como suspendida en el aire; y que mostrando Aristandro revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenía en la mano, como seguro anuncio de la victoria, a los soldados que combatían, aquel pájaro, les infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados volvieron entonces a la carga con increíble ardor y gusto. Fue empero mayor cuando traspasado de una lanzada el que conducía el carro de Darío, e iba sentado delante de su persona, le tuvieron, así ellos como los persas, por el rey. Con cuya persuasión fueron tan espantosos sus gritos y lamentos que pusieron en desorden todo el ejército, aunque hasta entonces combatía con igual esfuerzo que el del enemigo. Los parientes de Darío, que estaban a mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban a la derecha le recibieron en medio.

Refiérese que habiendo sacado aquel príncipe su cimitarra, estuvo en duda si evitaría la ignominia de la fuga con una honrosa muerte, y que reconociendo desde su carro que aún mantenían los suyos el combate, tuvo por indigna acción la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperación empezaron los persas a retroceder poco a poco y a desamparar sus filas. Alejandro, habiendo mudado de caballo, después de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte a los que le resistían y a los que huían. Finalmente, no siendo ya combate aquél, sino destrozo y mortandad, se vio necesitado Darío a volver su carro y a entregarse como los demás a la fuga. Cargaban los vencedores por las espaldas a los fugitivos, pero impidiéndoles la vista una espesísima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedían con errantes pasos, como pudieran en la más oscura noche, sin poder unirse por otro medio que por el del sonido de alguna voz conocida que se oía, así como de rato en rato el estallido de los azotes con que castigaban a los caballos que conducían los carros, seña única que había quedado a los fugitivos.

CAPÍTULO 16

Vese Alejandro en peligro y líbrale de él su gran valor. Obtienen finalmente los macedones una cumplida victoria y obligan al resto de los persas a que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.

Manteníase empero con variedad de sucesos, así de una como de otra parte, el ala izquierda, que mandaba Parmenión, porque habiendo cargado allí Mazeo con toda su caballería y cogido a los macedones por el flanco, los empezó a estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus tropas, que se vio necesitado Parmenión a enviar a decir a Alejandro a toda diligencia el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorría, le sería imposible evitar la fuga de su gente. Aunque se había alejado a alguna considerable distancia el rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia a que atendiendo antes al peligro de los suyos que a la prosecución de sus triunfos, volviese en su socorro, no sin gran irritación de que le malograra aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido más fortuna Darío en huir que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el ínterin Mazeo el rompimiento de Darío, quedó tan aturdido de su infelicidad, que en medio de la ventaja con que combatía empezó a decaer del ardor con que apretaba al enemigo ya desordenado.

No podía Parmenión penetrar la ocasión de aquel repentino desaliento, aunque aprovechándose, como diestro capitán, de él, hizo cargar allí la caballería de los tesalios, a quienes les dijo: «¿No veis cómo aquéllos que poco ha nos resistían con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasión que haber ganado nuestro rey la victoria para sí y para nosotros. Los persas se hallan rotos y toda la campaña cubierta de sus cadáveres. ¿Qué esperáis después? ¿os detiene acaso el no juzgaros con bastante espíritu para cargar en los que huyen?» Con cuya exhortación persuadidos a lo que les decía, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas a los caballos y acometieron con increíble furia al enemigo, que si bien hasta entonces se había retirado con moderado paso, ya lo hacía con bien acelerado movimiento y sin que faltase a confirmar su fuga sino el volver las espaldas. Sin embargo Parmenión, ignorando el suceso que había tenido el rey en el ala derecha, y no resolviéndose a seguirlos, dio tiempo a que se pudiese librar Mazeo; el cual habiendo pasado el Tigris por extraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz ejército.

Darío, acompañado de pocos, llegó al río Lico, y habiéndolo pasado, se halló dudoso en si rompería el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero considerando que haciéndolo dejaba expuestos a merced suya infinitos millares de los suyos, que aún no habían llegado, lo excusó, protestando al partirse quería antes dar paso a los que iban en su alcance que negársele a los que se salvaban; y después de haber corrido dilatadísima porción de tierra, llegó a Arbela. ¿Qué entendimiento, empero, ni qué palabras serían suficientes a comprender y expresar la inmensa variedad de accidentes con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos géneros de muertes, la derrota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la cual, o ya se mire a lo general o ya a lo particular de ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un día cuantos accidentes puede producir un siglo. Huían unos por los caminos más cortos y más fáciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos más desconocidos a los vencedores. Asombraba ver la caballería o infantería armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desorden y confusión espantosa.

Los que no podían seguir, por el impedimento de sus heridas, a los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lágrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en éstos la piedad al miedo, convertían en seguridad propia el cuidado ajeno. Con todo, nada los atormentaba más que la sed que les ocasionaban las heridas y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada a aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las cuales mezcladas en muchos de gran porción de tierra que pasaba entre ellas, los dejaban tan hinchados, impedidos y embargados sus miembros, que sobreviniendo el enemigo no podía moverlos sin nuevas heridas. Algunos, a

quienes no permitía el aprieto y multitud que cargaba en ellos llegar a los arroyos más inmediatos, pasaban a buscar los más distantes, donde cogían el agua que descubrían, por corta que fuese, sin perdonar los más retirados, ni charco, por seco, enjuto o turbio, a quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasión el oír por los caminos cercanos a los lugares los clamores de las mujeres y de los viejos, los cuales con acentos lúgubres llamaban aún a Darío su señor y su rey.

16) Había llegado ya Alejandro, después de haber detenido el precipitado curso con que corrían los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido), al río Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que acometidos unos del enemigo se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas y fatigados del combate y de la fuga perecieron miserablemente. No sólo el puente rebosaba tropas, sino también el río, sobre cuyas ondas corrían impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el pavor de los ánimos, no rehúsan, por evitarla causa de su primer horror, arrojarse a los mayores peligros, teniéndolos todos por menores. Instado Alejandro de los suyos que no dejase ir al enemigo tan libremente y sin castigo, se excusó de complacerlos manifestándoles que sus armas habían ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos y cercana la noche. Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenía el ala izquierda de su batalla, a quien juzgaban aún combatiendo, y la resolución en que estaba de volver a socorrerla, si bien le sacaron de él las noticias que antes de partir de allí le trajeron de la victoria obtenida por Parmenión ciertos caballeros a quienes despachó con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recoger sus tropas uno, aún de mayor consideración que cuantos se le ofrecieron en aquel día; porque seguido de pocos que regocijándose de la victoria se retiraban en desorden, creyendo quedaban los enemigos rotos o muertos, dio sin pensar en un grueso de caballería, el cual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los macedones, cargó en ellos.

Púsose el rey al frente de su bandera, disimulando más que despreciando el peligro; pero la fortuna que nunca le faltó necesitado, tampoco entonces, porque acometido del campo enemigo, con más deseo de gloria que consideración, castigó su atrevido denuedo derribándole de un bote de lanza, con la cual dejó muerto al que combatía más inmediato a él, y a otros muchos que le seguían, a cuyo tiempo cargaron los suyos en los persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dejaron de defenderse con igual resolución y valor al que mostraron ambos ejércitos en lo más recio de la batalla. Finalmente, reconociendo los bárbaros que la noche les era más oportuna a la fuga que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes a ella. Con que libre el rey de tan inesperado peligro, recogió sus tropas sin pérdida alguna.

Murieron en esta batalla, según el cómputo que pudo hacer el vencedor, cuarenta mil persas y trescientos macedones; cuya victoria es sin duda que la debió Alejandro, antes que a su fortuna, a su valor y destreza, porque además de que no se pudo atribuir a la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su ejército con admirable ordenanza, peleó con suma prontitud y despreció con gran acuerdo y madurez la pérdida de los alojamientos y del bagaje, reconociendo que toda la importancia y el peligro pendía del suceso de la batalla, en la cual, aunque dudoso de él, ostentándose vencedor, puso en desorden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increíble en un espíritu tan vehemente, siguió a los fugitivos con más cordura que ardor. Siendo cierto que si dejándose llevar de él no se hubiese abstenido con aquella madurez, o habría quedado por culpa suya vencido del resto del ejército enemigo, que hacía aún rostro, o no habría debido a su propio valor la victoria. Y últimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de caballería que inesperadamente encontró y cargó en él, se hallaría necesitado o a entregarse vergonzosamente a la fuga o perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar a los cabos los merecidos loores que les granjeó su generoso valor, y las gloriosas heridas que como seguro testimonio de él recibieron en el combate. Salió herido Hefestión en un brazo de un bote de lanza, así como casi muertos Perdicas, Ceno y Ménidas de los tiros de las saetas; y a la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel rey y de aquellos capitanes, es preciso confesar que tan gran rey fue digno de tan ilustres capitanes, y tan ilustres capitanes merecedores de rey tan esclarecido.

LIBRO V.

CAPÍTULO 1

Habiendo entrado Darío en Media, se apodera Alejandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situación y viciosas costumbres de sus habitantes se describen.

Si hubiese de referir según el orden del tiempo todos los sucesos que acaecieron en este intermedio, así en Grecia como en Iliria y en Tracia, debajo de los auspicios y por las órdenes de Alejandro, sería preciso interrumpir el hilo de los de Asia; y así, para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin y muerte de Darío, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la historia con la misma serie que se ejecutaron; a cuyo fin empezaré por las consecuencias y resultados de la batalla.

Llegó Darío mediada la noche a Arbela, donde la fortuna había llevado gran parte de sus tropas y de sus capitanes; y habiéndolos juntado, les dijo: «Que no dudaba pasaría Alejandro a apoderarse de las mejores ciudades y de aquellas hermosas y fértiles campañas, ni tampoco que él y sus soldados, más atentos al robo y a la presa que se les ofrecía por todas partes (único recurso en que libraban ellos en su infelicidad su remedio) que a otro designio les darían tiempo de asegurar retirada y de ocupar los desiertos con un campo volante; que las últimas provincias de su reino se hallaban enteras y podría fácilmente volver a alistar en ellas un nuevo ejército; que aquella codiciosísima nación iba a apoderarse de sus tesoros y a saciar su continuada sed en el oro que esperaba recuperar después; que la experiencia le había enseñado de cuan molesto gravamen y carga era aquel ostentoso aparato y copioso número de eunucos y concubinas, y que hallándose precisado Alejandro a llevarle, no podía dejar de pelear con inferiores ventajas a las que hasta entonces había tenido para quedar vencedor.»

Pareció a todos este razonamiento de gran desesperación y que dejando expuesta al poder del enemigo la riquísima ciudad de Babilonia, apoderado de ella le sería fácil hacerse dueño de la de Susa y de las más principales del Imperio, como premio de sus fatigas y principal asunto de sus empresas; pero continuando en él, les manifestó que en las grandes calamidades no debía detenerse la consideración a la aparente ostentación de las cosas, sino a la solidez y urgencia de ellas; que las batallas se adquirirían por medio del hierro y no por el del oro, a fuerza de hombres y no de edificios; que todo se rendía a los que se hallaban con las armas en la mano, y que con ellas recuperaron sus predecesores, después de bien infelices principios, sus pérdidas, restableciéndose a su antigua grandeza. Con cuyas razones, o fortalecidos sus ánimos o precisados de su obediencia antes que de ellas, entraron en su compañía por los confines de Media.

Rindió pocos días después Alejandro a Arbela, en cuya ciudad halló gran cantidad de muebles de la corona, ricas y preciosas alhajas, con cuatro mil talentos y todas las riquezas del ejército, que (como queda dicho) se habían juntado allí; si bien, precisándole a desalojar a toda diligencia de ella el suyo la peste, que empezaba a picar, ocasionada de la infección de los cuerpos muertos de que estaba cubierto todo el campo, tomó su marcha por aquellas llanuras, dejando a mano derecha la Arabia, región feliz por los perfumes y gomas odoríferas que produce. Refiérese que es tan grande la fertilidad de aquellas tierras, que se contienen entre el Tigris y el Eúfrates, que no permite apacienten en ella los ganados sin riesgo de que los ahogue la demasiada gordura que les causa su abundancia, la cual procede de la humedad que participan a aquel territorio las avenidas de ambos ríos. Tienen su nacimiento en los montes de Armenia, desde donde tomando su curso disiden sus aguas el uno del otro, aumentando a proporción de él su separación, la cual en donde más es de dos mil quinientos estadios, según aseguran los que la han medido, si bien, entrando en las tierras de los medos y gordieos, se vuelven poco a poco a unir más en proporción siempre de lo que se alejan.

Donde más llegan a estrecharse es en Mesopotamia, llamada así porque la cierran de ambas partes; desde la cual, corriendo por las tierras de Babilonia, se dilatan hasta descargar en el mar

Rojo. Llegó el rey en cuatro días a la ciudad de Menfis, donde se ofrece en una caverna aquella fuente, a quien ha hecho tan célebre el betún que de ella emana en tan gran abundancia, que se tiene por cierto se labraron con él los muros de Babilonia, una de las maravillas del mundo. Luego que el rey tomó el camino de aquella ciudad, salió con sus hijos a entregársela y ofrecérsela Mazeo, el cual se había retirado a ella después de la batalla de Arbela; cuya rendición celebró Alejandro con gran gusto, así por el gravoso y dilatado sitio, de que se excusaba y era preciso para apoderarse de plaza de tan gran consecuencia y tan abastecida de todo lo necesario a una larga resistencia, como porque se la entregase persona de su gran posición y valor bien acreditado en las ilustres acciones que obró en aquella última batalla, y cuyo ejemplo esperaba siguiesen otros muchos. Admitiólos con singulares demostraciones de gratitud, si bien no quiso dejar de entrar en la ciudad, como pudiera a declarado combate, en forma de batalla y marchando al frente de su ejército. Coronaba infinita multitud de gente los muros de aquella ciudad, en medio de haber salido la mayor parte de sus habitantes a recibirle, impacientes ya de que se les dilatase el ver a su nuevo príncipe, entre cuya muchedumbre, Bagófanos, gobernador de la fortaleza y guarda del tesoro, deseoso de mostrarse no menos afecto que Mazeo, hizo sembrar los caminos de flores y levantar por ambas partes altares de plata, que respiraban, además del incienso, todo género de olores.

Llevaba los presentes que había de dar al rey, que se componían de pieles de animales, de gran cantidad de caballos, leones y leopardos en sus jaulas. Seguíanle después los magos entonando himnos a su usanza; y a éstos los caldeos y con ellos los adivinos y los músicos de Babilonia, tocando todos diversos instrumentos. Acostumbran éstos cantar las alabanzas del rey, así como los caldeos observar el movimiento de los astros y las regulares mudanzas del tiempo. Iba a lo último la caballería babilónica, con tan ostentoso aparato que excedía a la mayor magnificencia. Hizo el rey que siguiese el pueblo a su infantería, y rodeado de sus guardas entró sobre un carro en la ciudad y después en palacio en forma de triunfo, donde al día siguiente mandó manifestar los muebles y la plata de Darío.

Pero la hermosura y ornamento de aquella ciudad se llevaba justamente, no sólo los ojos del rey sino los de todos, a repararla y advertirla. Fundóla Semíramis, o como creen muchos Belo, cuyo palacio existe aún; contienen sus muros de ladrillo, unido con betún, treinta y dos pies de largo, sobre quienes pueden pasar dos carros a cuatro caballos sin embarazarse el uno al otro. Su altura es de cincuenta codos, la de sus torres de diez pies más, y toda su circunvalación de trescientos sesenta y ocho estadios, de quienes se refiere salía a uno por día a los obreros. Distan de los muros las casas (en bastante separación unas de otras, por el riesgo del fuego, a lo que discurro) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la ciudad más espacio y extensión que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran y siembran para aprovecharse de los frutos que recogen en ocasión de algún sitio.

Pasa por medio el Éufrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cavernas labradas de ladrillo y en lugar de mezcla de aquel betún, las cuales sirven de receptáculo al río, que saliendo de sus márgenes con rápida violencia, es sin duda que llevaría tras sí los edificios, a no hallar en aquellos lugares subterráneos donde descargar parte de su gran avenida. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedra que dilatándose de una a otra ribera ha merecido también, por la suntuosidad de su fábrica, que se le coloque en el número de las maravillas del Oriente, respecto de que llevando tras sí el Éufrates tan gran cantidad de cieno, no se puede sin gran dificultad y trabajo esguazar y descubrir tierra firme y sólida sobre que echar los cimientos, a que se añada que los bancos de arena que con el curso del tiempo se forman junto a los arcos de él, embarazando la corriente, la hacen tanto más rápida y caudalosa cuanto ha estado detenida y opresa.

Circundan también sus aguas el castillo, cuyo circuito es de veinte estadios, así como de treinta pies los cimientos de sus torres y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos y floridos jardines, cuya hermosura y singularidad dio ocasión a que los supusiesen por milagrosos en sus fábulas los griegos. Iguálense en la altura con los muros y hácelos sumamente apacibles y deliciosos la gran sombra y frescura que los ocasiona la crecida corpulencia y rectitud de sus árboles. Las columnas que sustentan aquella garbosa máquina son de piedra, sobre quienes cargan

grandes azoteas labradas de piedra en cuadro, las cuales reciben en sí la tierra, a quien riegan bombas y acueductos secretos, fertilizándola, de suerte que produce árboles de tan desmesurada grandeza, que llegan a comprender sus raíces ocho codos en ancho y a dilatarse hasta cincuenta su altura, hallándose tan cargados de frutos como pudieran estarlo en el más natural y abundante territorio. Y si bien no se preservan del estrago del tiempo ni las fábricas en que interviene la industria de los hombres ni las obras que produce la naturaleza, se ha conservado ésta sin detrimento alguno en medio de hallarse oprimida de las dilatadas raíces de tantos árboles y del grave peso de tan inmensa máquina. Fúndase sobre veinte dilatadas y fuertes murallas, a distancia de once pies la una de la otra, cuya fábrica advertida de lejos ofrece la representación de dilatados y montuosos bosques.

Es fama que reinando antiguamente en Babilonia cierto rey de Siria, hizo labrar aquellos jardines, movido de las instancias con que le persuadió su esposa (a cuyos cariciosos halagos vivía rendido) imitase en ellos por medio de tan raro artificio los primores de la naturaleza, para que así pudiese gozar, sin salir de la ciudad, de los recreos y diversiones del campo, a que tenía singular inclinación.

Detúvose el rey en aquella ciudad más tiempo del que solía en otras, donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por lo que excede a todas en la suma corrupción de las costumbres y en los grandes incentivos y disposiciones que tiene para desordenados y torpes deleites. Toleran en ella los padres que sus hijas hagan con los huéspedes mercancía de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mujeres los maridos. El mayor divertimento de los reyes y sátrapas de Persia es el de los festines, en quienes introducen licenciosos y deshonestos juegos, no teniendo otros los babilonios que el de la embriaguez, a que son muy dados, y a los demás desórdenes consecuentes a ella. Muéstranse en sus banquetes las mujeres al principio con modestia; pero luego que empiezan a quitarse, primero sus exteriores vestiduras y después las más internas, deponiendo también con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe y deshonesto espectáculo no se ofrecen sólo las mujeres públicas, sino también las que están reputadas por de mayor recato y honestidad, con sus hijas; que unas y otras, así como sus padres, tienen tan horrible prostitución por una de las acciones más urbanas.

Entre estos vituperables y licenciosos recreos se ocupó por espacio de treinta y cuatro días aquel victorioso ejército del Asia, el cual es sin duda que se hubiera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuación de sus conquistas a haber tenido enemigo en su opósito. Si bien las reclutas que de tiempo en tiempo le llegaban hacía menos sensible aquellos desórdenes, porque Amintas, hijo de Andrómenes, había llevado seis mil infantes y quinientos caballos macedones, enviados por Antípatro, con seiscientos caballos tracios y tres mil quinientos infantes de su misma nación, sin que entrasen en este número cuatro mil hombres pagados que iban del Peloponeso con trescientos sesenta caballos.

Enviaba también el mismo Amintas para la Guarda de Corps del rey cincuenta jóvenes, hijos de los primeros señores de Macedonia, los cuales sirven a la mesa de los reyes, les llevan los caballos cuando salen en alguna facción, los acompañan cuando van a caza y hacen todos los días guarda a la puerta de su cámara, por cuyos primeros grados llegan a los mayores empleos del reino, cuales son los generalatos de los ejércitos y los gobiernos de las provincias. El rey, habiendo dejado a Agatón en el castillo de Babilonia con setecientos macedones y trescientos soldados extranjeros, dio el gobierno de la ciudad y de toda la región a Menes y a Apolodoro, a quienes dejó dos mil infantes y mil talentos con orden de que hiciesen reclutas. Hizo a Mazeo sátrapa de Babilonia y mandó a Bagófanos, el cual le entregó la fortaleza, que le siguiese. Dio la Armenia al traidor Mitrenes, que le hizo dueño de la ciudad de Sardes y de la plata de Babilonia, y entregó a cada caballero macedón seiscientos dineros, quinientos a los extranjeros y doscientos a cada infante, demás de la paga ordinaria.

CAPÍTULO 2

Propone premios a los soldados para obligarlos a huir de la ociosidad. Recibe la ciudad de Susa con los tesoros del rey de Persia y consuela a Sisigambis.

Dispuestas así aquellas cosas, entró en la provincia de la Satrapía de Sitapenes, cuya fertilidad y abundancia en todo género de frutos fue causa de que se detuviese en ella algo más; si bien receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad y los deleites los generosos alientos de sus tropas, propuso premios para los que más se señalasen en los ejercicios de valor y agilidad, y nombró personas que con desinterés y justificación declarasen los que los mereciesen. Fueron éstos ocho, a quienes hizo merced de otros tantos regimientos que formó, compuesto cada uno de ellos de mil hombres, a los cuales llamaron quiliarchos, no habiendo pasado hasta entonces ninguno de quinientos, ni llegado tampoco a ser premio del valor. Fue grande el concurso de soldados que llevó a sí aquel ilustre espectáculo, al cual no sólo iban a ser testigos de lo que obrasen unos y otros, sino también jueces de los mismos jueces, y a reconocer si se distribuían los premios en atención al mérito o al favor. Dióse el primero al anciano Adarrias, a cuyo esfuerzo y diligencia se debió en el sitio de Halicarnaso volviese a él la juventud que le había abandonado y que repitiese con mayor esfuerzo que hasta entonces los ataques. Tuvo Antígenes el segundo, Filotas Augeo el tercero, Amintas el cuarto, el quinto Antígono, Lincestes Amintas el sexto, Teodoto el séptimo, y el último Helanico.

Mejóro la milicia, quitando, no sin grande utilidad de ella, muchas cosas introducidas por sus predecesores, en quienes había reconocido inconvenientes. Ordenó que la caballería, separada hasta entonces por naciones, y debajo de la trompeta y de las órdenes del cabo de la suya cada una, quedase reducida toda a un cuerpo y a la obediencia de los oficiales que puso en ella. Que así como hasta entonces se daba la señal de la marcha por medio de la trompeta (cuyo sonido impedía muchas veces el ruidoso estruendo del ejército al de acampar), se diese allí con un estandarte levantado en su tienda de suerte que pudiese ser visto de todo el ejército. Y finalmente, que se tuviese de noche por señal el fuego y de día el humo. Hallándose cerca de Susa Abulites, gobernador de la provincia, o ya fuese por dictamen propio o por orden de Darío, y con el fin de entretener a Alejandro por medio de la presa, envió a su hijo a recibirle y a ofrecerle la ciudad. Halló en el rey grata acogida aquel mancebo, el cual le condujo hasta el río Coaspis, cuyas aguas son muy celebradas por su delgadez.

Salió a encontrarle allí Abulites con presentes dignos de tan gran rey, entre quienes llevaba dromedarios de suma velocidad y doce elefantes, que habiéndolos hecho traer Darío de la India para amedrentar a los macedones, sólo sirvieron de hacer más celebrados sus triunfos y trofeos. Así se burla la fortuna de los intentos y disposiciones de los hombres. Habiendo entrado en la ciudad, halló en el erario inmensas sumas en moneda y cincuenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en él cuantas riquezas habían adquirido por espacio de muchos siglos tantos reyes para sus descendientes (juzgando se dilatase a largas duraciones su posteridad), todas las cuales pasaron en la brevedad de una hora a otro dueño.

Ocupó después el trono de los reyes de Persia, cuya silla, siendo más alta de lo que requería su estatura, y no llegando con los pies a la tarima, fue preciso que un paje suyo le pusiese una mesa en que estrivarse, que acaso se le ofreció allí. A cuyo tiempo advirtiendo Alejandro en las lágrimas de cierto eunuco que había sido de Darío, y preguntándole la causa de ellas, le respondió que habiendo comido en aquella mesa, sobre quien tenía los pies, su rey, no podía sin gran ternura verla profanada. Con cuya noticia, corrido Alejandro de haber violado los dioses del hospedaje, iba a mandarla quitar, como lo hubiera hecho a no habérselo estorbado Filotas representándole debía tener por feliz, agüero hollar mesa en que su enemigo había comido.

Deseando pasar de allí a Persia, dejó a Arquelao por gobernador de la ciudad de Susa, con guarnición de tres mil hombres, y a Jenófilo por capitán de la fortaleza, en cuyo presidio mandó quedasen los soldados más viejos que hubiese entre los macedones. Puso al cuidado de Calícrates la guarda de los tesoros y en el gobierno de Susa a Abulites, en cuya ciudad dejó a la madre y a las

hijas de Darío; y habiéndole llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de púrpura y riquísimos vestidos a la usanza de su patria, no le permitió el cariño con que estimaba, cual pudiera a su madre, a Sisigambis, dejase de enviárselos con los que los habían hecho, para que si gustaba (como mandó se lo dijese) de que sus nietas aprendiesen a hacerlos, tuviesen quien las enseñase. Cuya demostración y recado le fue de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lágrimas que derramó al oírle, por no haber entre las señoras de Persia ejercicio más sensible ni más ignominioso que el de trabajar en lana.

Si bien advertido Alejandro del yerro en que había incurrido, tuvo por preciso pasar a su tienda a disculparse de él y a consolarla, como lo hizo diciéndola: «Esta ropa que traigo puesta, madre mía, no sólo es dádiva de mis hermanas sino obra de sus manos, porque en mi patria aun las princesas no desdeñan divertirse en estos ejercicios. Si el estilo de ella pudo hacer incurriese, poco noticioso del de la tuya, en demostración alguna de tu desagrado, no debes atribuir a ofensa tuya lo que sólo ha sido ignorancia mía. Mi respeto a tu real persona no ha excusado ninguna que haya entendido puede, sin oponerse al estilo de tu reino, contribuir á tu obsequio. Advertido de que en ella se tiene por especie de desacato se siente delante de su madre el hijo sin permiso suya, he procurado cuidadoso no contravenir a atención tan debida, excusando el hacerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente a ello. No ignoras la irreverente repugnancia con que me he opuesto a tus cortesces excesos y a que hayan tenido lugar las instancias de postrarte a mis pies, ni tampoco que por última y mayor prueba de mi amor y veneración te he dado el dulce nombre de madre, que sólo le es debido a Olimpiade, a quien reconozco el ser.»

CAPÍTULO 3

Después de haber vencido Alejandro la región de los uxios concede libertad a Medates, su gobernador, y a todos los rendidos y prisioneros, eximiéndolos de todo género de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero obligale Ariobarzanes a que se retire.

Habiendo dejado el rey con tan urbanos y cortesces términos satisfecha a Sisigambis, pasó a la ribera del Tigris, a quien los naturales llaman Pasatigris. Tiene su origen en los montes uxios, desde donde, descendiendo con impetuoso curso por espacio de mil estadios entre rocas y precipicios a la campaña, se dilata con más apacible curso por ella, hasta que aumentado queda capaz de que por él se navegue, y después de haber corrido seiscientos estadios de un territorio fértil entra suavemente en el Golfo Pérsico.

Pasó, pues, Alejandro el río con nueve mil infantes y tres mil caballos, así de agrianos como de griegos mercenarios, y llegó a la región de los uxios. Está cercana a Susa y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre ésta y aquéllos haya más que un corto estrecho de por medio. Era gobernador de aquella provincia Medates, el cual, bien lejos de acomodarse al tiempo y fortuna del vencedor, estaba resuelto a conservar la fidelidad que debía a su rey y a resistir a los enemigos hasta el último peligro. Ofreciendo al rey algunas personas prácticas de la tierra conducir por cierta vereda breve y secreta hasta el mismo frente de los enemigos alguna porción de gente que les diese armada a la ligera, tuvo por bien hacerlo y ordenarlos siguiesen, luego que se pusiese el sol, mil quinientos soldados pagados y casi mil agrianos mandados por Taurón.

Y habiendo levantado él su ejército a la tercera vigilia con el menor ruido que pudo, ocupó al amanecer los pasos de las montañas, y dispuestas mantas de guerra y terraplenes con que se cubriesen los que conducían las máquinas y las torres, puso sitio a la ciudad. No ofreciéndose empero en todos aquellos parajes sino peñascos y precipicios, en quienes se herían y maltrataban los soldados, más tenían que vencer en la situación del lugar que en los enemigos; pero sin embargo, no cedieron a la dificultad hallándose allí el rey, el cual les preguntaba si no se corrían de detenerse delante de una mala bicoca después de haber rendido tan ilustres ciudades. Mientras les decía esto cargaban en él tantos tiros disparados de lejos, que les fue preciso a los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos a que se retirase, juntar sus escudos y cubrirle con ellos.

Finalmente, descubriéndose Taurón con su gente sobre la fortaleza empezaron los bárbaros a

perder el animo y los macedones a reiterar sus esfuerzos, hasta que cogiendo al enemigo por ambas partes se hicieron señores de la plaza. Quedaron pocos que fuesen testigos de la resolución, porque muchos se encomendaron a la fuga, y los que no lo hicieron se retiraron a la fortaleza, de donde habiendo enviado treinta diputados al rey pidiéndole perdón, tuvieronla desabrida respuesta de que no le esperasen. Con esta amenaza atemorizados libraron su remedio en la intercesión de Sisigambis, a quien (asegurados de lo que podían con el rey sus ruegos por lo que la amaba, y de que ésta no se negaría tampoco a los suyos por el cercano parentesco de Medates y Darío, con cuya sobrina estaba casado) despacharon un expreso por vereda desconocida del enemigo, suplicándola se sirviese templar con su autoridad la indignación del rey. No atreviéndose empero por entonces Sisigambis a hacerlo, les respondió que considerasen cuan ajeno era de su fortuna pedir por otros, y cuan propio de su atención no abusar de la clemencia del vencedor y acordarse antes de que era cautiva que de que había sido reina. Si bien dejándose por último vencer de sus instancias, escribió a Alejandro suplicándole se sirviese dispensarla la petición que le hacía para que usase de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, o a lo menos con un pariente suyo, no ya su enemigo, sino quien postrado a sus pies la solicitaba rendido.

Bien acreditó entonces el rey su moderación y benignidad, pues no sólo perdonó a Medates y a todos los prisioneros y rendidos, sino hizo también que se les guardasen sus privilegios, que no se entrase a saco la ciudad y que se les permitiese labrar sus campos sin el gravamen de alguna imposición ni tributos. ¿Qué más pudiera haber conseguido de su hijo si fuese el vencedor?

Sujetos, pues, los uxios los redujo debajo del gobierno de Susa, y habiendo dado una parte de su ejército a Parmenión, con orden de que lo llevase por las llanuras, pasó con las tropas restantes, armadas a la ligera, los montes que se extienden hasta la Persia, de donde, después de haber asolado toda aquella región, llegó al quinto día al paso de Susa, a quien los naturales llaman Puertas de Susa.

Había ocupado Ariobarzanes con veinticinco mil infantes aquellos peñascos desgajados y rotos por todas partes y alojado a los bárbaros en sus eminencias, a poca más distancia que la de un tiro de dardo, desde la cual, fingiéndose medrosos, esperaban empeñar a Alejandro en aquellos estrechos; pero viendo que se adelantaba despreciándolos, empezaron a desgajar desde la cumbre del monte piedras de desmesurado tamaño, las cuales, aumentada la violencia del primer impulso al de los repetidos golpes que daban en aquellos peñascos que precipitándose encontraban, hacían considerable estrago, no ya en uno u otro soldado, sino en compañías enteras, acrecentándole los tiros de las hondas y las flechas que de todas partes los cargaban.

En este eminente riesgo no desesperaba tanto a aquellos valientes soldados el perder la vida cuanto el que oprimidos y cercados a manera de bestias en aquella hoyada, se hallasen tan imposibilitados de vengar su muerte. Por lo cual, pasando a rabia la ira, cogían los peñascos que les arrojaban, y levantándolos unos sobre otros no había esfuerzo que no hiciesen por trepar y llegar a los enemigos. Pero hallándose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento y diligencia que ponían para subir por ellos los derribaban sobre sí. Conque no sabían ya qué hacerse ni qué recurso buscar, no siéndolo el cubrirse con sus escudos respecto de las grandes peñas que desgajaban sobre ellos los bárbaros.

Era en el rey aún mayor el dolor y la ignominia por haber expuesto tan inconsideradamente su ejército a aquel peligro llevándole entre aquellas rocas. Había hasta entonces quedado siempre invencible, no había experimentado empresa alguna que hubiese dejado de corresponder menos feliz a ella el suceso. Había entrado por los estrechísimos pasos de la Cilicia sin el menor contratiempo y descubierto en el mar nuevo rumbo para pasar a Panfilia; pero otra ya allí su fortuna, no le permitía más recurso que el de volverse por donde había ido. Por lo cual habiendo dado orden para tocar a retirar, y a su gente para marchar cerrada y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosísimos lugares retrocediendo treinta estadios.

CAPÍTULO 4

Muéstrale cierto prisionero un camino desconocido por medio del cual llegó a combate con los persas; en él deja roto su ejército y muerto a Ariobarzanes.

Habiendo plantado en lugar abierto por todas partes los alojamientos, no sólo quiso saber el dictamen de los suyos sobre lo que debía deliberar, sino también lo que, según sus pronósticos, le advertían los adivinos: tan dado era a la superstición. ¿Qué podría, empero, predecirle entonces Aristandro, aunque estuviese reputado por oráculo entre los demás profesores de aquella facultad? Considerándolo así, y que no era tiempo de recurrir a los sacrificios, hizo llamar algunos naturales del país, los cuales ofrecieron conducirlo a la Media por camino fácil y seguro aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dejar sin sepultura a sus soldados, por ser entre los macedones una de las primeras obligaciones militares la de enterrar los difuntos, hizo llevar a su presencia a todos los prisioneros que había hecho poco antes.

Hallábase entre ellos uno bien experto en la lengua griega y persa, el cual le representó el yerro que cometía en querer introducir en la Persia su ejército por los montes: que sólo se ofrecía un camino por los bosques para llegar a ella, pero tan estrecho que apenas permitía lugar para que pudiese pasar por él una persona respecto de la demasiada espesura de los árboles y de la frondosidad de sus ramas, las cuales enlazadas y entretejidas unas en otras negaban más extensión: que la Persia quedaba de la otra parte cerrada y ceñida de montes, cuya longitud era de seiscientos estadios y su latitud de ciento setenta: que éstos se extendían después del Cáucaso hasta el mar Rojo, el cual hacía donde terminaban a manera de fortaleza, que también lo cerraba: que a la falda de aquellos montes se descubría una dilatada y espaciosa campaña, sumamente fértil y poblada de ciudades y villas, por quienes corría el río Araxes, a quienes hacían caudalososísimos los raudales de otro, hasta que se juntaba con el Medo, el cual, aunque inferior a él, volviendo a la parte del Mediodía, entraba en el mar: que no había alguno que fertilizase tanto como éste las tierras por donde corría, las cuales vestía de flores y hierbas sumamente crecidas y espesas: que sus riberas se hallaban tan pobladas por ambas partes de plátanos y de álamos, que al que las miraba de lejos no parecían sino que ellas y los montes vecinos hacían un continuado bosque, por correr por allí aquel río cubierto de los árboles, estrechísimo y profundo, y por conservar siempre las márgenes que le guarnecen, adornadas de verdes y frondosas hojas, la humedad de que participan: que aquel era el lugar más saludable de toda el Asia y donde con mayor benignidad y templanza corría el aire, respecto de la larga extensión con que se dilataban los montes, por una parte cubiertos todos de árboles cuya umbrosa frescura templaba los ardores del sol, y por otra de los templados vapores de que hacía partícipe a la tierra el mar.

Habiendo referido el prisionero todas estas particularidades al rey, le preguntó si las sabía por haberlas observado o por habérselas referido otro. Respondióle que habiendo sido pastor de aquellos montes no había senda ni vereda que se ocultase a su noticia, y que por dos veces le habían hecho prisionero, una en Licia los persas y otra los suyos. Cuyas palabras acordándole las de la predicción que tuvo del oráculo cuando consultándole sobre su jornada le respondió que un licio le conduciría a la Persia, le hizo mayores promesas que las que permitía su humilde nacimiento, le mandó armar a la usanza macedónica, y le dijo después que le mostrase en buena hora el camino, con el seguro de que se esforzaría a pasarle con algunas ligeras tropas por áspero e impenetrable que fuese, si ya no era que presumiese no podía Alejandro, por aumentar su gloria y perpetuar su fama, ir por donde había apacentado un pastor.

Insistiendo empero éste en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada, «Yo respondo por todos los que me siguen (le dijo el rey) que ninguno rehusará ir por donde tú nos llevases.» Y encomendando a Crátero la guardia del campo con la infantería, que mandaba las tropas de Meleagro y mil arqueros a caballo, le ordenó dejase el campo en la misma forma que estaba e hiciese grandes fuegos en él, para que a vista de ellos se asegurasen los bárbaros de que subsistía allí su persona, y que en caso de que Ariobarzanes, noticioso de su marcha, pasase con alguna parte de sus tropas a impedirle el paso, que cargase entonces en él para divertirle y obligarle

a que se retirase por la parte más peligrosa. Pero que si por el contrario superaba a los bárbaros y se apoderaba de los estrechos, que no recelase entrar a la primera arma en el camino donde habían sido rechazados el día antes, pues atrayendo él a sí todas las fuerzas del enemigo, quedaría desamparado y seguro.

Mandó después a los soldados que le habían de seguir y estaban armados a la ligera que llevasen víveres para tres días, y a la tercera vigilia partió con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba la guía. Pero demás de estar éstos impenetrables y tan resbaladizas las rocas que apenas se podía poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves que el viento había acumulado allí, que cayendo y hundiéndose los soldados como en profundos fosos, llevaban tras sí a los compañeros que procuraban sacarlos. Llegábase a esto el horror de la noche, lo desconocido del país y la incierta fidelidad del guía, cuyas cosas aumentaban todas el pavor y no menos la consideración de que si se engañase a sus guardas perecían cual brutos todos en aquel estrecho y la de que la vida del rey y las suyas pendían de la fe de un cautivo. Sin embargo, fueron tantos los esfuerzos que hicieron que ganaron la cumbre del monte, a cuya mano derecha se ofrecía un camino que iba hacia donde se hallaba Ariobarzanes.

Viéndose allí el rey, envió delante a Filotas, a Ceno, a Amintas y a Poliperconte, que mandaba las tropas, armados ligeramente con orden, respecto de ir mezclada la infantería con la caballería, que marchasen por lugares abundantes de pastos y a paso lento. Diéronseles por guías algunos prisioneros, y él con su compañía y sus guardas subió, no sin increíble trabajo, por una bien áspera senda, aunque muy distante del cuerpo de los enemigos.

Hallábase ya el día a la mitad de su curso, y la gente tan fatigada del cansancio y tan necesitada de algún reposo, que faltándole igual porción de camino a la que había pasado, aunque de menor molestia y aspereza, se le concedió el rey hasta la segunda vigilia de la noche, a cuya hora, volviendo a tomar su marcha, pasó lo restante de él sin alguna dificultad.

Si bien había profundizado de tal suerte el curso de las aguas por aquella parte, donde dilatándose las faldas del monte descenden a las llanuras, que dejó hechos crecidos fosos, cubiertos por las ramas de los árboles, las cuales enlazadas unas con otras formaban como una impenetrable y dilatada valla, cerrando tan enteramente el paso, que a vista de su imposibilidad no pudieron reprimir los soldados las lágrimas, siéndoles aún más sensible y horroroso que toda la oscuridad de la noche, en la cual si acaso brillaba a hurto de sus tinieblas alguna estrella, les usurpaba su luz la interposición de la espesura de los árboles, haciéndola más pavorosa la impetuosa violencia del viento que corría, cuyo estruendo, aumentado por la agitación de las ramas, que incesante y reciamente daban unas con otras, apenas permitía a los soldados que uno a otro se pudiesen entender.

Finalmente, amaneciendo el día deseado, al declarar su luz empezó a disipar el horror en que lo había envuelto todo la medrosa confusión de la noche, y a mostrar que sin gran rodeo se podían evitar aquellos fosos y caminar ya cualquiera sin necesitar de guía. Subieron, pues, a la cumbre, de donde habiendo descubierto el cuerpo de guardia de los enemigos cargaron improvisamente en ellos por las espaldas, haciendo tal mortandad en los pocos que intentaron resistirlos, que obligaron a que también lo hiciesen ellos antes de intentar el combate, aun a los que no se habían ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponían los gritos que por una parte oían de los que morían y los medrosos semblantes que por otra parte veían de los que se retiraban fugitivos al grueso de su ejército.

Acudió Crátero a aquel ruido y se apoderó del estrecho, que no pudieron ganar el día antes, y cargando por otro Filotas, con Amintas, Ceno y Poliperconte, acabó de romper a los bárbaros, que por todas partes veían resplandecer las armas de los macedones. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa cuan poderosa suele ser aun en los cobardes, la necesidad, y que muchas veces la misma desesperación, con los alientos que infunde, abre camino a la esperanza; porque desarmados hicieron rostro a los que no lo estaban, y aprovechándose de su fortaleza y pujanza dieron con ellos en tierra y a muchos muerte con sus propias armas.

En tanto Ariobarzanes, acompañado de cerca de cuarenta caballos y de cinco mil infantes, atravesó por en medio de los batallones enemigos, no sin gran estrago de éstos y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persépolis, cabeza de la provincia; pero cerrándole las puertas la guarnición y siguiéndole vivamente el enemigo, se halló precisado a volver al combate, donde él y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Crátero, dando prisa a sus tropas, pasó a juntarse con el rey.

CAPÍTULO 5

Pasando Alejandro a Persépolis pone en libertad cuatro mil prisioneros griegos.

Acampaba aún Alejandro en el mismo lugar donde había deshecho a los bárbaros, porque aunque su entera derrota le aseguraba de la victoria, lo quebrado del territorio y el peligro de los continuados y profundos fosos le obligaban a marchar cautelosamente y a desconfiar aún más de los caminos que de los enemigos. Recibió antes de su partida carta de Tiridates, en que le avisaba cómo intentaban los de Persépolis, a la fama de su venida, robar los tesoros de Darío, cuya guarda estaba a su cuidado; y que pues pasado el río Araxes era llano y fácil todo lo demás del camino, acelerase su llegada para que le hiciese dueño de ellos. Entre las grandes virtudes de aquel príncipe tengo por la más loable la de su diligencia y prontitud, la cual mostró bien en aquella ocasión, en la cual, habiendo dejado su infantería, caminó toda la noche con su caballería, fatigada de tan dilatado viaje, y llegó al rayar del alba a la orilla del río, donde mandó demoler ciertas villas cercanas a él y levantar con sus materiales un puente de madera sobre pilares de piedra, el cual se acabó en brevísimo tiempo.

Llegaban ya cerca de la ciudad cuando salió al encuentro del rey una bien lastimosa tropa, memorable ejemplo de la humana miseria y de lo veleidosa que es la fortuna. Componíase dicha tropa de cerca de cuatro mil griegos, prisioneros de guerra, a quienes habían afligido los persas con diversos géneros de tormentos, cortando a unos las manos, los pies a otros y a otros las narices y las orejas, e impresos a fuego en los rostros de todos ciertos caracteres bárbaros, los guardaban como objeto de risa, para que sirviesen a la solemnidad de sus juegos y aumentasen el crédito de su crueldad. Estos infelices, habiendo resuelto ponerse a vista del rey, pudieron hacerlo sin que se atreviesen a estorbárselo los persas, respecto de no darles aliento para ello el decadente estado de su fortuna. Parecían más fantasmas que hombres, por no haberles quedado otra seña que denotase lo eran sino la voz. Fueron más copiosas las lágrimas que atraían a los ojos de los que los miraban que las que ellos mismos vertían. Porque a la verdad, ¿qué más lastimoso ni más extraño espectáculo que el de ver tanta gente atormentada de aquella suerte, aunque por diversos medios, en un mismo infortunio, sin que apenas se pudiese diferenciar entre ellos el más miserable?

Habiendo prorumpido y expresado a grandes voces todos que en fin ya Júpiter, vengador de la Grecia, había abierto los ojos, no hubo quien no se interesase en su infelicidad, mirando como suya la injuria, y Alejandro, después de enjugadas las lágrimas, que no pudo reprimir al verlos, los exhortó a que se animasen, y asegurándoles que volverían a ver su patria y a sus mujeres, pasó desde allí a campar a dos estadios de la ciudad.

En tanto aquellos miserables se retiraron a conferir lo que pedirían al rey, hallándose empero divididos los dictámenes, porque unos querían la retirada al Asia y otros la restitución a sus casas. Es fama que uno de ellos, llamado Euctemón Cimeo, les habló en esta sustancia: «Nosotros que poco ha, avergonzándonos de salir de las tinieblas y prisiones que nos sepultaban, no nos atrevíamos a pedir socorro que nos librase de las calamidades que padecíamos, ahora que le tenemos seguro deseamos pasar a manifestar a la Grecia como hermoso espectáculo el horrible estado en que nos hallamos, de quien no sé si será mayor el disgusto que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria es ocultarla, por no haber patria tan dulce para las adversidades como la soledad y el olvido de la felicidad pasada. ¡Oh qué mal conoce el corazón humano quien fía de su compasión el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lágrimas que su ternura les ocasiona! Difícilmente se ama lo que es de gravamen, por lo mal que se

aviene siempre el continuo clamor del infeliz con la ordinaria insolencia y orgullo del dichoso; por lo cual, atentos los que lo son a su fortuna, olvidan la ajena miseria. ¿Qué mayor prueba de esta verdad que la que experimentamos en nosotros mismos, pues habiendo sido hasta aquí conformes compañeros todos en la miseria, ya empezamos a desunirnos y a disgustarnos unos de otros? ¿Pero qué hay que admirar de que los dichosos busquen siempre a los que lo son? Ruégoos, pues, que como muertos ya para el mundo, busquemos sólo algún rincón donde ocultar estas feas y disformes cicatrices que nos han quedado.

¡Considerad con el gusto que nos recibirán nuestras mujeres, cuando habiéndonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan a ver de esta suerte, y con el que nos reconocerán por padres suyos nuestros hijos, y por hermanos nuestros hermanos, habiendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones y en las calamidades de la servidumbre! ¿Cuál de nosotros empero podrá hacer tan dilatado viaje? Lejos de la Europa, cerca de los últimos términos del Oriente, viejos, débiles, quebrantados y estropeada la mayor parte de nuestros miembros, ¿podremos por ventura sufrir los trabajos que no sin gran dificultad toleró un ejército triunfante?

Finalmente, o hemos de dejar o hemos de llevar con nosotros a nuestros tiernos hijos y a nuestras amadas mujeres, a quienes buscó nuestra necesidad y nos ofreció la fortuna para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto que no habrá quien al vernos llegar con ellas no nos desconozca y desampare. Dejar, pues, prendas tan seguras por ir a buscar otras que quizá no hallaremos, ni es justo ni puede ser nunca conveniente. Por lo cual no hallo otro recurso en nuestras miserias e infelicidades que el de que nos ocultemos y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados a verlas.»

Tal fue el sentir de Euctemón, al cual se opuso Teeteto, ateniense, diciendo: «Que ninguna persona en quien tuviese algún lugar la piedad desestimaría a los suyos por aquellos lastimosos defectos con que se hallaban, y más cuando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los enemigos: que bien los merecía todos quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos para la ignominia; que el juzgar tan mal del natural y propiedades de los hombres y desconfiar de su compasión era indicio de animo poco seguro y menos dispuesto a practicarla: que los dioses les ofrecían más de lo que pudieran desear sus mujeres, sus hijos y cuanto hace en los hombres despreciable la muerte y estimable la vida: que bastante tiempo la habían tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio a respirar en su patria otro aire, a ver con otro resplandor el sol y con diferente serenidad que en aquellas funestas regiones la claridad y luz de los días: que considerasen cuan dulce y gustoso les sería volver a usar de sus antiguos trajes, de sus leyes, de sus sacrificios y de su lengua, cuyas cosas eran todas apetecidas aun de los mismos bárbaros: que mucho más infelices quedarían si habiéndolos privado de ellas por tan largo tiempo la tirana opresión en que habían estado, las malograban voluntariamente cuando se les ofrecían: que por lo que miraba a él, su resolución era no perder la ocasión que le facilitaba la clemencia del príncipe: que si entre ellos había algunos a quienes detenía el amor de sus mujeres y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedasen en buen hora, pero que no impidiesen su jornada a los que, libres de aquellas ligaduras, sólo apetecían y anhelaban la restitución a su patria.»

Hubo pocos a quienes fuese grato este dictamen, porque dejándose llevar la mayor parte de la costumbre, más poderosa que la misma naturaleza, determinaron pedir al rey les señalase una región en que habitar, y que pasasen a suplicárselo, en nombre de todos, cien personas que eligieron entre ellos. El rey, juzgando solicitaban les cumpliera lo que les había ofrecido, les dijo: «Ya he mandado que se os dé el carruaje que necesitareis para vuestro viaje y mil dineros a cada uno, y estad ciertos de que atenderé a que, habiendo llegado a Grecia, os recuperéis de vuestro infortunio y no tengáis que envidiar ajenas dichas.»

Apenas hubo acabado las últimas palabras, cuando bien lejos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regocijo con que esperaba el rey admitiesen aquellas honras, vertiendo copiosas lágrimas y manteniéndose con los ojos clavados en tierra y sin atreverse a articular palabra alguna,

demostraban así su disgusto. No pudiendo empero alcanzar Alejandro la causa para él, se la representó Euctemón repitiéndole la sustancia de las razones con que los había disuadido de la jornada, y habiendo quedado no menos compadecido de ellas el rey que de su miseria, mandó dar a cada uno mil dineros y diez vestidos y gran cantidad de ganado mayor y menor y de trigo para que sembrasen y labrasen las tierras de que les había hecho merced.

CAPÍTULO 6

Después de haber robado a Persépolis, ciudad rica, llega a la Persia y sujeta a los mardos.

Habiendo juntado al día siguiente el rey sus cabos, les manifestó cuánto más infausta que otra alguna ciudad había sido para los griegos la de Persépolis, antigua silla de los reyes de Persia y cabeza del imperio: que de ella salió el espantoso diluvio de ejércitos con que inundaron la Grecia los persas, y que de ella llevaron primero Darío y después Jerjes la hacha de la más detestable guerra que asoló la Europa; por lo cual se hallaban obligados a tomar con su destrucción venganza de tantas ofensas, consagrando su ruina a los manes de sus antecesores. Pero habiéndola dejado abandonada sus habitantes, los cuales se retiraron por diversas partes adonde condujo a cada uno su miedo, pudo el rey sin embarazo ni dilación alguna entrar en ella con su falange.

Aunque había tomado por fuerza o por convenio muchas ciudades de increíble opulencia, ninguna empero que pudiese compararse en tesoros a ésta, en la cual habían recogido los bárbaros las mayores riquezas de Persia. Ofrecíase el oro y la plata a rimeros, y en abundancia imponderable los preciosos muebles, las inestimables presas y los ricos vestidos, los cuales más que al uso servían a ostentosa y soberbia profanidad, y entonces a ocasionar disgustos en los mismos vencedores, quienes, no entregando distintamente como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, sólo se cebaba ésta en lo más precioso y exquisito, mirando no ya como compañero sino como a enemigo al que quedaba dueño de la mejor presa, con la cual solían llegar a las manos; rasgaban las vestiduras de púrpura y los ornamentos reales, tirando unos y otros de ellas por llevárselas, y hacían pedazos a golpes de hacha vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estatuas de oro y plata de los dioses, las cuales quedaban, como cuanto se les ofrecía, reducidas a menudos pedazos.

Y no satisfecha su avaricia en el saco de tan desgraciada ciudad, se extendía también su crueldad a ofrecer horribles espectáculos; porque el soldado, hallándose tan cargado de bienes y no sabiendo qué hacerse, quitaba la vida a sus más humildes prisioneros, sin perdonar a los que con su anticipado rescate eran dignos de mayor compasión. Cuya inhumanidad obligaba a muchos a que se anticipasen ellos mismos a dársela por sí, precipitándose unos, adornados de sus más ricas vestiduras, con sus mujeres y sus hijos, desde las murallas, y abrasándose otros con todas sus familias en el fuego, que a gran prisa habían introducido en sus casas, para no dejar que hacer a los enemigos. Cansado el rey de tan horrible mortandad mandó que cesasen en ella, prohibiéndoles profanasen el decoro y honestidad de las mujeres y que tocasen los adornos que llevaban consigo.

Hácese increíble la suma que se refiere importó la presa; pero o hemos de dudar de todo lo demás o persuadirnos a que llegó el tesoro de aquella ciudad a ciento veinte mil talentos, los cuales mandó reservar el rey para los gastos de la guerra, y que se trajesen allí de Susa y Babilonia camellos y otros animales de acarreo para que los condujesen, aumentándolos después con seis mil talentos que importó la presa de Parsagada, cuya ciudad fundó Ciro y rindió Gobares, su gobernador, a Alejandro, el cual dio a Nicárquides el mando de la fortaleza de Persépolis y de tres mil macedones que dejó en ella; conservó a Tiridates, atento a haberle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenía, y habiendo dejado allí gran parte de su ejército con el bagaje debajo del mando de Parmenión y de Crátero, y tomando mil caballos y algunas compañías de infantería entró en lo interior de la Persia al principio del invierno, sin que hubiesen bastado sus continuas lluvias y rigurosa destemplanza a interrumpir la continuación de su marcha.

Llegó mediante ella a cierta región donde son tan inmensas como perpetuas las nieves y hielos de que se halla cubierta, cuyo horror amedrentaba tanto a los soldados, rendidos a la opresión de tan

repetidas fatigas al ver aquellas espantosas soledades en quienes no se descubría rastro alguno del menor cultivo, que temerosos de que les faltase aun la luz del cielo deseaban con indecible ansia volverse. Advirtiendo el rey su desmayo, y teniendo por mejor animarlos con su ejemplo que darse por entendido de su desaliento, se arrojó del caballo en que iba a tierra y marchó por en medio de las nieves, a vista de cuya demostración hicieron lo mismo primero los mayores señores de su corte, después los capitanes y últimamente los soldados; y habiendo vencido la impenetrable aspereza de unos bosques, de quienes no pensaron salir, llegaron a descubrir algunas cortas señas de trabajo humano y tal o cual errante rebaño que pacía por allí. Cuyos pastores, teniéndose por seguros en aquellas esparcidas cabañas en que habitaban al resguardo de tan inaccesible territorio, no bien hubieron visto al enemigo, cuando, dando muerte a los que no podían seguirlos, se acogieron a los montes más retirados y de mayores nieves. Si bien domesticada después poco a poco su fiereza con la comunicación y trato de los prisioneros que llevaban consigo los macedones, se rindieron al rey, el cual los trató con benignidad y blandura; y habiendo asolado la campaña de la Persia y reducido a su dominio muchas villas y aldeas, pasó hacia los mardos, nación belicosísima y bien diversa en el modo de vida y de costumbres de los demás persas.

Recógense en compañía de sus mujeres y de sus hijos en las cavernas que labran en las mismas montañas, y aliméntanse sólo de sus ganados o de animales silvestres. Vense en las mujeres, contra la natural debilidad de su sexo, no menos feroces aspectos que en los hombres, erizados sus cabellos y sin que se dilaten a más que la rodilla sus vestiduras; ciñe sus frentes una honda que sirviendo de desaliñado adorno a sus cabezas sirve también de arma a su brazo. Habiendo empleado el rey treinta días en rendir a su obediencia a aquellos pueblos con la misma fortuna que a los demás, se volvió a Persépolis, donde repartió considerables preseas entre los grandes de su corte y los demás oficiales y soldados de su ejército, con proporcional merecimiento de cada uno, sin que hubiese reservado casi nada de la presea que se hizo en aquella ciudad, que sin duda fue la más rica que se vio jamás.

CAPÍTULO 7

Hace Alejandro quemar el palacio de los reyes de Persia, a persuasión de Tais y de los cortesanos que seguían el ejército, y resuelve seguir a Darío.

Pero todas las grandes prendas de aquel príncipe: su excelente natural, en que absolutamente excedió a los demás reyes del mundo; su invencible valor, acreditado en tantos y tan varios peligros; su destreza en la disposición de las empresas y su prontitud en la ejecución de ellas; su fe con los rendidos; su clemencia con los prisioneros, y finalmente su gran moderación en los permitidos divertimientos, las obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas. Cuando su enemigo y concurrente al imperio armaba con la mayor aplicación poderosísimo ejército, y cuando los pueblos nuevamente conquistados sólo atendían a sacudir de sus cervices el yugo que en ellas había impuesto, pasaba él los días en desordenados banquetes y licenciosos festines, a quienes hacía concurrir algunas mujeres, no ya las que por su modestia y honestidad se conciliaban atención y respeto, sino las que por su disolución se habían tomado en el ejército más licencia de la que convenía.

Era entre todas la que más sobresalía una llamada Tais: ésta, con el auxilio de su buena cara, no rehusó decir al rey, en ocasión que le pareció más eficaz a la consecución de su intento, que no se le podía ofrecer ninguna mejor de obligar a los griegos y granjear su amor que la presente si mandaba quemar el palacio de los reyes de Persia, satisfacción que esperaban de su rectitud todos los que tenían reciente la memoria de las ofensas que habían recibido sus ciudades de los bárbaros, cuya crueldad había pasado hasta abrasarlas.

Tal era el consejo de una embriagada ramera; el cual no bien le hubo pronunciado, cuando sin advertir en la importancia del caso le aplaudieron los convidados y el rey; a quien fue tanto más grato, cuanto con precipitado ardor dijo: «¿Y por qué no quemaremos también la ciudad para vengar la Grecia?» Embargados todos del vino se levantaron de la mesa y con desatinado furor

pusieron fuego en aquella ciudad, por cuya conservación habían mirado aun hallándose con las armas en la mano. Fue el rey quien primero le introdujo en el palacio, siguiéronle luego los convidados, después los oficiales y últimamente las concubinas.

Casi todas las maderas de su fábrica eran de cedro; y habiendo prendido en ellas, a brevísimo espacio se dilataron tanto por todo él sus llamas, que advirtiéndolas el ejército que estaba acampado a bastante distancia de allí, y juzgando las hubiese causado algún descuido, partieron aceleradamente los soldados a extinguirlas. Pero habiendo llegado a la entrada del palacio, y reconocido era el mismo rey quien encendía el fuego, arrojaron el agua que llevaban y ayudaron a introducir la leña y los demás materiales que juzgaron proporcionados a alimentarle.

Tal fue el destino de aquella ciudad, ojo del Oriente, silla de su imperio, y adonde antiguamente acudieron infinitas naciones a proveerse de leyes para regirse y gobernarse; patria de tantos reyes, único terror de la Grecia, y quien habiendo dispuesto una armada de mil velas y juntado a ella los formidables ejércitos de que fue inundada el Asia, cubrió el mar de bajeles, allanó los montes y los hizo navegables, sin que en tantos siglos como los que corrieron después de su ruina pudiese nunca repararse de ella; porque aunque conservan hoy los partos algunas ciudades que poseyeron los reyes de Macedonia, no hubieran quedado vestigios de ésta si el río Araxe, que dista veinte estadios de los muros, según creen los naturales, más por conjeturas que con fundamento seguro, no los ofreciese. Corridos los macedones de que hubiese destruido tan esclarecida ciudad su rey teniéndole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron para honestar tan ignominiosa acción lo había ejecutado con premeditada deliberación, por haber tenido por conveniente arruinarla de aquella suerte.

Lo que no tiene duda es que el rey, libre de la embriaguez, se arrepintió, y que dijo en altas voces «que habrían logrado mejor satisfacción los griegos si le hubiesen visto los persas sobre el trono de Jerjes.» Hizo al siguiente dar al Licio 50 talentos por haberle conducido a Persia, de donde pasó a la región de Media; y habiendo encontrado en ella las reclutas que le enviaban de Cilicia, compuestas de cinco mil infantes y mil caballos y mandadas por Platón, ateniense, resolvió con aquel refuerzo seguir a Darío.

CAPÍTULO 8

Discurso de Darío a los suyos exhortándolos a la batalla.

Había llegado ya Darío a Ecbatana, corte de la Media que poseen hoy los partos y donde tenían sus reyes el verano, y determinado pasar desde ella a Bactras; pero recelando le alcanzase su enemigo, mudó de dictamen y de derrotero; porque si bien se hallaba de él a distancia de mil y quinientos estadios, no asegurándole la mayor de la celeridad de aquel príncipe, tuvo por mejor disponerse para la batalla que para la fuga. Habíanle quedado treinta mil infantes, y entre éstos cuatro mil griegos, cuya fidelidad tenía bien experimentada; además de ellos, cuatro mil honderos o gente de arco y tres mil y trescientos caballos, casi todos bactrianos, a quienes mandaba Beso, sátrapa de la Bactriana. Apartado, pues, a corta distancia del camino real, mandó pasar delante el bagaje, y habiendo juntado sus cabos y los primeros oficiales les hizo este razonamiento:

«Si me hubiese empeñado la fortuna con gente sin espíritu, y que atenta a la conservación de su vida, por ignominiosa que fuese, la prefería a una gloriosa muerte, tendría por mejor callar que malograr el tiempo en palabras inútiles. Hallándome, empero, con más pruebas de vuestro valor y de vuestra fidelidad de las que quisiera, debo antes procurar ser merecedor de tan estimables amigos que dudar si sois los mismos que hasta aquí habéis sido.

Desamparado de tantos millares de hombres como componían mi ejército, sólo vosotros me habéis acompañado en mi infortunio, cuya fidelidad y constancia me persuade únicamente a que aún soy rey. Señorean ahora mis ciudades los traidores tránsfugas, no porque el enemigo los juzgue dignos de este honor, sino por granjear con semejantes premios vuestra obediencia. Pero vosotros, más atentos a vuestro pundonor y lealtad que a vuestras conveniencias, habéis preferido a la próspera fortuna del vencedor mi infeliz suerte, haciéndoos con tan loable acción dignos de que os

la premien los dioses; y no dudéis que os la remuneren cuando yo no pueda, ni que deje de dilatarse a la más remota posteridad la fama de vuestras alabanzas; no pudiendo haber ninguna, por ingrata que sea, que no las ensalce y sublime hasta donde pide vuestro merecimiento. Cuya confianza me esforzará aun cuando se librase todo mí remedio en la fuga, de quien aun el nombre me es horroroso a hacer rostro al enemigo teniéndoos a mi lado. Porque ¿hasta cuándo he de vivir desterrado en medio de mis estados? ¿Hasta cuándo fugitivo por los rincones de mi imperio de un rey extraño y advenedizo, cuando aún me hallo en estado de hacer una nueva experiencia de mi fortuna y de recobrar lo perdido, o de acabar de perder gloriosamente con la vida cuanto me ha quedado?

Si no es ya que me sea más honroso ofrecerme al arbitrio y discreción del vencedor, y quedar, a ejemplo de Mazeo y de Mitrenes, satisfecho con obtener de él alguna provincia, condescendiendo con el deseo que ha tenido de hacerme antes objeto de su vanidad que de sus iras. Pero no permitan los dioses que ninguno pueda llegar a desposeerme o a darme la diadema que ciño, ni que conservando algún aliento pierda este imperio, sino que sea uno mismo su fin y el de mi vida. Si vosotros os halláis con el mismo animo y en la misma resolución, me prometo vuestra libertad y que no os veáis precisados a sufrir el fastidioso gesto de los macedones ni su soberbio aspecto. De vuestros bríos depende la gloriosa venganza de vuestros ultrajes y el fin dichoso de todos vuestros infortunios.

En mí tenéis un vivo ejemplo de la inestabilidad de la fortuna para poder esperar de ella mudanza en la que nos aflige. Pero aun cuando se halle desamparada la justificación de nuestras armas del socorro de los dioses, no podrá faltar nunca a tan generosos corazones como los vuestros el recurso de una honrosa muerte. Ruégoos, pues, amados amigos míos, y exhórtoos por la gloria de vuestros antecesores y por el crédito con que poseyeron el imperio de todo el Oriente; por las cenizas de tantos esclarecidos varones, de quienes fue tributaria Macedonia; por tantas armadas como surcaron a la Grecia; por tantos erigidos trofeos y por tantos obtenidos despojos, que con animo digno de vosotros y de la gloria de nuestra nación os dispongáis al combate y a sufrir con igual constancia que las adversidades pasadas cuantas os ofreciere nuevamente la fortuna: que por lo que a mí toca, estoy resuelto a perpetuar mi fama, o con una esclarecida victoria o con una gloriosa batalla.»

CAPÍTULO 9

Varios pareceres de los grandes. Alteración y tumulto, ocasionado de la traición que Nabarzanes y Beso habían tramado.

Había llenado, mientras Darío bacía este razonamiento, de tan grande horror los corazones y ánimos de todos la imagen del próximo peligro, que apenas dejó a alguno arbitrio para discurrir ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que como dejamos dicho estuvo en la corte de Filipo, interrumpió aquella suspensión diciendo: «Aquí nos hallamos adornados de nuestras más ricas vestiduras y de nuestras mejores armas para asistir al rey en el combate, resueltos a vencer, como lo esperamos, o a morir, como no excusaremos.»

Repitieron casi lo mismo todos los demás. Pero Nabarzanes, que asistía a aquel consejo, tenía tramada entre él y Beso una de las mayores maldades que pueden ejecutarse, y de quien hasta entonces no había entre los persas ejemplar de haberse conocido. Era ésta aprisionar al rey (lo cual podrían conseguir fácilmente por medio de las tropas que mandaba uno y otro) con intento, o de entregársele vivo a Alejandro si los siguiese, y granjear su benevolencia por medio tan grato, o de apoderarse del reino si pudiese escapársele, y renovar la guerra después de haber muerto a Darío.

Con el fin, pues, de tan horrible maldad, la cual había algún tiempo que maquinaban, y el de abrir camino a su ejecución y logro, dijo Nabarzanes así al rey:

«No dudo, señor, que mi dictamen a los primeros visos sea poco grato a tus oídos; pero en las enfermedades destituidas de remedio es donde el médico aplica los más extraordinarios y violentos; y en la deshecha tormenta, cuando el diestro piloto por librar lo que más importa arroja al mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi consejo a persuadirte aventuras nada de cuanto hoy

posees, sino que asegures la conservación de tu persona y de tu imperio. Habiéndote mostrado la experiencia con tan continuadas infelicidades cuan a favor de nuestros enemigos se han declarado los dioses y con cuánta pertinacia persigue a los persas la fortuna, no hallo otro recurso a nuestras desdichas que el de renovar la guerra debajo de nuevos y más felices auspicios.

Pon las riendas del gobierno en manos de otro que sólo en apariencia conserve el título de rey lo que tardare en dejar al Asia libre de los enemigos que la afligen, para que quedándolo, y volviéndote vencedor este sagrado depósito, puedas seguro restituirte al trono, no con la brevedad que debemos esperar de las presentes disposiciones. Porque aún la Bactriana se halla entera y los indos y los sacas sólo esperan tus órdenes, sin tantos pueblos y tantos millares de hombres aptos, así para la caballería como para la infantería, que podemos decir seguramente son aún mayores las fuerzas con que te hallas que las que has perdido. ¿Pues qué es lo que nos obliga a que tan sin necesidad aceleremos nuestra ruina?

De grandes corazones es sin duda despreciar la muerte; no, empero, aborrecer la vida: antes, sí, suele ser de espíritus cobardes y a quienes es fastidioso el trabajo abandonarla por huirle, malogrando cuantos medios procura solícito y diligente el valor para su conservación y seguridad. Porque siendo la muerte el fin de todas las cosas, basta exponerse con generosa resolución a ella, sin anticiparse presurosamente a buscarla. En cuya consideración si nos retiramos a Bactras, que es hoy el más seguro refugio que se nos ofrece, debemos ceder al tiempo y declarar por rey a Beso, gobernador de aquella provincia; el cual, reducido todo a estado tranquilo y pacífico, te restituirá como a legítimo príncipe el imperio que depositares en él.»

No debe admirar que irritado Darío de tan atrevido razonamiento prorrumiese, aun sin penetrar toda la maldad que disfrazaba, en algunas demostraciones de su justa indignación; y dejándose llevar de ella, «¿Parece (le dijo), oh desleal vasallo y malvado hombre, que ya es tiempo de que declares tu traición sin el recelo de algún riesgo?» Y echando mano a su cimitarra iba a darle muerte, como lo hubiera hecho a no haberse puesto de por medio Beso y los bactrianos con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con ánimo de aprisionarle si intentase pasar a más, y suplicándole se templase. Con lo cual pudo escaparse Nabarzanes, a quien siguió inmediatamente Beso; y habiendo separado del grueso las tropas que mandaban, tuvieron entre sí consejo secreto. En cuyo ínterin, discurriendo Artabazo con Darío del estado de sus cosas, procuró templarle. Y después de haberle persuadido repetidas veces a que se acomodase al tiempo, le suplicó se sirviese perdonar o la ignorancia o la locura de los que por último debía mirar como a suyos. Que considerase tenía a la vista a Alejandro, que aun cuando se hallase con sus fuerzas enteras era un poderoso enemigo; y lo que sería de su persona si llegasen a desampararle los pocos que le seguían.

Persuadido no sin dificultad Darío a tan útil consejo, desistió de la resolución en que estaba de campar, por lo alterados que reconoció los ánimos de todos, y se retiró a su tienda con igual tristeza que desesperación.

Era imponderable el desorden y desunión de aquel ejército, en todo el cual no había ninguno que mandase ni atendiese al bien común como hasta entonces. Patrón, coronel de los griegos, les mandó que tomasen las armas y estuviesen prontos para ejecutar lo que se les ordenase. Los persas se hallaban retirados a una parte y Beso a otra con sus bactrianos, procurando ganar a aquéllos y llevarlos a Bactras, cuya opulenta provincia les exageraba, representándoles estaba entera, y los peligros a que quedaban expuestos si permanecían allí. Pero atentos los persas a la fidelidad que debían a su príncipe, le respondieron uniformes que sería gran maldad desamparar al rey. En tanto Artabazo hacía el oficio de general, visitaba las tiendas de los persas y los exhortaba unas veces como general y otras como soldado particular, manifestándoles la seguridad con que estaba de su obediencia; después de lo cual pasó a la tienda de Darío, a quien no sin grandes instancias hizo comer y persuadió a que mostrase igual valor al que correspondía a su grandeza.

CAPÍTULO 10

Cruel determinación de Beso y de Nabarzanes sobre entregar a Darío o darle muerte. Tiénela oculta por extraños medios.

Pero Beso y Nabarzanes, en cuyos pérfidos pechos ardía la ambición de dominar, resolvieron poner en ejecución su intento. Y si bien no dejaban de prevenir cuan difícil les sería llegar al trono mientras viviese Darío, por la grande veneración con que atendían aquellos pueblos a sus príncipes, respetando aun en su más decadente fortuna el nombre y la sombra de la majestad y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad y opulencia de la provincia que mandaban, poderosa en hombres y armas, no inferior en su extensión a las mayores del Oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entonces de juventud, que sólo de ella podían sacar igual ejército al que habían perdido, los tenía tan confiados, que no sólo despreciaban a su príncipe, sino también a Alejandro; esperando que si llegaban a hacerse señores de ella, hallarían medios para restablecer el imperio y poder de los persas.

Finalmente, después de haber discurrido largo tiempo sobre lo que debían ejecutar, resolvieron apoderarse del rey por medio de los bactrianos, que tenían entonces a su devoción, y habiéndolo conseguido participar a Alejandro se le conservaban vivo. Que en caso de que le disgustase su traición, que era lo que más temían, darle muerte y retirarse con sus tropas a Bactras.

No podían, empero, apoderarse fácilmente de la persona del rey por medio de alguna violencia, respecto del crecido número de persas entre quienes se hallaba, los cuales no era creíble le abandonasen, ni tampoco los griegos, cuya fidelidad temían aún más. Con que les fue preciso fiar del artificio lo que no podían esperar de la fuerza.

Mostráronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al rey el haber temido su indignación, y solicitaron al mismo tiempo secretamente llevar a su devoción a los persas y ganar la voluntad de los soldados, unas veces con la esperanza y otras con el temor, representándoles el riesgo a que los exponían y cuan en breve perecerían debajo de las ruinas de un imperio decadente y próximo a su ruina; cuando teniendo abierta la Bactria podían asegurarse en ella y satisfacerse a manos llenas de sus riquezas, mucho más excesivas de lo que imaginaban.

Mientras pasaba esto, buscó Artabazo, o por orden del rey o de motivo propio, a Beso y a Nabarzanes, a quienes aseguró había depuesto Darío su enojo y restituíolos a su gracia. Ellos, afectando entre fingidas lágrimas algunas disculpas, que sirviesen de crédito a la inocencia que procuraban persuadir, pidieron a Artabazo que patrocinase su causa e intercediese por ellos.

Habiéndose pasado en esto la noche, se ofreció Nabarzanes al romper del día inmediato en la tienda del rey con los bactrianos, ocultando la maldad que le llevaba con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Darío, dada la señal para la marcha, tomó como acostumbraba su carro. Entonces Nabarzanes y los demás cómplices, postrados en tierra, tuvieron corazón para venerar obsequiosos al que en breves horas habían de reducir a prisiones, y derramar en testimonio de su arrepentimiento algunas lágrimas. Tan fácil y dispuesto está el corazón humano a la doblez y disimulación.

Añadieron a ellas tan humildes e incesantes ruegos, que no sólo persuadieron a aquel príncipe, por su natural blandura fácil a ser engañado, a que diese entero crédito a sus fingimientos, sino le obligaron también a que enternecido vertiese algunas lágrimas. Pero ni éstas ni la consideración de hombre y rey, contra quien conspiraban traidoramente, fueron bastantes a templar su inhumana crueldad. Darío, pues, juzgándose fuera del peligro que le esperaba, sólo atendía a librarse de Alejandro como del único enemigo a quien temía.

CAPÍTULO 11

Descubre Darío los intentos de los traidores. Rehúsa el socorro de los griegos que tenía presente, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.

Mejor informado Patrón mandó a su gente, que de ordinario iba con el bagaje, que tomase sus armas y estuviese pronta a ejecutar sus órdenes. Seguía el carro del rey, esperando ocasión de

hablarle por hallarse noticioso de la conjuración de Beso; el cual sospechándolo no se apartaba de él, más que por acompañarle por asegurar su persona. Pero no pudiendo por algún tiempo conseguirlo Patrón, y habiéndole interrumpido en las que intentó declararse, vacilante entre la fidelidad y el temor, fió de sus ojos lo que no se atrevía a articular su voz, hasta que advirtiéndolo el rey en el cuidado con que le solicitaba atento, le preguntó por medio de uno de sus eunucos, llamado Bubace, si tenía algo que decirle. Respondióle que sí; pero que deseaba fuese a solas. Con lo cual, habiéndole llamado el rey sin intérprete, respecto de entender la lengua griega, le dijo Patrón así: «De cincuenta mil griegos que éramos, señor, hemos quedado en el corto número que ves; pero dispuestos todos a seguir la fortuna que corrieres con la misma fidelidad que te hemos servido en tu mayor prosperidad y gloria. Cualquiera retirada que elijas será nuestra patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposición, señor, me veo precisado a suplicarte, por la misma lealtad que has experimentado tantas veces en nosotros, pases a nuestra tienda tu cuartel y fíes la seguridad de tu real persona de nuestro cuidado.

»Advierte que ya para nosotros se acabó la Grecia, que Bactras no nos es recurso y que toda nuestra esperanza se libra en ti; y ojalá permitiesen los dioses consistiese también la de todos los tuyos para que te atendiesen con mayor amor. Baste, empero, señor, sin que me explique más, decirte que siendo extranjero y de donde soy no me atreviera a pedirte la guarda de tu real persona a no verla tan arriesgada en otra que la nuestra.»

Aunque ignoraba Beso la lengua griega, el remordimiento de su conciencia no dejaba de ponerle en algún recelo de que le hubiese descubierto Patrón, cuya sospecha confirmó con la evidencia cierto intérprete, que habiéndose hallado no lejos pudo escuchar cuanto dijo al rey y participárselo. Pero Darío, habiéndole oído con sereno semblante, le preguntó lo que le obligaba a aquel recelo. Patrón, reconociendo que ya no era tiempo de malograrle, le dijo: «Beso y Nabarzanes conspiran, señor, a tu ruina: tu imperio y tu vida se hallan tan próximos al último peligro, que hoy verá el mundo o el fin de ella o el de los parricidas.»

Verdaderamente que Patrón quedó merecedor de inmortal gloria por haber atendido con tan loable vigilancia a preservar al rey de aquel riesgo, y que a vista de este suceso son dignos de risa los que se persuaden de que las cosas humanas se obran acaso y sólo por arbitrio de la fortuna; cuando es cierto, a lo que juzgo, que gobierna soberana y altísima Providencia el universo, y que por oculta unión y trabazón de causas secretas y determinadas mucho tiempo antes, se rigen todas las cosas con su regular orden, hasta que se cumple el fin y destino de cada una. Respondióle Darío: «Que aunque se hallaba con bastante satisfacción de la fidelidad de los griegos, no se resolvería nunca a desacreditar la de los suyos separándose de ellos, porque le sería mucho más sensible que su desacato el darles ocasión para él. Y que así tenía por mejor quedar expuesto entre los suyos a los ultrajes que quisiese hacer en él la fortuna, que librar en los extraños su seguridad; pues llegando a juzgarles suyos por indigno de que viviese, moriría siempre tarde por presto que lo hiciese.» Patrón desesperando de la vida del rey se volvió hacia sus tropas, resuelto antes a morir que a desampararle.

CAPÍTULO 12

Apodérase Beso de Darío después de haberle engañado con unidas lágrimas y cautelosas palabras; y habiéndole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro tan indigno de la majestad de su persona como si hubiese olvidado iba en él tan gran príncipe.

Aunque había resuelto Beso con impetuoso ardor dar luego muerte a Darío, difirió hasta la noche siguiente la ejecución de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alejandro perdón a su delito si no se le entregaba vivo. Pasó en el ínterin a dar las gracias a Darío «de que se hubiese desembarazado con tan gran destreza de los artificiosos engaños de aquel traidor, a quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alejandro para que pretendiese hacerle presente de la cabeza de su rey. Que no se admiraba de que un mercenario que exponía su vida al vil precio del dinero hiciese mercancía de la ajena, ni de que hallándose sin prenda alguna de hijos ni de hacienda,

desterrado del mundo, y por último, enemigo de ambos partidos, se vendiese a quien más caro le comprase.» A cuyas expresiones añadió otras en prueba de su justificación, poniendo por testigos de su inocencia a los dioses.

Admitióselas Darío con demostraciones de que se las creía; porque aunque no dudaba de la noticia de los griegos, el estado de las cosas, en el cual le era no menos peligrosa la traición que la desconfianza, le obligaba a conformarse con él. Componíanse de treinta mil los que por la ligereza de sus ánimos se hallaban dispuestos a cualquier maldad, y Patrón de sólo cuatro mil; a quienes si cometía la guarda de su persona, agravando la fidelidad de los persas, daba en alguna manera ocasión para que pareciese menos culpable el parricidio. Por lo cual quiso antes exponerse a él, habiendo de morir, que dejar el menor motivo para que pretextasen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió a Beso «que la justificación de Alejandro no era menos notoria que su valor, y que se hallarían engañados los que esperaban de él premiase su infidelidad, pues ninguno tomaría más severa satisfacción de ella que él.»

Acercábase ya la noche, y si bien los persas, desarmados según costumbre, iban a forrajear a las aldeas vecinas, los bactrianos se mantuvieron por orden de Beso con las armas en la mano. En tanto Darío hizo llamar a Artabazo, y habiéndole referido lo que le había participado Patrón, fue del mismo sentir en cuanto a que librase su seguridad del cuidado de los griegos, asegurándole que los persas le seguirían luego que entendiesen su peligro. Pero no pudiendo huir su destino, incapaz ya de admitir consejo ni de tener más arbitrio que el que necesitaba para poder dar el último vale a Artabazo, único consuelo suyo en aquel infortunio, le abrazó, y bañado en sus lágrimas y en las de aquel fino amigo se asió tan estrechamente de él, que necesitó hacer éste algún esfuerzo para separarse; a cuyo tiempo, cubriéndose Darío el rostro por no aumentar su dolor viéndole partir anegado en su llanto, se arrojó en tierra impelido de su desesperación. A vista de lo cual las guardas de su persona, más atentas a su propio peligro que a exponerse como debieran a los mayores en obsequio y seguridad de su rey, y juzgándose incapaces de resistir a los conjurados, como si ya les acometiesen, le desampararon, sin que quedase en su tienda más que algunos eunucos, a quienes detuvo el no saber dónde huir.

Hízolos también salir de ella; y habiendo quedado solo se mantuvo por algún tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por último, disgustado también de la misma soledad que había solicitado como alivio, mandó llamar a Bubace, a quien dijo: «Bastantemente has acreditado hasta este lance tú y tus compañeros la fidelidad que me debéis: id y libraos, que yo esperaré aquí el fin de mi vida.» Y volviéndose a él le añadió: «Y no extrañes no me la quite yo mismo; pues sólo dejo de hacerlo porque quede otro, y no yo, reo de esta maldad.» A cuyas lastimosas expresiones prorrumpió el eunuco en tiernos y crecidos gemidos, primero en la tienda y después, en el campo, donde rasgadas sus vestiduras y deshechos en funestas lágrimas concurrieron todos a lamentar la miseria de su dueño, cuyos tristes y ruidosos clamores llegando al cuartel de los persas los pusieron en gran confusión, no atreviéndose a tomar las armas temerosos de que los cargasen los bactrianos, ni a subsistir allí sin hacer en obsequio de su rey para evitar la ignominia de haberle desamparado tan vergonzosamente.

Todo era desorden y confusión en aquel ejército, ya sin cabeza y sin dueño. La gente de Beso y Nabarzanes, persuadida a que no podía ser otra la causa de tan universal llanto que la muerte de Darío, pasó a decirles se la había dado él a sí mismo. Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás cómplices, y llegaron a su tienda, donde habiéndose asegurado de que era vivo, dieron orden para que le prendiesen y le asegurasen con cadenas.

Tal fue el fatal destino de aquel gran rey, de aquel poderoso monarca, que habiéndose visto poco antes en un ostentoso y soberbio carro, arbitro soberano de tantos pueblos como los que reverentes tributaban a la majestad de su persona no inferiores adoraciones que las que ofrecían a Dios, se halló repentinamente oprimido, no ya por extraño poder enemigo, sino por la cruel alevosía de sus propios vasallos, esclavo de sus esclavos y arrojado en un vil carro cubierto de groseras pieles. Su plata y sus muebles quedaron como por derecho de guerra expuestos al pillaje, en cuyo

execrable botín habiéndose satisfecho la codicia de los traidores, empezaron a retirarse.

Artabazo tomó la marcha con los que habían quedado en la obediencia, y las tropas de los griegos hacia las tierras de los partos, creyéndose allí más seguros que en compañía de los parricidas; pero los persas, movidos de las promesas de Beso, y no sabiendo a qué resolverse, se juntaron a los bactrianos, con quienes los reunieron tres días después. Sin embargo, los traidores, porque no se dijese dejaban de hacer a su rey los honores que debían, o, lo más cierto, porque no quedase escarnio de que no se valiese la fortuna en desprecio y ultraje de aquel príncipe, le aprisionaron con cadena de oro, y temiendo fuese conocido por sus reales insignias, hicieron cubrir todo el carro en que iba de groseras pieles, y que le llevasen personas a quienes fuese desconocido, para evitar le mostrasen a los que preguntasen por él y que a lo largo le siguiesen algunas guardas.

CAPÍTULO 13

Sabiendo Alejandro la infelicidad a que se hallaba reducido Darío, marcha contra el ejército de los persas; pero Beso y los demás parricidas, temiendo sus armas y la presencia del vencedor, dejan a Darío cargado de muchas heridas y se entregan a la fuga.

Sabedor Alejandro de que Darío había partido de Ecbatana, dejó el camino de la Media que había llevado hasta entonces, y le siguió a acelerado paso. Luego que llegó a la ciudad de Tabas, que está en los últimos términos de Paretacene, le participaron algunos tráfugas que huía aceleradamente a la Bactras; pero mejor informado después Bagistanes, babilonio, supo no se hallaba preso, aunque muy próximo a estarlo o a perder la vida. Con cuya noticia llamó a toda prisa a sus cabos, a quienes dijo: «La última y mayor empresa que nos falta por ejecutar, si bien la más fácil de cuantas hemos obtenido, se nos ofrece. Darío se halla a corta distancia de aquí abandonado o muerto por los suyos. No ignoráis que en su persona consiste el complemento de nuestras victorias. Por lo cual es preciso que procuremos no se nos escape; partamos, pues, con prontitud para que tan estimable presa sea premio de nuestra diligencia.» Conformes todos en poner en ejecución su gusto, respondieron a una voz que estaban prontos a seguirle, sin que los detuviese ni el trabajo ni el peligro.

Llevólos, pues, no a paso de marcha de guerra, sino a carrera abierta, sin permitirles por la noche el descanso que pedía la fatiga del día, hasta que después de haber caminado quinientos estadios, llegaron, por último, a la aldea donde Beso hizo prisionero a Darío. Habíase quedado allí Melón, intérprete de aquél infeliz príncipe, por haber caído malo; el cual embargado de la presteza de Alejandro y fingiendo se había detenido allí para rendirle su obediencia, le participó todo lo sucedido. Siendo, empero, preciso permitir algún rato de descanso a aquellas tropas, después de tan largas jornadas, se ocupó el rey mientras le lograban en reformar los seis mil caballos escogidos que tenía de trescientos hombres, a quienes llamaban dimacas, los cuales armados pesadamente, aunque marchaban a caballo, combatían a pie cuando el lugar y la ocasión lo requería.

En esta disposición le hallaron Orsilos y Mitracenes, los cuales habiendo abandonado el partido de Beso y detestado su traición, iban a ofrecérsele. Refiriéronle que los persas se hallaban a quinientos estadios de allí por el camino ordinario, pero que ellos le conducirían por otro más corto.

Recibiólos el rey con gran gusto y admitiéndolos por guías, partió al anochecer con una parte de la caballería ligera, ordenando a su falange que le siguiese con la mayor presteza que le fuese posible. Marchaba en forma de batalla y con tal ordenanza, que aunque llevaba á galope su gente, podían juntarse siempre que la ocasión lo pidiese los primeros a los últimos. Habiendo caminado, pues, en esta disposición trescientos estadios, encontró a Brocúbelo, hijo de Mazeo, que había sido gobernador de Siria; el cual, yendo también a rendírsele, le aseguró que Beso sólo estaba a doscientos estadios de él, y que desordenado su ejército marchaba sin el menor recelo; que le parecía era su intento tomar la derrota de Hircania, pero que si se apresuraba le cogería sin duda desprevenido, y que Darío aún vivía.

Fue esta noticia de tanto mayor estímulo para la continuación de su marcha, cuanto dando de espuelas a los caballos partieron a toda rienda. Percibían ya el ruido de la de los enemigos, pero no

podían verse respecto de impedírsele la demasiada polvareda que levantaban: por lo cual fue preciso hacer alto mientras se apagaba. Llegaron a verse los dos campos, a cuyo punto se retiraron los bárbaros, aunque con tan grandes ventajas, que pudieran haber esperado muy a favor suyo el suceso, si como tuvo Beso atrevimiento para cometer el parricidio, hubiese tenido valor para dar la batalla; porque además de la superioridad de sus fuerzas a las del enemigo, no podía dejar de serles de considerable ventaja el pelear frescos y descansados con los que llegaban rendidos y fatigados del camino. Pero el nombre y la reputación de Alejandro, que en la guerra es de suma importancia, los atemorizó de suerte que se entregaron a la fuga.

Beso y los demás cómplices, habiendo esperado a Darío, le persuadieron a que se pusiese a caballo para librarse de caer en manos de su enemigo; pero él, bien lejos de hacerlo, les respondió que los dioses estaban prontos a vengarle, e implorando la fe de Alejandro, se opuso a seguir a los parricidas, los cuales irritados de su repugnancia enderezaron contra él sus dardos, y habiéndole cargado de heridas, hecho lo mismo en los caballos que le conducían, para impedir que pasase más adelante, y dado muerte a dos esclavos que acompañaban al rey, se separaron después de tan detestable maldad para dejar en diversas partes vestigios de su fuga y engañar por este medio al enemigo si quisiese seguirlos, u obligarle a dividir por muchas partes sus fuerzas.

Nabarzanes se encaminó hacia Hircania y Beso hacia Bactras seguido de poca gente de a caballo.

Los bárbaros, abandonados de sus cabos, se dividieron por una y otra parte, según los guiaba su miedo o su esperanza, sin que hubiese más que quinientos caballos que se uniesen, aunque dudosos en si les estaría mejor hacer resistencia o ponerse en fuga. El rey habiendo advertido el pavor de los enemigos, hizo adelantar a Nicanor con una parte de la caballería para cortarlos, y él con el resto los cargó. Quedaron sobre el campo más de tres mil, que se pusieron en defensa, y los demás sin llegar a ellos, por haber mandado el rey que cesase la mortandad, fueron ahuyentados a manera de bestias.

No hubo entre todos los prisioneros alguno que diese noticia del carro de Darío, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rastro, por más diligencias que se hicieron.

Apresurábase Alejandro de suerte que apenas pudieron seguirle tres mil caballos; las tropas enteras de los fugitivos caían en manos de los que le seguían a paso más lento. Siendo a la verdad cosa bien extraña que hubiese más prisioneros que gente para hacerlos, y que los tuviese tan enajenados de sí su pavor e infelicidad, que no conociesen la muchedumbre de los suyos y el corto número de los enemigos para oponerse a ellos.

En tanto los caballos que conducían el carro de Darío, no habiendo quien los condujese, dejaron el camino real, y después de haber andado cuatro estadios a la contingencia, rendidos del calor y de sus heridas, hicieron alto. Estaba cerca de allí una fuente, donde llevado Polístrato, macedón, por los del país a templar en ella su sed, advirtiéndolo, estando bebiendo del agua que había recogido en su celada, en los caballos que morían de las heridas, de que estaban traspasados, y admirándose de que fuesen antes heridos que robados, acercándose más, reconoció en un grosero carro cubierto de pieles a Darío, cargado de muchas heridas y ya en los últimos trances de la vida, si bien conservando aún algún corto aliento.

Llegóse a él con uno de sus prisioneros para que le sirviese de intérprete, a quien habiendo conocido Darío por el lenguaje que era persa, le dijo: «Que en aquel deplorable estado a que le había reducido su fortuna le quedaba a lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiese y de no malograr sus últimas expresiones. Pidióle dijese a Alejandro que moría deudor de sus beneficios, y tanto más reconocido a ellos cuanto no se los había merecido por servicio alguno: que le daba infinitas gracias por la suma benignidad con que, bien lejos de parecer enemigo, había tratado a su madre, a su mujer y a sus hijos, habiéndolos conservado no sólo la vida sino también el mismo decoro y grandeza que mantuvieron en su primera fortuna, cuando sus más cercanos parientes y amigos, siéndoles deudores de la vida y de los muchos reinos de que les hizo merced, desconocidos a tan crecidas honras, le habían privado con torpe ingratitud de uno y otro: que pedía a los dioses

prosperasen sus armas, haciéndole monarca del universo; y por lo que miraba al execrable parricidio de Beso, cometido en su real persona, esperaba de su justificación que no interesándose menos que su gloria su propia seguridad en el ejemplar castigo de ella, a que se hallaba tanto más obligado cuanto era causa común de todos los reyes, dejase en la severidad y rigor de él bastante motivo al mundo para el escarmiento. Finalmente, faltándole ya el aliento para proseguir, pidió de beber, y habiendo tomado un poco de agua fresca que le llevó Polítrato, «¡Oh, tú, cualquiera que seas, bienhechor mío! (le dice) la última de mis desdichas es hallarme imposibilitado de gratificarte este servicio que de ti he recibido; pero espero que te lo remunere Alejandro, y a Alejandro los dioses la benignidad y clemencia que ha usado con los míos. La única prenda que me ha quedado de mi real fe y afecto es esta mano derecha, ruégote que se la des por mí.»

Y diciendo esto tomó la de Polítrato y rindió el espíritu. Cuyas cosas referidas a Alejandro le obligaron a que pasase inmediatamente allá, donde al ver el cuerpo de Darío prorrumpió en tiernas y copiosas lágrimas, lamentándose del infortunio de aquel príncipe y del infeliz e indigno fin de su gloria. Desdobló su manto, púsole sobre el cuerpo, y habiéndole hecho embalsamar y adornar con regia pompa, se lo envió a Sisigambis para que le hiciese enterrar a usanza de los persas y poner en el real sepulcro de sus antecesores.

LIBRO VI.

CAPÍTULO 1

Descripción de la batalla entre lacedemonios y macedones. Vencedor Alejandro, concede la paz a los griegos, que se habían sublevado en su ausencia.

(Agis) se entró en medio de la refriega, y haciendo gran estrago en cuantos se le oponían, obligó a retirar a muchos enemigos.

Pusiéronse en fuga los macedones, que poco antes se mostraron victoriosos, dejándose cargar sin resistencia hasta que habiendo sacado a lo llano a los enemigos que con ardor les seguían, y ganado un lugar donde pudieron hacerse firmes, restablecieron el combate. Señalábase entre todos los lacedemonios el rey, así por sus armas como por la gentil disposición de su persona, y aún más por la grandeza de su espíritu, en que es sin duda que ninguno le excedió. Tirábanle de lejos y de cerca, y de todas partes recibía en su escudo muchas cuchilladas y evitaba no pocas con su destreza, hasta que herido de un bote de lanza en un muslo, de que arrojó gran porción de sangre, y faltándole las fuerzas para continuar el combate en que aún insistía, le sacaron de él los suyos sobre los escudos, no sin los crecidísimos dolores que le causaba en las heridas el movimiento.

Mas los lacedemonios bien lejos de desmayar a vista de aquel golpe, apoderados de un puesto ventajoso y cerrados en sus escuadrones, resistieron la carga que dieron en ellos. No hay memoria de combate más sangriento y cruel. Habían llegado a las manos dos de los más belicosos pueblos del mundo con iguales fuerzas, alentados unos de su antigua gloria y esforzados otros de la grandeza que gozaban; peleaban aquéllos por la libertad y éstos por el imperio; faltaba a unos la cabeza y a otros el terreno, y aumentaba en todos la esperanza y el temor la diversidad de sucesos con que parece gustó la fortuna de ver disputar en solo un día la victoria a tan valerosos hombres.

El campo de batalla era tan estrecho que no pudiendo pelear sino una parte de sus tropas, las demás servían de testigos y de esforzar desde el paraje donde se hallaba con las voces y con las acciones a sus compañeros. Finalmente, fatigados los lacedemonios del gran calor y pudiendo apenas sostener las armas, las cuales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron a desmayar y a retirarse por último para tener campo más abierto a la fuga si el enemigo los oprimiese.

Cargábalos furiosamente el ejército vencedor, y habiendo pasado todo el espacio que habían ocupado mientras duró el combate, seguía vivamente a Agis, el cual viendo su ejército deshecho, y sobre él a los enemigos, mandó a los suyos que le pusiesen en tierra; y habiendo hecho prueba consigo de si sus miembros correspondían aún a la generosidad de su ánimo, sintiéndose sumamente desfallecido, se puso por sí mismo de rodillas y cubriéndose prestamente con la celada y el escudo, manejando una pica, desafiaba en aquel estado a los más valientes a que llegasen a despojarle de sus armas. Ninguno, empero, se atrevió a acercársele, aunque desde lejos le disparaban gran cantidad de dardos, que rebatía contra el enemigo, hasta que por último, penetrado el desnudo pecho del bote de una lanza que por sí mismo se la sacó él, y no pudiendo subsistir ya más tiempo, afirmado en su escudo rindió sobre sus mismas armas el espíritu.

Murieron en aquella batalla de la parte de los lacedemonios cinco mil trescientos sesenta, y de la de los macedones no pasaron de trescientos; pero apenas hubo quien saliese de ella sin herida. Cuya victoria, no sólo fue causa de la ruina del poder de Esparta y de sus aliados, sino también de que cuantos, librada su esperanza en el suceso de ella, sólo aguardaban su fin para declararse, la perdiesen. No lo ignoraba Antípatro, ni tampoco que muchos que iban a él procurando acreditar su regocijo le fingían; pero deseando poner fin a la guerra, le pareció preciso dejarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenía con el gusto que era consecuente a él respecto de la envidia que le ocasionaría y los riesgos de que serían causa las ilustres acciones que para obtenerle había obrado, las cuales excedían de la esfera general, no dejaban de tenerle en bastante inquietud, como quien también sabía que aunque Alejandro gustaba de ver vencidos a sus enemigos, era tanto

lo que sentía lo quedasen por medio de Antípatro, cuya gloria le parecía disminuía mucho la suya, que no podía disimularlo.

Atento, pues, aquel diestro político a este riesgo, no se atrevió a disponer por sí de nada de la victoria; convocó a los Estados generales de la Grecia para deliberar con su acuerdo lo que pareciese más conveniente. No pidieron en aquella junta otra cosa los lacedemonios sino que se les permitiese enviar una embajada al rey, el cual no puso dificultad en perdonarlos, con excepción de los autores de la revuelta, a quienes hizo castigar. Determinóse también en ella que los megalopolitanos, cuya ciudad estuvo sitiada, pagasen a los aqueos y a los etolios ciento veinte talentos.

Este fin tuvo aquella guerra, la cual se extinguió con la misma presteza que se encendió y antes que Darío quedase deshecho en la batalla de Arbela.

CAPÍTULO 2

Invencible Alejandro en la guerra, se deja vencer en la ociosidad de las delicias. Corre voz en el ejército de que había recordado de aquel adormecimiento.

Pero Alejandro, a quien hasta entonces había sido más molesto el descanso que las mayores fatigas de la guerra, no hubo bien empezado a gustar de él, cuando se entregó a los deleites; de suerte que no habiendo podido ser vencido de las armas de los persas, lo quedó de sus vicios. No pasaba ya los días y las noches sino en desordenados banquetes, en licenciosos juegos, en mujeriles festines y en torpes embriagueces. Con cuyos vituperables excesos y el de haber imitado en todo los estilos y costumbres de los persas, teniéndolos por mejores que los de su patria, dejó tan disgustados a los suyos, que ya no le miraban como a dueño, sino como a enemigo, no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbrados a una rigurosa disciplina a un moderado y vulgar alimento que satisficiera las necesidades de la vida, que los corrompiese con aquellas disoluciones y los habituase a las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las frecuentes conspiraciones contra su persona, los peligrosos motines en sus tropas y la desenfrenada libertad con que hablaban de él, siguiéndose también las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores y lo demás que diremos.

Pasando, pues, los días y las noches en los banquetes y no pudiendo ser siempre los manjares su único divertimento, le alternaba con diversos géneros de juegos y pasatiempos; y no contento con los farsantes y músicos que había hecho llevar de Grecia, hacía cantar a las mujeres cautivas canciones a su usanza, que eran tan extrañas como desapacibles a los oídos de los que no estaban habituados a oirlas.

Había entre las demás una cuya tristeza era más excesiva que la de todas e igual a la gran repugnancia y vergüenza que mostraba de ser vista entre las otras y cuya singular belleza hacían parecer mayor los efectos de su honestidad y recato; a cuya instancia, manteniéndose con los ojos bajos, hacía cuanto le era posible por ocultar su rostro.

Parecióle al rey que no era aquella mujer de esfera vulgar, ni capaz de hallarse en tan licenciosos festines, y habiéndole preguntado quién era, respondióle ella que nieta de Oco, rey de Persia, nacida de una hija suya que casó con Histaspes, pariente de Darío y general de un poderoso ejército. Conservando aún aquel príncipe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo a su desgracia y a la real estirpe de quien descendía y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes e hizo se buscara a su marido para volvérsela. Cuyo suceso fue causa de que mandase al día siguiente a Hefestión pusiese a todos los prisioneros en palacio, donde habiendo reconocido la calidad de cada uno se separaron de las comunes a las personas de la primera esfera, de la cual se hallaron diez, y entre ellos a Oxatres, hermano de Darío, no menos ilustre por sus merecimientos que por la grandeza y representación de su hermano, y a cierto gran señor persa, llamado Oxidates, el cual estando condenado a muerte por Darío, permanecía aún en las prisiones; libróle de ellas el rey y dióle el gobierno de la Media, y admitió al hermano de Darío al número de sus confidentes, haciéndole los honores de que era digno por su real nacimiento.

Importó la última presa veintiséis mil talentos, de los cuales se repartieron doce entre los soldados, habiéndose descubierto igual porción de los prisioneros por los mismos que los guardaban.

Pasó desde allí Alejandro a la región de los partos, pueblos desconocidos entonces, pero hoy cabeza de todas las naciones que están de aquella parte del Tigris y del Éufrates y se extienden hasta el mar Rojo.

Ocupan aquellas hermosas y fértiles llanuras los escitas, formidables aún hoy a sus vecinos. Tienen tierras en Asia y en Europa. Los que habitan sobre el Bósforo pertenecen al Asia; pero los demás, llamados europeos, tocando a la parte izquierda de la Tracia, confinan con el Borístenes y corriendo en derechura se dilatan hasta el Tanais. Pasa aquel río entre Europa y Asia, y es cierto que los partos, que reconocen por fundadores a los escitas, no salieron del Bósforo, sino de la Europa.

Ofrecíase en aquel tiempo allí una ciudad muy célebre, fundación de los griegos, y cuyo nombre era Hecatompylos; detúvose en ella Alejandro algunos días y dio orden para que se recogiese en ella de todas partes la más considerable porción de víveres que se hallase. Dando en ellos ocasión la ociosidad, como suele, a algún soldado deseoso de novedades para que esparciese la falsa voz de que el rey, contento con lo que había obrado, tenía resuelto volverse a Macedonia; fue tan grande la conmoción que causó en el ejército, divulgada por todo él, sin que se pudiese averiguar su autor, y tal la impresión que hizo en los soldados, los cuales corrían como insensatos a sus tiendas a recoger cada uno su bagaje, que no parecía sino que se había dado la señal para desalojar. Buscaban unos aceleradamente a sus camaradas y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatándose por todo el campo, llegó a oídos del rey.

Dio ocasión a aquella falsa voz el haber licenciado las tropas griegas y concedido seis mil dineros a cada caballero, con lo cual tuvieron los macedones por concluida enteramente la guerra.

El rey, cuyo designio era dilatar sus conquistas a la India y a los últimos términos del Oriente, habiendo llamado a su tienda a los principales cabos de su ejército, se lastimó con ellos, no sin lágrimas, de que le precisasen a interrumpir a la mitad de él el curso de sus gloriosas conquistas y a volverse a su patria, vencido más que victorioso. Decíales que aquella ignominia no le procedía de la flaqueza de sus soldados, sino de la envidia de los dioses, los cuales habían conspirado para infundir en sus valerosos corazones el deseo de la patria, para quitarle los medios de que volviese prestamente con mayor honra y reputación a ella. A cuyas expresiones, movidos todos, le ofrecieron su sangre y sus vidas, asegurándole de la prontitud con que los hallaría dispuestos a cuanto les ordenase, por difícil y arduo que fuese, e igualmente la de los soldados, a quienes le manifestaron sería bien procurase inducirlos a sus intentos con la blandura de sus palabras proporcionadas a su genio, pues tenía experiencia de cuan poderosas y eficaces eran en sus ánimos, los cuales jamás se vieron tristes ni caídos alentándoles él, sino con la misma alegría y marcial ardor con que se presentaba él al combate. Prometiéndoles que lo haría, si bien les pidió que dispusiesen por su parte los ánimos; y después de haber proveído en lo que juzgó por necesario para aquella acción, juntó su ejército y le habló de esta manera.

CAPÍTULO 3

Discurso de Alejandro a sus soldados exhortándolos a concluir la guerra comenzada en Asia.

«No me admiro ¡oh soldados! que si consideráis las grandes empresas que hemos ejecutado, os halléis satisfechos de gloria y que no busquéis ya sino sólo el descanso. No entrando en número los ilirios, los tribalos, la Beocia, la Tracia, los espartanos, los aqueos, el Peloponeso, todos los cuales he sujetado, a unos por mi persona y a otros por medio de mis generales y debajo de mis auspicios, ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado a los jonios y eolos de una cruel servidumbre.

Hallámonos señores de Caria, de Lidia, de Capadocia, de Frigia, de Paflagonia, de Panfilia, de Pisidia, de Cilicia, de Tiro, de Fenicia, de Armenia, de Persia, de los medos y de los partos, cuyo crecido número de provincias, entre quienes no sé si respecto de él fue olvidado alguna, excediendo,

a lo que juzgo, aun al de las ciudades que poseen otros, me obligaría a poner fin a mis conquistas si me hallase asegurado de que lo quedaban entre pueblos vencidos con tanta prontitud, y a restituir, ¡oh soldados!, aunque fuese a pesar vuestro, a la protección de mis domésticos dioses, al amor de mi madre y de mis hermanas y a la compañía de mis ciudadanos, para gozar en el centro de mi patria de la gloria que con vosotros he adquirido; porque allí es donde nos esperan los más dulces frutos de nuestras victorias, el gusto de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de las que os dieron al mundo, la paz, el reposo y la posesión segura de cuanto liemos comprado al precio de nuestra sangre.

Pero en un imperio totalmente nuevo, y en quien no podemos decir con certeza que estábamos seguramente establecidos, y antes tanto más lejos de haberlo conseguido cuanto permanecen aún muchas cabezas rebeldes que repugnan el yugo, es preciso, ¡oh soldados! tiempo para reprimirlos y una suave y dulce comunicación que poco a poco temple y ablande la fiereza natural de sus ánimos. Aun las cosas insensibles necesitan de él para que las suavice y disponga a que reciban la ley que la naturaleza les impuso, como ordinariamente lo experimentáis en los frutos de la tierra, los cuales no llegan a su perfecta sazón sino por medio suyo. ¿Juzgáis, por ventura, que tantos pueblos acostumbrados a otro dominio, y con quienes no tienen conformidad alguna nuestra religión, nuestras costumbres ni nuestra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que vencidos? Pues creéis mal, porque el contenerse en nuestra obediencia lo debemos a nuestras armas, no a su voluntad.

Mientras estáis presentes os temen, pero ausentes serán vuestros enemigos. Siendo lo cierto que nos es preciso hacer con ellos lo que con las fieras, en quienes obrando el tiempo lo que no se pudo esperar de su natural, las deja domésticas y mansas. Hasta aquí he discurrido como si ya fuésemos enteramente dueños de cuanto poseía Darío. Pero aún se halla Nabarzanes apoderado de la Hircania, y el parricida Beso, no contento con ocupar la Bactria, nos amenaza. Los sogdianos, los dahas, los maságetas, los sacas y los indios no reconocen dominio. No bien habremos vuelto las espaldas cuando estos pueblos se declararán contra nosotros, siendo todos de una nación, nosotros extraños, y natural que apetezcan más el señorío en los propios, aunque sea menos suave, que en los ajenos. Por lo cual es preciso que, o perdamos lo adquirido o que adquiramos lo que nos falta que ganar; apartando, a imitación del médico que para conseguir la salud de un cuerpo humano procura evacuarle de todos los malos humores, cuanto puede ser nocivo a nuestro imperio.

Muchas veces una pequeña chispa no advertida ha originado considerable incendio. Nunca es seguro despreciar lo más leve en el enemigo, porque del descuido nace la disminución propia con que crece su diligencia aumentando sus bríos y poder. Aun el mismo Darío no llegó por derecho sucesivo al real trono de Ciro sino porque en él le colocó el crédito de Bagoas, de que podéis inferir el corto trabajo que habrá costado a Beso apoderarse de un reino abandonado. Verdaderamente ¡oh soldados! que sería grande ignominia nuestra que le hubiésemos vencido para dar sus estados a uno de sus vasallos, el cual después de haber cometido el mayor de los delitos en la persona de su rey al tiempo que le ofrecían su socorro los extraños, y que nosotros, aunque le hacíamos guerra, le hubiéramos perdonado sin duda vencedores, le redujo cual cautivo a prisiones, y por último le dio muerte, para defraudarnos la gloria de haberle librado de ella. ¿Y este monstruo queréis que reine? ¿Y consentiréis que esto se sufra?

Por lo que a mí toca, es cierto que no sosegaré hasta ver que pendiente de una horca satisface a todos los reyes y pueblos del mundo las penas de su perfidia. Si inmediatamente a nuestra partida nos llegasen a decir que saqueaba las ciudades de la Grecia y del Helesponto, ¿con qué gusto escucharíais que aquel mal vado se hiciese dueño de los premios de vuestras victorias y conquistas? En cuyo caso no dudo que coléricos tomaríais las armas y que no las depondríais hasta dejar castigada su orgullosa osadía. ¿Pues cuánto mejor es oprimirle ahora que se halla preocupado del horror de su delito y fuera de sí? No necesitamos de más tiempo que el de cuatro días para el camino. Pues qué, ¿detendrá tan corto espacio en lo mejor de sus conquistas a los que han pasado tantas y tan crecidas nieves, a los que han vadeado tan caudalosos ríos, y a los que han penetrado las

elevadas cumbres de tan inmensos montes; mayormente no teniéndose ya mares cuyas crecidas olas nos impidan el paso, ni estrechos que nos le cierren, pues se nos ofrece todo tan llano y fácil para la victoria, que parece podemos tenerla por segura?

Sólo cinco o seis parricidas y otros tantos vagabundos son los que nos han quedado por extinguir. ¡Con qué esclarecida acción ilustraréis vuestra gloria y coronaréis todas las demás eternizándolas al mundo si vengáis la muerte de vuestro enemigo y manifestáis que extinguido con su vida vuestro odio no permite semejantes maldades vuestra generosidad! A cuyo intento no prevenís cuan obedientes y obsequiosos encontraréis a los persas, reconociendo éstos la justificación con que emprendéis las guerras, y que vuestras iras no miran a su nación, sí sólo a castigar el delito de Beso.»

CAPÍTULO 4

Descripción de Ziobetis, admirable río. Ofrece Alejandro a Nabarzanes el perdón que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallándose cercano al mar Caspio admite a su gracia a los capitanes de Darío.

Fue oído este discurso con tan grande aplauso de los soldados, que todos a porfía dijeron en altas voces que los llevase adonde fuese servido. en tres días a la frontera de Hircania. Dejó a Crátero con las tropas que mandaba y con las de Amintas, reforzadas de seiscientos caballos e igual número de arqueros para asegurar a los partos de las correrías de los bárbaros. Dio orden a Erigio para que condujese el bagaje por la llanura con corta escolta, y viéndose adelantado él quinientos cincuenta estadios acampó en un valle que está a la entrada de Hircania. Ofrécese allí un bosque de crecidas y espesísimas arboledas bañado de infinitos arroyos, que descendiendo de las rocas vecinas fertilizan todo aquel valle.

Nace de las faldas de aquellos montes el río Ziobetis, el cual corre por espacio de tres estadios sin disminución alguna, hasta que rompiéndose su raudal en una roca se divide en dos brazos iguales. Desde allí, haciéndose más rápido y siempre más impetuoso por el encuentro de las peñas que halla en el camino, se precipita debajo de tierra, donde corre manteniéndose oculto toda la extensión de trescientos estadios. Vuelve después como a renacer de otro origen y a hacer nueva y más espaciosa canal que la primera, respecto de tener trece estadios de largo, hasta que habiéndose reducido a más estrechas márgenes entra por último en otro río llamado Ridagno. Aseguran los naturales que cuanto se introduce en la caverna donde el Ziobetis se oculta, que es la más cercana a su origen, vuelve a salir por la que desemboca en el río, como lo comprobaron algunas personas, a quienes habiendo hecho Alejandro entrar allí dos toros que envió para la averiguación, aseguraron haberlos visto salir por el desembocadero.

Habiéndose detenido allí cuatro días para que refrescase su ejército, recibió una carta de Nabarzanes, cómplice en el delito de Beso, en la que le decía que nunca miró con odio a Darío, a quien siempre había representado lo que juzgó de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla por haberlo hecho con celo y claridad. Pero que habiendo resuelto aquel príncipe contra toda razón fiar de extrañas tropas la guarda de su persona, en desdoro y descrédito de la fidelidad que los de su nación habían conservado inviolablemente a sus reyes por espacio de doscientos treinta años, y reconociendo próxima su ruina, tomó el consejo que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Darío; el cual habiendo muerto a Bagoas se justificó con el pueblo, dando por disculpa la de haberlo ejecutado porque conspiraba contra su vida. Que siendo esta la cosa más apreciada de los mortales, el deseo de conservarla le había reducido a aquellos términos. Porque protestaba haber ejecutado en esto, no lo que quisiera, sino lo que no pudo excusar necesitado. Que en las calamidades públicas a cualquiera le era permitido mirar por sí y procurar asegurarse. Y que en esta atención si le mandaba fuese a ponerse a sus pies lo haría, sin el menor recelo de que faltase tan gran rey a su palabra; y tanto más asegurado cuanto sabía no era capaz de engañar a los dioses quien lo era. Pero que si no le juzgaba digno de concederle esta honra no le faltarían en su destierro lugares donde retirarse, pues para los hombres de valor era patria suya

cualquiera que eligiesen.

No hallando Alejandro dificultad para concederle su palabra, a usanza de los persas, le envió a decir que podría ir seguramente. Sin embargo, hizo que marchase su ejército en buen orden a cuatro frentes y de rato en rato se enviasen corredores a reconocer los pasos.

La caballería ligera iba a la vanguardia, seguía la falange, luego el resto de la infantería y detrás el bagaje. Conteníase el rey entre sus guardas por el recelo en que le ponía la condición belicosa de aquellos pueblos y la calidad de la tierra, cuyas entradas son sumamente ásperas. Porque todo es un continuo valle abierto y espacioso hasta el mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes montes en forma de dos grandes brazos, los cuales cierran aquel espacio y torciéndose hacen un seno a manera de media luna. Los cercetas, mosinos y cálibes quedan a la izquierda, y de la otra parte los leucosiros y los campos de las Amazonas: miran éstos al Septentrión y aquéllos al Occidente.

El mar Caspio, cuyas aguas son más dulces que las de los otros mares, cría serpientes de prodigiosa magnitud y pescados de bien diverso color que los ordinarios. Algunos le llaman mar de Hircania y otros Caspio, y no falta quien crea que la laguna Meotis entra en él, a cuya mezcla de aguas atribuyen el que sean menos saladas aquéllas que las de los demás mares. El viento de Septentrión lo embravece horriblemente, dilatando tanto sus ondas, que anegan una extensísima porción de tierra; pero luego que cesa éste se retraen a sus límites con la misma impetuosidad que salieron, dejando la tierra en su primera faz.

Otros han juzgado que no es el mar Caspio, sino el de la India, que cae en la Hircania, desde cuya más elevada parte va descendiendo poco a poco y dilatándose, como hemos dicho, en un perpetuo valle.

Adelantóse de allí el rey veinte estadios por lugares casi inaccesibles, sobre quienes había una selva, cuyos caminos eran tan quebrados por los muchos arroyos y avenidas que los inundan, que fue preciso detenerse en algunas partes. Pero no ofreciéndose enemigo alguno pasó sin peligro, y por último llegó a mejor comarca; la cual, además de abundar en aquel tiempo en todo género de granos, goza siempre de excelentes viñas y manzanas. Puéblanla muy espesos árboles, entre quienes son los más comunes a la manera de las encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el sol, porque si no, se derrite inmediatamente aquel delicado rocío al menor calor que participa.

Habiendo pasado el rey treinta estadios más adelante, le salió al camino Fratafernes y se le rindió con los que le habían acompañado en la fuga después de la muerte de Darío. Recibiólos a todos benignamente, y después de haber entrado en la ciudad de Arvas llegaron a ella también Crátero y Erigio, llevándole a Fradates, gobernador de los tapuros; el cual experimentó en el rey tan grandes honras, que su ejemplo movió a muchos a procurar merecérselas iguales con la misma demostración. Dio después el gobierno de Hircania a Manapis, que desterrado en tiempo de Oco pasó a ampararse de Filipo, y conservó en el de los tapuros a Fradates.

CAPÍTULO 5

Habiendo recibido Alejandro a Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona a los griegos que habían socorrido a Darío, y después de haber vencido a los mardos condesciende con el ruego de la reina de las Amazonas.

Después de haber atravesado toda la Hircania llegó a su presencia Artabazo (de cuya gran fidelidad a Darío hemos tratado), con algunos parientes de aquel infeliz príncipe, con sus hijos y buena tropa de soldados griegos. Al acercarse a él le tomó el rey la mano y le hizo muchas caricias, en memoria de la amistad que tuvo con el rey Filipo, su padre, debajo de cuya protección se mantuvo mientras duró la persecución de Oco, pero aún más por la fidelidad que guardó a su príncipe en medio de los considerables favores que recibió de Filipo. Reconocido aquel venerable anciano a las honrosas demostraciones de Alejandro, le dijo que rogaba al cielo por la larga duración y felicidad de su imperio y porque colmase de las mayores dichas a su persona, a quien no

podía dejar de manifestar que cuanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse a sus pies, tanto el sinsabor que recibía de hallarse por su crecida edad imposibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad.

Era ésta de noventa y cinco años; llevaba consigo nueve jóvenes, hijos suyos, de gentil disposición y habidos todos en una misma madre. Ofreciólos al rey, pidiendo a los dioses les concediese vida en cuanto fuese de provecho a su servicio. Aunque caminaba Alejandro de ordinario a pie por aquellos campos, atendiendo a que su ejemplo no obligase a aquel anciano a hacerlo con tan grande incomodidad, mandó prevenir caballos para él y Artabazo. Y después de haber acampado hizo llamar a los griegos que había llevado éste consigo, los cuales le respondieron: «Que si no se les concedía también salvoconducto a los lacedemonios, pensarían en lo que habían de ejecutar.»

Eran éstos los embajadores de Lacedemonia enviados a Darío, que después de su derrota se habían juntado con los griegos que tenía a sueldo suyo. No quiso concedérsele el rey ni darles prenda alguna. Mandóles, sí, que compareciesen ante él, y que entonces resolvería lo que tuviese por bien. Con cuya respuesta confusos, e inclinados unas veces a un dictamen y otras a otro, determinaron por último obedecerle; si bien Demócrates, ateniense, opuesto siempre a la grandeza de los macedones, desesperando de su vida, se dio por sí mismo muerte.

Los demás se rindieron a discreción, como lo habían resuelto. Eran mil quinientos soldados y noventa embajadores. Reclutó con aquéllos el rey sus compañías e hizo volver a sus tierras a los demás, excepto los lacedemonios, a quienes mandó poner debajo de buenas guardas.

Los mardos, pueblo vecino a Hircania, gente brutal y acostumbrada a la rapiña, fueron los únicos que, mostrando disgusto de obedecerle, ni le enviaron embajadores ni presentes. De cuyo desacato, indignado el rey, y no pudiendo tolerar que hubiese nación que le pusiese en duda el renombre de invencible, dejó el bagaje con gente que le guardase y volvió contra ellos acompañado de sus mejores tropas.

Marchó toda la noche, y al romper el día se dejó ver de sus enemigos.

Redújose esta facción más a tumulto que a combate; porque arrojados los bárbaros de las colinas que habían ocupado, y puestos en fuga, se tomaron las aldeas vecinas, abandonadas de sus habitantes.

Con todo, no pudo entrarse en lo interior del país sin gran fatiga del ejército, respecto de componerse todo de montañas y florestas inaccesibles, y de tener no menos impenetrables las llanuras el extraño modo con que las fortificaban; porque plantaban árboles muy cerca unos de otros, cuyas ramas, doblándolas con la mano cuando estaban tiernas, y torciéndolas después por la punta, las volvían a plantar y fijar en tierra, de donde brotando como de otra raíz nuevos y más vigorosos troncos, no dejaban crecer a aquellos a quienes la naturaleza producía con mayor facilidad, si no los entretejían unos en otros de suerte que cuando se hallaban cargados de ramas y de hojas cubrían toda la campaña y quedaban en forma de redes ocultas que embarazaban el paso. No había otra forma de abrirle que la de cortar los árboles; pero era obra de gran trabajo, porque sus troncos llenos de nudos resistían al hierro, y sus ramos desnudos y encorvados en forma de arco, obedeciendo al golpe le dejaban inútil; fuera de que los naturales, acostumbrados a correr por aquellas breñas, no de otra suerte que las mismas fieras, resguardados entre los mismos bosques, herían desde ellos a su salvo en los enemigos.

El rey, cercándolos a manera de cazador, los echó de sus fuertes, dando muerte a muchos, y envió después soldados para que cercasen el bosque, con orden de que entrasen dentro a la menor abertura que se les ofreciese. Pero como inexpertos en la tierra, desmandada la mayor parte fue prisionera, y con ellos el caballo Bucéfalo, a quien estimaba Alejandro en más que todos los del mundo. No consentía éste que le montase otro que no fuese Alejandro, ante quien se ponía de rodillas siempre que reconocía se llegaba a él, para que lo hiciese, con tan grande instinto, que no parecía sino que sabía a quién llevaba sobre sí.

El rey, más irritado de lo que era justo, hizo que con la mayor diligencia se buscase el caballo

y que se les notificase los pasaría a todos a cuchillo si no se lo volvían. Con cuyas amenazas quedaron tan amedrentados los bárbaros, que le enviaron el caballo y algunos presentes, a pesar suyo. Pero no habiendo bastado a templarle aquella demostración, hizo cortar el bosque y conducir allí gran cantidad de tierra de los montes, para que cubiertas de ella las llanuras impedidas de las ramas, quedase unido e igual todo el camino.

Viendo, pues, los bárbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir más largo tiempo, se rindieron con todo el pueblo y dieron rehenes, los cuales mandó el rey se entregasen a Fradates; y habiendo gastado cinco días en esta expedición, se volvió a su campo, desde donde después de haber hecho más excesivas mercedes a Artabazo de las que había recibido de Darío, le envió a su casa.

No bien había llegado a la ciudad de Hircania, corte en otro tiempo de Darío, cuando pasó a ponerse a sus pies Nabarzanes con el seguro de su real palabra. Llevóle magníficos presentes, y entre otros rendidos al eunuco Bagoas, cuya singular belleza le hizo tan querido de Darío como lo fue poco después de Alejandro; el cual, más por su intercesión que por otro motivo, perdonó a Nabarzanes.

Habitan, como queda dicho, hacia las fronteras de Hircania, en las riberas del río Termodonte y en las campañas de Temiscira, las Amazonas; mandaba su reina Talestris cuanto se contiene entre el río Fasis y el monte Cáucaso. Esta princesa, pues, movida del ardiente deseo de ver a Alejandro, salió de sus estados por conseguirlo; y habiendo llegado cerca de su campo le envió a decir: «Que una reina iba a visitarle llevada del ansia de conocerle, y que se hallaba a corta distancia de allí.» Respondióle el rey que sería bien recibida; dejó el acompañamiento y pasó a su presencia con solas trescientas mujeres; y luego que le vio se arrojó del caballo, llevando dos lanzas en la mano derecha.

No cubren con las vestiduras todo su cuerpo, pues del lado siniestro traen descubierto el seno y oculto lo demás, si bien la falda, recogida en un nudo, no pasa de la rodilla. Cauterizan el pecho del diestro lado por que no las embarace a afirmar el arco y a disparar las flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas.

Miraba Talestris al rey sin alguna extrañeza; y observándole cuidadosa no hallaba que correspondiese su disposición a la fama de sus hazañas, porque los bárbaros sólo confieren su veneración a la majestuosa gentileza del cuerpo, juzgando que no puede ser capaz de grandes empresas quien no está dotado de ésta y de una singular belleza.

Habiéndole preguntado el rey qué tenía que pedirle, confesó sin rodeos no había sido otro el fin de su jornada que el de lograr hijos suyos, no juzgándose indigna de dar herederos a su imperio. Que si paría hija la llevaría consigo, y si infante se le dejaría. Preguntóle si gustaría de ir a la guerra con él. Y ella, dando por disculpa para no seguirle la de no haber dejado persona para el gobierno de su reino, se excusó de hacerlo, insistiendo con tan gran pertinacia y ardor en que la cumpliera su liviano antojo, mucho más encendida en él que el rey, que le obligó a que se detuviese allí algunos días, y que de ellos concediese trece a su ilícita comunicación. Cumplidos los cuales se volvió ella a su reino, y Alejandro a la provincia de los partos.

CAPÍTULO 6

Oféndense los macedones del modo de vivir de Alejandro, el cual, por evitar algún motín, se dispone a hacer la guerra contra Beso. Empiézala por una estratagema y sigue primero a Satibarzanes por haber dejado su partido. Echa de las montañas a los bárbaros y toma la ciudad de Artacacna.

Allí fue donde el rey, depuesto el embozo, dejó correr a rienda suelta sus apetitos, convirtiendo en soberbia y lascivia la moderación y continencia que tan admirable habían hecho hasta entonces su persona por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó a despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderación en el vestir y el regular orden de vida de los reyes de Macedonia, cuya observancia

juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevía a querer competir con la gloria de los mismos dioses.

Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen a sus pies, a quienes acostumbró a ejercicios viles y bajos, tratándolos como a esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la había traído Darío, y púsose la ropa persa, sin advertir de cuan infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el traje del vencido. Y si bien para dar algún honesto color a sus pervertidas acciones solía decir que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba también a sus costumbres, y que la soberbia del traje y la del ánimo corrían uniformes. Los despachos que hacía para la Europa los signaba con su sello, pero con el de Darío los que eran para el Asia; manifestando en esto cuan difícil es que una cabeza sola pueda mantener dos coronas.

Obligó también a sus capitanes, a sus favorecidos y a los grandes de su corte a que entrasen en la moda persa, y aunque la miraban con grande aversión, ninguno se atrevió a oponerse a su gusto. Había hecho un serrallo de su palacio y llenándolo de trescientas sesenta concubinas, número igual al que tuvo Darío, con gran número de eunucos prostituidos a todo género de deshonestidades y disoluciones.

Los antiguos soldados de Filipo, nuevos en la práctica de tan torpes deleites, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupción de que había inficionado la costumbre de los suyos el contagio de los bárbaros, diciendo a una voz todo el ejército que con la victoria habían perdido más que ganado; que con mucha mayor razón se podían llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciría a volver a sus casas en el traje de los bárbaros, con la ignominia de ver que posponiéndolos Alejandro, hacía mayor aprecio de la compañía de los vencidos que de la de los vencedores, y más vanidad que de ser rey de Macedonia de ostentarse sátrapa de Darío.

No ignoraba aquel príncipe el disgusto de los de su corte y de su ejército, a quienes procuró contentar a precio de mercedes y de dispendios. Pero como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato a los hombres de generosos espíritus, temeroso de que pasase a mayores demostraciones le pareció conveniente evitarlo empleándolos en alguna facción. Para lo cual le ofreció buena ocasión el atrevimiento de Beso, el cual, adornado de las reales insignias, se había hecho llamar Artajerjes y juntar los escitas y los demás pueblos del Tanais.

Trajo la noticia al rey Satibarzanes, a quien, recibido gratamente, confirmó en el gobierno de la provincia que tenía antes. Pero respecto de hallarse el ejército tan cargado de despojos y de inútiles tropas que apenas se podía mover, hizo poner en medio de la plaza pública primero su bagaje y después el de sus soldados, y habiendo mandado reservar lo más necesario, dio orden para que llevasen uno y otro en carros a un gran campo.

Hallándose pendientes todos de su determinación, mandó por último que se retirasen de allí los caballos, y habiendo puesto fuego a su bagaje, dio orden para que se ejecutase lo mismo en todos los demás. Veíase quemar aquellos ricos despojos en el fuego que los mismos dueños encendían, los cuales le habían apagado tantas veces por robarlos enteros a los enemigos, sin que entre todos hubiese alguno que se atreviese a mostrar el menor sentimiento porque se malograra el precio de su sangre viendo consumidas por las mismas llamas las riquezas del rey. El cual habiendo templado su dolor con un breve razonamiento y dejándolos más desembarazados y prontos para todos sus ejercicios, y más gustoso de hallarse en estado de conservar su disciplina que sentidos de haber perdido sus bienes, tomó su marcha hacia la Bactria; pero la inopinada muerte que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenión, ocasionó tal tristeza en todo el ejército, y especialmente en el rey, que sin duda se hubiera detenido a asistir a sus exequias, a no estorbárselo la falta de los víveres, si bien dejó a Filotas con dos mil seiscientos hombres para que las hiciese a su hermano, y prosiguió su marcha contra Beso.

Tuvo en el camino noticias de Bactria de que iba para él con ejército, resuelto a presentarle la batalla, y de cómo Satibarzanes, a quien había confirmado en el gobierno de los arios, se había

sublevado inmediatamente. Sobre lo cual, aunque quisiera llegar primero a las manos con aquél, pareciéndole más conveniente deshacer antes a éste, marchó a gran diligencia, y habiendo caminado toda aquella noche, llevando consigo infantería ligera y caballería, le cogió desprevenido. Lo más que pudo hacer Satibarzanes fue juntar dos mil caballos y huir hacia la Bactria, a vista de lo cual se retiró el resto de sus tropas a los montes vecinos.

Había allí una peña rota y precipitosa por la parte del Occidente, aunque por la del Oriente era menos áspera y cubierta toda de arboledas y de fuentes, cuyas aguas corrían en gran abundancia. Contenía su circuito treinta y dos estadios y su cumbre una llanura llena de praderías, en donde alojaron los bárbaros la gente inhábil para el combate, atrincherando la demás, que se componía de trece mil hombres, con los troncos de los árboles y los peñascos en los pasos más impenetrables.

Dejó el rey a Crátero para que los bloquease y partió en seguimiento de Satibarzanes, hasta que entendiendo que se hallaba bien distante se volvió al sitio de la montaña, donde mandó limpiar y derribar cuanto le estorbaba la entrada. Pero no encontrando sino precipicios y rotos peñascos, parecía delirio querer oponerse a la naturaleza. Sin embargo, el rey, cuyo invencible ánimo se encendía más en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo cuan imposible era pasar adelante y cuan peligroso volver atrás, revolvía su imaginación todo género de arbitrios, despreciando, como de ordinario sucede, a quien se halla irresoluble, unas veces unos y otras otros, hasta que favoreciéndole la fortuna en su mayor perplejidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso.

Levantóse por la parte de Occidente recio viento, a tiempo que los soldados, con el fin de abrir algún camino por entre las rocas, habían cortado gran cantidad de leña, la cual había secado el sol. Aprovechándose el rey de ella mandó hacer grandes haces y que puestos unos sobre otros llegasen a igualar con la altura de la montaña. Ejecutado así, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el cual, prendiendo al punto, y comunicándose a los bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento hasta los mismos rostros de los bárbaros, con tan denso humo que les quitaba a un tiempo la vista y la respiración; probaban éstos a huir para evitar el último peligro por donde estuviese menos encendido el fuego; pero librándose de las llamas daban en los enemigos, y perecían todos con diferentes géneros de tormentos. Precipitábanse unos por las rocas, caían otros en aquellos espantosos incendios, y fallecían otros de las armas enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos a sus manos, y aun éstos medio quemados.

Volvió desde allí el rey adonde había dejado a Crátero, el cual tenía sitiada a Artacana, y sólo esperaba su venida para que tuviese, como era justo, la gloria de su rendición. Hizo, pues, Alejandro adelantar sus baterías, de quienes atemorizados los bárbaros, puestas las manos sobre los muros, le pidieron que emplease sus iras contra Satibarzanes, autor de aquella revuelta, y no en ellos, que imploraban su clemencia y se rendían a su discreción. No sólo los perdonó el rey, sino los dejó también en posesión de sus bienes.

Encontró al salir de allí sus reclutas. Llevábale Zoilo quinientos caballos griegos y enviábale Antípatro tres mil de Iliria. Fueron con Filipo ciento treinta hombres de armas de Tesalia y de la Lidia, dos mil seiscientos soldados extranjeros y trescientos caballos de la misma nación que mandaba Andrómaco. Con este refuerzo entró en las tierras de los drangas, pueblo guerrero y de quien era sátrapa Barzaentes, el cual, temeroso del castigo que merecía por cómplice de la maldad de Beso, se había pasado fugitivo a la India.

CAPÍTULO 7

Dimno descubre a Nicómaco la conspiración que se disponía contra Alejandro, por medio de Cebalino, su hermano, lo cual es causa de que Dimno se dé muerte por sus mismas manos.

Había nueve días que el ejército acampaba, cuando el rey, aunque invencible siempre a todas las fuerzas extrañas, empezaba a ser asaltado de domésticas asechanzas. Dimno, mal satisfecho del gobierno y enamorado de un mancebo cuyo nombre era Nicómaco, se fue a él demudado y le hizo saber que tenía un negocio de la mayor gravedad y consecuencia que comunicarle; y sacándole a un

templo, le pidió por su recíproco amor y por las prendas que había en ambos corazones, que jurase de guardarle secreto en lo que le fiase. Nicómaco, no previniendo que pudiese ser cosa que le precisase a revelarla contraviniendo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los dioses que estaban presentes de guardársele. Entonces Dimno le declaró que estaba dispuesta una conspiración contra la persona del rey, en la cual entraba él con las personas de mayor valor y representación del ejército, y que se pondría en ejecución dentro de tres días.

No bien le hubo escuchado Nicómaco, cuando le protestó que no le había prometido su fe para concurrir a un parricidio, ni podía creer que hubiese juramento que le obligase a encubrir maldad tan detestable. Sobre lo cual Dimno, perdido de miedo, le abrazó pidiéndole con lágrimas que entrase en la conjuración o que a lo menos cuando lo rehusase no fuese traidor a un amigo que no pudo haberle dado mayor testimonio de su afecto que el de fiar de él su vida. Pero insistiendo en detestar su designio, procuró atemorizarle asegurándole sería él por quien empezaban los conjurados la ejecución. A cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas veces cobarde y otras pérfido, y de aquí pasaba a hacerle excesivas promesas, sin reservar de ellas un reino: efectos todos del crecido horror en que tenía su ánimo el de tan gran maldad. Finalmente, sacando la espada y enderezándola a la garganta de aquel mancebo, y volviéndola después a la suya, rogándole y amenazándole a un tiempo, fue tanto lo que hizo, que le obligó a que le prometiese que no sólo le guardaría secreto, sino que entraría también en la conjuración.

Pero manteniendo siempre Nicómaco su ánimo en el primer intento, después de haberle ponderado, a fin de asegurarle mejor, lo que podía con él su amor, para quien no había imposible, le preguntó quiénes eran los que entraban en empresa de tan gran consecuencia, manifestándole importaba mucho quedar noticioso de ellos. Dimno, fuera de sí del gusto, no sabía con qué estimarle ni cómo alabarle la generosa resolución de unirse a las más ilustres personas de la corte, a un Demetrio, capitán de las guardas del rey; a un Peucolao, a un Nicanor, a quienes añadió a Afobeto, a Iolao, a Dioxeno, a Arquépolis y a Amintas. Con lo cual, habiéndose separado Nicómaco, pasó inmediatamente á participar a su hermano, cuyo nombre era Cebalino, cuanto había entendido.

Tuvieron por conveniente que Nicómaco quedase en la tienda donde se hallaban, para evitar que viéndole en palacio, donde no acostumbraba ir, entrasen los conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuese, como lo hizo. Pero no pudiendo pasar de cierta pieza por no tener más entrada, esperó a que saliese alguno que le introdujese a aquella en la que se hallaba el rey.

Habíanse acaso ido todos, y quedado, no se supo por qué causa, sólo con él Filotas, hijo de Parmenión; llegándose a él Cebalino con demudado semblante, le refirió lo que había sabido de su hermano y pidió lo pusiese luego en noticia del rey. Filotas, habiendo loado su fidelidad, volvió a ver a Alejandro, con quien aunque estuvo dilatado espacio tratando de materias bien diversas, no le dijo nada de lo que Cebalino le había revelado.

Cogiéndole por la noche Cebalino a la salida, y preguntándole si había hecho lo que le pidió, le respondió con aspereza que no, por no haber podido hablar al rey, y pasó de largo. Al día siguiente él esperó al entrar en palacio, donde le pidió con el mayor encarecimiento se acordase de lo que le había comunicado el día antes; aseguróle lo tenía bien en cuidado, y sin embargo no le habló tampoco entonces de ello al rey. Con lo cual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo cuan peligrosa era la detención, partió en busca de cierto caballero llamado Metrón, a cuyo cuidado estaba el de la provisión de las armas del ejército, y le descubrió toda la maldad. Metrón, habiéndole hecho ocultar en la pieza de las armas, fue inmediatamente a dar cuenta al rey, que estaba bañándose. El cual, después de haber enviado arqueros de su guarda para que al punto prendiesen a Dimno y se lo llevasen allí, entró donde se había ocultado Cebalino.

No bien le hubo visto aquel mancebo, cuando con demostraciones de gran regocijo, «Ahora sí, señor (le dice), que te veo fuera de peligro, reconociendo a los dioses el beneficio de haberte librado de tus enemigos.» Habiéndole informado muy por menor de lo que había pasado, le preguntó Alejandro cuánto tiempo había que sabía lo que le participaba; y confesándole que tres

días, persuadido el rey a que no pudiera haberlo dilatado tanto si no se hallase cómplice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargándose Cebalino a gritos diciendo que desde el mismo punto que tuvo la noticia se la participó a Filotas, para que le diese cuenta, como podría saberlo de él; procurando asegurarse más en lo que le refería, volvió a hacerle ratificar en ello, a que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que había afirmado, exclamó al cielo quejándose con lágrimas de la ingratitud de una persona a quien había querido tanto.

En el ínterin Dimno, previniendo lo que podía quererle el rey, se atravesó la espada por el cuerpo, y embarazándole las guardas el que acabase de quitarse la vida, le llevaron a palacio. Preguntóle en él el rey qué causa le había dado para que tuviese a Filotas por más digno que a Alejandro del reino de Macedonia; pero estaba ya tal, que habiendo perdido el habla, volviendo la cabeza a otra parte, después de un profundo suspiro rindió el espíritu.

Hizo el rey llamar a Filotas, a quien dijo: «Cebalino se halla merecedor de la muerte si por espacio de dos días ha tenido oculta una conspiración hecha contra mí; pero él se descarga con vos de este delito, e insiste en que no bien lo hubo sabido, cuando os dio parte. Verdaderamente que cuanto mayor es el lugar que ocupáis en mi gracia, tanto más culpable y sospechoso os hace vuestro silencio; pero es más justo que se crea éste antes de Cebalino que de Filotas. El juicio está a vuestro favor si a lo menos podéis negar lo que no debéis cometer.» Respondió Filotas con voz pronta y ánimo sosegado, si es que las interioridades de éste pueden colegirse seguramente por las exteriores demostraciones del semblante, que era cierto haberle referido Cebalino algunas palabras dichas a Nicómaco por un mozo distraído; pero que juzgándolas por su autor indignas del menor crédito, las había despreciado por no exponerse a la risa del mundo, si como presumió llegase a parar todo en haberlas originado alguna diferencia poco honesta entre dos sujetos tan viles. Pero que, sin embargo, habiéndose muerto Dimno, no estaba la materia en estado de dejar de apurarla; sobre que echándose a los pies del rey, le suplicó emplease antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida pasada, que aquel yerro de que se le argüía; pues sólo le había cometido en callar, hallándose muy lejos de haber pensado en cosa que pudiese ser de su desacierto.

No es fácil afirmar si le dio crédito el rey o si disimuló su indignación; lo cierto es que en muestra de su desenojo le dio la mano, y que le dijo le era más creíble que hubiese despreciado el aviso que no que se le hubiese ocultado.

CAPÍTULO 8

Filotas, hijo de Parmenión, a quien se tenía por autor de esta conspiración o por gran parte de ella, es preso a instancia de los favorecidos de Alejandro y llevado a palacio cubierta la cabeza.

Sin embargo, habiendo tenido Alejandro consejo con sus más confidentes, entre quienes fue llamado Filotas a él, mandó que le llevasen allí a Nicómaco, el cual repitió por su orden cuanto había referido a su hermano.

Era Crátero uno de los favorecidos de Alejandro, y por esto mayor émulo de la grandeza de Filotas; y no ignorando que por la repetida jactancia con que se vanagloriaba de sus empresas y servicios había desabrido algo al rey, el cual, aunque no le tuviese entonces por culpado, le juzgó siempre por de genio peligroso, y que no podía ofrecérsele ocasión más oportuna para destruir a su enemigo, haciendo del celoso, a fin de encubrir mejor su odio, habló al rey en estos términos: «Pluguiese a los dioses, señor, que desde el principio de este negocio le hubieras consultado con nosotros, para que cuando quisieras perdonar a Filotas te persuadiésemos a que tolerases, antes que fuese desconocido e ingrato a las obligaciones a que te es deudor, que el que amenazándole con el peligro de la vida, le hubieses dado ocasión para que pensase más en el riesgo de que se había librado que en el beneficio que había recibido de ti concediéndosela. De esta suerte quedará siempre con libertad para maquinarse contra ti, y no sé si tú te hallarás siempre en estado de perdonarle; porque no es creíble que la benignidad mude un corazón en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora que los que para librarse de los rigores de la justicia han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar; pero doy que movido de su

arrepentimiento o vencido de tu piedad quiera aquietarse: ¿te persuades a que Parmenión, general de tan considerable ejército como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los soldados, y cuya grandeza no es inferior a la tuya, querrá reducirse a reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Hay cierta especie de beneficios que más que gratos nos son odiosos, y uno de ellos es el que impone la costosa obligación de confesar hemos sido merecedores de la muerte, de que siempre nos avergonzamos; a cuya causa procurará que se entienda antes le has hecho agravio que gracia. Por tanto, señor, no puedo dejar de decirte que corre gran peligro tu vida, ni de pedirte que te dispongas a preservarla de él; pues aunque nos hallamos aún con muchos enemigos a quienes sojuzgar, como tú te asegures de los domésticos, no tienes que recelar de los extraños.»

Este fue el sentir de Crátero, con quien todos se conformaron, teniendo por sin duda que si Filotas no fuese autor, o a lo menos cómplice, no procedería con el silencio que usó; porque ¿qué hombre hubiera (decían ellos) de algún pundonor, aunque de cortísimo discurso, no ya de la esfera de Filotas, sino del estado popular, que habiendo recibido una noticia de tan gran importancia no hubiese, a ejemplo del mismo Cebalino, partido luego a hacer partícipe de ella al rey? Y el hijo de Parmenión, el general de la caballería, y de quien el rey fiaba sus mayores secretos, ¿se excusaba con que no había dado el rey oídos a su plática, para entretener a Cebalino y embarazarle que se valiese de otro medio? Nicómaco, en medio de su juramento, no vio la hora de descargar su conciencia, y Filotas, habiendo estado todo un día con el rey, no se dignó en tan largo espacio y entre tantas palabras, quizá inútiles las más, de expresar las pocas que pedía un negocio en que no le iba menos que la vida. Pero si eran mozos poco dignos de crédito los que le refirieron esto, ¿para qué fue entretenerlos los dos días, como si los hubiera creído? ¿Por qué, si no daba asenso a ello, no despedía a Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro que mira a ellos, mostrando corazón y no dejándose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero cuando se interesa la vida del príncipe, es preciso temerlo todo y creerlo, sin desestimar aun lo más inverosímil. Finalmente, todos concluyeron con que le pusieran a cuestión de tormento para obligarle a confesar los cómplices.

El rey, encomendándoles el secreto, los despidió, y porque no se pudiese sospechar aquella deliberación hizo publicar la marcha para el día siguiente. Convidó también a Filotas a que comiese con él, siendo la última que lo hizo aquel infeliz favorecido, con el cual tuvo el rey valor para comer y mantenerle familiar conversación, acabándole de condenar.

A la segunda vigilia Hefestión, Crátero, Ceno y Erigio, habiendo hecho encender hachas, entraron con poco acompañamiento secretamente en palacio, adonde iban también Perdicas y Leonato, los cuales dieron orden a los que estaban de guarda delante del alojamiento del rey para que se mantuviesen toda la noche con las armas. Habíase distribuido también la caballería por todos los caminos, a fin de evitar el que ninguno llevase la noticia a Parmenión, que mandaba en la Media con un poderoso ejército.

Llevó en el ínterin Atarrias a palacio trescientos hombres armados y diez alguaciles, a cada uno de los cuales seguían diez arqueros, que fueron distribuidos en diversos cuarteles para prender a los demás conjurados. Atarrias, enviado con los trescientos soldados contra Filotas, escogió de ellos cincuenta de los más briosos para derribar la puerta, después de haber mandado a los demás que cercasen la casa para que no pudiesen escapárseles por parte alguna; pero ya fuese seguridad de conciencia, o ya haberle rendido la fatiga, se hallaba entregado al sueño cuando Atarrias le aprisionó; y habiendo despertado de él, al ponerle las esposas en las manos exclamó a gritos: «¡ Ah, señor! ¡El odio rabioso de mis enemigos ha prevalecido a tu benignidad!» Después de lo cual le cubrieron el rostro y le llevaron a palacio sin que le oyesen otra palabra.

El día siguiente, habiendo tenido orden los macedones de acudir armados al alojamiento del rey, llegaron a hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de mochileros y vivanderos, de quienes se llenó al punto el palacio. Cubrían las guardas a Filotas, temiendo no fuese visto de los soldados antes que los hablase el rey, por ser antigua costumbre de los macedones que en tiempo de guerra conozca el ejército de los delitos capitales y en tiempo de paz el pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el rey, si no tenía el consentimiento de uno u otro. Expúsose, pues, primero el cadáver de

Dimno, estando la mayor parte del pueblo ignorante de la causa de su muerte.

CAPÍTULO 9

Discurso de Alejandro a sus soldados, en que se queja de la conspiración de Filotas, a quien habiéndole llevado delante de ellos se dispone a su defensa.

Dejóse después el rey ver de todos, acreditando bien en la tristeza del rostro el dolor del ánimo, acompañado de los de su corte, no menos melancólicos. Esperando todos el fin de tan funesto aparato, se mantuvo el rey por algún rato con los ojos bajos y como fuera de sí, hasta que recobrado por último empezó con estas palabras: «En bien poco ha consistido ¡oh soldados! el no hallarme arrebatado de vuestra vista por la traición de algunos malvados; pero la providencia y misericordia de los dioses me tiene sano, con vida y en vuestra honrada presencia, la cual, cuanto no es más amable que la propia seguridad, tanto me incita con mayor ira al castigo de los parricidas; porque al fin no deseo vivir sino para vosotros, ni nada quiero con mayor anhelo que asegurar el más dulce y único fruto de mi vida en el gusto que recibiré de poder recompensar los servicios de tan valerosos soldados, a quienes lo debo todo.»

A cuyas palabras le interrumpieron la continuación los gritos y gemidos de los soldados, que al oírlos se deshacían en lágrimas. «¡Oh, y cuánto mayor será (prosiguió) la conmoción que haré en vuestros ánimos cuando diga los autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos sin estremecerme, y como si aún no se hallasen en estado de perdón me embarazo de nombrarlos; pero bien lejos ya de toda cariñosa ternura, conozco que es preciso vencer el sentimiento, alejar la memoria y hacer notorio a todos quiénes son los monstruos que conspiran contra su príncipe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenión, en la edad que se halla, tan deudor de las honras que recibió de mi padre como de las que le he colmado y el más antiguo de mis favorecidos, se ha hecho cabeza de tan detestable traición, y por orden suya Filotas, su hijo, ha sobornado a Peucolao, a Demetrio, a ese miserable que habéis ahí arrojado y a otros preocupados del mismo furor para que me quiten la vida.

Levantándose entonces gran murmullo por todas partes, mezclado de indignación y quejas, como sucede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre gente de guerra cuando se deja llevar del afecto o de la cólera, hicieron llevar entonces a Nicómaco, a Cebalino y a Metrón, los cuales depusieron todo lo que habían referido; pero no descubriéndose de su confesión indicio alguno de que tuviese parte Filotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fría suspensión considerando las palabras de los acusadores.

Mas volviendo el rey prestamente a enlazar el hilo de su razonamiento: «¿De qué ánimo juzgáis (les dice) a quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, no con otro fin que con el que manifiestamente ha declarado el infeliz de Dimno? Cebalino, haciendo una relación llena de incertidumbre, no temió los tormentos, y Metrón, no atreviéndose a dilatar un momento el dar cuenta, pasó a buscarme hasta el baño, y sólo Filotas ni temió ni creyó. ¡Oh valeroso varón, en cuyo semblante inmutable no hizo impresión alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu rey, ni causó la menor alteración novedad de tan grande importancia! ¡Ah soldados, silencio tan culpable no era sin fin determinado! El deseo de reinar precipitó aquel ánimo al más feo de los delitos. El padre es señor de la Media, y la autoridad que yo he dado al hijo en mis ejércitos le ha adquirido la mayor parte de los cabos, con que hallándose tan poderoso con mis fuerzas se juzgaba ya capaz de aspirar a todo. Puede ser también que me despreciase al verme sin sucesión, pero engañábase en esto, porque teniéndos yo a vosotros por hijos, por padres y por parientes míos, nunca podía estar sin sucesores mientras vosotros vivieseis.»

Y dicho esto, hizo que se leyese una carta de Parmenión escrita a sus hijos Nicanor y Filotas, el cual, a la verdad, no se ofrecía expresión que pudiese convencerlos de algún mal intento, porque en sustancia sólo se reducía a decirles que mirasen por sí y por los suyos, porque de esta suerte conseguirían el fin propuesto. A que añadió el rey: Que estaba escrita en aquel tenor, para que llegando a manos de los hijos pudiesen entenderla los cómplices, y cayendo en otras no tuviese el

riesgo de que penetrasen algo de ella. «Sí, pero diráse (decía él mismo) que Dimno no nombró a Filotas entre los conjurados. No es eso prueba de su inocencia; crédito, sí, de su autoridad tan formidable aun a los que le pudieran destruir que confesando el delito propio no se atrevieron a declarar el suyo. Y por último, nada muestra mejor lo que él es que su misma vida y lo que conmigo ha obrado. Este fue cómplice con Amintas cuando en medio de ser primo hermano mío, conspiró contra mi vida en Macedonia. Este fue quien casó a su hermana con Atalo, mi mortal enemigo. Este quien participándole yo, por cumplir con el cariño que le tuve, la favorable respuesta del oráculo de Júpiter Ammón, no pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me respondió que me acompañaba en el regocijo de hallarme colocado en el número de los dioses, pero que se compadecía de los que habían de vivir debajo de quien se creía más que humano.

¿No son estos testimonios seguros de un corazón envejecido en venenoso encono y envidia de mi gloria?

Pero con todo, ¡oh soldados! he reprimido cuanto me ha sido posible mis justos sentimientos, pareciéndome que rasgaba yo mismo parte de mis entrañas si disminuía alguna de la grandeza de aquellos a quienes había elevado. Mas no trato ya de castigar las palabras que articula la facilidad de la lengua, sí las obras y disposiciones a que han pasado éstas. Las obras digo; pues si me tenéis por persona digna de crédito, Filotas ha sido quien contra mí ha afilado las armas para penetrarme con ellas el pecho. Si a vista de esto le dejo libre, ¿en qué parte estaré seguro? ¿De quién fiaré mi vida? ¿Acogeréme por ventura a la caballería? Mas ¡ay! ¿cómo, si por ser la parte mejor de mi ejército la he puesto debajo de su gobierno? ¿No le he hecho general de ella y de la juventud más noble, fiando de él la vida, la esperanza y la victoria? ¿No he elevado a su padre al mismo colmo de honor, de grandeza y de autoridad en que me habéis puesto? Y finalmente, ¿no le he preferido a todos para el gobierno de la Media, provincia excesivamente superior a las demás en riquezas? ¿No he puesto debajo de su obediencia nuestros mejores ciudadanos y compañeros, para que de donde más esperaba mi seguridad sea de donde más tema mi peligro? ¡Cuánto mayor hubiera sido mi felicidad si hubiese muerto en una refriega, o quedado en ella antes presa del enemigo que víctima aquí de un ciudadano! Libróme de los peligros que temía, y he caído en los que no debía recelar.

Vosotros, ¡oh soldados! acostumbráis encargarme muy de ordinario que cuide de mi persona, pero ahora en vosotros está el concederme lo que hasta aquí me habéis persuadido que haga. A vosotros, pues, me acojo asegurándome en vuestros brazos y en vuestras armas; contra vuestro gusto no quiero la vida; pero si éste es de que la goce, no podré conseguirla mientras no quedare vengado por vosotros.»

Mandó después que llevasen allí a Filotas, el cual iba con las manos ligadas sobre las espaldas y cubierta la cabeza con un vil lienzo. Reconocióse en los semblantes que los que poco antes le habían mirado con irritación, ya entonces, viéndole en aquel estado, se compadecían de su infortunio. Tuviéronle el día antes general de la caballería, no ignorando que se había hallado al real convite y logrando los más especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertían delincuente, condenado y en manos del verdugo. Ofrecíaseles también la deplorable fortuna de su padre, aquel gran capitán, aquel personaje ilustre conciudadano suyo, que aun no habiendo enjugado las lágrimas por la pérdida reciente de dos hijos, Héctor y Nicanor, se continuaba su infelicidad hasta hacersele en ausencia suya al único que le había quedado el proceso destinándole al último castigo. Pero Amintas, uno de los generales del rey, viendo que la junta se inclinaba a piedad, procuró irritarla nuevamente contra Filotas, diciendo que había querido entregarlos a los bárbaros para que quedasen enteramente imposibilitados de volver a su patria y a la vista de sus mujeres y de sus parientes, derramados como cuerpos sin cabeza y sin nombre por aquellas extrañas tierras al escarnio del enemigo.

No fueron estas palabras tan gratas a Alejandro como juzgó Amintas, porque renovando a los soldados la memoria de su patria y de sus mujeres, temía perdiesen el vigor y disposición con que los deseaba para otras empresas.

También Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorrumpió aún con mayor

violencia que los demás contra él llamándole a grandes voces parricida del rey, del ejército y de su patria, y tomando una piedra que tenía a los pies para tirarle, deseoso como algunos creen de librarle por este medio del tormento, le detuvo el rey, manifestando no consentiría se pasase a más hasta que hubiese dado sus descargos.

Teniendo, pues, Filotas permisión para hacerlo, o afligido del remordimiento de su conciencia o absorto de la grandeza del peligro, se manifestó tan conturbado, que no se atrevía a levantar los ojos ni abrir los labios, derramó copiosas lágrimas, y faltándole las fuerzas cayó en los brazos del que le tenía, el cual enjugándose las procuró esforzarle. Finalmente, recobrando poco a poco el espíritu y la voz y dando muestras de querer hablar, se anticipó el rey a decirle que allí tenía a los macedones que habían de ser sus jueces, pero que deseaba saber antes si había de hablarles en su lengua nativa. A que le respondió que respecto de hallarse, demás de los macedones, otros muchos que entendían mejor la lengua griega, se valdría de ella, como lo había hecho él al mismo fin. Vuelto entonces el rey a los suyos, «¿No advertís (les dice) cómo aborrece aún su lengua natural, desdeñándose de hacer en ella su defensa? Pero use de la que gustare, como tengáis presente que no le son menos odiosas nuestras costumbres que nuestra lengua.»

Y dicho esto se retiró para que Filotas diese principio a sus descargos, como lo hizo de esta suerte.

CAPÍTULO 10

Defensa de Filotas, en la cual niega enteramente la acusación contra él.

«Tan fácil es a un inocente hallar voces con que hacer su defensa, como difícil a un infeliz contenerse en los límites de la moderación. Esta es la causa de que hallándome por una parte asistido de la seguridad de mi buena conciencia y combatido por otra de mi adversa fortuna, no acierte a conformar la una con la otra, ni acomodarme al tiempo sin ofensa de mi reputación. Falta de aquí el mejor de mis jueces, y no sé a qué atribuir el no haber querido asistir a mi descargo, pues tan igualmente podía absolverme oyéndole, como condenarme sin dejarme con su retiro destituido de la esperanza de que revoque la sentencia que contra mí ha fulminado no estando enteramente informado de mi causa. Pero aunque conozco que la defensa de quien se halla en el estado a que me veo reducido, no sólo será inútil, sino también odiosa, en cuanto pareciere que ésta se dirige, más que al informe, al gravamen del juez que me ha cargado de estas prisiones, no puedo faltarme a mí ni dar ocasión al mundo para que en él se diga que Filotas contribuyó a su ruina.

No discurro en qué se funde mi culpa cuando ninguno de los acusadores me incluye entre los conjurados; porque ni Nicómaco ha hecho mención alguna de mí, ni Cebalino puede haber sabido más de lo que le participó su hermano, y, sin embargo, me juzga el rey por cabeza de la conjuración. ¿Es creíble que si lo fuese hubiera dejado de declarárselo Dimno a Nicómaco cuando le preguntó quiénes eran los cómplices, no habiendo omitido medio de que no se valiese para inclinarle a su intento? Ni es prueba tampoco de que quiso perdonarme el haberme pasado en silencio, porque si la confianza de Nicómaco le facilitó que no eximiéndose aun así, se le confesase culpado y que declarase a los demás que lo eran, ¿por qué omitiría a Filotas si lo fuese? Pídoos por gracia, ¡oh compañeros míos! que me digáis: ¿si Cebalino no hubiese gustado de irse a mí y de descubrirme los conjurados, me hallaría necesitado a comparecer aquí el día de hoy a dar mis descargos sin ser acusado? Pero demos caso que Dimno viviese y que quisiese perdonarme, ¿pareceos que todos los demás que confiesan lo que les reveló, callarían por favorecerme lo que miraba a mí?

La desgracia trae en sí misma bastante malicia, y al delincuente, en lo más riguroso del tormento, le suele ser de alivio ver que otros le padezcan. ¿Es posible que tantos cómplices puestos en él no han de haber dicho la verdad? Ninguno perdona al que merece la muerte, ni a lo que yo juzgo, el que ha de morir gusta de que quede con vida quien se halla igualmente culpado en el delito por que él la pierde. Mas volviendo al único que se me imputa, díceseme que por qué tuve oculta noticia de semejante importancia. Que por qué la oí con tan poca alteración. Señor, en cualquier parte que estuvieres, si erré en esto, ya te confesé mi culpa y tú me la perdonaste, en cuyo

testimonio me diste tu real mano, concediéndome la honra de sentarme a tu mesa. Pues si me juzgaste inocente y como tal me diste por absuelto, yo libre estoy. Mantén, señor, tu primera sentencia o suspende a lo menos el nuevo juicio que has formado, hasta que te halles bien informado de mi proceso. ¿Qué culpa puedo yo haber cometido de tanta gravedad desde anoche acá que me aparté de tu lado, que haya sido capaz de muerte de esta suerte?

Hallábame entregado a un profundo sueño, sin tener el menor recelo de la desgracia que me amenazaba, cuando me despertaron de él mis enemigos, cargándome de cadenas. ¿Cómo es creíble que un parricida, y descubierto, pueda dormir con tan gran sosiego? Los delincuentes, hallándose oprimidos del interior remordimiento de la conciencia y combatidos de crueles y furiosas imaginaciones, no sólo viven en un continuo desasosiego después de haber ejecutado la traición, sino desde que la empiezan a maquinarse; pero yo dormía tan asegurado de mi inocencia como de tu real palabra, sin prevenir nunca que fuesen más poderosas en ti las violentas influencias de ajena crueldad que las naturales blanduras de tu clemencia. Mas para que no te sirva de gusto el haberme creído, suplicóte, señor, que consideres que quien me dio la noticia fue un mozo, el cual, sin probar ni testificar lo que decía, sólo esperaba que yo diese asenso a ello para llenar todo el campo de pavor. Fuera de que no viniendo el mismo Nicómaco a darme el aviso, sino valiéndose de su hermano, se me hacía más inverosímil, persuadiéndome siempre (¡ay infeliz de mí!) a que esto procedería de algún disgusto entre aquellos dos viles amantes, y que para despique de él se habría valido el uno de su hermano, no atreviéndose él a decirme lo que no era verdad. A que se añadió también el temer no se desdijese Cebalino después de haber expuesto injustamente a tan considerable peligro a muchos grandes de la corte. Con que atendiendo a preservar de semejante daño a otros, no acerté a evitarme a mí la ruina en que me veo.

Dejo, señor, a tu consideración que prevenga el odio que concitaría contra mí en todos aquellos a quienes imputase la culpa que no tenían. Sí, pero dirásme que Dimno se dio muerte. Pues ¿pude yo prevenirla? No por cierto, ni perjudicarme tampoco ella; porque siendo este el único testimonio que aseguraba creíble la deposición de Cebalino, no la puso aquél en ejecución hasta después de haberme informado éste. Mas ¿es posible que si hubiese tenido parte con Dimno en tan gran traición, que viéndonos descubiertos permanecería dos días sin tomar alguna resolución, no pudiendo haberme sido difícil quitar la vida a Cebalino? Y últimamente, estando descubierto el intento, ¿por qué difería su ejecución? ¿No entré solo al cuarto del rey con la espada en la cinta? ¿Qué esperé que no lo puse por obra? ¿Sería sin duda no atreverme sin Dimno, siendo él cabeza de la conjuración, y yo, Filotas, quien la seguía debajo de su sombra? Yo, que en algún tiempo pensé coronarme rey de Macedonia. Pero para tan grande empresa ¿cuál es de vosotros a quien corrompí con dádivas? ¿Qué cabos, qué oficiales son los que he granjeado con mis cuidadosos halagos y con mis afectadas caricias?

Hácesme cargo de que me desdeño de hablar la lengua de la patria y de que tengo horror a las costumbres de los macedones. Siendo esto así, ¿cómo se compadece aspirar al reino con menospreciar la lengua y costumbres tuyas? No ignoráis que la frecuente y dilatada comunicación que hemos tenido con naciones tan extrañas nos ha hecho perder de mucho tiempo a esta parte el uso de nuestra lengua natural, y que así vencedores como vencidos nos hemos visto precisados a aprender una enteramente nueva. Con que en esto tengo la misma parte de la culpa que la que se imputa de haber sido amigo de Amintas, hijo de Perdicas, que conspiró contra Alejandro; porque, a la verdad, si lo fue amar al hermano de nuestro rey, no hay duda que me confieso delincuente, y como tal, digno de castigo; pero obligándonos a todos su grandeza y representación a venerarle y respetarle, ¿es culpa no haber sido adivino? ¿Es lo que mezclen a los inocentes con los culpados por haber sido sus amigos? Si lo es, ¿por qué me han permitido tanto tiempo la vida? Y si no lo es, ¿qué razón hay para darme hoy la muerte?

Pero escribí que me compadecía de los que habían de vivir debajo del mando de quien se creía hijo de Júpiter. ¡Oh santo y sincero afecto! ¡Oh peligrosa libertad! Tú me engañaste, tú me impediste que por una pusilánime indigna contemplación disfrazase la verdad. Sí, yo lo escribí,

confiésolo; mas escribílo al rey, no del rey; porque mi intento no era suscitarle odio, sino preservarle de él. Tuve por más digno de Alejandro el que se contentase con saber era hijo de Júpiter, que el que se vanagloriase tanto de serlo; pero, pues es tan infalible la respuesta del oráculo, a Júpiter pongo por testigo de mi inocencia. Mantenedme en las prisiones hasta que se le haya consultado en causa tan dudosa y para quien no se halla prueba alguna; porque es preciso que habiendo reconocido a nuestro monarca por hijo suyo, no permita quede sin el justo castigo que merece quien conspiró contra su vida; o si os pareciere más seguro medio el del tormento que el del oráculo, también estoy pronto a padecerle a precio de que se descubra la verdad.

Está en costumbre que los que se hallan convencidos de majestad ofendida traigan a juicio a sus parientes; pero mis desdichas (¡ay de mí!) me excusan de su observancia, porque dos hermanos que tuve los perdí poco ha, y mi padre, estando ausente, mal puedo hacer que comparezca, ni me atrevería a pedirselo, aun cuando pudiese, juzgándole vosotros por tan delincuente como a mí. Pues no basta que quien se vio poco ha con tan florida descendencia, habiendo quedado sólo con un hijo, único apoyo de su vejez, le pierda, sino que también padezca el mismo infeliz fin que él.

Es, pues, preciso, carísimo padre mío, que mueras por mi amor y conmigo; yo soy quien te quítala vida; yo quien anticipa el fin de tus días. ¿Para qué me engendraste en tan maligna constelación? ¿Fue acaso para coger de mí estos amargos frutos que te esperan? No sé cuál es más infeliz, mi juventud o tu vejez; yo muero en el vigor de mi edad, y tú, padre mío, pagarás con tu vida a la naturaleza el débil fruto que te pediría al fin de su regular curso, si aspirase la fortuna con menos adversa influencia. Su memoria me acuerda el ejemplo que en él tuve para proceder tan remiso y temeroso en lo que me comunicó Cebalino.

Sabía que en cierta ocasión, hallándose noticioso Parmenión de que Filipo tenía intento de dar veneno al rey, le advirtió se guardase de él, porque le tenía ganado Darío para este fin. ¿Mereció mi padre crédito alguno por este aviso? ¿Hízose el menor aprecio de aquella carta? Y a mí mismo ¿cuántas veces me ha sucedido haberse burlado de mí, por haber participado lo que entendía, teniéndome por demasiadamente crédulo? Pues si cuando dimos estos avisos fuimos tenidos por ligeros y fáciles, y cuando llamamos otros nos juzgan por sospechosos, desearía a la verdad que se nos advirtiese cómo habíamos de proceder.»

A cuyo tiempo dijo en alta voz uno de los concurrentes: «No conspirando contra sus bienhechores.»

«Eso mejor será que tú, seas quien fueres (replicó Filotas), te lo adviertas a ti; que yo dispuesto estoy a padecer todo género de castigos, si se averiguare que he conspirado; y pues reconozco con semejante desengaño cuan infructuosas han sido mis razones, pongo fin a ellas.»

Con lo cual le volvieron a llevar las guardas a la prisión.

CAPÍTULO 11

La Junta, animada por cierto Bolón, se irrita contra Filotas, el cual poco después; por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiración y muere apedreado con todos los demás a quienes acusa.

Hallábase allí entre los cabos uno llamado Bolón, persona de gran valor, y que habiendo envejecido en las armas y corrido de soldado raso todos los grados de la milicia, llegó al puesto que entonces ejercía, capaz sólo de la guerra, y negado, por lo grosero y rústico de sus costumbres, y trato a todo género de urbanidad y cortesanía. Este, llevado de su furibundo natural, viendo que todos callaban, con brutal intrepidez y osadía les representó las repetidas veces que Filotas los había echado de su alojamiento por introducir en él la canalla de esclavos que llevaba consigo: que por los caminos sólo se veían sus carros cargados de oro y plata: que no consentía que ninguno de sus compañeros alojase en su cuartel, antes hacía poner guardas mientras dormía para que no permitiesen acercarse a nadie a su tienda, que con el ruido de las voces le quitase e interrumpiese el sueño: que habiendo sido siempre objeto de sus desprecios y escarnios, llamándolos unas veces groseros y rústicos, y otras frigios, paflagonios, y que habiendo nacido en Macedonia no se corría

de tratar a los de su patria por intérprete.

¿Y cómo pretende (decía) que se consulte a Ammón su causa quien le trató de embustero cuando declaró a Alejandro por su hijo? Porque a la verdad había gran causa para temer que el rey como viese contra sí algún odio, admitiendo el honor que le concedían los dioses: que cuando conspiró contra la vida de su rey y de su bienhechor no se acordó de Júpiter, y que entonces quería tener recurso al oráculo, no con otro fin que el de dar tiempo a que su padre, debajo de cuyo mando estaba la Media y sus grandes tesoros, pudiese disponer sus intereses y ganar por medio de ellos otros malvados que cometiesen el mismo delito: que ellos estaban prontos a enviar al oráculo personas, no para que le consultasen lo que sabían del mismo rey, sino para que le diesen las gracias y cumpliesen los votos que le habían hecho por la salud del mejor príncipe del mundo.

Inflamaron de tal suerte estas invectivas a todos los concurrentes, y con especialidad a las guardas de la persona del rey, que empezaron a decir a gritos éstos que se les dejase despedazar a aquel parricida. Cuyas voces no eran para Filotas, que temía mayores tormentos, de gran disgusto. El rey, habiendo vuelto a la junta, difirió el juicio al día siguiente, o porque se le diese en la prisión el tormento, o por quedar más bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar a los grandes de su corte para conferir con ellos la resolución de aquella causa.

El sentir de los más fue de que se le diese muerte a pedradas, según costumbre de los macedones. Pero el de Hefestión, Crátero y Ceno fue de que le diesen tormento; por cuyo dictamen se mandó que llevasen allí a todos los demás. Con lo cual se puso fin a la junta, y estos tres pasaron a poner a cuestión a Filotas.

Llamó el rey inmediatamente a Crátero, y después de haberle dicho en secreto lo que no se pudo saber, se retiró a su cuarto, donde se estuvo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento pusieron a vista de Filotas cuantos instrumentos había inventado hasta entonces la crueldad para estremecer y atemorizar a los hombres, a cuyo espectáculo dijo Filotas voluntariamente: «¿Cómo no acabáis de quitar la vida a quien confiesa ser enemigo del rey y haber intentado darle muerte? ¿Qué necesidad hay de tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise.»

Insistiendo Crátero en que ratificase en el tormento lo que sin él había confesado, le vendaron los ojos y le desnudaron, a cuyo tiempo empezó a grandes voces a clamar por el derecho de las gentes y a atestiguar con los dioses de la patria y a implorar su socorro. Por último, inexorables sus enemigos, no hubo tormento que con pretexto de celo y de piedad a su príncipe no le hiciesen padecer como a condenado, vengando en él sus odios particulares. Pero aunque por una parte le martirizaban por el fuego, y por otra con azotes, más a manera de castigo que de tormento, sufrió con gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito ni el menor gemido; pero habiéndosele llegado a hinchar el cuerpo por la inflamación de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que despedazadas las carnes le habían dejado sólo los huesos, prometió decirles lo que deseaban saber como le permitiesen alguna respiración y alivio, para cuyo logro les hizo jurasen antes por la vida de Alejandro que darían orden de que cesasen los tormentos y retirasen los verdugos.

Conseguido lo uno y le otro, dijo a Crátero: «Insinúame lo que quisieres que diga.» Crátero, indignado de verse burlado, volvió a llamar los verdugos; pero Filotas pidió que se le dejase respirar y que él declararía. En el ínterin los primeros de la nobleza, los principales oficiales de su caballería, y especialmente los más cercanos parientes y allegados de Parmenión, noticiosos de que se le ponía a Filotas a cuestión de tormento, y temiendo no se cumpliese en ellos la ley de los macedones, la cual ordenaba que en delitos de majestad ofendida muriesen con los condenados también sus parientes, se quitaron unos por sus mismas manos la vida y huyeron otros desbandados a los montes y a los desiertos, llenando todo el campo de pavor, hasta que Alejandro, noticioso de aquel desorden, hizo publicar que perdonaba a los parientes de los culpables.

No es fácil averiguar si Filotas confesó la verdad, o si por librarse de los tormentos la supuso en lo que dijo, porque al fin se experimenta que en tales casos el mismo dolor padece el que

confiesa lo cierto que el que dice lo falso. Lo que él declaró fue así: «No ignoráis (dijo) la estrecha amistad que mi padre tuvo con Hegéloco (hablo del que murió en la última batalla). Este, pues, fue causa de todas mis desgracias, porque desde que el rey mandó que le llamasen hijo de Júpiter no le fue posible tolerarlo. ¿Reconoceremos (decía) por nuestro rey a quien desestima a Filipo por padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No sólo desprecia a los hombres, sino también a los dioses el que gusta que le tengamos por dios. Hemos perdido a Alejandro y juntamente al rey sujetándonos a los dioses, con quienes se igualaba, como a los hombres, sobre quienes se eleva. ¿Hemos hecho por ventura, al precio de nuestra sangre, rey que nos ultraje y que se desdeñe de comunicar con los mortales? También nosotros podemos, si me creéis y si tenemos espíritu, ser adoptados por los dioses. ¿No fue éste quien habiendo vengado la muerte de Alejandro, su bisabuelo, la de Arquelao y Perdicas, perdonó a los homicidas de su padre? Esto nos decía Hegéloco cierta noche después de cenar. Con lo cual el día siguiente muy de mañana me llamó mi padre. Reconocíle triste, y advirtiómeme no más alegre, porque a la verdad lo que habíamos escuchado no era materia para corto desasosiego. Deseando, pues, averiguar si fue el vino quien le obligó a prorrumpir en lo que dijo, o efecto de premeditado acuerdo, resolvimos enviar a inquirirlo; y habiéndonos repetido lo mismo, añadió que si nos hallábamos con ánimo de hacernos cabezas de empresa tan prodigiosa, nos seguiría pero que si no le teníamos, no hablaría más de ella. Parecióle a Parmenión que viviendo Darío no era ocasión oportuna para dar muerte a Alejandro, respecto de que en esto más haríamos el negocio del enemigo que el nuestro, y que así mejor era diferirla hasta después de la de Darío, con cuya pérdida toda el Asia y el Oriente sería premio de tal acción. Convencidos en esto, se dieron palabra recíproca de cumplirlo. Pero por lo que mira a Dimno, protesto que no sé nada, y que puede acreditarme de inocente en su atentado lo que acabo de confesar.»

Habiéndole vuelto a poner a cuestión, el mismo Crátero y los demás le hirieron en el rostro y en los ojos con los dardos, hasta que a pura fuerza le obligaron a confesar la culpa que le imputaban. Preguntándole después la forma en que habían dispuesto practicar la conjuración, respondió: que juzgando no volvería el rey tan en breve de Bactria, temeroso de que su padre, hallándose en tan crecida edad como la de setenta años, con tan florido ejército y tan cuantiosas riquezas, llegase a faltar, sin cuyo gran poder le sería inútil la muerte del rey, se aceleraba a su ejecución porque no se malograra tan favorable oportunidad. Que en cuanto a lo demás, todo lo había declarado, sin reservar la menor circunstancia; y que si no obstante no se persuadían a que su padre estaba ajeno de estas últimas disposiciones, se hallaba pronto a que le renovasen los tormentos, aunque ya le faltaban fuerzas para tolerarlos.»

Habiendo conferídolo, y conocido que había declarado lo bastante, fueron a participarlo al rey, el cual mandó que hiciesen leer la deposición de Filotas en junta plena el día siguiente, y llevarle a ella, respecto de no haber quedado capaz de moverse por sí. Ratificándose aquel infeliz en todo lo que había depuesto, se hizo llevar a Demetrio, acusado de haber sido cómplice en la conspiración; pero negábalo con gran valor y firmeza, asegurando con horribles juramentos no le había pasado tal por el pensamiento, e insistiendo en que para mayor prueba de su justificación se le pusiese a cuestión de tormento. Entonces Filotas, extendiendo la vista y mirando cerca de sí a cierto Calis, le pidió que llegase a él. Este, turbado todo y rehusando hacerlo: Pues qué, ¿toleras tú (le dice Filotas) que mienta Demetrio de esta suerte, y que yo vuelva a padecer el tormento?

Quedando Calis mortal, desestimaron los macedones su acusación, creyendo que Filotas la hacía indiferentemente a inocentes y a culpados respecto de no haberse acordado de él en sus declaraciones ni Nicómaco, ni el mismo Filotas; si bien cuando llegó a verse rodeado de los ministros de justicia volvió a afirmar que él y Demetrio entraban en la conjuración. Por lo cual, dada la señal, Filotas, éstos y los demás que nombró Nicómaco fueron muertos a pedradas, según su costumbre.

Verdaderamente que no puede negarse el gran peligro en que se vio, no sólo Alejandro, sino todo su ejército; porque hallándose tan poderosos Parmenión y su hijo y en gran reputación, es

cierto que no se le hubiera podido condenar sin que se suscitasen grandes rumores, a no haberlos convencido tan manifiestamente. Además de que la resolución del tormento fue dudosa y el suceso aventurado; pues en cuanto Filotas negó el delito, pareció injusto y cruel; pero luego que le confesó empezó a faltarle la compasión, aun en sus mismos amigos.

LIBRO VII.

CAPÍTULO 1

Manda Alejandro dar muerte a Lincestes, convencido del delito de majestad ofendida, y poco después, que se proceda contra Amintas y Simias, amigos de Filotas. Defienden su inocencia con gran valor y constancia.

Mientras permanecieron vestigios recientes del delito de Filotas, tuvieron por justificado su castigo; pero después que con su muerte les faltó el objeto de su aborrecimiento y de la envidia que les ocasionó su fortuna, se convirtió todo en conmiseración. Causábasela tiernísima el considerar los méritos y la calidad de la persona a quien se había quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su padre, el cual veía extinguida con tan trágico fin su estirpe en servicio de su príncipe. Lamentando la infelicidad de aquel prudente y diestro capitán, que fue el primero que abrió el paso del Asia, a quien cupo tan gran parte de todos sus peligros y quien mandó siempre una de las alas de su ejército; favorecido de Filipo, y tan fiel a Alejandro, que no se valió de otro para verse libre de Atalo; cuyos largos y señalados servicios considerados no dejaban de suscitar los ánimos a intentos sediciosos. Pero noticioso el rey de aquellos rumores, le alteraron poco, sabiendo que los vicios que produce la ociosidad los purga fácilmente la ocupación y el trabajo, por lo cual dio orden para que se juntasen en la plaza de palacio, donde después de ver que había concurrido considerable número de soldados salió a la junta.

Pidió en ella Atarrias (no se duda que fuese a persuasión del rey) que se llevase allí a Alejandro Lincestes, a quien acusaban dos testigos de haber intentado mucho tiempo antes que Filotas dar muerte a Alejandro por cuyo delito había cerca de tres años que estaba preso. Y si bien se hallaba también convencido de haber intervenido con Pausanias en la muerte de Filipo, había quedado por entonces su castigo más diferido que perdonado, por haber sido el primero que dio la obediencia al rey y por la interposición de Antípatro, su suegro, poderosa en aquella ocasión para templar la indignación del príncipe; la cual, aunque adormecida hasta allí, despertó cuando el riesgo presente acordaba el peligro pasado.

Llevóse, pues, a Lincestes de la prisión; y habiéndole ordenado que se defendiese, en medio de haber tenido el largo espacio de tres años para pensar en sus descargos, conturbado y temeroso, sólo dijo algo de lo que había premeditado antes; quedando a lo último tan fuera de sí, que no sólo perdió cuanto tenía pensado alegar, sino también el juicio. Atribuyeron todos aquella alteración más a efecto de su mal segura conciencia que a falta de memoria; y si bien se esforzaba por reducir a ella los miserables trozos de su oración, faltando el sufrimiento en los que tenía cerca de sí, le dieron la muerte a lanzadas. Después de lo cual mandó el rey retirar el cuerpo y que llevasen allí a Amintas y a Simias, porque Polemón, su hermano menor, se había puesto en fuga luego que supo que se daba tormento a Filotas.

Fueron éstos los más estrechos amigos de aquel infeliz, y a quienes con mayor exceso favoreció, llenándolos de honores y dignidades en virtud de la gracia que gozaba de Alejandro; el cual, acordándose del cuidado que tuvo en conservarlos cerca de sí, no ponía en duda que fuesen partícipes de aquella última conjuración, en cuyo crédito decía: «Que no sólo entonces los juzgaba por sospechosos, pues mucho antes le había advertido repetidamente su madre que se guardase de ellos; pero que remiso en dar crédito a lo peor, había rehusado mandarlos prender, hasta que le precisaron a hacerlo los evidentes indicios con que se halló. Que era notorio cómo el día antes que se descubriese la traición de Filotas tuvieron conferencia secreta con él; sin que dejase duda la fuga de su hermano mientras se le daba el tormento a Filotas, que dio ocasión para ella. Que últimamente, habiendo apartado a sus compañeros, que se hallaban en el cuartel, y ocupado sus lugares, le rodearon por todas partes, debajo del cielo y obsequio de asistirle y asegurarle, sin que hubiese precedido motivo alguno para el menor recelo. A vista de lo cual, extrañando el rey que

faltando éste se mostrasen tan officiosos que tomasen a su cuidado el de los otros, advirtió en sus semblantes tan manifiestas señales de su mal seguro ánimo, que le obligaron temeroso a ponerse entre sus guardas. Que además de esto, el día antes de la prisión de Filotas, Antífanos, a cuyo cuidado estaban las provisiones del ejército, habiendo persuadido a Amintas a que, según estilo, socorriese con caballos a los que habían perdido los suyos, le respondió sumamente colérico: «Que si no desistía de importunarle, se acordaría de él. Que las insolentes conversaciones que tenían contra él a todas horas, eran prueba manifiesta de sus dañados intentos. Que siendo cierto todo esto, no merecían menor castigo que Filotas; y que si no lo era, que se justificasen.»

Después de lo cual, compareciendo Antífanos y careándose con Amintas, confirmó haberle negado los caballos y las terribles amenazas que le hizo.

Entonces Amintas, habiéndosele dado permiso para que se defendiese, dijo: «Que si no se oponía al gusto del rey le suplicaba mandase quitarle las cadenas mientras hablaba en su defensa.» Concediósele a él y a su hermano; y habiendo pedido que se le volviesen sus armas, mandó el rey que le diesen una lanza, la cual tomó con la mano izquierda; y después de haberse apartado del lugar donde había estado el cuerpo de Alejandro Lincestes, empezó a decir de esta suerte: «Cualquiera que sea, señor, el fin de este suceso y el de nuestro destino, no podremos dejar de confesarnos deudores tuyos si es feliz, ni tampoco dejar de atribuirle a desgracia nuestra si es adverso. Podemos sin el menor perjuicio ni estorbo hacer nuestra defensa, habiéndonos concedido tu benignidad no sólo permiso para ella sino también estas honrosas insignias, con las cuales te acompañábamos. A vista de lo cual debemos confiar igualmente en el suceso que en la justificación de nuestra causa; pero permíteme, señor, que satisfaga primero al último cargo que nos has hecho.

No nos acordamos de haber tenido jamás conversación alguna opuesta al respeto que te es debido; antes bien, diría que ha mucho tiempo que vives superior a la envidia, si no temiese que juzgases que pretendía ocultar entre afectadas lisonjas los notorios delitos que se nos imputan. Porque si acaso se han dejado decir tus soldados enfermos o heridos, rendidos de las crecidas fatigas de la guerra o expuestos a tan continuos peligros, una u otra palabra algo más licenciosa, bien merecen sus servicios algún perdón, o que se atribuya antes al natural desabrimiento que traen consigo las calamidades del tiempo que a falta o defecto de su voluntad. Cuando padecemos, todos somos reos, y cualquiera se adelanta a hablar, sin que todo nuestro amor propio baste a preservarnos a nosotros de nosotros mismos; pues crueles, convertimos las manos contra nuestros propios cuerpos, sin que por esto se pueda decir que nos aborrecemos. En cuya irritación si los hijos reconocen a los padres, apenas podrán éstos atenderlos ni tolerarlos. Donde por el contrario, cuando nos vemos honrados con beneficios, y volvemos favorecidos con crecidos premios y cargados de la presa, ¿quién puede contenerse? ¿Quién disimular el interno regocijo de nuestros ánimos? No admiten jamás moderación ni la cólera ni el gusto de los soldados: todas nuestras pasiones nos arrastran con suma violencia: vituperamos, loamos, movámonos a compasión o a ira, según es la diversidad de objetos que nos arrebatan.

Unas veces deseamos pasar a conquistar la India y llegar al Océano, y otras nos llama el amor de la patria, de nuestras mujeres y de nuestros hijos. Pero todos estos pensamientos, todas estas murmuraciones, quedan desvanecidas a la primera señal de la trompeta, a cuyo sonido partimos todos acelerados a nuestros escuadrones, vertiendo en los enemigos cuanto concibió nuestra ira en nuestras tiendas y discurrió nuestro desquite. ¡Ojalá hubieran permitido los dioses que los delitos de Filotas se hubiesen limitado sólo a las palabras! Pero volvamos a los principales cargos de la acusación.

Estoy tan lejos de negar la amistad de Filotas, que confieso haberla buscado y haberme sido muy útil. Mas ¿qué extrañeza te hace que hayamos cortejado a quien poseía casi enteramente tu gracia y era hijo de Parmenión, tu brazo derecho, si no antes tu segunda persona? Pues si he de decir libremente la verdad, tú, señor, tú has sido la causa de nuestro peligro. Porque ¿quién sino tú mismo la dio para que todos los que solicitaban darte gusto acudiesen a él?

Por medio suyo llegamos a merecer tu benevolencia. Tú le elevaste a tan eminente grado de

poder, que teníamos muy justa causa para desear su amistad y temer su indignación. ¿No hemos jurado todos en tus manos, en la forma que nos lo ordenaste, que seríamos amigos de tus amigos y enemigos de tus enemigos? Pues hallándonos precisados a la observancia de tan solemne juramento, ¿cómo podíamos dejar de venerar a un hombre a quien habías hecho arbitro de nuestra fortuna? Verdaderamente que si este fuese delito, pocos se libraron de él. Pero ¿qué digo? ninguno se hallará inocente, porque todos pretendieron ser amigos de Filotas; pero no todos los que lo desearon lo pudieron conseguir. Conque si no distingues sus amigos de los culpados, tampoco podrás hacer diferencias entre sus amigos y los que han deseado serlo.

¿Qué prueba, pues, o qué indicio hay contra nosotros? ¿Es acaso que el día antes habló familiarmente y en secreto con nosotros? Lo cual sería buena prueba, y contra quien no tuviéramos que descargarnos, si no hubiésemos vivido siempre de esta suerte con él. Pero habiendo ejecutado aquel día lo mismo que los demás, parece que nuestra misma costumbre es crédito de nuestra justificación. Sí; mas la repugnancia en dar los caballos a Antífanos, no se puede negar que fue la víspera del día que se prendió a Filotas. Si piensa hacernos sospechosos por no haberle querido dar los caballos, ¿cómo podrá excusarse él de haberlos pedido? Porque a la verdad la sospecha es tan igual contra quien los pidió como contra quien los rehusó, si no tiene mejor causa el que niega lo que justamente le toca que el que pretende quitarle al otro lo que no le pertenece.

No me hallaba, señor, más que con diez caballos, de los cuales había distribuido ya Antífanos ocho entre los que habían perdido los suyos. Sólo me habían quedado dos, que este soberbio e injusto hombre quería quitarme por fuerza. ¿Era justo ni posible que yo conviniese en ello sino reduciéndome a pelear a pie en la caballería? No niego que como hombre de espíritu resuelto, hablé con libertad al más cobarde del mundo, y cuyo mejor empleo en el ejército no pasa de proveer de ajenos caballos a los que han de pelear. ¿Pero no es gran infelicidad mía hallarme obligado a dar mi descargo a un tiempo a Alejandro y Antífanos?

Por lo que mira haberte escrito la reina tu madre que éramos tus enemigos, ¡pluguiese a los dioses que te atendiese con más cuidadosa circunspección y prudencia, y que no hubiese preocupado tu ánimo de imaginaciones vanas y tan sin ningún fundamento! ¿Cómo omitió expresarte la causa de su recelo? ¿Cómo no te nombró el autor ni especificó lo que habíamos hecho o dicho cuando te escribió cartas llenas de tan grandes recelos? ¡Oh infeliz estado al en que me veo reducido, en el cual es tan peligroso enmudecer como hablar! Pero sea cual fuere el fin de mi suceso, si te he de disgustar, quiero antes hacerlo justificando mi causa que dejando ofendida mi inocencia.

No ignoras, señor, que lo que voy a decirte es cierto, si gustas de acordarte que cuando me enviaste a Macedonia a levantar tropas, me preveniste que en ella había prodigiosos mozos para el uso de las armas, los cuales se ocultaban en el palacio de la reina por librarse del riesgo de la guerra; y que para que no lograsen su intento, me ordenaste prefiriese a todo respeto tu real servicio, trayéndote aquella perezosa juventud. Ejecútelo con mayor puntualidad y celo de lo que me convenía. Trájeteme a Gorgias, a Hecateo y a Gargatas, que te han hecho señalados servicios. ¿Puede haber mayor injusticia que la de hacerme castigar porque te obedecí, cuando por el contrario mereciera dignamente la muerte? Porque es cierto que la reina tu madre no tiene otra causa para haberse indignado contra nosotros, que la de haber preferido tu servicio a su gusto. Trájeteme seis mil infantes macedones y seiscientos caballos, de quienes no habiendo mozo alguno que no procurase eximirse de la guerra, es cierto que no me hubiera seguido alguno si me hubiese ablandado algo. No pudiendo, pues, ser otra la causa de su indignación contra nosotros, te hallas, señor, obligado a mitigarla, pues fuiste quien la dio para desabrirarla.»

CAPÍTULO 2

Vuelven a la gracia del rey Amintas y sus hermanos. Envía Alejandro a la Media a Polidamante para que dé muerte a Parmenión, de que se originó algún motín, que se sosegó por último.

Continuando Amintas de esta suerte en su defensa, llegaron a la sazón las personas que se

enviaron en seguimiento de su hermano Polemón, que iba fugitivo y le traían aprisionado. No fue posible impedir que la muchedumbre descargase inmediatamente sobre él, según costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dar muestra de la menor alteración, dijo: «Que no pedía para él gracia alguna, sino que no perjudicase su fuga la inocencia de sus hermanos; y que si no podía justificarla, y en ella había errado, que fue sólo suya la culpa y no de sus hermanos, pues se hallaban bien lejos de ella.» Fuéronle tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado cuando empezaron todos a llorar y a mudarse de tal suerte, que lo que más les había irritado antes, fue entonces lo que más les obligó a compadecerse.

Era éste un joven que hallándose en la flor de sus años y entre sus compañeros, amedrentados todos de ver a Filotas en el tormento, se dejó llevar del pavor de ellos; los cuales, esparcidos por varias partes, le dejaron solo. En cuyo desamparo, dudoso en si volvería o seguiría la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshacíase en lágrimas y maltratábase el rostro; acreditando bien en estas y otras exteriores demostraciones el interno dolor a que le obligaba, no tanto el de su propio infortunio cuanto el peligro en que había puesto a sus hermanos, el cual movió a piedad a la junta y al mismo rey.

Sólo uno de sus hermanos, cruel e inexorable contra él, y mirándole con enfurecido y airado rostro: «¿Ahora lloras loco (le dice), cuando antes te diste tanta prisa a la fuga, abandonando a tus hermanos por seguir a los que abandonaban a tu rey? Pero ¿adonde y por qué ¡oh infeliz! huías? Mira el estado a que me has reducido, en el cual, condenado a muerte, me es preciso que use de palabras de acusador para justificarme.»

Confesó entonces él cuan gran daño se había hecho a sí, pero que era mayor el perjuicio que había ocasionado a sus hermanos. A vista de lo cual, no pudo la muchedumbre reprimirse ni abstenerse de manifestar en lágrimas y a gritos (ordinario estilo de que se vale cuando favorece a alguno) su compasión. Y así prorrumpieron todos a una voz pidiendo que perdonase a aquellos valerosos varones, que se hallaban inocentes. De cuya favorable ocasión aprovechándose los principales de la corte se levantaron e intercedieron con lágrimas por ellos.

El rey, habiendo mandado que callasen todos, «Yo también (dijo) los perdono a todos tres.» Y enderezándose después a ellos, «sólo deseo (les dijo) que os olvidéis antes del beneficio que de mí habéis recibido que el que os acordéis del peligro en que os habéis visto. Volved a mi gracia con la misma confianza que yo os restituyo a ella, asegurados de que si no quedase desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendréis muy justa causa para desconfiar de mi disimulación y de que mejor quedáis purgados que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales sin haber dado primero sus descargos. Y tú, Amintas, perdona a tu hermano para que yo quede con esta acción persuadido a la seguridad de tu ánimo y a tu fidelidad en mi servicio.»

Licenciada la junta, hizo llamar el rey a Polidamante. Era éste íntimo amigo de Parmenión y el que se hallaba siempre a su lado en todas las batallas; y si bien la seguridad de su conciencia le llevó a palacio libre de todo recelo, luego que vio que el rey dio orden para que trajesen a su presencia a sus hermanos, a quienes por su corta edad no conocía, empezó desde entonces a temer y a pensar más en lo que se podía perjudicar que en lo que podía justificarle.

Habiéndolos conducido los arqueros conforme a la orden que tenían, hizo el rey acercar a Polidamante, cuyo ánimo tenía enteramente perdido, y después de haber hecho salir fuera a todos, le dijo: «La traición de Parmenión nos ha comprendido generalmente a todos, pero con especialidad a vos y a mí, a quienes debajo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hallóme obligado a castigarlo, para cuyo fin os he elegido; mirad cuánto frío de vos. En mi poder quedarán vuestros hermanos por prendas que me aseguren en vos el cumplimiento de mis órdenes. Habéis de partir para la Media y dar a mis gobernadores estas cartas escritas de mi propia mano; pero es menester que pongáis tal diligencia en vuestra jornada, que lleguéis allá antes que las voces de lo que ha pasado acá. Mi voluntad es que sea de noche y que el día siguiente ejecutéis lo que contienen vuestras instrucciones. Llevaréis también cartas para Parmenión, una mía y otra de Filotas, cuyo

sello tengo, con las cuales creyendo que su hijo le escribe no le causará sospecha alguna el veros.

Libre Polidamante del considerable susto en que había estado, prometió más de lo que se le pedía, y cargado de dádivas y de honras, dejó su propio traje y tomó el de Arabia. Dióle el rey dos árabes que le acompañasen, cuyas mujeres e hijos retuvo en rehenes. Sin embargo, los desiertos por donde le era preciso pasar, no le permitieron que tardase en el camino menos de once días, al fin de los cuales llegó al lugar destinado; donde antes que se supiese de su arribo, tomó su traje macedónico y a la cuarta vigilia de la noche pasó a la tienda de Cleandro, gobernador de aquella provincia por merced del rey.

Habiendo repartido todas las cartas que llevaba, acordaron él y Cleandro ir juntos al amanecer a casa de Parmenión, donde habían de concurrir los demás cabos, a quienes también escribió el rey. Habíasele ya hecho sabedor a Parmenión de la llegada de Polidamante, con la cual regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del rey, respecto de faltarle mucho tiempo había noticias suyas, le hacía buscar por todas partes.

Las casas de placer de aquella provincia tienen grandes parques, poblados de crecidos y umbrosos árboles, los cuales riegan hermosas fuentes, que son la recreación de los reyes y de los sátrapas bárbaros. Paseábase Parmenión por uno, en medio de los capitanes que tenían orden de darle muerte, los cuales habían dispuesto ponerlo por ejecución al tiempo que leyese las cartas. Luego que le divisó Polidamante, aunque a distancia, corrió a abrazarle con demostraciones de gran gusto, y habiéndose hecho recíprocos y cariñosos cumplimientos, le dio la carta que Alejandro le escribía. Abriéndola le preguntó lo que hacía el rey, y él le contestó que por la carta lo sabría; después de haberla leído Parmenión, le dijo: «El rey se dispone para marchar contra los aracosios: excelente príncipe por cierto, el cual jamás se entrega al descanso; pero debiera mirar por sí y atender a su quietud después de haber adquirido tan gran gloria.» Tomó inmediatamente la carta supuesta de Filotas, leíala al parecer con gusto, cuando Cleandro le metió la espada por un costado y por la garganta, cargándole todos los demás de heridas aun después de muerto.

Sus guardas, que se hallaban a la entrada del bosque, viendo el suceso e ignorando la causa, parten aceleradamente al campo, y publicando tan inesperada como sangrienta novedad, mueven las tropas, las cuales, tomando al punto las armas, pasan al parque, donde amenazan arruinar los muros y sacrificar a los manes de su general cuanto encontrasen, si no se les entregaba a Polidamante y a los demás cómplices.

Hizo Cleandro entrar a los más principales oficiales, a quienes leyó las cartas que el rey escribía a los soldados, en las cuales les participaba la conspiración de Parmenión contra su persona y pedía tomasen venganza de él. Luego que se publicó la voluntad del rey, se sosegó aquel motín, si bien no se templó la indignación de los soldados, cuya mayor parte habiéndose retirado pidieron los que quedaron a Cleandro que permitiese a lo menos se les concediese el cuerpo para darle sepultura; rehusólo por algún tiempo, temeroso de disgustar al rey; pero insistiendo en su demanda, les concedió, por evitar todo género de, sedición, que sepultasen el cuerpo, después de haber hecho separar la cabeza, que envió a Alejandro.

Tal fue el fin de aquel gran capitán, tan ilustre en la guerra como en la paz, y que sin la asistencia del rey ejecutó por sí muchas gloriosas empresas, no habiendo adquirido Alejandro sin él alguna considerable. Supo dar gusto a un príncipe con quien era tanto más difícil el lograrlo, cuanto habiendo sido sumamente feliz, quería que todas las cosas correspondiesen a su buena fortuna. Hallábase en edad de setenta años, habiéndose ocupado desde su juventud, no sólo en los ejercicios de capitán, sino también en los de mero soldado. Fue prudente y advertido en sus consejos, y admirable en la ejecución de ellos, querido de los grandes y amado aún más de la gente de guerra. Si todas estas partes le empeñaron en que aspirase a la corona o sólo le hicieron sospechoso, mal se podrá afirmar, cuando aún estando reciente el suceso y siendo más fácil su averiguación no se pudo saber con certidumbre si Filotas, rendido a la violencia de los tormentos, confesó la verdad, de que no hubo prueba, o si supuso cuanto dijo porque se lo suspendiesen.

Alejandro, teniendo por conveniente separar del resto del ejército a los que habían sentido mal

de esta suerte, formó de ellos un cuerpo aparte y les dio por cabo a Leónidas, grande amigo en un tiempo de Parmenión. Miraba a todos éstos con aversión, porque deseando penetrar el ánimo de los soldados, y habiendo hecho publicar cierto día que despachaba correo a Macedonia y que podrían escribir los que quisiesen, pues irían con seguridad sus cartas, y hécholo todos con libertad y sin prevenir el riesgo a que iban expuestas sus expresiones, en las cuales unos se quejaban a sus amigos de la permanencia de la guerra, y los más asentían bien a ella, pudo ver todas las cartas, así de los que le alababan como las de los que se quejaban de él, por cuya causa castigó a éstos con la ignominia de separarlos de aquéllos, para poderse valer de ellos como de gente de valor, sin el riesgo de que sus licenciosas pláticas hiciesen impresión en los ánimos de los demás, reduciéndolos a sus mismos dictámenes.

Esta resolución, por medio de la cual ponía en desesperación a aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales consecuencias, si convirtiendo siempre la fortuna en mayor beneficio suyo los accidentes más expuestos a grandes peligros, no hubiese continuado en hacerlo también con éste. Porque ningunos le sirvieron mejor que ellos en las guerras siguientes, deseosos de reparar por medio de sus ilustres acciones la ignominia con que se hallaban, reconociendo que éstas serían tanto más señaladas cuanto era corto el número de que se componían.

CAPÍTULO 3

Sujeta Alejandro muchos pueblos y pasa en diez y seis días el Cáucaso con su ejército.

Ejecutadas estas cosas, y habiendo dejado Alejandro un sátrapa a los arios, hizo publicar su marcha contra los arimaspos, los cuales ya entonces se llamaban evergetas, esto es, bienhechores, por haber alojado y socorrido de víveres al ejército de Ciro, a quien las incomodidades del frío y del hambre habían casi deshecho. A los cinco días de haber llegado a esta comarca tuvo aviso de que Satibarzanes, que había vuelto al partido de Beso, hacía nuevas correrías, para cuyo remedio envió a Carano y a Erigio con Andrónico y Artabazo, seis mil infantes griegos y seiscientos caballos; y habiendo proveído en el mejor gobierno del estado de los evergetas, en que gastó sesenta días, y concediéndoles una gruesa suma de plata en remuneración del señalado servicio que hicieron a Ciro, dejándoles por gobernador a Amedines, secretario que fue de Darío, pasó después a sojuzgar a los aracosios, que confinan con el mar Póntico.

Recibió allí el ejército que mandaba Parmenión, compuesto de seis mil macedones, doscientos nobles y seiscientos caballos griegos, que sin duda eran las mejores tropas que tenía el rey, el cual dejó a Menón por gobernador de los aracosios con cuatro mil infantes y seiscientos caballos para las guarniciones.

Entró después en las tierras de cierto pueblo apenas conocido de sus mismos vecinos por no tener comercio alguno con los demás hombres. Llámense sus habitantes parapamisadas, gente bruta y tenida por bárbara aun entre los mismos barbaros, a cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza del clima de aquella región, la cual es muy septentrional y casi toda vuelta a la parte más fría; toca hacia el Occidente con la Bactria, y mira al Mediodía al Océano Indico. Habitan en cabañas hechas de ladrillo, del cual son también los techos, respecto de faltarles enteramente la madera. Su estructura es bien ancha por abajo y a proporción del tamaño de los edificios, en los cuales se va estrechando conforme se levantan, hasta que quedan en forma de navios, sin que tengan más que una claraboya o ventana en medio, por donde les entra la luz y sale el humo. Si le quedan algunas cepas de viñas o algunos árboles que hayan podido resistir a la inclemencia del aire, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la primavera los vuelven a poner al sol; pero en el invierno son allí tan crecidas las nieves y tan rigurosos los hielos, que no consienten especie alguna de pájaros ni de animales. Cubre una sombra oscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman día de lo que es noche más que en una mal distinta luz con la que apenas puede distinguirse lo que está más inmediato.

Toleró en esta horrible soledad el ejército, destituido de socorro, cuantas calamidades pueden padecerse, el frío, el hambre, el cansancio y la desesperación, porque el rigor de la nieve era tan

excesivo que morían en los caminos algunos, perdiendo otros los pies y siendo a muchos de considerable perjuicio a la vista la suma blancura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo ya más, se echaban sobre el mismo hielo, donde faltándoles el movimiento les comprimía y embargaba la fuerza del frío de tal suerte los miembros, que no podían volverse a levantar; pero sus compañeros no los dejaban en aquel entumecimiento, para el cual no había otro remedio que el de obligarlos a marchar, porque entonces el calor natural, excitado con el movimiento, los hacía volver algo en sí. Los que pudieron apoderarse de las cabañas de los bárbaros se repusieron algo, pero la obscuridad era tan grande, que no se conocían las casas sino por el humo. Aquella bárbara gente, no acostumbrada a ver otra en sus tierras, hallándose repentinamente con hombres armados, quedaron tan atemorizados, que les llevaban cuanto tenían en sus cabañas por que les perdonasen las vidas.

El rey, que iba a pie, rodeado de sus tropas, levantaba a los que veía caídos, mantenía a los demás que no podían marchar, acudiendo tan aprisa al frente como en medio y a la retaguardia de su ejército, yendo y volviendo continuamente con increíble desvelo y trabajo. Finalmente, llegando a tierras más fértiles y abundantes de todo género de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos que habían padecido y esperaron a los que no habían podido seguirlos.

Pasaron después hacia el monte Cáucaso, que divide el Asia en dos partes, dejando el mar de Cilicia a una y a otra el Caspio, el río Araxes y los desiertos de la Escitia. El monte Tauro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Cáucaso, y empezando en Capadocia atraviesa la Cilicia y pasa hasta Armenia. Esta es como una continuada cadena de montes, de donde salen casi todos los ríos del Asia, de los cuales unos descargan en el mar Rojo, otros en el Caspio, y otros en el de Hircania o en el del Ponto.

Pasó el ejército el Cáucaso en diez y siete días y vio la roca, que tiene diez estadios de circuito y más de cuatro de altura, donde fue aprisionado Prometeo, si damos crédito a los poetas. Eligió el rey una llanura al pie del monte, donde edificó una ciudad, y dejó para que la poblasen siete mil esclavos y todos los soldados inútiles, los cuales le dieron también el nombre de Alejandria.

CAPÍTULO 4

Procura Beso disponer un festín, en el cual se resuelve la guerra contra Alejandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobares. Llega en el ínterin Alejandro a Bactria, donde tiene noticia de la revolución de los griegos y de haber muerto a Satibarzanes en un reencuentro.

Pero Beso, atemorizado de la presteza de Alejandro, después de haber hecho un sacrificio solemne a los dioses de la patria, juntó a sus amigos y a sus cabos para deliberar sobre las disposiciones de la guerra en pleno convite, a la usanza de aquellos pueblos. Calientes con el vino, empezaron a ponderar sus fuerzas y a despreciar el corto número y la temeridad de los enemigos, especialmente Beso, el cual, altivo y arrogante en las palabras, y confiado en un reino adquirido por medio de la maldad y del parricidio, decía, no en sano acuerdo: que lo que más crédito dio a Alejandro fue la negligencia e impericia de Darío, el cual le hizo rostro en los estrechos de Cilicia, en vez de retirarse a lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos pasos, entre innumerables ríos y montañas, en donde se hubiera hallado tan imposibilitado para la fuga como para el combate: que él estaba resuelto a pasarse a los sogdianos y a oponer como fuerte barrera al enemigo el río Oxo, en el ínterin que le llegaba poderoso socorro de las naciones vecinas: que bien aprisa se verían en su ejército los corasmios, los dahas, los sacas y los indios con los escitas, que habitan de la otra parte del río Tanais, de quienes el menor sobrepujaba en la estatura toda la cabeza al más alto de los macedones. Aplaudieron todos embriagados la resolución, y Beso mandó que le pusiesen alrededor más cantidad de vino, como si fuese su mesa campo de batalla en donde hubiese de romper a Alejandro.

Hallábase en este festín un medo cuyo nombre era Cobares, famoso más porque profesaba el arte mágico, si puede llamarse arte lo que es pura ilusión y engaño para mover a los ignorantes y pusilánimes, que porque supiese algo de él; pero realmente hombre de capacidad y bondad. Éste, habiendo hecho su exordio manifestando que no ignoraba era más seguro a un criado obedecer lo

resuelto que aconsejar por sí, pues en lo primero corría el mismo riesgo que los demás y en lo segundo peligraba solo, le dio Beso la copa que tenía en la mano como en demostración de que le permitía dijese su sentir.

Tomóla Cobares y continuó así: «Por muchas causas se puede llamar la condición de los mortales infeliz y contraria a su mismo bien, pero por ninguna tanto como por el descuido con que tratamos lo que nos toca y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las más veces poco seguros los juicios que hacemos sólo por nuestros propios dictámenes, porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo y las más los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor propio, al cual llamaría presunción en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te habrá mostrado que la mayor parte de los hombres sólo tienen por bueno, cuando no por lo mejor, lo que ellos ejecutan. Es grave y pesada carga la de una corona, y conveniente para que no dé contigo en tierra la que adorna tus sienes llevarla con prudencia, cuya virtud la conserva, al paso que la destruye la furiosa precipitación. En cuya prueba añadió el vulgar proverbio de los bactrianos, que el perro que ladra no muerde, y que los ríos más profundos son los que menos ruido hacen.» Hame parecido no omitir de la historia este testimonio de la prudencia de los bárbaros tal cual fuese, para que por él se venga en conocimiento de ella.

Tenía suspenso a todo el concurso este discurso esperando el fin de él, cuando declarándose más, dio a Beso un consejo de mayor utilidad que gusto suyo: «Debes suponer (continuó) cercano a la puerta de la real corte en que nos hallamos a un enemigo tan poco descuidado, el cual tengo por cierto que se dejará ver con su ejército antes que tú hagas levantar esta mesa. Tratas de que vengan tropas del Tanais y de cubrirte con los ríos como si no le fuese dado seguirte adonde quiera que huyas. Los caminos son comunes a ambos, pero más seguros al vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará a él más ligeras para alcanzarte. ¿Cuánto mejor te estará anticiparte a granjear la gracia del más poderoso por medio de tu rendimiento; siendo cierto que de cualquiera suerte que sea el suceso, te será más conveniente ser su rendido que su enemigo? Considera que el reino que hoy tienes no es tuyo, y que te hallas más expuesto a quedar despojado de él. Nunca serás tan verdadero y seguro rey, como cuando te pusiere en la mano el cetro quien puede dártelo y quitártelo. Este consejo te será provechoso si prontamente le observas, pero inútil si dilatas su ejecución. A un generoso caballo le basta sólo la sombra de la vara para hacerle partir; pero a uno pesado, apenas son suficientes los acicates.»

Era Beso naturalmente colérico; y teniéndole aún más entonces el vino, se arrojó tan precipitadamente contra Cobares, habiendo desenvainado su cimitarra, que no sin gran dificultad pudieron estorbarle sus amigos que le diese muerte; pero escapándose entre el gran concurso, pasó a rendir la obediencia a Alejandro. Componíase el ejército de Beso de ocho mil bactrianos, los cuales le obedecieron mientras les duró la esperanza de que los macedones, respecto del rigor de aquel clima, pasarían a la India; pero al punto que supieron que iba Alejandro contra ellos, le abandonaron retirándose todos a sus casas. A vista de lo cual, después de haber pasado el río Oxo con sus amigos y quemado las barcas en que lo había hecho, para evitar que el enemigo se aprovechase de ellas, se encaminó a Sogdiana a hacer nuevas levadas.

No hubo bien pasado Alejandro el Cáucaso, como hemos referido, cuando su ejército se vio muy expuesto a perecer por la falta de víveres. Exprimían el zumo de sésamo, y se untaban con él, como con el aceite, los miembros. Valía cada cántaro doscientos cuarenta dineros, el de miel trescientos noventa y el de vino trescientos. El trigo era poco o ninguno, porque lo guardaban los bárbaros en profundos fosos que tienen para este fin, a quienes llaman siros, hechos con tan grande artificio y cautela, que sólo saben de ellos los que los labran, de suerte que los soldados sólo se alimentan de hierbas y pescados. Pero llegando a faltarles aun éstos, se vieron precisados a dar muerte a los caballos del bagaje para mantenerse de ellos hasta que llegasen a Bactria.

Es bien diferente el territorio de aquella provincia. Hay unos parajes poblados todos de árboles y viñas que producen gran cantidad de frutas y de vinos muy regalados, y otros en quienes la tierra es más fecunda por la abundancia de fuentes de que goza, las cuales contribuyen a aquellos

hermosos y dilatados prados que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingües siembran el trigo y la cebada, y las demás sirven para pasto de ganado.

Compónese una gran porción de la provincia de arenosas campañas, cuya sequedad las hace inhabitables e infructíferas. Cuando los vientos del mar Pónico corren allí, acumulan toda la arena que estaba esparcida por el campo en tan elevados montes, que a cualquiera que los mira de lejos le parecen unas grandes colinas, sin que dejen rastro de algún camino; por cuya causa, los que pasan por aquellos desiertos se gobiernan de noche, como los navegantes, por los astros, para asegurar el acierto de su derrota. No caminan de día así, porque no se les ofrece rastro ni huella alguna por quien se puedan dirigir, como porque siendo su único norte la luz de las estrellas, apagada ésta con los resplandores del sol, quedan tan incapaces de hacerlo, como expuestos los pasajeros si los coge alguna de estas tempestades, a que los sepulten las arenas. Los lugares fértiles abundan de hombres y caballos. Bactria, ciudad principal de la provincia, está situada a las faldas del monte Parapámiso, y por sus muros pasa el río Bactro, de quien tomó el nombre la ciudad y provincia.

Mientras se detuvo en ella el rey, le llegó noticia de las rebeliones de los peloponesos y lacedemonios, sin la de haberse sosegado, quedando éstos vencidos y deshechos respecto de empezarse la guerra cuando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya desazón le aumentó otra, tanto más sensible, cuanto le cogía de más cerca. Esta fue avisarle iban los escitas, que habitan de la otra parte del Tanais, a toda diligencia en socorro de Beso. A cuyo tiempo le avisaron también del suceso que había tenido Carano y Erigio, que mandaban sus tropas en la provincia de los Arios. El cual fue haberse dado una batalla entre los macedones y los arios, cuyo general era Satibarzanes; quien, reconociendo que el combate no se encendía como él quisiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso, se ofreció a caballo entre los primeros escuadrones; y después de haberse quitado la celada y mandado cesar los tiros, desafió a todos los que quisiesen combatir cuerpo a cuerpo con él, añadiendo que lo haría con la cabeza descubierta.

No pudo tolerar la arrogancia de aquel bárbaro Erigio, general de los macedones, el cual, aunque cargado de años, no cedía a los más esforzados jóvenes en el vigor del espíritu ni en la robustez del cuerpo. Y así, habiéndose quitado la celada y hecho alarde de sus canas: «Este es el día (le dice) en que manifestaré por medio de una victoria o de una gloriosa muerte de quién fía sus armas Alejandro.» Y sin decir más, se enderezó para el bárbaro. No parecía sino que se había hecho la señal para que de uno y otro ejército cesaran en el combate, porque a un tiempo se retiraron de ambas partes todos a sus cuarteles, desde los cuales, habiendo dejado libre el campo, atendían al fin de aquel duelo, de quien no sólo dependía la decisión particular de aquellos dos generales, sino también la fortuna de ambos ejércitos.

Enristró primero el bárbaro su lanza, de cuyo golpe se preservó el macedón inclinando algo la cabeza. Pero dando éste de espuelas al caballo, le pasó la garganta con la suya tan violenta y diestramente, que se la sacó por la nuca, derribándole en tierra, donde aún defendiéndose, le hirió segunda vez con ella en el rostro; a cuyo tiempo Satibarzanes, para anticipar su fin, la tomó y ayudó para el golpe a su enemigo. Sus tropas, las cuales le habían seguido más forzadas que voluntarias, viéndole muerto y acordándose de la clemencia de Alejandro, se rindieron a Erigio.

Al rey, aunque regocijado con este suceso, no le tenía sin alguna inquietud la rebelión de los lacedemonios, la cual disimuló con gran constancia diciendo que buen cuidado habían puesto en no declararse hasta haberle juzgado en lo más interior de la India. Pasó de allí en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontró Erigio, llevando delante de sí los despojos del bárbaro como hermoso y rico ornamento de su victoria.

CAPÍTULO 5

Pasa el ejército de Alejandro con extraña industria el río Oxo.

Cogido Beso por medio de cierto ardid y llevado a la presencia del rey,

le manda entregar a Oxatres, hermano de Darío, para que le haga poner en cruz.

Después de haber proveído en Ariobarzanes el gobierno de la Bactria y dejado el bagaje y

todo el acompañamiento con buena guarda, entró con un campo volante en los desiertos de los sogdianos, donde el ejército marchaba sólo de noche. Era grande la falta que había (como queda dicho) de agua en aquella región, y la imposibilidad de hallarla causaba la sed aun antes que la necesidad. No se descubría una gota en cuatrocientos estadios de territorio, porque es tan excesivo allí en el estío el ardor del sol, que abrasa las arenas y quema los campos como pudiera el fuego. Demás de que elevándose ciertos vapores causados del gran incendio de la tierra, cubren de tal suerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosísimas campañas sino un dilatado mar.

Podíase sin embargo caminar de noche respecto de refrigerar los cuerpos la humedad y frescura de la mañana; pero como volvía el calor con el sol, consumía la poca humedad, quemando, no sólo las exterioridades del cuerpo, sino lo más interior de él. Llególes a faltar en medio de su gran sufrimiento, primero el valor y después la tolerancia, no pudiendo ya ni marchar ni detenerse.

Habían hecho algunos, advertidos de los naturales, prevención de agua, la cual templó por algún tiempo su sed. Pero aumentándose el calor, volvió a encendérsela, de suerte que se hallaron necesitados a darles todo el vino y aceite que había. Bebieron con tan grande gusto, que no prevenían que podrían volver a tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados e imposibilitados de mantener las armas y de tenerse en pie, con cuyo daño se consolaron los que no tuvieron que beber.

Cercaban al rey combatido de tantos males sus amigos y rogábanle que se acordase ellos, pues sólo su grandeza de ánimo podía en aquellas calamidades ser único remedio de todo el ejército. A cuyo tiempo dos hombres que se habían adelantado a reconocer el campo volvían con dos odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban con las tropas, y se encontraron con el rey; abrió al punto uno de ellos un odre, y llenando un vaso del agua que iba en él se la ofreció. Preguntóle el rey que para quién llevaba el agua; y habiendo sabido que para sus hijos, se la volvió como se la había dado, diciéndole que no podía beberla, no siendo bastante para que participasen de ella todos los soldados; que se la diesen a sus hijos, pues la habían llevado para ellos.

Finalmente, llegó poco antes de ponerse el sol al río Oxo, y respecto de no haberle podido seguir la mayor parte del ejército, mandó hacer grandes fuegos sobre la cumbre de un monte para que los que caminaban con dificultad y trabajo supiesen que no estaban lejos del campo, y a los que habían llegado primero, que recogiesen y llenasen de agua cuantos odres y vasijas hallasen y que las llevasen a sus compañeros.

Perdió en este paraje mucho mayor número de gente que en batalla alguna por el exceso y desorden con que bebieron. Pero él, manteniéndose con su coraza puesta, permaneció en el camino por donde había de venir el ejército sin comer ni beber, ni querer tomar refresco alguno hasta que llegaron todos los que habían quedado atrás, pasando toda la noche bien desasosegado y con hartas inquietudes.

No tuvo mejor día en el siguiente, faltando barcas y todo género de material de que poder formar un puente, respecto de estar desmantelado y desierto de árbol alguno todo aquel territorio cercano al río. Por lo cual le fue preciso distribuir entre los soldados, como lo ejecutó, gran cantidad de pellejos llenos de paja y de otros géneros secos y ligeros, sobre quienes pasaron el río, poniéndose en batalla los primeros que lo hicieron mientras les seguían los demás. De esta suerte pasó todo el ejército en seis días, y continuado su viaje, recibió nuevas de Sogdiano que se le interrumpieron.

Hallábase Espitámenes, gran confidente de Beso, colmado de honores y beneficios suyos; pero como ningunos son bastantes a domesticar la perfidia, bien que fuese menos odiosa en aquella ocasión, donde parece que todo era permitido contra el homicida de su rey, conspiraba contra él debajo del especioso color de la venganza de Darío, aunque no fuese la maldad de Beso la que aborrecía, sino su fortuna. En cuya consecuencia no hubo bien sabido que Alejandro había pasado el río Oxo, cuando comunicó su intento con Datafernes y Catanes, para quienes no fueron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho mozos de los más robustos, dispusieron así su traición.

Fuese Espitámenes a Beso, y llamándole aparte le dijo que había descubierto que Dataphernes

y Catanes conspiraban contra él para entregarle vivo a Alejandro, pero que él los había cogido y los tenía presos.

Quedando Beso sumamente obligado a Espitamenes, y como creía lo debía estar, le dio muchas gracias, y colérico y deseoso de la venganza mandó que los llevaran a su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos ligadas, se dejaron llevar por sus cómplices a ella. Donde luego que llegaron, mirándolos Beso con enfurecido y airado semblante se acercaba a ellos como para despedazarlos; pero deponiéndose entonces el disimulo le rodearon, y a pesar de su resistencia le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza la tiara y le hicieron pedazos la real ropa de Darío que vestía.

Viéndose de esta suerte Beso, confesó era castigo del cielo, añadiendo que se conocía no habían aborrecido los dioses a Darío cuando le vengaban así, y cuánto amaban a Alejandro, pues disponían que sus mismos enemigos contribuyesen siempre a sus victorias.

No es fácil prevenir lo que hubieran ejecutado los bactrianos, si no les hubiesen persuadido los que le aprisionaron que lo hacían por orden de Alejandro; con lo cual acabaron de amedrentarlos, dejándolos dudosos e inciertos en lo que habían de hacer. Pusiéronle en un caballo y lleváronse al rey; el cual, mientras pasaba esto, escogió cerca de novecientos soldados que habiendo empleado lo mejor de su vida en la milicia se hallaban por su crecida edad imposibilitados de continuarla; mandó dar a cada uno de la caballería dos talentos, y trece mil dineros a cada infante, y después de haberles pedido se casasen para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia de volverse a sus casas. A los demás que le prometieron servir hasta el fin de la guerra, admitió sus ofrecimientos y les dio las gracias por ello.

Antes que llegase Beso a su presencia, pasó a una pequeña ciudad donde habitaban los bránquidas; esta era una familia de Mileto, a quien Jerjes, volviendo de la Grecia, hizo pasar a Asia por haber robado el templo de Dimeo en lisonja suya, en donde permanecieron. Conservan aún muchas costumbres de su patria; pero degenerando poco a poco con el curso de los años, hablaban ya un lenguaje corrupto y compuesto del griego y del extraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto a Alejandro, rindiéndosele ellos y su ciudad. Hizo el rey traer allí a los milesios que estaban en su ejército, los cuales tenían odio hereditario a los bránquidas por su perfidia, y dejó a su discreción el vengar la injuria que antiguamente habían recibido, o el perdonarlos en consideración a ser uno mismo su origen; pero estando discordes entre sí y no pudiendo conformarse, les dijo que él resolvería por sí lo que tuviese por mejor.

El día siguiente, volviendo a su presencia los bránquidas a saber lo que les ordenaba, los mandó le siguiesen, y habiendo llegado a las puertas de la ciudad, entró dentro con la falange y algunas tropas de caballería, a quienes se les ordenó que luego que fuese dada la señal, saqueasen aquel abrigo de traidores y los pasasen a todos a cuchillo sin excepción de alguno. Con que aquellos infelices indefensos fueron despedazados en las calles y en sus casas, sin que bastase la semejanza de la lengua, los gritos ni los ruegos a embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasáronse enteramente los muros, porque no se ofreciese vestigio alguno de ciudad, y no sólo se arrancaron los bosques sagrados, sino también las raíces para que aquel territorio quedase hecho una soledad estéril e infeliz; cuyas crecidas inhumanidades, si se hubiesen ejecutado contra los autores de la traición, pudieran haber pasado por justificada venganza y no por barbaridad intempestiva; pero los descendientes padecieron el castigo que merecieron sus antecesores, aunque nunca vieron a Mileto ni pudieron haberlo entregado a Jerjes.

Pasó Alejandro de allí hacia el río Tanais, donde le llevaron a Beso, no sólo aprisionado sino desnudo. Teníale Espitamenes asido de una cadena que traía al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fue más grato a los bárbaros que a los macedones. Luego que le puso en la presencia del rey, le dijo Espitamenes: «Para vengarte a ti y Darío (reyes míos), te traigo aquí a este malvado que quitó la vida a su dueño, y le he aprisionado de la misma suerte que lo hizo con él. Resucite Darío, y pues fue indigno de aquel castigo y merecedor de este consuelo, salga del infierno a tenerle con semejante espectáculo.»

Habiendo aplaudido Alejandro la acción de Espitamenes, se volvió a Beso, a quien dijo: «¿Qué rabia tan de tigre se apoderó de tu corazón, pérfido y cruel monstruo, para darte el atrevimiento de aprisionar a tu rey y quitar inhumanamente la vida a tu bienhechor? Pero compraste al precio de un parricida cierto el falso título de rey.» Entonces Beso, no atreviéndose a disculpar su delito, respondió que sólo había tomado el reino para entregarlo, y que si no lo hubiera hecho él, se habría apoderado otro de la corona.

Mandó el rey llamar a Oxatres, hermano de Darío, y le entregó a Beso, para que después de haberle cortado las narices y las orejas, y puesto en cruz, le diesen muerte los bárbaros a tiros de saetas, reservando el cuerpo de los pájaros, para que aun ellos no pudiesen aprovecharse de sus carnes. Encargóse gustoso Oxatres de lo demás, asegurando que por lo que miraba a preservarle de los pájaros, ninguno lo podía hacer mejor que Catanes; de cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hacerle sabedor por este medio, siendo tan grande, que no discrepando el tiro del blanco donde ponía la puntería, mataba los pájaros al vuelo. Y si bien esta habilidad la pudo hacer menos estimable la frecuencia con que se ejercitaba, en él se tuvo por tan rara, que le granjeó grande aplauso. Premió el rey a todos los que le habían llevado a Beso, y difirió el castigo de su delito para que le satisficiera con su vida en el mismo lugar donde se la quitó a Darío.

Recibe Alexandre debajo de su obediencia muchas ciudades por medio del afecto de los bárbaros y de los macedones. Funda Alejandría cerca del río Tanais, cuya ciudad se perfecciona en breve tiempo.

En el ínterin, habiéndose derramado en los forrajes algunos macedones, fueron cargados por los bandoleros que descendieron de los montes, y siendo más los prisioneros que los muertos, se los llevaron consigo volviéndose a sus retiros, en los que estaban más de veinte mil hombres, los cuales peleaban con arcos y hondas. Pasó el rey a sitiarlos, y hallándose de los primeros al ataque, fue herido de una flecha en el hueso de una pierna, donde le quedó la punta del hierro. Afligidos del suceso, le sacaron los macedones del combate, pero no pudieron hacerlo tan ocultamente que dejasen de advertirlo los bárbaros, a quienes hallándose en la eminencia del monte, no se les encubría nada de cuanto pasaba. Enviaron al día siguiente embajadores al rey, el cual los hizo entrar al campo, y quitándose las vendas y cura de su herida, les enseñó la pierna sin manifestarles la gravedad del daño, y habiéndoles permitido que se sentasen, le aseguraron que no les había sido menos sensible a ellos la noticia de su herida que a los mismos macedones, y que si hubiesen podido descubrir al que tuvo el atrevimiento de causársela lo habrían enviado, pues era sólo de impíos hacer guerra a los dioses; que vencidos de su incomparable valor ellos y todos los pueblos que le seguían, se le rendían. Habiéndolos asegurado el rey debajo de su palabra y recobrado los prisioneros, les admitió a su obediencia.

Levantado después el campo se hizo llevar en andas: hubo gran competencia entre los de la caballería y los de la infantería sobre cuáles lo habían de hacer. Alegaban los primeros que les tocaba, respecto de que de ordinario combatía con ellos; y los segundos, que no sino a ellos, por estar en posesión de retirar a sus compañeros cuando se hallaban heridos, quejándose de que en ocasión que se les ofrecía conducir al rey, se les usurpase aquella honra. Hallóse Alejandro embarazado en la resolución de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer a los unos sin disgustar a los otros, tomó el medio de mandar que lo hiciesen alternativamente.

Pasó desde allí, en cuatro días, a la ciudad de Maracanda, la cual tiene setenta estadios de circunvalación, aunque el castillo no se contiene dentro de murallas algunas, respecto de ser bastante fuerte por naturaleza. Dejó guarnición en la ciudad e hizo abrasar y arruinar todos los campos. Llególe allí un embajador de los escitas abios, los cuales, en medio de haber conservado siempre su libertad desde la muerte de Ciro, venían entonces a rendirse al imperio de Alejandro. Estaban tenidos por los más justos entre los bárbaros. Jamás hacían guerra si no los obligaba a ello su natural defensa, y la libertad que usaban con moderación no admitía diferencia entre grandes e inferiores. Habiéndolos recibido el rey benignamente, envió a uno de los principales de su corte, llamado Derdas, a los escitas de Europa, para que les intimase no pasasen el Tanais sin su permiso,

para que reconociese también sus tierras y juntamente los demás escitas que habitan sobre el Bósforo.

Tenía elegido un lugar muy a propósito para fabricar una ciudad sobre el Tanais a fin de mantener sujetos, así a los que había reducido a su obediencia, como a los demás de quienes quería hacerse señor; cuyo intento atrasó la revolución de los sogdianos, seguida de los bactrianos. Componíanse sus fuerzas de siete mil caballos a los cuales se habían agregado los demás; y pareciéndole a Alejandro que Espitámenes y Catanés, que fueron los que llevaron a Beso, serían suficientes a restituir aquel pueblo a su obediencia, los despachó a este fin. Pero mal pudieran hacerlo siendo los autores de aquella novedad y quienes debajo de la falsa voz que habían divulgado de que el rey llamaba la caballería bactriana, a quien habían gobernado, para hacer en ella un grande estrago, les suponían que habiéndoseles cometido la ejecución, la habían procurado evitar por no incurrir en tan execrable delito contra su nación, y porque no les era menos horrorosa la crueldad de Alejandro que el parricidio de Beso. Con cuya noticia amedrentados aquellos ánimos, bastante conmovidos ya, se acabaron de resolver a la guerra.

Luego que el rey supo la infidelidad de aquellos dos traidores, dio orden a Crátero para que pusiese sitio a Cirópolis, y pasó él en persona a tomar en la misma región otra ciudad, donde luego que se dio la señal fueron pasados a cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar armas, quedando cuanto en ella había por presa del vencedor y arrasada la ciudad, para que contuviese el ejemplo de aquel castigo a los demás en su obligación. Sin embargo, los memacenos, pueblo poderoso, se resolvieron a sufrir el sitio, teniéndole no sólo por más honroso, sino por más seguro. Pero el rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les envió cincuenta caballeros para que les manifestasen la clemencia que le merecían los rendidos y el rigor con que procedía contra los pertinaces. Respondieronles que no dudaban de la benignidad ni del poder de Alejandro; pero que, sin embargo, tratasen de retirarse y de levantar sus murallas. Aunque pareciéndoles mejor medio el de la cautela para su alevosía, los recibieron después cortésmente, y habiéndoles dado un banquete de gran abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos y rendidos al sueño, los pasaron a cuchillo a media noche.

Noticioso el rey de tan cruel desacato, e irritado, puso sitio a la ciudad; pero hallándose tan bien fortificada que no era fácil rendirla a los primeros asaltos, dejó a Meleagro y a Pérdicas en él, y con las tropas restantes pasó a juntarse con Crátero, que, como dejamos referido, sitiaba a Cirópolis. Había resuelto perdonar a aquella ciudad en memoria de Ciro, su fundador, cuyas heroicas acciones y las de Semíramis sólo ponderaba como excesivamente superiores a todos aquellos reyes. Pero la obstinación de sus habitantes le irritó de suerte, que habiendo tomado la ciudad la permitió al pillaje, haciéndola arrasar desde sus fundamentos; después de lo cual, renovándose su justa indignación contra los memacenos, volvió a juntarse con Meleagro y Pérdicas. Jamás se defendió plaza alguna mejor, pues además de haber perdido Alejandro en ella sus mejores soldados, se vio en gran peligro su persona, porque habiéndole alcanzado a la cabeza una piedra despedida con gran violencia, cayó tan privado de sentido que todo el ejército le lloró por muerto. Pero su corazón, que no se rendía con cuanto es capaz de abatir a los más esforzados espíritus, desestimando la herida, apretó con tanto mayor calor en el sitio cuanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionó aquel accidente. Habiendo, pues, hecho minar el muro, se abrió una gran brecha, por donde entró en la ciudad, la cual fue puesta a saco y arruinada por sus cimientos.

Envió después a Menedemo con tres mil infantes y ochocientos caballos a Maracanda, de donde Espitámenes había echado la guarnición macedonia para quedar asegurado dentro, aunque contra el dictamen de los habitantes, los cuales en medio de no aprobar su rebelión, se hallaron precisados en lo exterior a mostrar que asentían a él por no poder estorbarle. En el ínterin el rey volvió a acampar sobre el Tanais, donde cercó de muros todo el espacio que había ocupado su ejército, fundando allí una ciudad de setenta estadios de circunvalación, a quien también puso por nombre Alejandría. Fue tan grande la diligencia que se puso en su fábrica, que en diez y siete días quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo y esmero con que se emplearon todos a porfía

a lo que estaba a su cuidado, y para su población rescató de sus dueños a todos los prisioneros que había, cuya posteridad floreció después entre aquellas naciones por la memoria de Alejandro.

CAPÍTULO 7

No bien convalecido Alejandro de la herida tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerra a los escitas. Declara Aristandro conforme al gusto del rey los presagios que descubre en las entrañas de las víctimas. Queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil infantes y trescientos caballos macedones, cuya rota disimula Alejandro astutamente.

Pero el rey de los escitas, que reinaba de la otra parte del Tanais, reconociendo que aquella ciudad edificada en aquel río era un yugo que se imponía sobre su cerviz, envió a su hermano Carthasis con gran número de caballería para demolerla y echar de allí las tropas macedonas. Divide el Tanis a los bactrianos de los escitas de Europa, así como a ésta de Asia. Por lo que mira a los escitas vecinos de la Tracia, corren del Oriente al Septentrión y no confinan con los sármatas, como algunos han creído; son, sí, partes de ellos. Dilatándose después en derechura, se juntan con los que habitan de la otra parte del Istro, y ponen fin a los términos del Asia de la parte de los bactrianos, que de todos los asiáticos son los más septentrionales. No se ofrecen empero en todos aquellos parajes sino profundas selvas y desmesurados desiertos, si bien las tierras que miran al Tanais y a la Bactria están cultivadas como las más pobladas.

Aunque no se hallaba Alejandro con intento de acometer a los escitas, experimentando el atrevimiento con que a vista suya hacían correrías, no le pudo tolerar en medio de tenerle bien fatigado su herida y sumamente debilitado el corto alimento que tomaba y los crecidos dolores que padecía en la cabeza. Dáble aún mayor cuidado que el enemigo la gran concurrencia de contratiempos que se le ofrecían. La revolución de los sogdianos y la de los bactrianos, el desacato de los escitas y el estado en que se hallaba, el cual no le permitía mantenerse en pie ni ponerse a caballo, hablar a sus tropas ni dar las órdenes necesarias. Por cuyo interno y externo impedimento se quejaba de los dioses, lamentando de verse en un lecho, imposibilitado de poder obrar con el ardor y diligencia que no se había defendido otro alguno hasta entonces, y expuesto a peligrar en el concepto de sus mismos soldados, y a que atribuyesen éstos a ficción suya su dolencia. Por lo cual, aunque había dejado de consultar a los adivinos después de haber derrotado a Darío, volvió nuevamente a aquellas supersticiones, llenas todas de imposturas.

Ordenó, pues, a Aristandro, de cuya ciencia hacía grande aprecio, que inquiriese por medio de los sacrificios el suceso y fin de sus empresas. Era costumbre de los adivinos examinar las entrañas de los animales en parte donde no se hallase el rey, a quien participaban después, según lo que habían observado, el presagio que denotaban. En cuyo ínterin llamó a su tienda a Efestión, a Crátero y a Erigio, con los guardas de su persona, y habiéndoles hecho sentar muy cerca de sí, para no necesitar levantar la voz y exponerse con la fuerza a que se le volviese a abrir la llaga, les habló en estos términos:

«La coyuntura presente no puede ser más contraria a mis intereses, ni más favorable a los de mis enemigos; pero todo cede a la necesidad, mayormente en la guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones a la solicitud y deseo con que se apetecen. Los bactrianos han sacudido el yugo que volvíamos a imponerles, pretendiendo a ajenas expensas y sin peligro ni riesgo propio hacer prueba de nuestro valor. No es dudable que si dejamos a los escitas, que voluntariamente nos acometen, por volver contra los rebeldes, que nos despreciarán unos y otros. Pero tampoco lo es que si pasamos el Tanais, y con la ruina de aquéllos nos mostramos invencibles, hallaremos vencedores franco el paso a la Europa. Siendo cierto que cualquiera que mide los términos de nuestra gloria con el espacio que hemos de recorrer se engaña, pues sólo un río se nos ofrece por impedimento, vencido el cual se dilatarán nuestras armas por toda la Europa. ¿Tan corta gloria os parece que nos resultará de levantar nuestros trofeos, como en otro mundo, mientras sujetamos el Asia, y unir en brevísimo espacio, por medio de una sola victoria, lo que la naturaleza separó con tan dilatada distancia?

Pero por corto que sea el tiempo que nos detuviéremos, nos hallaremos con los escitas sobre nosotros. ¿Somos por ventura solos los que podemos pasar los ríos? Nuestros mismos artificios y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aquí se convertirán contra nosotros; porque la misma guerra enseña aun a los vencidos el arte de la guerra. No ha mucho que pudieron observar el medio de los odres de que nos valimos para pasar el río; y cuando los escitas no acierten a usar de él, los bactrianos se lo enseñarán; fuera de que si hasta aquí se hallan sólo con un ejército, esperan en breve otros. Con que juzgando evitar la guerra la atraeremos a nosotros, y en vez de hacerla ahora como podemos a satisfacción y gusto nuestro, nos la harán entonces a pesar y no sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto que no admite réplica. Lo que sólo dudo es que los macedones me permitan que obre como acostumbro, por mí; porque después de mi herida no he podido caminar a pie ni a caballo; pero si queréis seguirme, véisme aquí sano y con el vigor que basta para tolerar la fatiga de esta empresa, en la cual, si muriere, ¿dónde, ni en qué ocasión lo podré hacer con mayor gloria?»

Habiendo expresado este razonamiento con voz tan débil y decadente que aun los que se hallaron cerca no sin dificultad pudieron entenderle, procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erigio, el cual, no pudiendo reducirle por medio de su autoridad, procuró hacerlo por el de la superstición, que era lo que únicamente le contenía en algún recelo, diciéndole que aun a los mismos dioses desagradaba su empresa, y corría gran peligro si pasaba el río, pues le había asegurado Aristandro (a quien encontró en la tienda del rey) que las señales de las víctimas eran poco favorables.

Turbado y colérico Alejandro al oírle, no menos que del mal anuncio, de que se hubiese descubierto la superstición que había tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto y llamar a Aristandro, a quien dijo: «Suponed que no soy vuestro rey, sino sólo una persona particular; ¿por qué habéis revelado a otro que a mí lo que anunciaba el sacrificio que os pedí hicieseis? Vos habéis participado a Erigió lo que con mayor secreto tenía. Si bien no me persuado a que sea lo que él me ha dicho lo que vos le habéis revelado, sino lo que según su miedo ha interpretado de las víctimas. Por tanto, os intimo con todo el poder y autoridad que tengo en vos que me declaréis cuanto al presente habéis reconocido en las entrañas de los animales, para que no podáis negar nada de lo que habéis dicho.»

Quedó Aristandro tan confuso y embargado del temor, que le faltó la voz, la cual se la recobró el que nuevamente le hizo concebir el riesgo que le pudiera causar la dilación de su respuesta, y así le dijo: «Es cierto,

señor, que declararé, según mi juicio, que te empeñabas en una empresa peligrosa, pero no sin fruto. Asegúrate que no me dan tanto cuidado las señales que por mi ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal asegurada tu salud y considero cuántas vidas están pendientes de la tuya; y para decirlo de una vez, recelo que es más tu valor que son tus fuerzas.» Entonces el rey le mandó que volviese a sacrificar, diciéndole que confiase en su buena fortuna y se asegurase de que los dioses no habían limitado su gloria a la conquista del Asia.

Tratando poco después del modo de pasar el Tanais, volvió Aristandro y le aseguró que nunca había visto señales tan favorables: que eran bien diversas de las antecedentes, las cuales a la verdad le habían dado que temer, pero que en éstas no tenía más que desear. Sin embargo, las noticias que recibió poco después interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades.

Dejamos referido que había enviado a Menedemo para que sitiase a Espitamenes, autor de la revolución de los bactrianos; éste, pues, noticioso de su jornada, le pareció más conveniente que esperarle dentro de sus murallas disponerle una emboscada en el mismo camino por donde había de pasar, con cuyo fin eligió un territorio cubierto todo de bosques, y como tal muy a propósito para el intento. Hizo ocultar en él a los dahas, los cuales acostumbran montar bien armados, dos en un caballo, y arrojar a tierra en medio de la refriega con tan admirable disposición, unas veces unos y otras otros, que rompen los más vigorosos escuadrones, respecto de ser su ligereza igual a la de los caballos. Habiéndoles mandado Espitamenes que cercasen el bosque, se ofrecieron improvisamente

al enemigo por los costados, por el frente y por la espalda.

Menedemo, aunque se vio rodeado por todas partes y con inferior número de tropas, resistió largo tiempo, diciendo a grandes voces: que pues se hallaban asaltados y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso que el de morir como hombres de valor y el de vender bien sus vidas. Iba en un generoso caballo, en el cual entraba y salía muchas veces a toda rienda por en medio de los enemigos, en quienes hizo considerable mortandad; pero cargando todos en él, y faltándole la sangre, por la mucha que había derramado de las innumerables heridas que recibió, pidió a uno de sus amigos, cuyo nombre era Hipsides, que se pusiese en su caballo y se salvase; diciendo esto cayó en tierra muerto.

Pudo Hipsides retirarse fácilmente; pero habiendo perdido a su amigo quiso antes morir con él vengándole que librarse con la nota de no haberlo hecho, y así cayó oprimido de las continuadas heridas que recibió después de pelear valerosamente. A vista de lo cual ganaron los que habían quedado de la rota una pequeña eminencia, donde fueron acometidos del enemigo y oprimidos de hambre, la cual les obligó a que se rindiesen. Perdió Alejandro en este encuentro dos mil infantes y trescientos caballos, si bien dispuso con su prudencia que estuviese oculta la noticia de este contratiempo, a cuyo fin prohibió con pena de la vida a los que volvieron de padecerle que le revelasen.

CAPÍTULO 8

Mientras se dispone el ejército para la guerra llegan embajadores de los escitas, los cuales hacen un admirable discurso a Alejandro sobre la paz.

Sin embargo, no pudiendo Alejandro subsistir más tiempo en la disimulación de su cuidadoso sentimiento, se retiró a la tienda que había mandado disponer a orilla del río, donde se mantuvo solo, pensativo y desvelado en lo que debía resolver. Levantaba a todas horas las cubiertas de su pabellón para divisar los fuegos de los enemigos, por si podía reconocer por ellos el número de que se componía su ejército. Luego que rompió el día echó mano de sus corazas y se presentó a la vista de sus soldados, que hasta entonces habían estado privados de ella desde su última herida. Era tan grande la veneración que le tenían, y tal la confianza que hacían de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en las lágrimas que arrojaba a sus ojos el mismo gusto.

Llegaban todos a besarle la mano y a mostrarle con animosidad y brío al enemigo, contra quien poco antes habían medrosamente rehusado ir. Díjoles Alejandro que haría pasar su falange y caballería en barcas, y en odres a los que iban armados a la ligera. Ni el estado presente de las cosas ni el de su indisposición permitía más razonamiento. Trabajaron los soldados con tan gran vigilancia y presteza en las barcas, que en tres días tuvieron hechas doce mil.

Hallábase todo dispuesto para el río, cuando llegaron al campo a caballo veinte embajadores de los escitas, según su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al rey.

Habiéndolos hecho entrar Alejandro en su tienda, los mandó sentar. Hiciéronlo así, manteniéndose algún tiempo sin quitarle los ojos ni articular palabra; suspensión que sin duda se la causaría, a lo que juzgo, el que regulando ellos, según acostumbran, por la disposición del rostro y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, hallarían que no correspondía la mediana estatura de Alejandro a lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder que los escitas son menos rudos y groseros que los demás bárbaros; pues se refiere que entre ellos hubo algunos que profesaron las letras, en aquella manera que es permitido a la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas.

Consérvannos hasta hoy las historias el discurso que hicieron a Alejandro; la cual, aunque no dudo que parezca extraña y poco conforme a la elegancia de la locución que se practica en siglo tan culto, donde está delicadísimo el gusto de los ingenios, y que como tal se desprecie, tampoco que sea grata la puntualidad que observamos en la historia, la cual nos obliga a referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es que el más anciano de ellos habló

a Alejandro en esta sustancia:

«Si la voluntad de los dioses te hubiese concedido la estatura del cuerpo correspondiente a tu desmesurada ambición, toda la redondez del universo sería estrecho ámbito para la magnanimidad de tu corazón: tocarías con una mano el Oriente, dilatarías la otra al Occidente y pretenderías también seguir el curso del Sol hasta averiguar adonde se oculta o se apaga su hermoso esplendor, sin que se saciase nunca tu inmoderación de aspirar a cuanto no te es posible conseguir. Pasaste de la Europa al Asia, y del Asia a Europa, desde donde después de haber reducido a tu obediencia a todo el mundo, harás guerra a los ríos, a los bosques y las fieras. Pero qué, ¿ignoras que los más corpulentos árboles, los cuales han necesitado largo tiempo para su aumento, están expuestos al riesgo de verse instantáneamente derribados y arrancados de raíz? No es prudencia atender sólo al fruto que producen, sin considerar su elevación y el peligro de su caída. Advierte que si pretendes penetrar hasta lo más encumbrado, será muy posible que te enredes entre las últimas ramas y caigas en ellas.

El león, aunque fuerte y generoso, sirve tal vez de alimento a los menores pájaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orín. Finalmente, nada hay en la naturaleza que no pueda menoscabarse por lo más débil y al parecer menos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos contigo? Nunca hemos puesto los pies en tus dominios. ¿Es acaso culpa de los que viven en los bosques ignorar quién seas y de dónde vengas? Nosotros no pretendemos obedecer ni mandar a nadie. Y para que entiendas cuáles son los escitas, sabe que hemos recibido del cielo, como rico presente, una yunta de bueyes, una flecha, una lanza y una taza: esto es de lo que usamos, con lo que servimos a nuestros amigos y de lo que nos valemos contra nuestros enemigos.

Del trigo, que adquirimos por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos partícipes a nuestros amigos; de la taza nos servimos para sacrificar en ella el vino a los dioses; de la flecha para dispararla de lejos contra nuestros enemigos, y de la lanza para herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos primero al rey de Siria, después al de Persia y a los medos, y nos abrimos el camino para Egipto. Mas tú, que blasonas de venir a exterminar los salteadores, ¿no conoces que eres el mayor ladrón del mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones que venciste. Apoderástete de Lidia, invadiste a Siria, a Persia y a Bactria, penetraste hasta la India, y vienes ahora aquí a hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciéndote hermosas tus manos sino cuando están llenas, buscas siempre nuevas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas riquezas, las cuales sólo sirven para aumentar tu sed?

Tú eres el primero que ha hecho carestía de la abundancia; como si cuanto posees no fuese poderoso incentivo para obligarte a desear con mayor vehemencia lo que no tienes. ¿No adviertes el tiempo que ha que te detienen los bactrianos? Mientras tú los sujetas se rebelarán los sogdianos; y no sacarás otro fruto de la victoria, que el de una semilla para nueva guerra. Porque supongo que seas el mayor y más poderoso príncipe del mundo ¿tan fácil te parece que es el querer admitir por señor a un extraño?

Pasarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la extensión de nuestras campañas; desearás entonces seguir a los escitas; pero desengáñate desde ahora de que lo consigas, porque nuestra pobreza será siempre más ágil que tu ejército, cargado de los despojos de tantas naciones; y cuando más distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de tus mismos alojamientos, pues con la misma velocidad que huimos de nuestros enemigos cargamos en ellos.

Tengo entendido que entre los griegos pasan por proverbio los desiertos de los escitas. Es cierto que estimamos más éstos y nuestros incultos lugares que vuestras grandes ciudades y fértiles campiñas. ¿Quieres observar un saludable consejo, que en la coyuntura presente es el mejor que puedo darte? Pues advierte que es la fortuna deleznable: tenla bien asida porque no se te huya; que aun así no podrás detenerla si gusta de dejarte; o a lo menos ponle freno, para que puedas regirla mejor. Es común sentir de los nuestros que la fortuna no tiene pies, sino manos y alas; y que cuando franquea aquéllas, no permite que se la llegue a tocar en éstas.

Finalmente, si eres Dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener siempre presente tu humana naturaleza. Porque es gran delirio pensar sólo en lo que nos abstrae de la memoria de nuestro ser. Los que dejares en paz te serán fieles amigos; y porque las más firmes amistades las concilia la igualdad de las personas, y ésta juzgan la tienen entre sí los que no han llegado a medir sus fuerzas; pero no te persuadas a que te sean afectos los que quedaren vencidos, pues nunca hay amistad entre el señor y el esclavo; el cual, en el mayor sosiego de la paz, conserva siempre reciente la memoria de la guerra a quien mira como medio único de sacudir el áspero yugo de su servidumbre.

En cuanto a la seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo que practicamos los escitas el ofrecerla por medio del juramento; porque no conocemos otro que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quédense para los griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar sus contratos y de llamar a los dioses por testigos de sus promesas; que nosotros sólo fundamos nuestra religión en la observancia de nuestra buena fe, persuadidos de que no hará escrúpulo de burlar a los dioses quien no se avergonzare de faltar a su palabra a los hombres, y de que tú no necesitas de amigos cuya fidelidad te sea sospechosa. Quedaremos, pues, por guardas tuyas de la Europa y del Asia, cuyo cuidado, ¿de quién mejor le puedes fiar que de los que te somos vecinos, así por lo que mira a Macedonia, con quien se dice que confina la Tracia, hasta donde nos dilatamos, como a Bactria, de quien sólo nos separa la extensión del Tanais? Resuelve, pues, lo que tuvieres por mejor. O elegimos por amigos o declararnos por enemigos.»

CAPÍTULO 9

Habiendo despedido el rey a los embajadores, pasa el Tanais, hace guerra a los escitas, y trata benignamente a los vencidos.

Tal fue el discurso del bárbaro, a quien Alejandro respondió en breves palabras: «Que él se valdría de su fortuna y de su consejo: de aquella, para continuar en la misma confianza que lo había hecho siempre; y de éste, para no emprender nunca temeridad alguna.»

Y habiéndolos despedido hizo entrar a su ejército en las barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas a los soldados que iban armados con escudos, para que se preservasen mejor de los tiros de las flechas, y detrás de ellos en pie a los que tenían el cuidado de las máquinas, cubiertos por delante y por los lados de soldados prevenidos de todas armas. Los demás que seguían las máquinas llevaban escudos sobre las cabezas, unidos unos con otros, con quienes defendían a los remeros, armados de coseletes.

Observaron el mismo orden las demás barcas que conducían la gente de a caballo, cuya mayor parte llevaba por la popa de las riendas los caballos, que pasaban nadando, y las barcas a su abrigo, a los que iban sobre los odres llenos de paja. Fue el rey el primero que partió con el suyo, asistido de una tropa escogida, a tomar la ribera contraria; la cual defendían los escitas con su caballería, dispuesta en tan buena forma, que no pudo tomarla.

Causó a los macedones mayor terror que el formidable aspecto de tan poderoso ejército como el que se les ofreció en orden de batalla sobre la ribera, el riesgo en que se hallaron en medio del río; porque cargando los impetuosos embates de la corriente en los costados de las barcas, impedían a los que las gobernaban el que lo pudiesen hacer, y derribaban a los soldados; los cuales, asiéndose de todo por no caer al agua, estorbaban el uso de los remos, en cuyo desorden y confusión mal podían disparar los dardos los que atendían más que a combatir a no zozobrar.

Todo su remedio le debieron a las máquinas; las cuales arrojaron de sí tan gran cantidad de piedras, que hicieron retroceder a buen paso a los que tanto se habían adelantado. Sin embargo, fue tal la inundación de flechas que dispararon los bárbaros en las barcas, que apenas hubo escudo que no le dejasen reducido a menudos pedazos. Pero luego que los macedones empezaron a tomar tierra, puestos a un tiempo en pie los que iban resguardados de los escudos, y disparando con más firmeza y libertad sus dardos, ninguno dejó de hacer efecto en los enemigos; contra quienes luego que los vieron en desorden y que retiraban sus caballos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron

con sumo ímpetu y ardor unos y otros. En cuya retirada, hallándose pronta la caballería, los siguió hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los escuadrones y de los que combatían, se dispusieron a hacerlo de refresco.

Suplía el rey con su vigoroso espíritu la falta de sus fuerzas: no se le podían percibir las voces con que animaba a los soldados por la debilidad a que le tenía reducido la molestia de la herida, que aún conservaba abierta; pero veían todos el valor con que combatía: cuyo ejemplo estimulaba de tal suerte a los soldados, que haciendo ellos mismos el oficio de cabos se animaban unos a otros y se arrojaban en medio de los enemigos. No pudiendo ya resistir más tiempo los bárbaros los valerosos esfuerzos de los macedones, su presencia ni sus gritos, habiendo enfrenado sus caballos (por ser toda su gente de caballería), se entregaron a rienda suelta a la fuga. Y si bien el rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dejó de seguirlos por espacio de ochenta estadios; hasta que faltándole las fuerzas, ordenó a los suyos que continuasen el alcance en cuanto durase el día, y se retiró a su alojamiento, para lograr algún descanso y esperar a sus tropas; las cuales habían pasado más allá de los límites de Baco, a quienes representan ciertas piedras crecidas, a distancia unas de otras, y algunos árboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cubiertos de hiedra; habiéndolos alejado tanto el ardor y ansia de alcanzarlos, que no volvieron hasta mediada la noche al campo, después de haber muerto infinitos enemigos y hecho a muchos más prisioneros, y una presa de mil ochocientos caballos, sin haber tenido más pérdida en aquel combate que la de sesenta caballos y cien infantes, ni haber pasado de mil los heridos.

La fama de esta expedición y de victoria tan oportuna acabó de asegurar en la obediencia de Alejandro el Asia, y de sosegar las inquietudes y alteraciones que en la mayor parte de ella se habían suscitado; porque si hasta antes de su derrota estaban en concepto de invencibles los escitas, ya confesaban después de ella todos, que no había nación que no debiese ceder a los macedones, como lo dieron a entender los sacas en la demostración de despachar embajadores al rey, ofreciéndole su obediencia, movidos más que de su valor, de la clemencia que usó con los escitas, cuyos prisioneros restituyó sin rescate alguno, mostrando con esta acción que sólo había combatido con nación tan belicosa por emulación de gloria, y no por odio que la tuviese.

Recibió, pues, con gran benignidad a los embajadores de los sacas, y nombró a Euxenipo para que los acompañase; el cual por su florida edad y hermosura, había granjeado la gracia del rey, con no menor valimiento que Hefestión, a quien aunque era igual en la disposición y belleza del cuerpo, no en la gracia y viveza del espíritu. Y habiendo ordenado a Crátero que le siguiese a cortas jornadas con la mayor parte de sus tropas, llegó a la ciudad de Maracanda, de donde advertido de su venida Espitamenes, había salido fugitivo para Bactria.

Desde ella llegó en cuatro días de camino al paraje en que Menedemo había perdido los dos mil infantes y trescientos caballos como dejamos referido, a quienes mandó dar sepultura y que se les hiciesen sus exequias.

Habíase juntado ya Crátero, en cumplimiento de orden que tenía con Alejandro; el cual, deseoso que tuviesen todos parte en el castigo, pues la habían tenido en la rebelión, separó sus tropas y mandó talar la provincia y pasar a cuchillo a todos los que se hallasen en edad de poder tomar las armas.

CAPÍTULO 10

Valor invencible de los nobles sogdianos. Castigo de Beso.

El ejército de Alejandro reforzado de nuevas tropas.

Hállase la mayor parte de la región sogdiana desierta, cuya extensión, compuesta toda de vastas soledades, es de ochocientos estadios; dilátase en derechura por un gran territorio a quien baña un río llamado por los naturales Politimeto. La estrechez de su canal es causa de la rapidez con que corre, hasta que a alguna distancia se oculta debajo de tierra, sin que dé más señas de su curso que las que ofrece el ruido de sus aguas; porque en la tierra no se reconoce debajo de qué pasa en medio de ser tan caudaloso gota alguna de agua ni de la menor humedad.

Fueron llevados al rey treinta mancebos de los mayores señores de aquella región, que se hallaron entre los prisioneros, de gentil estatura y admirable disposición; los cuales, sabiendo que los conducían al suplicio por orden de Alejandro, manifestaron en alegres cantares y en danzas y otras demostraciones festivas su gran regocijo. Del cual, admirado el rey al ver que celebrasen con aquel valor y gusto su próximo fin, mandó que los volviesen a su presencia, donde les preguntó por la causa de él, cuando tenían tan cercana su muerte.

Respondiéronle, que así como les sería ésta muy sensible por orden de otro que no fuese él, solemnizaban con gran gusto suyo volverse a sus antecesores, por la de un rey vencedor de todas las naciones, con muerte tan gloriosa y digna de que la apeteciesen los hombres de mayor valor.

Admirado el rey de aquella grandeza de ánimo, les preguntó si querían la vida con calidad de que no habían de ser más sus enemigos. A que le respondieron, que nunca lo habían sido, pues si le habían acometido, sólo fue por defenderse. Y que si como usó de la violencia para ganarlos, se hubiese valido de blandura, no habrían permitido que les fuese superior en la cortesanía. Preguntóles por último, qué prenda le daban de su fidelidad; y ellos le dijeron, que ninguna más que la misma vida que recibían de su benignidad, la cual tendrían siempre pronta y dispuesta para cuando se la volviese a pedir; cuya palabra cumplieron tan exactamente, que los que se volvieron a sus casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus pueblos; y cuatro que puso en la guarda de su persona, le conservaron tan gran fidelidad y amor como cualquiera de los macedones.

Habiendo, pues, dejado en aquella región a Peucolao con tres mil infantes, por no ser necesarias allí mayores fuerzas, pasó a Bactria, de donde hizo llevar a Beso a Ecbatana para que se le diese el último castigo que merecía su delito.

Casi por el último tiempo le llevaron Ptolomeo y Ménidas tres mil infantes y mil caballos que habían levantado a sueldo suyo, a quienes se juntaron con tres mil infantes y quinientos caballos que también llevó de Licia cierto Asandro, e igual número de Siria bajo el mando de Asclepiodoro, sin ocho mil griegos que había enviado Antípatro, entre quienes iban quinientos caballos.

Con tan considerable refuerzo marchó a sosegar las inquietudes y desórdenes de las provincias sublevadas, en quienes habiendo hecho dar muerte a los autores de las rebeliones, llegó en cuatro días al río Oxo; sus aguas corren siempre tan turbias y dañosas, que son incapaces de beberse, respecto de la gran porción de cieno que llevan. Por lo cual se dedicaron los soldados a abrir pozos, aunque sin haber podido hallar por más que habían ahondado agua alguna, cuando se descubrió en la tienda del rey una fuente; la cual, por no haberse reconocido al principio, se divulgó se había aparecido repentinamente; cuya voz no disgustó a Alejandro, ni tampoco que se creyese había sido favor de los dioses.

Pasó después los ríos Oco y Oxo, y llegó a la ciudad de Margiana, en cuyas cercanías eligió cómodo sitio para fundar seis ciudades, dos hacia el Mediodía y cuatro hacia el Oriente, a corta distancia unas de otras, para que pudiesen más fácilmente ser entre sí socorridas. Levantábanse sobre altas colinas y servían entonces de freno a aquellos pueblos nuevamente conquistados, si bien el día de hoy, olvidados de su origen, obedecen a los que mandaron.

CAPÍTULO 11

Obliga Alejandro a la fortaleza a que se rinda, en medio de ser por su situación sumamente fuerte y casi inexpugnable.

Habiendo pacificado Alejandro la mayor parte de aquella región, no le quedaba por reducir más que una gran peña que mantenía Arimazes Sogdiano con treinta mil hombres de guerra y municiones para dos años. Contenía aquel lugar treinta estadios de altura, y ciento cincuenta de circuito. Ofrecíase por todas partes desgajada y rota, sin que pudiese penetrarse su altura sino por una senda muy estrecha y quebrada, en medio de la cual había una gruta cuya entrada era muy estrecha y oscura, aunque cuanto más dentro se llegaba, tanto más se iba ensanchando hasta lo último de ella, donde se ofrecían muy grandes reductos, de los que salían infinitas fuentes, cuyas aguas todas acumuladas formaban un río que corría por entre las rocas.

Habiendo conocido el rey la dificultad del lugar, estuvo en resolución de dejarle; pero deseoso después de superar aun las de la naturaleza, la cual parece le había fortificado contra las fuerzas y poder de los hombres, mudó de dictamen, si bien antes de empeñarse en aquel sitio, envió a Cofes, hijo de Artabazo, a los bárbaros para persuadirles a que se rindiesen; a cuya instancia respondió Arimazes, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por último si Alexandro que lo podía todo podía también volarla. Con lo cual quedó tan irritado el rey, que sin dilación alguna juntó sus cabos para ponderarles la insolencia con que el bárbaro se burlaba de ellos, dándoles a entender que no tenían alas; pero que bien aprisa le haría conocer que los macedones cuando querían se transformaban en pájaros; para cuyo fin, dio orden de que se escogiesen trescientos hombres de los más robustos y ágiles de sus tropas, y que fuesen si pudiese ser montañeses, que en otras ocasiones hubiesen conducido ganado por lugares ásperos.

Luego que los trajeron a su presencia con todas las calidades que los había pedido, les dijo, después de haberlos reconocido uno a uno: «Con vosotros, ¡oh valerosos jóvenes, compañeros míos!, rendí las plazas que hasta entonces habían tenido por impenetrables todos; penetré los montes que cubren continuamente las nieves, pasé los ríos, corté los estrechos de Cilicia, resistí el insoportable frío de la India. Conocéisme, y conózcoos. Esa peña que veis no tiene más que una entrada, la cual guardan los bárbaros, descuidando en lo demás. No tienen centinela alguna sino por la parte que mira a nuestro campo. No dudo que si os aplicáis cuidadosamente a buscar alguna senda por quien se pueda penetrar a la altura de la peña, que la halléis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible que no pueda vencerlo el valor y virtud de los hombres. Inventando una empresa de quien los demás desesperaron, quedaremos señores del Asia. Penetrad animosamente a la cima y hacedme desde ella, luego que la hubiereis ganado, señal con un lienzo blanco, que yo os prometo no dejar de atraer a mí al enemigo con mis tropas, desembarazándoos de él. Al primero que llegare a lo alto de la peña, ofrezco por premio de esta acción diez talentos, uno menos al segundo, y a esta proporción a los demás hasta el décimo. Espero, que más que el interés, os animará la honra y el deseo de darme gusto.»

Oyeron al rey con tan grande entusiasmo, que ya se suponían sobre la peña, y despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro para fijarlas en las piedras, de muchas hebillas, y de muy grandes cordeles. Y habiendo cercado el rey el monte con ellos, les dio orden de entrar a la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecía menos áspera, pidiendo a los dioses los condujesen felizmente.

Proveyéronse de víveres para dos días, y no llevando más armas que su espada y lanza, empezaron a subir. Hacíanlo al principio por sus pies; pero cuando era necesario trepar, se asían unos de las piedras que alcanzaban y subían por sí mismos, otros por las cuñas de hierro que fijaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas que les echaban los primeros, o de las que arrojadas por ellos solían asirse en algún risco; en cuyo penoso trabajo gastaron el día entre el susto y la fatiga.

Quedábales empero que vencer lo más áspero, y no parecía sino que cuanto más penetraban por llegar a su altura, tanto más crecía; a cuyo desconsuelo se les llegaba el horrible espectáculo de los compañeros que se precipitaban, y la consideración de lo expuestos que estaban a padecer el mismo riesgo. Sin embargo, cediendo todas las dificultades a su perseverancia, ganaron la cumbre de la peña; pero tan rendidos de fatiga, que embargados del sueño, a que ayudaba la noche, se echaron por aquel áspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban y sin que despertasen de aquel profundo sueño hasta el día siguiente, que dilatando la vista por todas partes sin poder descubrir el lugar adonde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por último el humo que salía de la gruta donde estaban los enemigos; con lo cual, habiendo hecho la señal conforme se lo había ordenado el rey, y reuniéndose hallaron treinta y dos menos, que habían muerto al subir.

El rey, en quien no era menor que el deseo de obtener aquella empresa el cuidado en que estaba del suceso de aquellos mancebos a quienes había expuesto a tan conocido riesgo, se mantuvo todo el día en pie sin quitar la vista de la peña y sin haber querido retirarse a descansar hasta que fue

muy de noche. Fue el primero que a la mañana del día siguiente alcanzó a ver la señal, y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocasen sus ojos y fuese aquella blanca que veía efecto de la claridad que causaba el alba en el nacimiento del día y no la que deseaba, aumentada la luz de éste, acabó de confirmarse en ella. Con esto, habiendo mandado llamar a Cofas, que era de quien se había valido para averiguar la voluntad de los bárbaros, le envió nuevamente para que los exhortase a que mirasen mejor lo que resolvían, y para que en caso de que los hallase obstinados les mostrase a los que tenían a sus espaldas sobre la cumbre.

Hizo Cofas lo que pudo por reducir a Arimazes a que se rindiese, representándole que obligaría al rey si desistía de detenerle en la expugnación de una peña, atrasando la prosecución de las grandes empresas que le llamaban; pero el bárbaro se hallaba tanto más lejos de persuadirse a sus instancias cuanto le respondió con palabras de mayor aspereza y soberbia, intimándole que se volviese.

Entonces Cofas, tomándole de la mano, le pidió que saliese con él fuera de la gruta, y habiéndolo hecho el bárbaro y mostrándole los macedones alojados en la cumbre, le dijo burlándose con razón de su orgullo, que los soldados de Alejandro tenían alas; a cuyo tiempo, resonando por todas partes las tropas del campo de los macedones, y los gritos que en testimonio de su alegría y de la seguridad de la victoria esparcía por todo el ejército, accidentes que aunque tan vanos por sí, todos, como muchos que suceden en la guerra, amedrentaron de suerte a los bárbaros, que los enajenaron de la razón para que sin considerar en el corto número de los que ocupaban la eminencia, llamasen inmediatamente a Cofas, que los había puesto en aquel terror, y despachasen en su compañía treinta personas de las más principales de entre ellos, para que ofreciesen la peña, con calidad de que les asegurasen las vidas. Y si bien el rey no dejaba de hallarse receloso de que los bárbaros, reconociendo el corto número de los suyos les precipitasen de la cumbre, confiado por una parte en su fortuna e irritado por otra del atrevimiento de Arimazes, rehusó concederles condición alguna. A vista de cuya resolución, desesperado Arimazes de sus cosas más de lo que pedía el estado de ellas, descendió con sus parientes y la principal nobleza de su gente al campo de Alejandro, el cual los hizo azotar con varas, y después poner en cruz al pie de la peña.

La muchedumbre de los rendidos se dio a los habitantes de las nuevas ciudades con todo su dinero, y el gobierno de la peña y de toda la provincia confinante a Artabazo.

LIBRO VIII.

CAPÍTULO 1

Habiendo sujetado Alejandro a los dahas y a los sogdianos, le ofrecen los escitas en matrimonio la hija de su rey. Mata por sí sólo a un león en cierta caza, y poco después da muerte a Clito en un festín por la gran libertad con que habló de él.

Apoderado Alejandro de aquella peña con mayor crédito que gloria, y pareciéndole conveniente aprovecharse de la ocasión de hallarse esparcidos los enemigos, dividió en tres partes su ejército, de las cuales dio una a Hefestión, otra a Ceno, y reservó para sí la restante; pero no todos los bárbaros siguieron un mismo partido, porque algunos fueron sojuzgados por medio de las armas y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando que se distribuyesen en ellos las ciudades y tierras de los que se mostraron pertinaces.

En tanto los bactrianos que se habían hecho al campo, forrajeaban en los villajes vecinos con ochocientos caballos masagetas; noticioso de ello Atinas, gobernador de la provincia, quiso reprimir su atrevimiento. Despreciando más de lo que debiera el número de los que se habían levantado, marchó contra ellos con trescientos caballos; pero los enemigos, ocultándose en un bosque que estaba inmediato a una dilatada campiña, dejaron descubierto algún número de gente que separaron de las tropas para que la codicia de la presa los llevase a la emboscada.

Marchando, pues, aquel inconsiderado capitán desordenadamente y sin más cuidado que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, cuando improvisamente fue cargado y derrotado con toda la gente que llevaba.

Pasó inmediatamente aquella noticia a la de Crátero, el cual acudió allí con toda su caballería; pero habiéndose retirado ya los macedones, descargó su cólera en los dahos con muerte de mil hombres, lo cual acabó de poner fin a todos los movimientos de la provincia.

El rey por su parte, habiendo sojuzgado nuevamente a los sogdianos, volvió a Maracanda, donde Derdas, a quien había despachado a los escitas que habitan sobre las riberas del Bósforo, le vino a encontrar con todos sus embajadores Fratafernes, sátrapa de los corasmios, viendo sojuzgados a los masagetas, y después a los dahas, sus vecinos, le envió también a dar la obediencia.

Pedíanle los escitas que se casase con la hija de su rey y que si no le juzgaba digno de aquel honor, permitiese a lo menos que los principales de su corte hiciesen alianza con los primeros señores de su nación, ofreciéndole que su mismo rey vendría en persona a verle.

Recibió Alejandro una y otra embajada con demostraciones de gran benignidad, y después de haberse detenido allí algunos días para esperar a Hefestión y a Artabazo, pasó luego que llegaron a Bazaira. En cuya región, su mayor magnificencia consistía en bosques poblados de fieras, para cuyo efecto elegían grandes selvas bañadas de gran cantidad de agua, las cuales cerraban con murallas guarnecidas de torres, en las que pudieran retirarse los cazadores. Mostraron, entre otros, uno donde hacía más de trescientos años que no se cazaba. Entró en él el rey con todo su ejército, y habiendo hecho que conmoviesen las fieras por todas partes, separándose de las demás un león de rara y desmesurada grandeza, se fue a él; a cuyo tiempo, anticipándose Lisímaco, que reinó después y entonces se hallaba al lado del rey, a dispararle un dardo, le ordenó éste que se retirase, diciéndole que también podía él matar a un león como lo había hecho Lisímaco, porque cazando cierto día este príncipe en Siria, mató Lisímaco un león de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de haber sacado una herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el hueso, la cual le redujo al último peligro. Así Alejandro zahiriéndole con ella, lo ejecutó aun mejor que lo dijo, pues no sólo hizo cara a la fiera, sino le dio muerte a la violencia de un golpe. Cuyo suceso, si no me engaño, tengo por cierto que dio ocasión para que se dijese, bien contra toda verdad, que Alejandro expuso a Lisímaco al león.

Aunque este suceso fue tan feliz al rey, con todo, ordenaron los macedones según su estilo, que no fuese en adelante a caza a pie y sin llevar consigo algunos de sus grandes y de sus oficiales. Concluida aquélla, después de haber muerto hasta cuatro mil fieras, dio una comida a todo su ejército en el mismo bosque, desde donde se volvió a Maracanda. Allí, atendiendo a las instancias con que Artabazo solicitaba por su crecida edad que proveyese su gobierno en otro, nombró para él a Clito.

Era éste el que cubrió al rey con su escudo cuando combatió en el Gránico sin ningún reparo en la cabeza; el que cortó la mano a Rosace cuando la había levantado para matarle uno de los soldados antiguos de Filipo, y de los que más se habían señalado en muchas ocasiones; y últimamente, hermano de Helanice, que había criado a Alejandro, a la cual amaba no menos este príncipe que a su propia madre. Por cuyas razones todas, fiaba en él una de las más importantes provincias de su imperio.

Habiéndole, pues, ordenado que partiese al día siguiente, le convidó aquella noche a un festín, en el cual después de haber bebido muy bien el rey, se introdujo a celebrar sus ilustres acciones sin limitarse en sus propias alabanzas, las cuales disgustaron aun a los mismos que no ignoraban eran ciertas. Contuviéronse, sin embargo, los más ancianos hasta que empezó a deslucir los hechos de Filipo y a vanagloriarse de que aquella famosa victoria de Queronea era debida a él, y que le habían usurpado la gloria de tan esclarecida acción la malignidad y celos de su padre; que en la sedición que sobrevino entre macedones y griegos, levantados a sueldo suyo, debilitado Filipo de la herida que recibió en aquel tumulto, se había postrado por tierra, no habiendo discurrido otro recurso más seguro para salvarse que el de fingirse moribundo, y que entonces le cubrió con su escudo, dando muerte a los que intentaban cargarle, pero que su padre nunca quiso confesarle este beneficio, como disgustándose de deber la vida a su hijo; que en la jornada que hizo contra los ilirios obtuvo solo la victoria sin que Filipo se hallase en ella, ni tuviese más noticia de la derrota de sus enemigos que la que le dio en sus cartas; que aquellas acciones eran dignas de alabanza, y no las que habían tenido principio en los que acudían a Samotracia, cuando convenía entrar a fuego y sangre por el Asia; y finalmente, que la grandeza de las suyas excedía de la credulidad de los hombres.

Oía gustosa la juventud estas y otras jactancias, pero no los ancianos, a los cuales eran intolerables, especialmente las que miraban a deslucir las acciones de Filipo, debajo de cuya mano habían servido tantos años. Por lo cual, entre otros, Clito, que también había bebido bien, volviéndose hacia los que estaban sentados debajo de él, les repitió cierto verso de Eurípides, de suerte que aunque pudo oír el rey los ecos, no percibió sus palabras, cuya sustancia era: «Que fue gran desacuerdo de los griegos haber ordenado que en las inscripciones de los trofeos no se pusiesen más que los nombres de los reyes, porque se les defraudaba la gloria de lo que habían obtenido al precio de su sangre.»

No dudando el rey que en lo que hubiese dicho se mezclase algún donaire picante, preguntó a los que tenía cerca qué había sido. Y no respondiendo nadie, levantó Clito la voz y pasó a referir las acciones y guerras que había tenido Filipo en la Grecia, prefiriéndolas a cuanto se hacía entonces, que fue causa de que se formase una disputa entre mozos y viejos. Y si bien el rey afectó oír con tolerancia cuanto había dicho Clito en disminución de su gloria, le hirió vivamente el corazón. Con todo, hubiera continuado en reprimirse, si Clito hubiese puesto fin a sus desacordadas expresiones; pero continuando, más encendido del vino, con mayor insolencia en ellas, le irritaba más, teniendo osadía de defender a Parmenión y de dejarse decir que la ruina de Tebas había sido empresa de cortísima consideración, comparada con la victoria que Filipo había obtenido de los atenienses.

Finalmente, preocupado no sólo del vino, sino de una obstinada terquedad, dijo haciendo cara al rey: «En caso de ser necesario exponer la vida por tu servicio, ninguno la sacrificará primero que Clito; pero, sin embargo, en el de tratarse de la distribución de los premios, de los cuales eres arbitro, a cualquiera que hablare con mayor ultraje de la memoria de tu padre, le juzgarás por más digno de ellos para preferirle en los frutos de la victoria. Hasme dado el gobierno de la región sogdiana, que tantas veces se ha sublevado, y que no sólo es incapaz de contenerla en el sosiego,

sino también de sojuzgarla, enviándome entre fieras negadas a domesticarse; pero omitiendo lo que a mí toca, paso a tratar de lo que mira a los demás. Has desatendido enteramente a los soldados de Filipo, poniendo en olvido el señalado servicio que te hizo Atarrias, este ilustre varón que ves aquí, cuando fue por sí solo poderoso para que volviese al combate la juventud que amedrentada se había entregado a la fuga, sin cuya diligencia hubiéramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aún hoy allí. ¿Cómo habrías podido solo sojuzgar el Asia? ¡Qué bien dijo tu tío, cuando dijo que él había contendido con hombres, y tú con mujeres!«

Entre cuantas grandes libertades oyó a Clito, ninguna le irritó tanto como que hubiese alabado a Parmenión. Sin embargo, disimulando su indignación, se contuvo, contento con mandarle salir de donde estaba, y con decir que si hubiese continuado hablando le habría, sin duda, dado en rostro con que le era deudor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello. Pero no acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de él, y no bastando, pasaron a usar de los medios de la fuerza para sacarle de allí. Por cuya demostración, colérico, sobre embriagado, prorrumpió diciendo a grandes voces: «Que había expuesto su vida al golpe que se descargaba sobre la de Alejandro para asegurarla, y habiéndose pasado la ocasión de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de él.» Y no contento con este atrevimiento, pasó a condenar la muerte de Átalo y a burlarse del oráculo de Júpiter, de quien decía Alejandro que era hijo, vanagloriándose de haberle dicho más verdad que su padre. Con lo cual el rey, no pudiendo ya más con la ira a que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino no pudiera haber reprimido más tiempo, partió colérico, y arrebatando de las manos del primer soldado una lanza, iba a descargar el golpe de ella en Clito, que aún se mantenía en la expresión de su atrevimiento, y lo hubiera ejecutado a no haberse puesto por en medio Ptolomeo y Perdicas, deteniéndole a pesar de sus esfuerzos, y a no haberle quitado la lanza Leonnato y Lisímaco. Sobre que se quejó, diciendo a grandes voces: «Que así como a Darío, le habían aprisionado a él las personas de quienes hacía mayor confianza, e implorando la fidelidad de sus soldados, hizo tocar la trompeta para que tomasen las armas y fuesen en su socorro.»

Entonces Ptolomeo y Perdicas, echándose a sus pies, le suplicaron que no se dejase llevar de los ímpetus de la ira y que diese lugar al desahogo de ellos, difiriendo al día siguiente su resolución para que fuese más justa y templada. Pero preocupado de ella y sordo a las persuaciones, partió desatinado a palacio, en cuya entrada habiendo quitado al centinela la lanza, se puso en el camino por donde era preciso que pasasen los que habían cenado con él. Habíanse retirado todos, si no era Clito, que salía sin luz; preguntóle el rey quién era, con voz que anunciaba lo que iba a ejecutar; y él, habiéndosele pasado ya la cólera, aunque no a su señor, le respondió llanamente que era Clito, que se retiraba. Apenas lo hubo acabado de pronunciar, cuando le atravesó la lanza, y bañado en su sangre, le dijo: «Ve ahora en busca de Filipo, de Parmenión y de Átalo.»

CAPÍTULO 2

Arrepiéntese Alejandro de haber muerto a Clito. Sus expediciones contra Sisimetres y los trófugos bactrianos. Muerte de Filipo, mancebo ilustre y de crédito.

Es preciso confesar que cuanto la naturaleza se esmeró liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditó de cruel con él en haberle dejado tan expuesto por su flaqueza a considerar menos sus acciones antes de obrarlas que después de ejecutadas. Esto sucedió a Alejandro, el cual no bien se halló libre de los vehementes impulsos de la cólera y de los ardientes vapores del vino, cuando conoció el desacierto que había cometido en haber muerto a un hombre que, aunque había abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina militar y por el señalado de haberle dado la vida a pesar de la afrenta que recibía en confesarlo, de que se lo hubiese disimulado, y la ignominia que le resultaba de haber sido él mismo ministro de su venganza y de haber castigado con tan cruel muerte las licenciosas palabras que debieran atribuirse, más que a efectos de desacato, a la preocupación del vino.

Veía anegado en su sangre, a las puertas de palacio, a quien no hacía muchas horas que honró

en su mesa, y a sus guardas separadas de su persona, y tan medrosas que no se atrevían a acercarse; cuyas cosas todas le redujeron a tan desesperados términos, que tuvo impulsos de darse muerte, a que contribuía mucho la soledad. Dejándose, pues, llevar de ellos, sacó la lanza del cuerpo de Clito, que la tenía aún atravesada, y volviendo la punta contra el suyo, iba a metérsela por el pecho. Lo hubiera ejecutado si advirtiéndolo sus guardas no se lo hubiesen estorbado, aunque con alguna dificultad, y le hubiesen llevado a su tienda; en donde, arrojándose a tierra, prorrumpió en desmedidos gritos, con los que llenó todo el palacio, hiriéndose el rostro y pidiendo a los que le rodeaban que no le dejaran vivir después de haber ejecutado acción tan ignominiosa. En este ruego insistió cuanto duró la noche.

Y el día siguiente, discurriendo en si podría haber sido castigo de los dioses el haberle dejado de su mano para que cometiese aquella culpa, se acordó que no había sacrificado a Baco, como lo tenía de costumbre, y que habiendo hecho aquella muerte entre el vino y los manjares, era señal evidente de la indignación de aquel dios.

Pero lo que más aumentaba su dolor, era ver a todos los suyos aturridos, considerando, que ya ninguno se atrevería a tratar con él, y que todos le huirían, hallándose precisado a vivir solitario, cual fiera temida de todos y de todos temerosa. No bien hubo declarado su luz el día inmediato, cuando ordenó que se le llevase a su tienda el cuerpo de Clito, anegado como estaba en su sangre; a vista de cuyo espectáculo, deshecho en lágrimas, decía: «¿Es esta la recompensa que he dado a quien me alimentó con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el sitio de Mileto en mi servicio y por mi gloria? ¿Es posible que en mi mesa diese muerte a un hermano suyo, que era el único consuelo que le había quedado después de la pérdida de sus hijos? ¿Qué será ahora de aquella pobre infeliz? No le ha quedado otro recurso sino el mío ¿pero cómo podrá ya verme sin horror? ¿Cómo, pues, me atreveré a volver, homicida de mis amigos y de los que me dieron la vida, adonde no podré dar la mano a quien me alimentó con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio?» En cuyas desconsoladas expresiones, viendo los suyos que no cesaban sus lágrimas, hicieron llevar de allí el cuerpo, faltando el cual se mantuvo por tres días solo, oculto y sin permitirse a la comunicación de nadie, hasta que viéndole sus oficiales y guardas tan obstinado en la desesperación, entraron juntos en sus tiendas, donde a fuerza de sus persuasiones y ruegos, le vencieron a que comiese; y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por un decreto solemne que Clito había muerto justamente, y que no le hubieran dado sepultura a no haberlo mandado el rey.

El cual, después de haberse detenido diez días en Maracanda para acabar de perder el empacho con que estaba, envió a Hefestión a la Bactria con parte de sus tropas a que dispusiese las provisiones para el invierno; dio el gobierno para que estaba nombrado Clito a Amintas, y él pasó a Jenipa, cuya región confina con Escitia, y estaba muy poblada de viñas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra, la cual no sólo mantiene a los naturales, sino a muchos extranjeros. Era esta la retirada de los bactrianos, bandidos que se habían separado de la obediencia de Alejandro, los cuales, arrojados de allí por los naturales, noticiosos de la ida de Alejandro, habían juntado dos mil doscientos hombres, cuya gente era toda de a caballo, alimentada únicamente de los robos y cuyos brutales espíritus se habían hecho más furiosos con la guerra y con la desesperación del perdón.

Descargaron tan repentina y furiosamente en Amintas, gobernador de Alejandro, que estuvo por largo tiempo dudosa la victoria, hasta que habiendo perdido setecientos de los suyos, de quienes se hicieron prisioneros trescientos, se encomendaron a la fuga, no sin haberse vengado, por haber muerto ochenta macedones y herido a trescientos cincuenta. Con todo, el rey no dejó de perdonarlos, en medio de habersele rebelado dos veces, y habiéndoles hecho prestar juramento, pasó con todo su ejército a una provincia llamada Nautaca, cuyo sátrapa era Sisimetres, el cual tenía dos hijos, habidos en su propia madre, conforme a la costumbre de aquella bárbara tierra, en que se permiten semejantes casamientos.

Este, pues, había levantado dos mil hombres de guerra y fortificado el paso de las montañas, como la única entrada que se ofrecía, cerca de la cual corría un caudaloso río que servía de foso a

una quebrada peña que estaba detrás, la cual había cortado por en medio para abrir camino. Su entrada era bastante clara respecto de participar de la luz del día, pero lo demás tan oscuro que no se podía dar paso por él sin alguna artificial, y cuya senda estrecha, la cual se dilataba a la campaña, sólo era conocida a los naturales. Y si bien los bárbaros defendían valerosamente aquel estrecho, bastante fuerte por sí, habiendo mandado Alejandro acercar los arietes, empezó a derribar todos los reparos que habían hecho y a romperlos a tiros de hondas y de flechas, y pasando después a ponerse sobre las ruinas se adelantó hacia la peña.

Pensaba alojarse al pie de ella; pero estando de por medio aquel caudaloso río, en donde se juntaban todas las aguas que descendían de lo alto, tuvo por empresa muy difícil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar árboles y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viéndole los bárbaros, para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiempo, quedaron aturridos, manifestando que capitularían.

Envióles el rey a Oxartes, que aunque era de su nación seguía el partido de Alejandro, para que los persuadiese a que se rindiesen, y en el ínterin, para aumentar su pavor hizo adelantar las torres con las máquinas, que arrojaban gran cantidad de tiros; con cuya diligencia, abandonada la defensa enteramente, ganaron la cumbre de la peña. Oxartes, viendo al sátrapa amedrentado y desesperado de sus cosas, le exhortó a que procurase antes merecer la fe de los macedones que experimentar sus armas, y a que no dilatase con su rendimiento la prosecución de un victorioso ejército que pasaba a la India, y a quien no podía oponerse sin llevar a sí la tempestad que iba a descargar sobre otros. Oíale Sisimetres sin repugnar por sí rendirse, pero su mujer y madre a un tiempo, protestando que quería antes morir, volvió el animo del bárbaro y le obligó a dejar el más seguro partido por seguir el más honroso, si bien midiendo después sus fuerzas con las del enemigo, se arrepintió de haberse dejado llevar del temerario consejo de una mujer. Y habiendo hecho volver a llamar inmediatamente a Oxartes, le ofreció rendirse, pidiéndole sólo que no dijese al rey la resistencia de su madre, para que pudiese más fácilmente obtener también perdón.

No bien hubo partido Oxartes cuando le siguió él con su mujer y sus hijos y todos los suyos, sin esperar prenda alguna de lo que se le había ofrecido. Mandóle el rey que se volviese a su plaza y que le esperase en ella. Y después de haber sacrificado a Minerva y a la Victoria, le conservó en el gobierno, prometiendo aumentar sus límites si se lo merecía su fidelidad, para cuya mayor seguridad admitió dos hijos suyos que le dio y gustó de que le siguiesen a la guerra. Dejó allí su falange, por adelantarse con su caballería contra los rebeldes; resistieron al principio cuanto les fue posible la aspereza y dificultad del camino; pero gastándose las uñas de los caballos, los cuales se hallaban tan rendidos como las personas, respecto de las largas marchas, hubo muchos que no pudieron seguirle, de que resultó que se fuesen disminuyendo poco a poco las tropas y de que la excesiva fatiga no diese lugar a que le tuviese en su consideración la ignominia de quedarse atrás.

El rey mudaba de ordinario de caballos y seguía incesantemente a los fugitivos, sin que entre todos los mancebos nobles que de ordinario le acompañaban hubiese alguno que lo hiciese entonces, a excepción de Filipo, hermano de Lisímaco, cuya edad no pasaba de veinte años y cuyo espíritu se dio bien a conocer en aquella ocasión, porque hallándose a pie siguió el espacio de doscientos estadios (cosa increíble) al rey, que iba en tan buenos caballos, sin haber querido tomar el de su hermano, que se le ofreció muchas veces, ni haberse separado de Alejandro, aunque caminaba armado con la coraza y las demás armas.

Habiendo poco después llegado a un bosque donde se le tenía dispuesta cierta emboscada, ejecutó prodigiosas acciones y cubrió al rey, que combatía bien cerca con los enemigos, y después de haberlos obligado a huir, faltándole enteramente aquel gran valor que mantuvo en el calor del combate, y sobreviniéndole un sudor frío que le precisó a arrimarse a un árbol, expiró en los brazos del rey, a quien no fue menos sensible que aquella pérdida la noticia que tuvo de la muerte de Erigio, uno de sus primeros cabos, sucedida poco antes que él se volviese a su campo, donde les mandó hacer soberbios funerales.

CAPÍTULO 3

Manda Alejandro a la mujer de Espitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, a quien había muerto, que salga fuera del campo. Venga algunas provincias de los ultrajes y agravios de los gobernadores.

Aunque tenía resuelto el rey acometer a los dahas, por hallarse noticioso que Espitamenes se había retirado allí, le excusó, como en otras muchas ocasiones, de este viaje la fortuna, que nunca dejó de favorecerle, disponiendo lo que deseaba, sin que necesitase de concurrir a ello. Idólatra Espitamenes de su esposa, aunque errante y prófugo, la llevaba siempre consigo, exponiéndola a todo género de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procuró reducirle por medio de sus halagüeñas persuasiones a que pusiese fin a sus penosas peregrinaciones, restituyéndose al servicio y obediencia de Alejandro, pues tenía experiencia de su clemencia, y ninguna esperanza de librarse de su celeridad y diligencia. Para cuyo logro indujo a los tres hijos de ambos, ya crecidos, a que tiernos se lo pidiesen, por si el cariño de ellos era más poderoso a ablandarle, añadiendo ella, para dar mayor eficacia a sus ruegos, que Alejandro se hallaba muy próximo.

Pero el bárbaro, sospechando que su intento era de ofender su amor, esperanza en que podría con el hechizo de su hermosura inclinar la voluntad de aquel príncipe a solicitar sus caricias, celoso e irritado echó mano a su cimitarra para herirla, como lo hubiera hecho a no haberlo estorbado sus hermanos, pero le amenazó de que la daría muerte si se volvía a poner en su presencia. Y en tanto, para desahogar sus desordenados apetitos, se entregó algunas noches a la comunicación de sus concubinas; si bien fastidiado de ellas, y más encendido en el amor de su esposa, volvió arrepentido y tierno a suavizar con cariñosas satisfacciones el disgusto en que le habían puesto sus destempladas demostraciones, entregándose todo a ella y pidiéndole no le volviese a hablar de lo que había dado ocasión a su desabrimento, sino que se dispusiese a acompañarle en la fortuna que corriese, pues estaba resuelto a morir antes que rendirse.

Excusóse ella, diciéndole: «Que sólo le había aconsejado lo que había tenido por conveniente. Que habría sido muy posible que no hubiese tenido la prudencia de que no siempre son capaces las mujeres, pero que su intención había sido buena, y que nunca tendría más voluntad que la de su amado esposo.» Persuadido Espitamenes a la dulzura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliación, para el cual mandó disponer un banquete, donde bebió con tan grande exceso, que fue necesario llevarle a su cámara medio dormido.

La mujer, viéndole sepultado en un profundo sueño, sacó un cuchillo debajo de sus vestidos y le cortó la cabeza, que dio para que la llevase a un esclavo, cómplice en su furor; y bañada como estaba en sangre, pasó con ella a la tienda de Alejandro, donde le envió a decir: «Que estaba allí para hacerle saber lo que no podía fiar de otro que de él.» Hízola luego entrar el rey a su presencia; en la cual, viéndola teñida en sangre, creyó que iba aquejarse de algún ultraje que había recibido. Pidióla le dijese lo que quería, y ella a él que diese antes orden para que entrase el esclavo que había dejado a la puerta. Las guardas, reconociendo que ocultaba algo debajo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha; y queriendo averiguar lo que era, les mostró aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podía por él conocer de quién era. Noticioso el rey de que llevaba la cabeza de un hombre, salió fuera de su tienda, y supo de él todo lo que había pasado.

Produjo instantáneamente en el animo de Alejandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por una parte el gran servicio que le había hecho en librarle de un traidor y desertor, que si viviese le daría bastante cuidado; y miraba por otra con horror la crueldad de aquella mujer, que había degollado a su marido, padre de sus hijos, y a quien debía tan grandes obligaciones. Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, dio orden para que saliese del ejército, temeroso de que con su ejemplo se introdujesen parricidios entre los griegos, cuyos genios eran blandos y ajenos de aquellas maldades.

Habiendo sabido los dahas la muerte de Espitamenes, aprisionaron a Datafernes, compañero suyo en la rebelión, y llevándolo atado a Alejandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados más urgentes, se aplicó a castigar a los gobernadores, que oprimían los pueblos con

sus cohechos y violencias. Hizo, pues, a Fratafernes sátrapa de la Hircania, de los mardos y de los tapuros, con orden de que se apoderase de Fradates, a quien sucedía, y de que se le enviase con buena guarda. Puso a Estasanor en el gobierno de Caricia, que tenía Arsames; dejó a Arsaces la Media, de donde llamó a Oxidates, y dio a Ditamenes el gobierno de Babilonia, que vacó por muerte de Mazeo.

CAPÍTULO 4

Vese en riesgo de perecer todo el ejército de Alejandro con el rigor del frío, caminando a Gazaba. Constancia del rey y su gran humanidad con los soldados sencillos. Su casamiento con Roxana.

Después de haber puesto en orden todas las cosas, sacó su ejército de las guarniciones, donde habían invernado tres meses, y tomó la derrota para una región llamada Gazaba. Fue sumamente benigno el tiempo el primer día de marcha, empezó en el segundo a alterarse y a pasarse la noche no sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero, fueron tan espantosos los relámpagos, que cegaban los ojos y abatían el ánimo de los soldados. Aturdidos de los incesantes truenos que oían y de los continuos rayos que veían caer delante de sí, ni se atrevían a marchar ni a detenerse, cuando repentinamente vino una crecida lluvia, mezclada de granizo, que corría a manera de un caudaloso río.

Pudieron al principio, cubiertos de las armas, resistirla algo, pero después de haberse mojado éstas, y de hallarse con las manos entumecidas del hielo, quedaron incapaces de mantenerlas y sin saber adonde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, todos los escuadrones se entraban errantes por en medio de los bosques, en quienes rendidos, más de la congoja que de la fatiga, se arrojaban unos a tierra, sin reparar en los hielos en que había convertido el frío la lluvia, y se arrimaban otros a los árboles, como para morir con menor disgusto. Y no se engañaban, porque a la falta del movimiento sucedía la del calor natural. Esta pereza era a la verdad grata a aquellos de cuyos cuerpos se había apoderado la flojedad, los cuales no reparaban en morir a precio de que fuese con algún reposo, porque no sólo continuaba vehemente, sino tenaz, la fuerza del mal. Además la obscuridad de los bosques, aumentada con la tempestad, les usurpaba enteramente la luz, natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades.

Sólo el rey, invencible a tantos contratiempos, recorría sin cesar su ejército de una a otra parte para infundir espíritu a sus soldados: reunía a los que estaban desordenados, levantaba a los caídos, y mostrábales el humo que salía de las cabañas, esforzándolos a que ganasen las más cercanas. Si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirasen por sí como el considerar la ignominia que les resultaba de abandonar a su rey, a quien veían infatigable resistir a los trabajos a quienes ellos se rendían. Pero la necesidad, que en las adversidades suele ser más poderosa que la razón, les suministró eficazísimo remedio para el frío, porque habiendo cortado gran cantidad de árboles y pegádoles fuego, se dilató éste por el bosque, de tal suerte, que no parecía sino que todo él se abrasaba, y que apenas dejaba lugar para las tropas. Con este calor, desentorpecidos los miembros, se fueron poco a poco recobrando los espíritus que había comprimido el frío por todo el cuerpo.

Entraron unos a los alojamientos de los bárbaros, sin que les reservase la necesidad los más ocultos, y levantaron otros sus tiendas en aquel húmedo suelo, viendo que la tempestad se sosegaba, a cuyo rigor perecieron mil hombres entre soldados y vivanderos. Refiérese que se hallaron algunos arrimados a los troncos de los árboles, que no sólo parecía que estaban aún vivos, sino que hablaban en la misma postura que los cogió la muerte. También se refiere de un soldado sencillo, macedón, que habiendo vuelto al campo con sus armas, traspasado y casi para fallecer del frío, viéndole Alejandro, dejó el lugar en que estaba sentado calentándose, aunque bien necesitado de no enajenarle, y que después de haberle mandado quitar las armas le hizo poner en él. Que se mantuvo por algún tiempo aquel hombre embargado del frío y privado de sentido, sin poder reconocer dónde estaba ni de quién había recibido aquel beneficio, hasta que recobrados sus espíritus, y viéndose en la silla del rey y junto a su persona, se levantó turbado y confuso. Pero que sosegándole Alejandro,

le dijo:

«No temas, amigo; considera sólo cuánto más felices la condición de los macedones, siendo yo vuestro rey, que la de los persas. Pues si entre aquéllos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su rey, entre nosotros está tan lejos de observarse este rigor, que antes el haberte sentado tú en él ha sido medio para asegurarte la vida.»

Al día siguiente, habiendo hecho juntar sus cabos, mandó publicar que recompensaría a todos las pérdidas que hubiesen tenido, como lo cumplió, porque Sisimetres le había llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil camellos y otras muchas recuas de muchos que repartidos por el ejército resarcieron sus pérdidas y satisficieron el hambre. El rey, después de haber agradecido la atención del sátrapa, dio orden para que hiciesen los soldados provisión de víveres cocidos para seis días, y pasó a las tierras de los sacas, donde habiendo corrido y forrajeado, dio a Sisimetres treinta mil cabezas de ganado del botín.

Encaminóse desde allí a una provincia mandada por Oxiartes, sátrapa ilustre, el cual dio la obediencia al rey y le ofreció sus estados. No los admitió Alejandro. Pidióle sólo de tres hijos que tenía, los dos, para que le acompañasen en la guerra; pero él los puso a todos a su servicio.

Habiendo poco después recibido Oxiartes al rey, le tuvo un prodigioso festín, donde hizo ostentación de toda la magnificencia de los bárbaros; para cuya mayor solemnidad mandó llevar a él treinta doncellas de calidad, entre las cuales iba su hija, cuyo nombre era Roxana, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los bárbaros, se llevaba los ojos de todos, en medio de ser las demás de bastante hermosura, y con especialidad los del rey. Éste, perdido ya el dominio que tuvo en sus pasiones con los continuos favores de la fortuna, en cuya posesión suele peligrar el más cuerdo si no vive atento a reprimirlas, cuanto se mostró con loable continencia y plausible moderación cuando tuvo en su poder a la mujer o hijas de Darío, con cuyas hermosuras sólo era comparable la de Roxana, tratándolas con la medida y circunspección de padre, tanto entonces se dejó rendir del halagüeño hechizo de aquella bárbara belleza, tan inferior a su grandeza y soberanía; pues ciego en su pasión decía: «Que para establecer su imperio era necesario unir a los persas y a los macedones por medio de aquel casamiento, pues sólo él pudiera quitar la afrenta a los vencidos y el orgullo a los vencedores. Que Aquiles, de quien procedía, se desposó con una de sus cautivas; y que a vista de aquel ejemplar, no le parecía que deslustraba su nacimiento ni violaba las leyes de su patria imitando a aquel semidiós.»

El padre, fuera de sí con tan inesperada honra, no sabía qué obsequios hacer al rey, el cual, perdido de enamorado, mandó llevar un pan, conforme a la costumbre de los macedones, entre quienes es la más sagrada prenda de los que se casan. Habiéndolo cortado en dos partes iguales, tomó cada uno de los contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya ceremonia, tengo por sin duda que siendo el pan el más simple alimento del hombre, quisieron enseñar los legisladores a los nuevos maridos con cuan poco debían contentarse.

De esta suerte se casó el rey de Asia y de Europa con una mujer introducida a los regocijos de un festín, para tener de ella un hijo que mandase a los vencedores. Los príncipes de su corte, aunque corridos al ver que entre los desórdenes del banquete hubiese hecho suegro suyo a uno de sus prisioneros, destituidos ya de poder decir desnudamente lo que sentían con el escarmiento en que les tenía el suceso de Clito, no hacían más que aplaudirle, templando los semblantes a aquellos regocijos, y acomodándose a una servil lisonja y contemplación.

CAPÍTULO 5

Mientras ocupa sus pensamientos sólo en la expedición de la India, se ensoberbece por la malicia de los lisonjeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Júpiter, lo cual condena Calístenes en un discurso grave y juicioso.

Resuelto, pues, a pasar a la India, y desde allí al Océano, para no dejar atrás nada que pudiese oponerse a sus empresas, mandó que de todas las provincias se sacasen treinta mil hombres, que a un tiempo le sirviesen de rehenes y de soldados. Envió en el ínterin a Crátero en seguimiento de

Haustanes y de Catanes, que se habían rebelado, y de quienes el primero fue hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Redujo también a su obediencia Poliperconte una región llamada Bubacene. Con que hallándose todo en sosiego, sólo atendía a la guerra de la India, cuya región se reputaba por la más rica del universo, no sólo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas y piedras preciosas, de que se adornaban los habitantes con más profusión que gentileza.

Referíase que los escudos de los soldados eran allí de oro y de marfil. Con cuya noticia Alejandro, deseoso de no parecer inferior a ninguno en nada, cuando quería ser en todo superior a todos, mandó guarnecer los suyos de láminas de plata, hacer los frenos de los caballos de oro y enriquecer las corazas, unas de un metal y otras de otro. Y de esta suerte marchó con ciento veinte mil hombres a aquella guerra. Para la cual, estando todo dispuesto, le pareció no diferir más la ejecución del intento, que hasta entonces había tenido reservado, de usurpar los divinos honores, a cuyo logro sólo atendía; y no contento con que se le llamase hijo de Júpiter, quiso también que se creyese lo era, como si tuviese el mismo poder que para reprimir las expresiones de la voz, para hacer que concibiesen a su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra le adorasen los macedones, a usanza de los persas.

No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa y fatal peste de los príncipes, y con quien han peligrado más Estados, que con las armas de los enemigos) que aplaudiesen aquel desvarío. Bien es verdad, que en esto estaban excusados los macedones, entre quienes no hubo alguno que hubiese querido relajar en nada las costumbres de su patria; y que todo el daño procedía de los griegos, cuyas pervertidas costumbres deslucían la profesión que hacían de las buenas letras y honestas disciplinas.

Había entre otros un natural de Argos, cuyo nombre era Agis, poeta de profesión, y uno de los peores que se conocían; otro llamado Quérilo, y otro Cleón, natural de Sicilia, insigne lisonjero, tanto por genio suyo como por vicio natural de su nación, sin gran cantidad de ellos, de quienes habían purgado sus ciudades los griegos; los cuales lograban mayor crédito y estimación en el aprecio del rey que los mismos príncipes de sangre y que los generales de su ejército. Este género de gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos cielos, y la que publicaba que Hércules y Baco, Castor y Polux, cederían sus lugares a aquel nuevo dios.

Ordenó una fiesta, e hizo disponer con increíble pompa un festín, para el cual convidó a los primeros señores macedones, griegos y persas; y después de haber dado principio a la comida, se levantó de la mesa y salió fuera de la pieza. Entonces Cleón se introdujo, conforme estaba dispuesto, a tratar de las alabanzas del rey, ponderando primero sus divinas perfecciones, y pasando después a hacer larga memoria de las obligaciones en que los había puesto, decía: Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el de reconocerle por dios, pues no pudiéndose dudar que lo era, le pagaban con tan corto precio como el de dos granos de incienso, todos los beneficios que habían recibido; que en la acción de adorar los persas a sus reyes como a dioses, no sólo procedían piadosos, sino prudentes, porque de la majestad del príncipe dependía la seguridad de sus personas y la del imperio; que ni Hércules ni Baco fueron reconocidos por dioses sino después de haber vencido la envidia de los que vivieron en su tiempo y que nunca la posteridad creía de los hombres más que lo que su siglo creyó de ellos viviendo; que si ellos mostraban repugnancia, él estaba resuelto a postrarse delante del rey cuando volviese a entrar; pero que era preciso que los demás hiciesen lo mismo, especialmente los sabios, cuyo ejemplo sería tanto más imitado, cuanto era mayor la veneración con que se atendían sus acciones.

Bien se dejaba entender que estas últimas expresiones se enderezaban a Calístenes, cuya mesura y aspera libertad en el hablar disgustaba al rey, como si sólo él hubiese embarazado a los macedones que le hiciesen aquellos honores, y no tuviesen por sí mismos bastante repugnancia a concedérselos.

Aquel filósofo, pues, viendo que todos callaban y que todos le miraban, dijo así: «Si se hubiese hallado presente el rey a tu discurso, ninguno de nosotros necesitaría de tomar el trabajo de responderte, porque él te mandaría que excusases inducirle a que imitase las costumbres de los

bárbaros, y fundar su gloria en lisonjas que concitan el odio de los hombres y la indignación de los dioses. Pero pues está ausente, yo te responderé por él: Que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas granjearle divinos honores, es con lo que más se los usurpas; porque para que le crean dios, es necesario tiempo, no habiendo habido ninguno de tantos ilustres héroes que obtuviese sino de la posteridad este reconocimiento.

Por lo que a mí toca, no le deseo colocado entre los dioses, sino que goce de muy larga vida, y después de eterna gloria. Alguna vez se ve la divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos, porque aunque nos alegas el ejemplo de Hércules y de Baco, consagrados a la inmortalidad, ¿debes sin duda creer que para reconocerlos por dioses no es necesario que preceda más ceremonia que la de un festín? Pues sabe que la fama no les ha hecho lugar en el cielo sino después de haber purgado lo que tenían de mortales.

Verdaderamente ¡oh Cleón! que ni a ti ni a mí nos es dado el hacer dioses; pero convengo en que la divinidad del rey penda de nuestros sufragios; muestra tú tu poder, y pues es más fácil hacer un rey que un dios, veamos cómo le haces. Lo que yo pido a los dioses, Cleón, es que no se ofendan de tu impiedad, y que continúen con la prosperidad que hasta aquí nuestras empresas. Ellos tendrán por bien que nos conservemos con nuestras costumbres; y por lo que a mí toca, jamás me correré de ser macedón, ni de rehusar aprender de los persas el modo con que he de honrar a mi rey; confesaré, sí, siempre que ellos son los vencedores, si es preciso que nos sujetemos a sus leyes y a la observancia de sus estilos.»

Oían gustosos a Calístenes, mirándole como a protector de la libertad pública, y no sólo se conformaron con su parecer, sino que declararon con firme resolución, especialmente los más ancianos, que no podían sufrir la mudanza de sus costumbres por las extrañas. No ignorando el rey nada de cuanto por una y otra parte se habían dicho, por haberlo escuchado todo detrás de una cortina que hizo poner delante de la mesa, envió a decir a Agis y a Cleón que no insistiesen más, y que cuando volviese a entrar se le postrasen los persas a su usanza. Hízolo inmediatamente, fingiendo haberle ocupado negocio de consecuencia; y habiéndole visto los persas, se pusieron de rodillas a adorarle. Iba a su lado Peliperconte, y sintiendo que uno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle a que hiciese lo mismo que ellos, le dijo burlándose que tirase con más fuerza. Oyólo Alejandro, y no pudiendo sufrirlo, le dijo: «Qué, ¿no me adoras? ¿Piensas ser solo tú quien me juzgue digno de risa?» A lo cual, habiéndole respondido Peliperconte que ni el rey era digno de risa, ni él de desprecio, le echó Alejandro en tierra con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro le dijo: «Mira cómo has hecho lo mismo porque te burlabas de los demás» y mandándole prender después, despidió la junta; si bien pasados algunos días perdonó a Peliperconte, habiéndole tenido en muy estrechas prisiones.

CAPÍTULO 6

Conspiración contra Alejandro, ocasionada de un agravio hecho a Hermolao. Descúbrese, y aunque Calístenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.

Manteniendo el rey tanto más viva su indignación contra Calístenes cuanto era mayor la desconfianza de él con que siempre había vivido, logró próxima y oportuna ocasión para desahogarla. Era costumbre, como dejamos dicho, entre los grandes señores de Macedonia dar sus hijos a los reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleasen en ocupaciones poco menos que serviles. Hacían guarda de noche por sus turnos a la puerta de su cámara; introducían a ella por otra diferente las concubinas, y cuando se ponían a caballo tomaban las riendas de mano de los palafreneros y se lo llevaban, acompañándolos en la caza y en la guerra. Hallábanse instruidos en las letras y en todo género de ciencias. El mayor honor que lograban era el de sentarse a la mesa del rey y el de que ninguno sino él pudiese castigarlos.

Era entre los macedones éste como un seminario de capitanes y generales, y de quien salieron tantos reyes, a quienes los romanos despojaron de sus estados después de muchos siglos. Sucedió, pues, a uno de estos, llamado Hermolao, matar estando en caza a un jabalí a quien quería tirar el

rey, el cual quedó tan irritado de que le hubiese malogrado el intento, que le mandó azotar.

Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó a quejarse de ella con Sótrato, uno de sus compañeros y sumamente apasionado suyo. Este, viéndole herido y no hallándose muy satisfecho del rey, le alentó con tal eficacia a la venganza, que habiéndose dado recíproca fe resolvieron matarle, para cuya ejecución no se valieron de gente moza, sino de personas que pudiesen con seguridad y satisfacción acompañarlos a ella. Fueron éstas Nicóstrato, Antípatro, Asclepiodoro y Filotas, los cuales ganaron también a Anticles, a Elaptonio y a Epímenes. Pero la empresa era bien difícil de ejecutar, respecto de ser necesario que fuesen todos de guarda la noche que se había de poner por obra, por evitar el riesgo que pudiera seguirse de hallarse en ella otro que no fuese de los que entraban en la conjuración, y de que sirviendo una noche uno y otra otro no era muy fácil mudar el orden de las guardas. Por lo cual fue preciso gastar en esto y en las demás prevenciones necesarias para la ejecución treinta días, al fin de los cuales, llegada la noche en que todos los de la empresa habían de ser de guarda, los cuales se hallaban muy satisfechos de la mutua fidelidad que se habían guardado, y de que era infalible prueba el largo espacio que había corrido sin que en él ni el temor ni la esperanza hubiesen sido poderosos a mudar a alguno (tanta era su grande animosidad contra el rey, o la lealtad que se guardaban unos a otros), se pusieron en la puerta de la sala donde estaba Alejandro, para que luego que se levantase de la mesa le pudiesen conducir a su cámara.

Pero su buena fortuna y la grata compañía fueron causa de que se mantuviese gran parte de la noche bebiendo, y también los juegos de que se gastase en ellos otro espacio de ella. De lo cual se hallaban por una parte gustosos los conjurados, considerando la facilidad que tendrían en dar muerte a un hombre embriagado del vino, y temerosos por otra de que se mantuviese en la mesa hasta que fuese de día, a cuya hora era preciso que los remudasen, sin que los volviese a tocar el turno hasta pasados siete días, espacio capaz de que peligrase entre tantos el secreto, pero acercándose el día se concluyó el festín, con gran gusto de los conjurados al ver se les llegaba la ejecución de su intento, cuando cierta mujer, a la que se creía fuera de juicio, que solía asistir a palacio y predecir algunos futuros sucesos, se puso delante del rey, ocupando la puerta para impedirle que saliese, y diciéndole a grandes voces y como fuera de sí que volviese a ponerse en la mesa. Él, burlándose, le respondió que era justo seguir el precepto de los dioses, y habiendo vuelto a llamar a sus amigos, renovó el banquete, que duró hasta dos horas de día.

Manteníanse aún allí los conjurados, sin embargo de haberse mudado ya la guarda y de hallarse destituidos de lograr su intento: que tan expuestas están a desvanecerse las esperanzas de las cosas que conciben como seguras los hombres. Acariciólos el rey más de lo que acostumbraba, y mandóles que se fuesen a recoger, pues habían velado toda la noche, y que se diese a cada uno cincuenta sextercios, alabando el celo que habían mostrado a su servicio en haberse mantenido allí, en medio de haber salido de guarda. Con lo cual, malograda tan oportuna ocasión, se fueron todos a sus posadas, esperando la noche en que había de volver a tomarla.

Pero antes de ella, Epímenes, u obligado de las caricias del rey, o pareciéndole que los dioses se oponían a aquel intento, descubrió la conspiración a su hermano Euriloco, a quien antes no había querido que se le comunicase. Este, escarmentado en el reciente castigo de Filotas, se asió de su hermano y le llevó inmediatamente a palacio, donde habiendo despertado a las guardas les dijo que tenía que hablar al rey en cosa que le importaba no menos que la vida. La deshora a que iban, las demostraciones de los semblantes, de mal seguro animo en uno y de interno dolor en otro, pusieron en tan gran cuidado a Ptolomeo y a Leonnato, que estaban de guarda a la puerta de la cámara, que entraron inmediatamente dentro y despertaron al rey, aún soñoliento de la embriaguez, pero habiendo recobrado poco a poco su razón, les preguntó lo que le querían. Con lo cual Euriloco empezó a decir que los dioses no habían abandonado enteramente su familia, pues habiendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le habían concedido el beneficio de que se arrepintiese; que él iba a descubrir al rey la conspiración hecha contra su persona y que se había dejado de ejecutar la noche antes, y que tenía por cierto que jamás discurriría en los autores de tan detestable designio.

Entonces Epimenes fue refiriéndola por su orden y declarándole los cómplices, entre quienes es sin duda que no nombró a Calístenes como partícipe en aquella deliberación, sino sólo como quien solía dar oídos a las pláticas en que sus discípulos hablan licenciosamente del rey, reprobando sus acciones. A que añadían otros, que quejándose con él Hermolao de haberle hecho el rey azotar, le dijo Calístenes que debían acordarse de que ya no eran niños, y que no sabían si en esto miraba a consolarlos en sus disgustos o a incitarlos a la venganza. Habiendo, pues, considerado el rey el gran peligro que había corrido, dio a Euriloco inmediatamente cincuenta talentos y los cuantiosos bienes de cierto Tiridates, volviéndole también a su hermano, movido de los ruegos con que había solicitado su perdón.

Mandó, empero, poner presos a los demás de la conspiración, y con ellos a Calístenes; y después de haberlos hecho llevar a palacio, se dio toda la noche y el día siguiente al reposo para reparar el desvelo de la antecedente. Tuvo el día inmediato junta general, en que se hallaron los padres y los parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprenderles el castigo, según las leyes de los macedones, que no perdonan a ninguno de la familia de los que lo están en semejantes delitos. Hizo entrar el rey a los conjurados, excepto a Calístenes, y confesaron éstos cuanto habían tratado; y maldiciéndolos todos, les preguntó el rey por la causa que los había movido a intentar tan gran maldad.

CAPÍTULO 7

Hermolao hace una invectiva contra Alejandro y prueba que Calístenes es inocente.

Pero no atreviéndose ninguno a responderle, lo hizo Hermolao diciéndole: «Pues lo preguntas como si no lo supieses, sabe que resolvimos darte muerte porque nos tratabas como a esclavos.» A cuyas voces se levantó Sopolis, su padre, llamándole primero «parricida de su rey y de su padre» y poniéndole después la mano en la boca, dijo: «Que no se debía permitir que prosiguiese aquel desatinado, a quien tenía fuera de sí el horror de su delito.» Con todo, el rey, habiéndole hecho retirar, ordenó a Hermolao que dijese libremente lo que había entendido de su maestro Calístenes.

«Valdréme, pues (dijo Hermolao), del permiso que me das para decir cuanto he sabido tan a costa nuestra y por experiencia propia. Cuantos macedones han rendido la vida a manos de tu crueldad, ¿cuál es el que ha dejado de sentir sus efectos, no ya de la hez del vulgo, sino de los más principales entre nosotros? Átalo, Filotas, Parmenión, Lincestes y Clito vivirían sin duda hoy si sólo hubiesen contendido con los enemigos. Veríaslos aún en la refriega cubrirte con sus escudos, combatir por tu gloria y dejarse cargar de heridas por adquirirte victorias. ¿Con qué apreciables premios, empero, remuneraste estos grandes servicios? Haciendo que regase el uno con su sangre tu mesa, y que perdiese el otro con muchas muertes una sola vida. Los generales de tu ejército fueron puestos a cuestión de tormento, y sirvieron de espectáculo a los persas, a quienes había vencido Parmenión, sin que se supiese la causa, y por él Átalo, porque tienes la loable costumbre de servirte mutuamente de las manos de los miserables para que ejecuten los castigos, haciendo que éstos, que poco antes fueron ejecutores de la muerte de aquéllos, sean después los que la padezcan de otros.»

Sobrevino entonces gran conmoción en la junta contra Hermolao, cuyo padre iba a pasarle la espada por el cuerpo, que hubiera hecho a no estorbárselo el rey, el cual pidió a todos tuviesen paciencia y escuchasen a aquel infeliz, que aumentaba con nuevos delitos las penas a que estaba destinado por los pasados; y habiéndolo conseguido, no sin gran dificultad, continuó Hermolao diciendo:

«¡Oh!; Cuánto acreditas tu excesiva liberalidad permitiendo que hablemos los tartamudos muchachos, al tiempo mismo que encarcelas la afluyente voz de Calístenes, para que quien sabe decir no pueda hablar! ¿Por qué rehusas que se presente aquí, cuando aun a los que han confesado su delito no niegas que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero ya se deja conocer que es porque temes oír el libre razonamiento de un varón de tan gran entereza como bondad, y cuyo semblante apenas podrás ver sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien defiende que está inocente. Aquí se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empresa; pero ninguno podrá decir que

Calístenes interviniese a ella; y sin embargo, ha mucho tiempo que está destinado a la muerte por el más justo y moderado de todos los reyes.

Estos son los premios que consiguen los macedones, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como superflua y de ningún valor. Tú llevas tras ti treinta mil machos cargados de oro de la presa de tus enemigos, y tus soldados no vuelven a su patria con otra recompensa de sus fatigas que la de sus heridas. Tolerábamos, empero, todas estas sinrazones mientras no nos pusiste en manos de los bárbaros, y por extraños medios no nos hiciste pasar a los vencedores debajo del yugo de los vencidos.

Nada te es tan grato como el traje y la disciplina de los persas, y nada de mayor aversión que las costumbres de tu patria. Y así, nosotros hemos pretendido dar muerte al rey de Persia, a quien por desertor y rebelde debemos perseguir por derecho de guerra. Tú has querido que los macedones hayan inclinado la rodilla delante de ti y que te hayan adorado como a Dios: tú negaste que Filipo era padre tuyo, y sin duda hubieras hecho lo mismo de Júpiter, si hubiese otro dios mayor que él de quien suponerte hijo. ¿Y a vista de esto te extrañas que tantos varones libres y cuerdos no puedan tolerar tu orgullo? ¿Qué podemos, pues, esperar de ti, habiéndonos reducido a estado de morir inocentes, o, lo que es peor que la misma muerte, de vivir en servidumbre?

Si hay alguna esperanza de enmienda en ti, confiesa la obligación en que me estás, pues soy el primero que te ha enseñado cómo debes tratar a la gente de bien. Por lo que mira a lo demás, perdona a los que nos tocan y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejez, bastantemente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cébase en nosotros tu crueldad, y haz que nos despedacen para que logremos con nuestra muerte lo que esperamos conseguir con la tuya.»

Tal fue lo que Hermolao dijo, a todo lo cual respondió Alejandro:

CAPÍTULO 8

Respuesta de Alejandro a la invectiva de Hermolao. Castigo de los conjurados y del inocente Calístenes.

«Nada convence más de falso que mi paciencia cuanto este impostor ha dicho, instruido de su maestro. Si bien pudiera haber excusado, habiendo confesado su delito que lo repitiese, he querido que lo vuelva a hacer delante de vosotros, previniendo usaría en su deposición del mismo furor de que se halló preocupado para intentar darme muerte, cuando debiera venerarme como a padre suyo.

No ignoráis que hallándome últimamente en caza, cometió el desacato que me obligó a mandarle castigar, conforme al estilo de nuestra patria y a lo que en todos tiempos han practicado los reyes de Macedonia, a quienes nos es concedido, que así como son castigados los pupilos de sus tutores, y de sus maridos las mujeres, lo sean también estos muchachos de orden nuestra por nuestros siervos. Esta, pues, es la gran crueldad que ha experimentado de mí, y la que le ha obligado a intentar vengarla con un parricidio.

No necesito decirlo yo para que sepáis vosotros la benignidad que uso con los demás que me dejan obrar según la blandura natural de mi genio, ni tampoco de advertiros cuan poco se debe extrañar que Hermolao sienta mal de los castigos de los parricidios, hallándose él merecedor de ellos, y que alabe a Filotas y a Parmenión, cuando en la causa de éstos defiende la suya.

Por lo que mira a Alejandro Lincestes, hallándose acusado por dos testigos de haber maquinado contra mi vida, le perdoné; y aun estando convencido tercera vez del mismo, diferí por dos años su castigo, hasta que me vi precisado de vuestras instancias a no faltar a la justicia.

Por lo que mira a Átalo, bien os acordáis que, aun antes que me coronase, maquinó mi muerte. Y en cuanto a Clito, pluguiese a los dioses que no me hubiesen provocado tanto a ira sus atrevidas mordacidades; pero bien sabéis vosotros cómo me trató, y que le sufrí; lo que no fuera fácil que tolerase de mí tan largo espacio si lo hubiese yo dicho de él.

No siempre pende la clemencia de los reyes de su arbitrio: que muchas veces tiene parte en ella el genio e inclinación de los pueblos; porque, en fin, la obediencia de los vasallos es la que hace felices a los príncipes; pero si una vez se les pierde el respeto queriendo mandar los que deben

obedecer, ¿qué puede resultar de semejante desorden sino que a una sucedan muchas violencias? ¿Mas qué me admira que me trate de cruel quien no se ha avergonzado de acusarme de avaro?

No quiero recurrir, para desvanecimiento de este cargo, a la autoridad de ninguno de vosotros, por no hacer odiosa mi liberalidad y ofender vuestra modestia. Pídoos, sí, sólo que dilatéis vuestra vista y vuestra consideración por todo el ejército, en quien reconoceréis como los que antes no tenían más que sus armas, duermen ya sobre lechos de plata, se sirven en sus mesas de vasos de oro, llevan tras sí tropas de esclavos, y se hallan tan cargados de la presa, que no saben qué hacer de ella. Sí; pero dice que a los persas, a quienes hemos vencido, los trato con grandes honras. Es así, no lo niego: pues fuera defraudarme yo mismo la gloria que me resulta de una acción en la cual se acredita más mi moderación.

Mi animo ha sido, y es, manifestar al mundo que no he venido al Asia a exterminar las naciones ni a dejar desierta la mitad de la tierra, sino a reinar de suerte que los vencidos no miren con disgusto mis victorias. Esto es lo que les obliga a que combatan gustosos con vosotros, y a que derramen su sangre por vuestra gloria; y lo contrario los precisaría a que, impacientes, procurasen sacudir el yugo de nuestro dominio, pues ninguno es durable habiéndolo de mantener a fuerza de armas.

La memoria de los beneficios es quien los conserva eternos, por lo cual es preciso hacerlos partícipes de nuestra clemencia si queremos mantener el Asia; y no nos contentamos sólo con haberla adquirido, pues con su afecto contaremos el más firme y seguro establecimiento de nuestro imperio. Más tenemos, a la verdad, que lo que pudimos haber deseado, y es insaciable avaricia querer también recoger lo que por todas partes se derrama.

Censúraseme de que introduzco en los macedones las costumbres de los bárbaros. Veo en otras naciones algunas cosas que me parece podemos imitarlas sin avergonzarnos, y que no es posible regir tan gran imperio sin comunicarle algo nuestro y tomar algo suyo; pero es bien digno de risa que Hermolao quiera que yo me oponga a Júpiter, cuando me llama hijo suyo, como si las respuestas de los dioses pendiesen de mi arbitrio. Hame honrado con este título, y el haberle admitido no sé que haya perjudicado nada a mis intereses. ¡Ojalá me creyesen también dios los indios, pues pendiendo en la guerra toda la importancia de ella de la reputación, suele las más veces tener la mentira autorizada la misma fuerza que la verdad desnuda!

¿Pensaréis vosotros también que el haber hecho enriquecer vuestras armas de plata y oro fue orgullo y soberbia mía? Pues bien lejos de ello, no ha sido otra mi intención que la de envilecer esos preciosos metales a fuerza de hacerlos comunes, para evitar que los macedones, los cuales se han mostrado en todo invencibles, queden vencidos de ellos. Quiero deslumhrar primero los ojos de aquellos pueblos, en cuyos groseros animos sólo hacen impresión los accidentes más viles y despreciables, y desengañarlos después de que no es la plata ni el oro lo que nos mueve, sino la conquista de todo el mundo. Esta gloria nos la quisiste usurpar tú (¡oh homicida traidor!) y reducir a los macedones con la muerte de su rey a la obediencia de los vencidos. Y ahora me adviertes que perdone a vuestros padres, cuando fuera más justo que ignoraseis lo que he de ejecutar con ellos, para que murieseis con mayor disgusto, si cabe en tan desalmados hombres sentimiento alguno por los suyos, pero ha algunos años que yo he derogado la ley de que padezcan indiferentemente inocentes y culpados, y así, pueden quedar vuestros parientes asegurados de que los conservaré en los mismos honores que tenían.

Y por lo que toca a tu Calístenes, en cuyo concepto sólo tienes alguna estimación porque no eres peor que él, no ignoro que el desear le dé yo audiencia, es con el fin de que me diga en mi presencia, y en la de toda esta junta, las injurias que tú me has dicho; y es cierto, que como a maestro digno de tal discípulo, le hubiera hecho entrar contigo si fuese macedón, pero siendo natural de Olinto, no fuera justo que gozase del mismo privilegio.»

Concluido este razonamiento despidió la junta, e hizo entregar a los culpados a las guardas que eran de la misma compañía, las cuales procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el rey, los hicieron padecer crueles tormentos antes de darles muerte. Expiró Calístenes en ellos,

aunque sin más culpa que la de no haber querido acomodar su genio áspero y libre al estilo de la corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores, por lo cual ninguno de cuantos fueron muertos por orden de Alejandro le suscitó tanto odio en los griegos como éste, pues no contento con quitar la vida a un varón de tan gran bondad y sabiduría, y a quien había estorbado la muerte, cuando despechado se la quiso dar después de la de Clito, le hizo despedazar en los tormentos sin haberle permitido diese sus descargos. De esta crueldad se arrepintió cuando no tenía remedio.

CAPÍTULO 9

Hermosa descripción del río Indo. Del Ganges. De Diardines. De la India. De sus habitantes. De sus reyes y de sus sabios.

Más ilustre siempre Alejandro antes de la guerra que después de la victoria, tomó su derrota a la India, poco después de estas muertes, para excusar los murmullos que de ordinario produce la inacción. Mira la India por la mayor parte al Oriente, y es más larga que ancha. Por la del Mediodía se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el territorio llano y bañado de famosos ríos, que descendiendo del monte Cáucaso, llegan a aumentar sus ondas, de suerte que quedan navegables. Es el Indo más frío que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia del mismo del mar.

El Ganges caudaloso, aun desde su origen, corre hacia el Mediodía, y se dilata en derechura por la extensión de los montes, hasta que impedido de las rocas vuelve hacia el Oriente, y desaguando en el mar Rojo inunda parte del territorio, llevando tras sí cantidad de árboles, si bien en donde halla unido e igual el terreno se estanca formando muchas islas. Hácele más caudaloso el Acesines, cerca del mar donde desagua, en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de uno y otro, respecto de recibirle el Ganges cuando va más rápido, y de repelerle aquél con no menor violencia.

No es tan célebre el Diardines, por correr sólo por últimas partes de la India, si bien cría no sólo cocodrilos, como el Nilo, sino también delfines y otros animales desconocidos a las demás naciones.

El Etimanto corre siempre con torcido curso, y queda al fin de él muy disminuido, respecto de dividirle los naturales del territorio por donde pasa en muchos arroyos para regarle. Sin estos hay otros muchos ríos a quienes hace desconocidos su corta extensión.

Las regiones marítimas son molestadas de los vientos de Septentrión, que las hacen estériles; pero las que están cubiertas de los montes, producen hermosos trigos y deliciosos frutos.

Por lo que mira a lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año de suerte que en el que ellos tiene el del invierno, tenemos nosotros el del verano; y por el contrario, cuando ellos éste, nosotros aquél, sin que se haya podido hasta ahora averiguar la causa.

El color del mar que los circunda es el mismo que los demás, porque el creer rojas sus aguas los ignorantes, no tuvo otro principio que el haber tomado el nombre del rey Eritro.

Críase allí gran cantidad de lino, de que se visten sus naturales. Las cortezas de los árboles son tiernas, que como en cera se imprime en ellas lo que se escribe. Aprenden allí los pájaros con facilidad a imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen animales semejantes a los nuestros si no se llevan. Críanse en aquella región los rinocerontes, aunque no nacen en ella. Los elefantes son más corpulentos y gallardos que los de África, y corresponde a su estatura su fortaleza.

Los ríos, que por el corto caudal de sus aguas corren con apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de él lo precioso de sus guijas, resarcen aquél con el oro que llevan sus arenas.

Arroja el mar a sus orillas gran cantidad de perlas y de piedras preciosas en que se funda su mayor riqueza, especialmente después que se transfirieron a las naciones extrañas sus vicios, porque es cierto que en sí no tienen más estimación los excrementos del mar que la que les ha dado la liviandad de los hombres; cuyos genios participan allí, como en las demás partes del mundo, de la

influencia del clima y de la situación de la tierra.

Visten dilatadas ropas de lino que les llegan a los pies; usan para éstos de sandalias, y de cierta especie de turbantes para la cabeza. Aquellos a quienes distinguen de la plebe o el nacimiento o los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornados de oro en las manos y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es más común entre ellos dejárselos crecer que cortárselos. La barba jamás se la quitan, pero no les pasa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del cual procuran que esté desembarazado y sin pelo alguno.

La relajación y soberbia de sus reyes, a quien dan el título de esplendidez y magnificencia, comprende la de todas las demás naciones del mundo. Cuando se dejan ver en público, llevan los criados de su casa delante de sus personas incensarios de plata, y perfuman todas las calles por donde han de pasar. Van en una litera de oro, guarnecidas de perlas, cuya colgadura es de lino recamado de oro y de púrpura. Acompañanla sus guardas, muchas de las cuales llevan ramos de árboles cargados de pájaros, a quienes han enseñado diversos géneros de cantos para que les sirvan de diversión y den algunas treguas en sus más graves cuidados.

Las columnas de su palacio son doradas y enmarañadas de una parra de oro que se dilata por lo largo de ellas, sobre quien se ofrecen a trechos diversas figuras de pájaros de plata matizados de varios colores, que es lo más grato a la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; da el rey audiencia a los embajadores, y administra justicia a sus vasallos mientras se peina. Cuando le quitan las sandalias le ungen los pies de preciosos olores.

El mayor ejercicio que hace es el de salir a tirar con flechas a las rieras que le tienen prevenidas en el bosque, donde lo hace rodeado de sus concubinas, las cuales mientras se emplea en este ejercicio, se ocupan en cantar y en hacer votos por que la caza sea feliz. Tienen dos codos de largo las flechas, y se despiden con más violencia que efecto, respecto de que consistiendo en su ligereza toda la fuerza, las deja inútiles el peso que las echan.

Sale a caballo cuando no va lejos, pero si la jornada es dilatada, la hace en un carro, conducido por elefantes cubiertos de caparrones de oro; y para que no falte a tanto desorden y relajación circunstancia alguna, lleva detrás de sí una gran tropa de concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la reina, que ni en la pompa ni en la magnificencia le cede. Dispónenle estas mujeres la comida y sírvenle el vino, que beben con gran exceso los indios, y cuando se halla cargado de él y rendido al sueño, le conducen a su cámara, invocando con himnos a su usanza a los dioses nocturnos; pero ¿quién creará que entre tantos vicios pueda tener algún lugar de estimación la filosofía?

Hay cierto género de hombres groseros y salvajes a quienes llaman sabios, los cuales fundando su mayor gloria en anticiparse la muerte se hacen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca o entre las penosas fatigas de las enfermedades; por lo cual no hacen estimación alguna de las personas que mueren de vejez, y juzgan que amancillan el fuego de su pira si no se introducen a ella conservando sus vitales espíritus.

Los que habitan en las ciudades y gozan de la sociedad pública, observan los movimientos de los astros, predicen lo futuro, y creen que ninguno que tiene valor para esperar la muerte se anticipa a dársela.

Por lo que mira a los demás, forman divinidades a su antojo y adoran con especialidad a quienes se les prohíbe violar con pena de la vida. Componen sus meses de quince días, pero el año lo tienen tan cumplido como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la luna, aunque no como las demás naciones, sino por su entera revolución, respecto de que cuenta un mes después de la luna nueva hasta que está llena, y otro después de estar llena hasta su menguante; de manera que así como las demás naciones hacemos de la creciente y menguante de este planeta sólo un mes, forman ellos dos.

Reflérense sin éstas otras muchas particularidades de aquella región con las que no me ha parecido interrumpir el hilo de esta historia.

CAPÍTULO 10
***Sujeta Alejandro con admirable felicidad diversos pueblos
 de la India, aunque no sin efusión de sangre.***

Habiendo llegado Alejandro a los términos de la India, se anticiparon a darle obediencia, diciéndole que era el tercer hijo de Júpiter que había pasado a aquella región y que no habían conocido a Baco ni a Hércules sino por la fama, pero que a él le veían, logrando la dicha de gozar de su presencia. Recibiéndolos con gran benignidad y mandóles que le acompañasen y guiasen, y reconociendo que no venían otros a hacer la misma demostración, envió a Hefestión y a Perdicas con una parte de sus tropas para reducir a los que resistiesen su obediencia, para que se alargasen al río Indo y para que mandase pasar a él el ejército; pero reconociendo que era preciso hacer lo mismo por otros ríos, ordenó que éstos fuesen en tal disposición que pudiesen desarmarlos y conducirlos en carros para que sirviesen en todos. Después de lo cual, y de haber mandado a Crátero que le siguiese con la falange, se puso al frente de la caballería y de los que estaban armados más ligeramente, y escaramuzando con los que tuvieron osadía de acometerle, los fue rechazando hasta meterlos en la ciudad.

Habíale alcanzado ya Crátero, y para causar algún terror en aquel pueblo que aún no había experimentado las armas de los macedones, mandó poner fuego a las fortificaciones y que los pasasen a todos a cuchillo. Mientras paseaba a caballo alrededor de los muros fue herido de una hacha, si bien no le embarazó esto para que tomase la ciudad, en cuyos moradores y edificios se hizo considerable estrago. Domada aquella gente de ningún crédito, marchó hacia la ciudad de Nisa y acampó a distancia de sus muros en un bosque que impedía la vista a sus tropas.

Sobrevino en él, llegada la noche, tan gran frío, cual no habían padecido hasta entonces, pero teniendo la felicidad de hallarse con el remedio tan próximo, cortaron gran cantidad de leña e hicieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulcros de los habitantes, compuestos de envejecidos cedros, a los cuales dejó consumido enteramente el fuego a breve rato de haber prendido, y extendiéronse por ellos sus llamas. Al mismo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la ciudad y después considerable ruido por los caminos; con lo cual pudieron conocer sus habitantes que el enemigo no se hallaba lejos, y el enemigo que la ciudad estaba cerca.

Reconociendo los sitiados que el rey se adelantaba, probaron a hacer una salida, pero con tan mal suceso, que sobreviniendo gran división entre ellos, unos querían rendirse y otros mantenerse. Noticioso de esto el rey, se contentó con bloquearlos, sin hacerles otro daño, hasta que el cansancio y fatiga del dilatado sitio los obligase a que se rindiesen a discreción.

Decían que había fundado Baco su ciudad, y a la verdad era cierto este origen. Está situada a la falda de un monte, a quien los naturales llaman Meros, y de quien los griegos dedujeron la fábula de que Baco había salido del muslo de Júpiter. Habiéndose informado Alejandro de los naturales de la situación de aquel monte, hizo llevar a él víveres y penetró hasta su cumbre con todo el ejército. Visten sus collados hermosas viñas y hiedras, a quienes guarnecen fecundos arroyos, produciendo en ellos la tierra gran variedad de árboles frutales, y sin que proceda más sementera que la de haber llevado allí la contingencia algún grano, porción de trigo, sin muchos floridos laureles, cuyas hojas y las de otros árboles cubren las peñas.

Tengo por sin duda que el haberse empleado las tropas en cortar pámpanos y hiedras, haciendo guirnalda de ellas y corriendo de una a otra parte del bosque, fue, más que divina inspiración, efecto de báquico furor. Resonaban en aquellos montes y valles las voces de tantos millares de hombres como los que adoraban al dios tutelar de aquel bosque, cuyo desorden se empezó sólo por algunos pocos y fue seguido después, como de ordinario sucede, de todos. Estos, como pudieran en medio de la paz, se extendían sobre la hierba y sobre las enramadas que habían dispuesto. No disgustado el rey de aquel inopinado exceso, mandó disponer suntuosos banquetes por espacio de diez días, en quienes tuvo empleado su ejército en servicio de Baco. A vista de lo cual ¿quién podrá negar que aun la más sublime gloria pende, antes que del merecimiento de la

virtud, del capricho de la fortuna? Pues en vez de acometer el enemigo a aquel embriagado ejército, quedó tan amedrentado de su vocería y de sus alaridos, como pudiera, si los hubiese oído, entre el estruendo y manejo de las armas.

Con igual felicidad se preservó también de semejante riesgo, cuando volviendo del Océano se entregó a los mismos desórdenes a vista del enemigo. Pasó desde allí a una región llamada Dedala, a la que habían abandonado sus habitantes, huyendo a aquellas inaccesibles montañas, como lo habían hecho también los de Acadira, donde entró después. Por lo cual le fue preciso mudar el orden de la guerra y dividir sus tropas en diversas partes, con cuya diligencia quedaron a un mismo tiempo deshechos, así los que no juzgaban tan inmediato el riesgo, como los que estaban amenazados de él.

Tomó Ptolomeo muchas ciudades, pero de mayor consideración Alejandro, el cual, después de haber reducido todas sus fuerzas, pasó el río Coaspes, dejó a Ceno en el sitio de una rica y populosa ciudad, a quien los naturales llaman Beira, y se encaminó él hacia los Mazagas, por la muerte de cuyo rey, llamado Asacano, sucedida poco antes, mandaba aquella provincia y la ciudad capital su madre Cleofis. Tenía dentro treinta mil infantes, y no parecía sino que la había fortificado a porfía la naturaleza y el arte; porque por la parte que miraba al Oriente la ceñía un río muy rápido, cuyas riberas eran altas y quebradas, y por la que miraba al Occidente y al Mediodía, crecidos peñascos desgajados, al pie de los cuales había cavernas, las cuales aumentadas con el curso del tiempo en abismos, se continuaban con un foso de inmenso trabajo y espantosa profundidad. Tenían los muros treinta y cinco estadios de circunvalación, cuyos cimientos eran de piedra, y cuya altura de ladrillo crudo mezclado con piedras; para que el material más fuerte sustentase al más débil y para que la tierra no fuese invadida de las aguas, y deshecha quedase todo reducido a ruina, tenían en medio gruesas vigas, y en lo alto galerías que cubrían el muro, por las cuales se andaba alrededor.

Habiendo reconocido Alejandro aquellas fortificaciones, y no sabiendo a qué resolverse, por ser imposible llenar las cavernas sino a fuerza de inmensa porción de madera y de piedras, ni tampoco acercar sus máquinas sino por este medio, fue herido en una pantorrilla por una flecha; pero sin hacer más que sacársela, aún no quiso detenerse a atarse un lienzo en la herida, y puesto a caballo continuó en lo que había emprendido.

Con todo, llevando la pierna extendida y descubierta y corrompida la sangre, se le aumentaron los dolores, en medio de los cuales se refiere que dijo: «Que aunque le hacían hijo de Júpiter, conocía era de la misma naturaleza que los demás hombres.» Sin embargo, no por esto se retiró a su campo sin haberlo reconocido todo y dado las órdenes que juzgó por convenientes, en cumplimiento de las cuales, unos demolicionaban las casas que estaban fuera de la ciudad, valiéndose de los materiales para llenar aquellas inmensas profundidades, y otros introducían en ellas troncos de árboles y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve días quedó concluida la obra y plantadas sobre ellas las torres.

El rey, sin esperar a asegurarse de la herida, fue a ver el trabajo, y después de haber alabado la diligencia que habían puesto en él sus soldados, hizo adelantar las máquinas, con las cuales se disparó gran cantidad de tiros contra los que defendían las murallas. Pero lo que más terror causó a los bárbaros, no acostumbrados a aquellas invenciones, fue la desmesurada altura de las torres, las cuales viendo que se movían por sí, creían que las gobernaban los dioses, y que los arietes que derribaban los muros y las lanzas arrojadas por los instrumentos de guerra, no podían ser efecto de industria humana. Por lo cual, desesperando de poder defender la ciudad, se retiraron al castillo, desde donde no hallándose más asegurados en él, enviaron embajadores al rey para que le pidiesen perdón. Obtenido éste, salió la reina y se fue para el rey con grande acompañamiento de damas, que le llevaron vino en sacrificio en copas de oro. Iba consigo un hijo que tenía de corta edad, el cual ofreció al servicio del rey. Fue no sólo perdonada sino también restituida a sus estados con el mismo esplendor que había tenido y con todas las prerrogativas de reina. Cuyo beneficio se creyó debió, mas que a la compasión de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es que parió

después un hijo, y que le puso por nombre Alejandro (fuese o no de él).

CAPÍTULO 11

Pone sitio Alejandro a Aorno , peña y fortaleza inaccesible, y tómalala, habiéndola abandonado los de dentro.

Envió desde allí a Poliperconte contra la ciudad de Ora, a cuyos habitantes, que habían hecho una desordenada salida, rompió, y cargándolos hasta las mismas puertas de su ciudad, entró mezclado con ellos y se hizo dueño de la plaza. Tomó otras muchas ciudades, cortas y desiertas, por haberse retirado armados sus habitantes a las rocas de Aorno. Era fama que Hércules la había sitiado, y que precisado por un temblor de tierra había levantado el sitio. Hallándose el rey dudoso en el modo de atacarla, por estar fundada sobre una roca quebrada por todas partes, se le ofreció un hombre anciano de la tierra con dos hijos suyos, y le prometió mostrarle camino por donde lo pudiese hacer, como se lo remunerase. Aseguróle le daría ochenta talentos; y habiéndose quedado con un hijo suyo como rehén, le envió a que cumpliera lo que había ofrecido con algunos soldados armados a la ligera, que le dio, mandados por Mulino, secretario suyo, los cuales quería que ganasen la cumbre por rodeos, sin ser vistos de los enemigos.

No tiene aquella peña, como las demás, las laderas cortas y fáciles para subir a ella. Elévase en forma de pirámide, es por abajo anchísima, y cuanto más se levanta, tanto más se va estrechando, hasta que queda a manera de una aguda punta. Pasa altísimo el río Indo por sus faldas, cuyas riberas son por ambas partes asperísimas, y de la otra llena de tan crecidos pantanos y cenagales, que era preciso para haber de tomar la plaza terraplenarlos. Si bien ofreciéndose allí un bosque muy a propósito para conseguirlo, le hizo el rey talar, ordenando que se cortasen las ramas de los árboles para que los pudieran conducir más fácilmente, y que sólo echasen los troncos. Cortó el primero él, con cuyo ejemplo, levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo que había empezado el rey, con tan grande ardor, que en siete días quedó acabado todo.

Habiendo al mismo tiempo resuelto hacer un ataque, mandó a los arqueros y a los arianos que procurasen subir por aquella impenetrable aspereza, y escogió de su compañía treinta mozos de los más valerosos, a quienes dio por cabo a Caro y a Alejandro, exhortando a éste a que se acordase de su nombre. No era creíble que siendo tan evidente el peligro se pusiese el rey a él. Pero no bien hubo dado la señal la trompeta, cuando aquel príncipe, que no era dueño de su valor, ordenó a sus guardas que le siguiesen, y fue el primero que empezó a trepar por la peña.

No hubo entre los macedones alguno que, dejando sus alojamientos, no le siguiese a aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo de la peña al río, cuyos crecidos remolinos los sorbían. Espectáculo a la verdad lastimoso, aun a los que no habían corrido igual fortuna. Pero como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compasión, sólo cuidaban de sí.

Hallábanse ya tan empeñados, que les era preciso o vencer o morir, porque los bárbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subían; los cuales, asiéndose no sin gran dificultad y trabajo en aquellos resbaladizos lugares, caían precipitados. Sin embargo, Alejandro y Caro, a quienes envió el rey delante con aquellos treinta mancebos escogidos, habían ganado ya lo alto de la peña y llegado a las manos. Pero ocupando aún el enemigo la cumbre, para un tiro que lograban recibían muchos.

Bien acreditó Alejandro en aquel peligro cuan presente tenía su nombre y el ofrecimiento que había hecho al rey. Pero no bastando el valor adonde faltaba el resguardo, cayó oprimido de inmensos golpes. Viéndole Caro en tierra, y no atendiendo sino a tomar venganza de su muerte, se entró por en medio de los enemigos, en quienes a lanzadas y estocadas hizo considerable mortandad, hasta que no pudiendo resistir solo a tan numerosa muchedumbre, cayó muerto sobre el cuerpo de su amigo.

Sentido el rey, como era justo, de la pérdida de aquellos dos valerosos soldados y de los demás, hizo que tocasen a retirar. Todo su remedio lo debieron a la buena ordenanza con que se

retiraron, porque los bárbaros, contentos por haberlos rechazado, no los siguieron. Aunque Alejandro, perdida la esperanza de poder ganar la plaza, tenía resuelto levantar el sitio, mostrando querer continuar, hizo tomar todos los pasos del camino, acercar las torres y que refrescasen los que se hallaban fatigados.

Los indios, viendo su obstinación, dieron a entender también su seguridad, y como en manifestación de haber triunfado del enemigo, tuvieron dos grandes banquetes, celebrando su vencimiento con tambores y timbales a su usanza. Si bien a la tercera noche, habiendo cesado su algazara, causó grande extrañeza el ver toda la peña llena de fuegos, que habían encendido para asegurar su fuga por aquellos despeñaderos. Habiendo enviado el rey a Bálacro a reconocerlos, supo que los bárbaros habían abandonado la peña; a cuyo tiempo, haciendo señal a su gente para que levantase el grito, causó tal pavor en los fugitivos, que creyendo ya sobre sí al enemigo, se precipitaron muchos de lo alto de las peñas, y la mayor parte de ellos estropeados, fueron abandonados de los que pudieron salvarse.

Aunque Alejandro quedó antes vencedor de la plaza que del enemigo, hizo en acción de gracias sacrificio a los dioses, como si hubiese ganado una batalla, y levantó altares sobre la peña a la diosa Minerva y Victoria. A los guías que habían conducido a los soldados armados a la ligera, no dejó de cumplirles puntualmente lo que les ofreció, en medio de no haber ejecutado todo lo que habían prometido, y a Sicocosto dio el gobierno de la peña y de la región.

CAPÍTULO 12

Onfis, príncipe poderoso, abandonándose se rinde a Alejandro con su reino, pero consérvale en él. Presentes que se hacen ambos.

Tomó desde allí la vuelta de Ecbolima, si bien noticioso de que cierto Erice estaba apoderado con veinte mil hombres de guerra de un estrecho que había en el camino, dejó el grueso del ejército a Ceno para que le condujese a cortas jornadas, y habiéndose adelantado con su gente de arco y de honda, puso en desorden a los enemigos y abrió el paso a sus tropas, que le seguían. Los indios, ya fuese por granjear la gracia del vencedor, o ya por odio que tuviesen a su cabo, le dieron muerte al tiempo que huía, y llevaron su cabeza y sus armas a Alejandro; el cual dio por libre de castigo la acción, si bien no quiso autorizar el ejemplo con la recompensa de ella. Encaminándose desde allí al río Indo, llegó a él en seis días de marcha, donde halló dispuesto por Hefestión cuanto era necesario para pasarle, según se lo había ordenado.

Reinaba en aquella región Onfis, el cual, en cumplimiento del consejo que le dio su padre poco antes de su muerte para que pusiese a la obediencia de Alejandro su estado, le había enviado después de ella embajadores para saber de él, si era de su agrado que tomase posesión del reino, o que como persona particular esperase su venida. Y si bien el rey le permitió que reinase, tuvo la atención de no usar del dominio que le había concedido. Trató a Hefestión con grande urbanidad, e hizo distribuir gratuitamente entre sus tropas todos los granos que necesitaron, aunque no se dejó ver de él, por no quererse fiar sino del rey, a quien salió a recibir luego que supo estaba cercano con un hermoso ejército, entre cuyos escuadrones llevaba gran cantidad de elefantes, a corta distancia unos de otros, que de lejos no parecían sino castillos.

Túvole al principio Alejandro por enemigo suyo y no por su aliado, y así mandó a su falange que estuviese presta, y a su caballería que se pusiese en filas para combatir, cuando el indio, conociendo su yerro mandó hacer alto a sus tropas y detuvo su caballo. Hizo lo mismo Alejandro, dudoso en si venía como amigo o como enemigo; pues tan igualmente podía librar su seguridad en su valor que en la fe de aquel príncipe.

Llegaron a hablarse con ánimos amigables, según se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes, pero no pudiendo entenderse uno ni otro, hicieron llevar allí un intérprete indio, por cuyo medio dijo Onfis a Alejandro, que él iba a su presencia con su ejército para poner a su disposición todas sus fuerzas, sin haber querido esperar otra seguridad que la que libraba a su persona y a su reino en un príncipe cuya magnánima generosidad sabía que sólo

guerreaba por la gloria, y que nada aborrecía más que el obscurecerla con el lunar de la perfidia.

Obligado Alejandro de la bizarría del bárbaro, le tomó la mano y le restituyó a sus estados. Presentó a Alejandro cincuenta y seis elefantes y otras muchas fieras de prodigiosa magnitud, con tres mil toros, que en aquellas tierras son de grande estimación y muy del gusto de los reyes. Preguntándole Alejandro de qué necesitaría más, de labradores o de soldados, le respondió que teniendo guerra con dos reyes, necesitaba más de éstos que de aquellos. Eran los dos reyes Abisares y Poro, pero más poderoso Poro. Reinaban ambos de la otra parte del Hidaspes, resueltos a experimentar la fortuna de la guerra contra cualquiera que los acometiese.

Tomó Onfis con el permiso de Alejandro la diadema, y según el estilo de aquella tierra el nombre de Taxiles que había tenido su padre, y que era afecto a todos los que sucedían en el reino; y después de haber tratado magníficamente el rey por espacio de tres días, le mostró al cuarto las vituallas que habían consumido las tropas que llevó Hefestión, y le regaló a él y a los principales de su corte con coronas de oro y con ochenta talentos de plata en moneda.

Sumamente agradecido Alejandro de la generosidad de aquel príncipe, le volvió a enviar cuanto le había presentado y además de ello mil talentos del botín, que hacía siempre llevar detrás de sí con una rica vajilla de plata y oro para el servicio de su mesa, gran cantidad de ropas a la moda persa, y treinta y seis caballos enjaezados de la misma manera que los que él montaba. Pero así como aquella liberalidad obligó al bárbaro, ofendió sumamente a los cortesanos de Alejandro, entre los cuales uno, llamado Meleagro, le dijo comiendo con él después de haber bebido bien, que se regocijaba de que por lo menos hubiese hallado entre los indios uno digno de mil talentos. Reprimió el rey su indignación acordándose del disgusto que había tenido por la muerte que dio a Clito, a causa de su gran libertad; pero no dejó de decirle que los envidiosos no eran otros que verdugos de sí mismos.

CAPÍTULO 13

Hace Alejandro la guerra al rey Poro a persuasión de Onfis, cuyos principios son dudosos.

Llegáronle al día siguiente embajadores de Abisares, y en conformidad del orden que llevaban, ofrecieron a Alejandro en nombre suyo sus estados, y habiendo tomado y dádose recíproca fe, fueron despedidos. No dudando el rey que se le rendiría fácilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachó a Cleócares para que le notificase que le pagase tributo y compareciese a hacerle el debido obsequio saliendo a los confines de su reino. Pero bien lejos de ejecutarlo, le respondió el bárbaro que no dejaría de obedecerle en una de las dos cosas que le mandaba, saliendo a recibirle a la frontera, pero que sería con las armas en la mano.

Resuelto Alejandro a pasar el Hidaspes, le llevaron a Barzaentes, autor de la revolución de los aracosios, y treinta elefantes que se tomaron con él, cuyo refuerzo no pudo irle a mejor tiempo contra los indios, pues en ellos fían más aquellos brutos que en sus armas. Lleváronle también a Samaxo, rey de gran parte de la India, que se había juntado con Barzaentes, y habiendo dejado a uno y a otro con buenas guardas y dado el gobierno de los elefantes a Taxiles, pasó a alojar junto al Hidaspes.

Acampaba Poro en la ribera contraria para impedirle el paso, y tenía puestos de frente ochenta y cinco elefantes de prodigiosa magnitud, y delante de ellos trescientos carros y cerca de treinta mil infantes, entre quienes estaban los arqueros que usaban de aquellas largas flechas de quienes dejamos dicho el poco efecto que causaban por su demasiado peso.

Estaba Poro tan horrible como majestuoso sobre un elefante mayor que los demás, ostentándose así por la superioridad de su estatura a la regular de los otros, como por sus armas resplandecientes con el oro y la plata que las adornaba. Correspondía a la grandeza del cuerpo la del ánimo, y a uno y otro la capacidad, en cuanto permitía la grosería y rudeza de aquellos pueblos.

Quedaron los macedones no menos atemorizados que del enemigo del río que habían de pasar, el cual, además de tener cuatro estadios de ancho corría tan sumamente profundo e incapaz de que por parte alguna se le pudiese vadear, y con tan violenta rapidez como si lo hiciese por

alguna canal estrecha, causándosele más espantoso sus ruidosas y espumosas olas, las cuales, rotas en muchos lugares, eran testimonio de cuan llenos de peñas estaban; pero nada les era tan pavoroso como la vista de la ribera cubierta de hombres, de caballos y de elefantes. Estaban plantados en ella en forma de torres aquellos horribles animales, a quienes irritaban de propósito para que con sus espantosos gritos causasen mayor asombro en los ánimos del enemigo.

Todas estas cosas juntas tenían reducidos a los macedones a tan desconsolados términos, que en medio de haberse mostrado no menos invencibles que esperanzados en los mayores peligros, desconfiaban de poder vencer con sus débiles barcos la impetuosidad del agua, ni de llegar seguramente a la ribera aun cuando lo consiguiesen.

Había en medio del río muchas islas, las cuales pasaban a nado los indios y los macedones llevando las armas sobre la cabeza. En ellas tenían algunas escaramuzas a vista de ambos reyes, los cuales a costa de aquel corto peligro podrían prevenir el fin del más importante.

Hallábanse en el ejército de Alejandro dos caballeros mozos, llamados Hegesímaco el uno y Nicanor el otro, que habiéndose señalado por su temeridad, y fiándose en la continuada felicidad de su partido, despreciaban todo género de peligros. Estos, pues, eligiendo los más resueltos mancebos y no llevando consigo más armas que la de una lanza, pasaron a nado una isla llena de enemigos. En ella, con más osadía que resguardo, hicieron gran mortandad en los contrarios, después de la cual es sin duda que pudieran haberse retirado gloriosamente si supiese la temeridad cuándo es feliz contenerse, pero esperando con desprecio e insolencia a los demás que iban a tomar venganza de la muerte de sus compañeros, cogidos en medio por una tropa de ellos que nuevamente había pasado nadando, fueron oprimidos de los innumerables dardos que les tiraban de lejos, y los que pensaron en salvarse fueron arrebatados de la corriente o sorbidos de los remolinos.

Dio crecidos alientos este suceso a Poro, atento desde la ribera a cuanto pasaba, y puso en tan gran perplejidad a Alejandro, que se halló necesitado a usar de algunas estratagemas para engañar al enemigo. Había en aquella ribera una isla de mayor extensión que las otras, muy poblada de árboles y propia a armar en ella una emboscada. Tenía también un foso muy profundo cerca de la ribera que ocupaba el rey, donde no sólo se podía ocultar infantería, sino también caballería; y temeroso Alejandro de que los enemigos se valiesen de la comodidad de aquel terreno, mandó a Ptolomeo que con toda su caballería marchase lejos de la isla, y quedando frecuentemente al arma para atemorizar a los enemigos, hiciese demostración de querer pasar el río.

Ejecutólo Ptolomeo algunos días después con tan gran destreza, que obligó a Poro por medio de aquel ardid a que pasase de la otra parte donde había dado a entender intentaba ocuparla. Con que logrado el que los enemigos hubiesen perdido de vista la isla, hizo levantar Alejandro su tienda en frente de su campo y plantar las guardas de su persona alrededor de ella con toda la ostentación que solía usar y se debía a la majestad de tan gran rey. Hizo también a Átalo, que era de la misma edad, y no dejaba de parecersele en el rostro y en la estatura, mayormente viéndole de lejos, que se pusiese su real vestidura para dar a entender estaba allí él en persona y que no intentaba pasar, y para procurar teniendo al enemigo en este engaño entrar en la isla ya mencionada con el resto de sus fuerzas mientras le divertía Ptolomeo con las tropas que había llevado.

Y si bien sobreviniendo una tempestad retardó la ejecución de este intento, convirtiendo la fortuna en gran beneficio para este príncipe los mayores obstáculos, le facilitó aun en ella misma el medio de llevar al fin su designio; porque sucediendo a aquel turbión tan impetuosa lluvia que aun los que estaban debajo de cubierto no sin dificultad se preservaban de ella, hallándose precisados los soldados a desamparar sus barcos por asegurarse en tierra, y estando el cielo tan cubierto que negaba casi enteramente su luz para que pudiesen conocerse aun los soldados que se hallaban a corta distancia unos de otros. Bien lejos Alejandro de que le amedrentasen aquellas espantosas tinieblas ni el riesgo a que se exponía de pasar un río desconocido, y de ir a dar ciegamente y sin más fin que el de adquirir gloria a tan costoso precio a algún lugar quizá ocupado por los enemigos. Juzgando que aquella obscuridad que atemorizaba a los demás le era favorable, dio la señal para que todos entrasen en sus barquichuelos sin hacer ruido, y fue el primero que mandó botar al agua

el en que había de embarcarse.

No descubrieron persona alguna en la ribera donde habían de llegar, porque Poro tenía puesto todo su cuidado en Ptolomeo. Llegaron a la orilla sin más pérdida que la de un barquichuelo, que agitado por las olas dio en una peña; y habiendo hecho Alejandro marchar por filas algunas compañías de escogidas tropas para que tomasen el terreno de mano derecha, ordenó su ejército en forma de batalla.

CAPÍTULO 14

Combate sangriento y señalado entre los indios y los macedones. Gran valor de Poro, a quien Alejandro trata con real clemencia.

Empezaba ya a marchar al frente de su ejército, dividido en dos filas, cuando avisaron a Poro que los macedones habían pasado el río y se encaminaban hacia él. Creyó al principio, no de otra suerte que de la que se suelen lisonjear los hombres en sus esperanzas, que se habrían equivocado con Abisares, su aliado, que iba a asistirle en aquella guerra, en cumplimiento de lo que tenían ajustado entre ambos, pero aclarando el tiempo y desengañándole de que no eran sino los enemigos, envió a su hermano Espitaces con cien carros y cuatro mil caballos para que se opusiese a ellos. Consistía en aquellos carros su mayor fuerza: llevaba cada uno de ellos seis hombres, dos con escudos y otros dos arqueros por ambos lados de él, y los restantes conducían el carro, sin que dejasen de pelear cuando se llegaba a las manos, llevando gran cantidad de dardos, que disparaban contra los enemigos luego que quitaban los frenos a los caballos. Si bien aquel día le sirvió de poquísimos toda esta prevención, porque la gran lluvia que había caído dejó la tierra tan resbaladiza que los caballos no se podían tener, ni moverse los carros, bien pesados por sí y hundidos en aquellos pantanos y cenagales. Por el contrario, Alejandro, hallándose con su ejército listo y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fueron los escitas y los dahas los primeros que lo hicieron, y después Perdicas, a quien envió para que con la caballería acometiese al ala derecha.

Encendido el combate de una y otra parte los que conducían los carros los soltaron a toda rienda por en medio de la batalla, como el mayor socorro que podían dar a su gente. Pero fue igual el daño que causaron en unos y otros, porque si la infantería de los macedones, expuesta a aquella primera furia, fue rota y maltratada de las ruedas y de los caballos, los carros, que se desviaban a lugares resbaladizos y fragosos, volcaban a los que conducían, mientras los caballos de los otros, espantados, corrían de una a otra parte, arrojando a unos a los fosos y a otros al río. Hubo sin embargo algunos macedones que abriéndose lugar por en medio de los enemigos llegaron muy cerca de Poro, el cual cumplía a un tiempo con la obligación de soldado y de capitán. Y habiendo reconocido errantes sus carros por aquellos campos de batalla y sin quien los condujese, distribuyó los elefantes entre los que estaban más cerca de su persona y puso detrás de ellos la infantería y los arqueros, que solían tocar los tambores de que se servían los indios en lugar de trompetas. Si bien acostumbrados ya a aquel sonido los alteró poco su estruendo.

Llevaban al frente de la infantería la estatua de Hércules, que era muy poderoso estímulo para encenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus tropas abandonar a los que la llevaban, como si desamparasen la misma persona de Hércules estando vivo y no volverla de la batalla, por lo cual convirtieron en religión y veneración el miedo que habían concebido del enemigo. Detuvo algo a los macedones el aspecto de los elefantes y también el del rey, porque puestos aquellos brutos entre los escuadrones y vistos de lejos parecían torres, y Poro, cuya estatura era superior a la de todos los suyos, aún mayor respecto de ir en un elefante de excesiva magnitud a los demás.

Alejandro, pues, habiendo observado atentamente a aquel rey y a su ejército dijo: «Que, en fin, había hallado un peligro digno de su valor, habiendo de contender con furiosos brutos y con valerosos hombres.» Y volviéndose a Ceno le dijo: «Cuando haya acometido el ala izquierda de los enemigos con Ptolomeo, Perdicas y Hefestión, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tú, Antígenes, tú, Leonnato y tú, Taurón, daréis al mismo tiempo en el frente de la batalla

y los cargaréis vivamente. Nuestras largas y fuertes picas en ninguna ocasión nos servirán mejor que empleándolas en esos brutos y en los que los montan. Echad por tierra a éstos y herid en aquellos, cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir que dañar, y más si vuelven furiosos contra sus tropas, porque si una obediencia forzada les obliga a ir contra los enemigos, puede precisarlos a que se conviertan contra los suyos un impetuoso miedo.»

No bien hubo dicho esto cuando dando de espuelas al caballo se puso delante de todos. Tenía abierto ya un batallón de los enemigos, como lo había ideado, cuando empezó Ceno a cargar con gran furia en el ala derecha, y la falange con no menor ímpetu en la batalla de los indios, que quedando enteramente rota hizo Poro adelantar los elefantes por la parte que había entrado la caballería. Pero no pudieron aquellos pesados e inhábiles brutos igualarse en la velocidad con los caballos, ni tampoco los bárbaros valerse de ninguna suerte de las flechas, respecto de que siendo tan largas y pesadas, les era preciso, para cargar cómodamente el arco, afirmarle contra la tierra, que estando tan resbaladiza estorbaba que hiciesen efecto alguno, fuera de que antes de dispararlas tenían al enemigo sobre sí.

No escuchaban ya en aquella confusión las órdenes del rey, habiéndole usurpado la jurisdicción el miedo, más poderoso entonces que los cabos, los cuales eran tantos cuantas las desordenadas tropas. Querían unos que se reuniesen en cuerpo de batalla, otros que se separasen algunos y que se mantuviesen firmes, y no pocos que se cogiese a los enemigos por las espaldas, sin que nada llegase a ejecución. Poro con algunos de los suyos, en quienes pudo más la honra que el miedo, hizo rostro a Alejandro, poniendo de frente en la marcha a sus elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos por sus horribles gritos, a los que no estaban acostumbrados, ni los caballos, naturalmente recelosos, ni los soldados, cuyos escuadrones pusieron en tal confusión, que los que poco antes se habían visto victoriosos, ya no atendían sino a huir.

Entonces Alejandro hizo adelantar contra aquellos animales la caballería ligera de los agrianos y de los tracios, más propios para las correrías que para combatir a pie firme. Descargaron en los elefantes y en los que iban sobre ellos, a cuyo tiempo la falange, viéndolos vacilantes, empezó a cerrarlos de cerca; pero algunos que los perseguían con demasiado ardor los irritaron de suerte que quedaron despedazados de su furor, y dejando en su estrago ejemplo a los demás para que se abstuviesen de oprimirlos. Les causó mayor terror el ver levantar con sus trompas a los hombres armados y entregárselos a los que iban sobre ellos. Lo cual fue causa de que los macedones procediesen más remisos, y de que huyendo las unas veces y acometiendo otras, permaneciese gran parte del día dudoso el combate, el cual no hubiera tenido fin si no hubiesen cortado las piernas a los elefantes con hachas dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, a las que llaman copidas, algo corvas y en forma de hoces, con las cuales cortaban sus trompas, sin omitir medio alguno de que no se valiesen para librarse del furor de aquellos animales, a quienes temían más que la misma muerte.

Finalmente, rendidos los elefantes al rigor de sus heridas, no se dejaban ya gobernar: antes, furiosos del dolor de ellas, derribaban amigos y enemigos, y sacudiendo a los que llevaban sobre sí, los despedazaban. Después de lo cual, más mitigado su furor y siendo mayor el recelo con que quedaban que el daño que causaban, los echaron del campo de batalla a bandadas, como rebaños de ganado.

Viéndose Poro abandonado de la mayor parte de su gente, se mantuvo disparando gran cantidad de dardos, con los que hirió a muchos que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los enemigos. Hallábase ya con nueve heridas que había recibido, así por delante como por detrás, por las cuales habiendo derramado gran porción de sangre, quedó tan debilitado que se le caían los dardos de la mano cuando iba a dispararlos; pero su elefante, que se conservaba aún sin alguna herida, con vengativo instinto hizo grande estrago en los enemigos, en que hubiera continuado, si reconociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del rey y que se le caían sus armas por su demasiada debilidad, no le hubiese encaminado a la fuga, en la cual le seguía Alejandro bien de cerca. Pero habiéndole faltado a lo mejor su caballo, que oprimido de innumerables heridas cayó

suavemente debajo de él, como temeroso de ofenderle, dio tiempo a Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantase, en cuyo intervalo envió al hermano de Taxiles, rey de los indios, para que le exhortase se rindiese al vencedor y no aguardase al último lance. Pero Poro, aunque se sentía tan desfallecido y había derramado la mayor parte de su sangre, vuelto hacia donde oía aquella voz, que no desconocía, le dijo: «No escucho al hermano de Taxiles, aquel traidor a su patria y a su reino.»

Y tomando un dardo que le había quedado, le disparó contra él con tan gran violencia que le pasó de parte a parte, después de cuyo último testimonio de su valor se entregó a la fuga con mayor diligencia que antes. Pero habiendo recibido también el elefante muchas heridas, y no pudiendo ya marchar, se vio necesitado Poro a detenerse, dejando alguna infantería para que hiciese frente a los enemigos que le seguían.

Habíale alcanzado Alejandro, y viendo su obstinación, dio orden para que hiciesen pedazos a los que no se rindiesen; con lo cual cargaron los suyos a la infantería y al mismo Poro, el cual, gravado de tantas heridas, y haciendo el amago de ir a caer del elefante, creyendo el que le conducía que quería desmontarse de él, le hizo poner de rodillas, como acostumbra, a cuyo ejemplo ejecutaron lo mismo todos los que estaban cercanos, lo cual fue causa de que así Poro como los demás cayesen en manos de los vencedores.

El rey, creyendo que hubiese muerto, mandó que le despojasen, a cuya orden acudieron todos a quitarle la coraza y los vestidos, estorbándose el elefante, que defendiendo a su dueño, arrojó de sí a los que se acercaban y le levantó con su trompa poniéndole sobre sus espaldas; pero habiendo perdido los últimos alientos al rigor de las innumerables heridas que descargaron sobre él, pudieron aprisionar a Poro, a quien pusieron en un caballo, y reconociendo el rey que aún abría los ojos, le dijo movido de compasión: «¡Oh tú, infeliz! ¿qué delirio te indujo a que intentases medir tus fuerzas con las mías, sabiendo el crédito de mis armas, y no pudiendo dudar, por lo que obré con Taxiles, tu vecino, de la clemencia que uso con los rendidos?»

A que él respondió: «Pues deseas saberlo, yo te lo diré con la misma libertad con que me lo preguntas. No creía yo que hubiese en el mundo hombre más valiente que yo, porque conocía mis fuerzas y no había experimentado las tuyas hasta hoy que me ha enseñado el suceso que debo cederte, pero sin tenerme por poco feliz, logrando el segundo lugar después de ti.» Y habiéndole preguntado Alejandro «¿qué tratamiento esperaba le hiciese el vencedor?» Le respondió: «El mismo que este día te aconseja me des, el cual te lo enseña con bastante desengaño cuan caduca es la felicidad de los hombres.» Cuya advertencia le aprovechó más que el mayor ruego, pues con aquella generosa resolución, en que mostró la corta impresión que hizo en su animo el infortunio, movió de tal suerte a piedad el espíritu del rey, que no sólo le perdonó, sino que le colmó de honras.

Mandóle curar de sus heridas con el cuidado que pudiera si hubiese peleado en servicio suyo; y habiendo quedado sano de ellas, contra la esperanza de todos, le admitió al número de sus amigos y le dio poco después mayor reino que el que había tenido; porque nada se observó en él más natural ni en que mayor cuidado pusiese que en estimar el valor y la verdadera gloria donde la hallaba. Bien es verdad que esta virtud la practicó con menos liberalidad entre sus ciudadanos que entre sus enemigos, por creer que cuanto peligraba su grandeza observándola con aquéllos, quedaría más ilustre haciendo mayores y más famosos a los que había vencido.

LIBRO IX.

CAPÍTULO 1

Pasa Alejandro a la India después de haber vencido a Poro y reducido a su obediencia muchos pueblos y ciudades, cuyas costumbres y estilos se describen.

Gustoso Alejandro de tan memorable victoria, la cual le abría el paso al Oriente, hechos sacrificios al sol, colmó de elogios y de esperanzas a sus soldados para animarlos a la continuación de la guerra. Decíales que todas las fuerzas de los indios habían quedado postradas con sólo un golpe, que lo que les restaba no era más que un continuado botín y un almacén de riquezas, que iban a aquellas famosas regiones adonde reinaba la opulencia y crecían los tesoros, respecto a quienes no estimarían despojos los persas y que acumularían tanto oro, marfil y piedras preciosas, que no sólo llenarían de ellas sus casas, sino también Macedonia y Grecia.

Estimulados los soldados en la codicia y la gloria, y asegurados de las promesas del rey, las cuales habían visto cumplidas siempre, se ofrecieron animosos a seguirle. Habiéndolos despedido, hizo aprestar una armada para pasar al Océano y dilatarse por los términos del mundo, después de haber corrido toda el Asia. Había en las montañas vecinas gran cantidad de madera para la fábrica de los bajeles, pero habiéndola empezado a cortar, se encontraban con serpientes de prodigiosa grandeza y con rinocerontes muy raros en el mundo, a quienes los naturales de la tierra llaman con otro nombre que este, el cual les pusieron los griegos. El rey, después de haber edificado dos ciudades en ambas riberas del río que había pasado, dio a cada uno de los cabos de su ejército una corona de oro y mil escudos, honrando también a los demás según sus grados y méritos.

Abisares, que poco antes había enviado embajada a Alejandro, volvió a hacerlo nuevamente para asegurarle estaba pronto a ejecutar cuanto le ordenase, como no fuese el que le entregase su persona, porque no pudiendo vivir sin reinar, tampoco reinaría siendo cautivo. Respondióle Alejandro «que si le parecía tan áspero ir a él, que él le buscaría». Y habiendo pasado desde allí el río con Poro, entró en lo más interior de la India, donde halló bosques de casi infinita extensión, poblados de espesísimos árboles de desmesurado tamaño, cuyas ramas por la mayor parte eran como troncos, que redoblándose hasta la tierra volvían a levantarse tan derechas que no parecían ramas, sino nuevos árboles que nacían con propias raíces. Es allí el aire muy sano, así por la frescura de los bosques, la cual templaba el ardor del sol, como por la abundancia de agua que baña el territorio, aunque muy inficionado éste de serpientes, cuyas escamas resplandecen como el oro, y cuya mordedura era tan sumamente venenosa que los que la padecían morían al punto, hasta que los naturales hallaron remedio para ello. Marchó después por desiertos hacia el río Hiarotis, contiguo a un umbroso bosque lleno de pavos salvajes y de árboles no conocidos.

Desde allí pasó a apoderarse de una ciudad que estaba enfrente, y habiéndola impuesto tributo, se encaminó a otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas regiones, cercada de buenos muros y de una laguna. Saliéronle al encuentro los bárbaros sobre carros unidos unos con otros: llevaban hachas unos, saetas otros y los demás lanzas, y saltando de unos carros a otros se socorrían entre sí. Atemorizó al principio aquel género de combate a los macedones, sintiéndose heridos y sin poderse juntar, pero despreciando después tan mal ordenada tropa, embistieron con tan grande ímpetu los carros (mandando el rey cortar las sogas con que iban atados, para que pudiesen hacerlo más cómodamente) que habiendo perdido ocho mil de los suyos los enemigos, se retiraron a la ciudad. Plantáronse el día siguiente las escalas alrededor de las murallas, y habiéndola dado el asalto se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron a su demasiada presteza el salvar la vida pasando a nado la laguna, los cuales ponían en gran terror a las ciudades inmediatas, publicando que iba a sus tierras un ejército de los dioses, imposible de que le venciesen los hombres.

Habiendo mandado Alejandro a Perdicas que devastase aquella región con una parte de sus

tropas y dado algunas a Eumenes para que redujese a los bárbaros, pasó con las restantes contra una ciudad adonde se habían retirado los moradores de otras. Enviaron los sitiados diputados al rey para que tratase de ajuste, no dejando por esto de disponerse a su defensa respecto de la división que había entre el pueblo, donde decían unos que no podían hacer nada peor que rendirse, y otros que de ninguna suerte quedaban seguros sino haciéndolo; en cuya contestación, los más advertidos le abrieron las puertas. Y si bien pudo Alejandro irritarse contra los que resolvieron oponérsele, los perdonó a todos, y recibidos rehenes marchó a la ciudad más inmediata. Iban éstos delante del ejército; y conociéndolos los sitiados desde los muros, pidieron que se abocasen con ellos; y habiéndolo hecho éstos e informádoslos de la clemencia y fuerzas de Alejandro, se rindieron a su obediencia con otras muchas ciudades.

Entró después en el reino de Sofites, cuyo pueblo, si creemos a los bárbaros, es muy sabio: gobiérnase con buenas leyes y vive con loables costumbres. No se crían ni se educan allí los hijos conforme a la voluntad de los padres ni de las madres, sino conforme a la de ciertas personas destinadas para ello, las cuales toman a su cuidado la formación y constituciones de sus cuerpos, en quienes si reconocen algún notable defecto les dan muerte. No atienden cuando se casan a la calidad de las familias ni al caudal, sino sólo a la hermosura de las mujeres, la cual hace estimables también a los hijos.

Habíase encerrado aquel rey en la capital de su reino, a la que tenía bloqueada Alejandro. Hallándose dudosos los macedones en si la habrían abandonado los habitantes o si se ocultaban para usar de alguna estratagema, respecto de no aparecer ni en los muros ni en las torres persona alguna a su defensa; pero abriendo repentinamente las puertas, salió el rey indio con dos hijos suyos, ya crecidos, y se encaminó en busca de Alejandro. Excedía en la estatura y buena disposición a todos los demás bárbaros, y llevaba una ropa de púrpura y oro que le llegaba a los pies, con sandalias de oro cubiertas de pedrería, brazaletes de perlas en los brazos, collares en los hombros y pendientes de las orejas dos perlas de inestimable valor. El cetro era de oro guarnecido de piedras preciosas, el cual dio a Alejandro, ofreciendo su persona, la de sus hijos y su pueblo a su obediencia, y haciendo infinitos votos por su salud y por el acrecentamiento de su imperio.

Hay en aquella región una casta de perros admirables para la caza. Refiérese de ellos que tienen gran antipatía con los leones, y que luego que ven las fieras dejan de ladrar. Deseando, pues, que el rey viese la fuerza y coraje de aquellos animales, hizo Sofites soltar un león de extraordinaria grandeza y dejar con él sólo cuatro perros, que inmediatamente se arrojaron sobre él. Tirando el montero a uno que como los otros había hecho presa del muslo y haciendo fuerza por separarle y no pudiendo conseguir que la soltase, le cortó una pierna. Pero no habiendo bastado esto a vencer su obstinación, le cortó otra, y viéndole tan encarnizado que no podía rendirle a que se deshiciese, pasó a hacerle lentamente pequeños pedazos, y sin embargo se dejó matar, manteniendo siempre firmes los dientes en la fiera: tan grande ardor concedió la naturaleza a aquellos animales para la caza.

Confieso que refiero más de lo que creo, pero como no me obligo a asegurar lo que dudo, tampoco excuso repetir lo que he sabido. Habiendo, pues, dejado a Sofites en su reino, pasó hacia el río Hipasis, donde vino a juntársele Hefestión, que había conquistado otra región. Fegeo, rey de aquélla, noticioso de la jornada de Alejandro a ella, ordenó a sus vasallos que atendiesen, según su costumbre, a labrar sus tierras, mientras salía a recibir a Alejandro con presentes y asegurarle de su obediencia.

CAPÍTULO 2

Hallándose Alejandro pronto a acometer a los gangaridas y prasios, exhorta con largo razonamiento a sus soldados a la perseverancia, reconociéndolos fatigados y que rehusaban continuar la guerra.

Detuvose el rey allí dos días, y al tercero resolvió pasar el río, aunque era bien difícil hacerlo, así por su anchura como por estar lleno de peñas. Y habiéndose informado de Fegeo de cuanto le pareció conveniente entender, supo que de la otra parte del río tenía que caminar once jornadas por

desiertos, después de las cuales estaba el Ganges, el mayor río de todos los de la India, y que más adelante habitaban los gangaridas y los prasios, cuyo rey era Agrames, el cual estaba a la entrada de sus dominios con veinte mil caballos y doscientos mil infantes, fortificado con dos mil carros y tres mil elefantes, que era lo que más terror causaba contra cualquiera que intentase invadirlos. No acabando el rey de dar crédito a esto, preguntó a Poro, que le iba asistiendo, si era cierto. Y él le aseguró que por lo que miraba a las fuerzas del reino, eran las que le había dicho, pero que en lo demás, el que reinaba no sólo no era noble, sino de muy bajo nacimiento, porque su padre había sido barbero y tan pobre que sólo vivía del jornal que ganaba, pero que sin embargo, aficionada la reina de su buena disposición le había elevado a la primera dignidad del reino, después de la del rey, a quien aquel malvado dio alevosamente muerte y se apoderó de sus Estados con el pretexto de la tutela de los hijos. Y que algunos días después, habiendo quitado también la vida a éstos, tuvo en la reina un hijo, que era el que reinaba entonces, hombre aborrecido y despreciado de sus pueblos, y en quien se reconocía, más que el esplendor de la grandeza en que se veía, la bajeza del nacimiento de su padre.

No le causó pequeña inquietud a Alejandro que le confirmase Poro aquellas noticias, no tanto por los enemigos ni por los elefantes, cuanto por la situación de los lugares y por la impetuosidad de los ríos. Parecíale grande temeridad pasar al fin del mundo en busca de aquellos a quienes retiró y ocultó la naturaleza. Si bien el deseo de gloria y el de dejar inmortal su nombre allanaba las mayores dificultades, con todo no dejaba de recelar que los macedones, que habían pasado por tan dilatadas tierras y envejecido en el manejo de las armas, quisiesen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes y dificultades como los que se les ofrecían. Discurría por ello que hallándose colmados de bienes apetecerían más gozar los que poseían que procurar otros exponiendo sus vidas al riesgo de perderlas: que era muy otro el fin suyo que el de sus soldados, pues si habiendo él ideado hacerse dueño del universo, conocía no haber hecho más que dar principio a tan gran empresa, no así aquéllos, los cuales, disgustados ya de tan continuadas guerras, tenían por concluidos sus trabajos y no pensaban sino en recoger pronto el fruto de ellos, tal cual como fuese. Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambición, juntas sus tropas, les habló en estos o semejantes términos:

«No ignoro ¡oh soldados! las astucias de que estos días se han valido los indios para amedrentaros, ponderándoos cuantas dificultades les han parecido capaces para lograrlo, pero tampoco la corta novedad que que os harán semejantes artificios. No de otra suerte nos encarecían los persas las rocas de Cilicia, las llanuras de Mesopotamia y la terribilidad del Tigris y del Éufrates, los cuales pasamos a nado el uno y por puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas como son: auméntalas siempre, como hace con nuestra gloria, que aunque adquirida al precio de nuestros merecimientos, es más lo que de ella publica que lo que se proporciona con éstos. ¿Quién de vosotros hubiera creído poco antes resistir el furioso ímpetu de esos brutos, los cuales parecían fortísimas torres, ni quién pasar el Hidaspes y superar las extrañas e inmensas dificultades de que nos desengañó la experiencia? Mucho tiempo ha que nos hubiéramos retirado del Asia si hubiésemos dado crédito a los quiméricos encarecimientos que han supuesto para rendirnos a ellos y sustraernos de nuestros intentos. ¿Creéis vosotros que hay allí más tropas de elefantes que rebaños de carneros en otras partes? ¿No sabéis que éste es un animal muy raro, difícil de coger y no menos de domesticar, y que con igual falsedad ponderan esa muchedumbre de caballería e infantería? Por lo que mira al río, no es dudable que cuanto más se ensancha será tanto menos difícil de vadear, y que por el contrario, si su corriente fuese estrecha, sería rápido e impenetrable, fuera de que todo el peligro está en la ribera, donde el enemigo nos espera, en la cual, sea estrecha o ancha, será igual siempre el peligro. Pero aunque todo sea cierto, ¿qué es lo que os atemoriza? ¿Es por ventura la deformidad de los animales, o la muchedumbre de los enemigos? Si los elefantes, ya hemos visto con cuánta más furia se convirtieron contra los mismos que los condujeron para nuestro daño que con la que nos acometieron, y la facilidad con que redujimos a menudos pedazos su gran corpulencia con nuestras segures y nuestras hachas. ¿Y de qué importancia es que su número sea

igual al que tuvo Poro, o que sea superior, cuando con herir a uno o a dos se conseguirá que huyan todos? Fuera de que si apenas pueden gobernarlos siendo pocos, ¿cómo lo podrán hacer siendo tantos? Que sólo servirán para embarzarse unos a otros, sin poderse detener ni huir aquellos pesados disformes cuerpos, de quienes he hecho tan poco aprecio siempre, que no he querido nunca valerme de ellos, aunque los he tenido, por conocer que los debe temer más quien se sirve de ellos que los mismos enemigos. Si no es ya que os amedrente aquel gran número de hombres y de caballos, como no acostumbrados a pelear sino con cortas tropas, ni a tener hasta ahora en vuestro opósito tanta muchedumbre. La mayor se rinde al invencible valor de los macedones, de que son testigos el Gránico, la Cilicia, inundada de la sangre de los persas, y Arbela, cuyas campañas se hallan cubiertas de los huesos de los cuerpos que vencimos. ¿Cuándo podréis numerar las legiones de vuestros enemigos, habiendo dejado con vuestras victorias desierta el Asia?

Muy justo hubiera sido que reparásemos en el corto número de nuestras fuerzas cuando pasamos el Helesponto; no empero hoy, que componen nuestro ejército los escitas, los bactrianos, los sogdianos y los dahas. No porque hago yo grande aprecio de esa turba de bárbaros, pues mi mayor confianza se funda en vosotros y en vuestro valor, que es la más segura prenda de la felicidad de todas mis empresas. Y así, mientras os tuviere conmigo, ni pensaré en mí ni me dará cuidado alguno el ejército de los enemigos. Por lo cual sólo os pido que me asistáis con vuestros ánimos, colmados de ardimiento y de confianza.

Advertid que no nos hallamos hoy al principio de nuestras empresas y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas, y que si no lo estorba nuestra pereza, hemos llegado ya al Océano y adonde tiene su nacimiento el sol, desde donde volveremos triunfantes a nuestra patria, habiendo puesto por términos de nuestro imperio los últimos límites del mundo. No hagáis lo que los malos agricultores, que por negligencia suya malogran la cosecha cuando está en estado de que la recojan.

Mayor es aquí la recompensa que el peligro, pues hemos de combatir con una nación rica y flaca, contra quien os conduzco, más que para que aumentéis vuestra gloria, para que hagáis una considerable presa. Bien merecéis llevar a vuestras casas las riquezas con que este gran mar inunda sus riberas. Sois capaces por vuestro valor de intentarlo todo y de no dejar nada por imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mismos, por vuestra propia gloria, que excede a toda fuerza humana, y por el afecto recíproco que os tengo y me tenéis, que peleemos a porfía sin que podamos vencernos, y que no desamparéis, hallándoos en vísperas de quedar señores del universo, a vuestro alumno y a vuestro camarada, por no decir a vuestro rey.

Cuanto he ejecutado hasta aquí, os lo he mandado; esto empero os lo pido como beneficio, advirtiéndoo que es quien os lo ruega quien jamás os ha empeñado en empresa alguna donde no haya sido el primero que se ha expuesto a los peligros, y que os ha cubierto con su escudo y defendido con su espada. No me quitéis de las manos la palma que me habéis puesto en ellas, y con quien, si no me lo estorba la envidia, podré igualarme con Hércules y Baco. Conceded, pues, éstos a mis ruegos y romped ese obstinado silencio. ¿Qué es lo que noto? ¿Dónde están aquellos gritos, ordinarios testimonios de vuestro ánimo? ¿Dónde los alegres semblantes de mis macedones?

Confésoos, ¡oh soldados! que no os conozco ya, y que ya me parece que tampoco vosotros me conocéis. Ha mucho que hablo aquí con sordos, y ya me canso de esforzar alientos perdidos y ánimos que me son contrarios.»

Pero no bastando esto a moverlos a que prorrumpiesen en la menor palabra, y manteniéndose con los ojos bajos:

«No sé de cierto (continuó diciendo) qué causa os puedo haber dado, inadvertido, para que no os dignéis aun de mirarme. ¡Qué es esto! ¿Estoy en algún desierto? ¿Nadie de cuantos me escuchan me responde? Decidme a lo menos que no queréis hacer lo que os pido. ¿Qué es empero lo que os ruego? No es otra cosa que vuestra propia gloria y vuestra propia grandeza la que solicito. ¿Dónde están los que pretendían a porfía llevar a su rey herido? Mas ¡ay! que ya me hallo abandonado, me hallo vencido y entregado a mis enemigos! Pero yo, yo pasaré adelante, a pesar vuestro, sin vosotros. Dejadme a merced de los ríos y de las fieras, o dadme en presa a las naciones cuyos

nombres solos os atemorizan, que yo hallaré quien me siga después que me hayáis abandonado. No me desamparán los escitas y los bactrianos, los cuales, si poco antes fueron enemigos míos, ahora serán mis soldados, porque en fin, quiero más morir con reputación, que reinar con afrenta y depender de vosotros. Y después, idos a vuestra patria y vanagloriaos en ella de haber abandonado a vuestro rey; que yo no desistiré de mi intento hasta haber obtenido en estas regiones, o la victoria de que desesperáis, o una honrosa muerte.

CAPÍTULO 3

Responde Ceno por todos a Alejandro, y muere poco después de enfermedad.

No pudo, por más que se esforzó, obligarlos a que se diesen por entendidos de sus exhortaciones, porque esperaban que sus cabos y los principales oficiales le representasen que no dejaban de tenerle el amor que le debían, pero que hallándose traspasados de las heridas y quebrantados de las fatigas, estaban imposibilitados de servirle. En cuya suspensión se mantenían con los ojos en tierra, cuando repentinamente se levantó un murmullo que creciendo poco a poco, prorrumpió en gemidos y lamentos tan desconsolados que el mismo rey, convirtiendo a pesar suyo en compasión su ira, no pudo abstenerse de llorar. Finalmente, deshecha toda la junta en lágrimas, y no atreviéndose ninguno a hablar palabra, se acercó Ceno al tribunal mostrando que quería hacerlo. Y habiendo visto los soldados que se quitaba la celada, prevención precisa para hablar al rey, y pidiéndole que abogase por la causa de todos, empezó a decir de esta suerte:

«¿Es posible, señor, que te persuadas a que pueden caber en nosotros pensamientos tan culpables y tan impíos? Apártenlos de nuestros entendimientos como lo hacen los dioses, y no permitan incurramos nunca en ellos. Hállamonos con la misma voluntad y disposición que nos han tenido siempre para ir adonde nos ordenares para pelear, para exponer nuestras vidas a los peligros en tu servicio, y para adquirirte al precio de nuestra sangre inmortal renombre. Y así puedes estar seguro de que si persistes en tus gloriosos intentos, tal cual nos ves, desnudos, sin armas y ya consumidas las fuerzas, te seguiremos o marcharemos delante de ti como nos lo ordenares; pero si es permitido a tus soldados que te hablen con el profundo respeto que te suplican que oigas sus quejas, las cuales salen de lo íntimo de sus corazones, desde donde las arrojan a los labios sus últimas calamidades, escúchalas, señor.

La grandeza de tus hazañas ¡oh generoso monarca! no solo ha vencido a tus enemigos, sino rendido también a tus mismos soldados. Hemos obrado en tu servicio cuanto es posible en las humanas fuerzas. Hemos surcado mares y penetrado tierras inmensas, de las que tenemos aún mayor conocimiento que los mismos que las habitan, y habiendo llegado ya a los últimos términos del mundo, te dispones a entrar en otro y a buscar nuevas Indias, desconocidas aun a los mismos indios.

Quieres sacar de sus cabañas a los que viven entre las serpientes y entre las fieras, para que tus victorias se dilaten más allá de las tierras a que no ilumina el sol. Intento, que si bien es digno de tu valor, excede a nuestras fuerzas, porque cuando esto se aumenta siempre con nuevos espíritus, tanto se extingue nuestro viaje. Vuelve los ojos a estos desfigurados y consumidos rostros y a estos cuerpos horribles con las llagas y cicatrices que los cubren todos. Advierte en nuestras armas, y hallarás consumidos sus cortes.

Mira nuestros vestidos reducidos a pedazos, y a nosotros, por no tener de qué hacerlos al uso de nuestra patria, necesitados a andar a la moda persa. Y para decirlo de una vez, vesnos aquí del todo extraños. Pero ¿quién hay entre nosotros que conserve alguna coraza? ¿quién algún caballo? Averígüese cuál es el que mantiene algún esclavo y lo que nos ha quedado de su presa.

Somos los vencedores y los que lo hemos conquistado; pero sin embargo, nos vemos más pobres que los mismos vencidos, y no porque lo hayan malogrado nuestras profusiones y desórdenes, sino porque la misma guerra ha consumido los frutos y los instrumentos de la guerra. Y en este estado, señor, quieres exponer tan prodigioso ejército al furor de las fieras, cuyo número convengo en que no sea cual le suponen los bárbaros, si ya no inferimos de su misma falsedad que

no es pequeño. Pero si has resuelto pasar a las Indias, ¿por qué no tomas antes la derrota hacia el Mediodía, cuyo camino es más corto y de menos desiertos, cuando sojuzgando esta parte ganas el mar que termina la tierra? ¿Para qué necesitas de ir a buscar por rodeos la gloria que tienes a la vista?

Aquí se nos ofrece también el mar Océano, y si no es que gustes de andar errante por el mundo, ya hemos llegado adonde te conduce la fortuna. No juzgues, señor, que el representarte esto mira a ganar el afecto del ejército que está presente, pues bien lejos de este fin, sólo me ha movido a hacerlo haber tenido por mejor manifestarte a ti la causa de nuestros disgustos que quejarme fuera de tu presencia con mis compañeros de nuestras miserias, creyendo te será menos molesto oír las humildes representaciones de mi respetuoso celo que el inconsiderable llanto y los inadvertidos murmullos de tus tropas.»

No hubo bien acabado de decir, cuando por todas partes se oyó que con descompasados gritos y confusas voces mezcladas de desconsolados gemidos, llamaban al rey su señor y padre, cuyo murmullo sosegado, le hicieron la misma súplica todos los cabos, y con especialidad aquellos cuya edad la autorizaba y daba más decente excusa. Dudoso el rey en la resolución que tomaría, no hallándose en estado de castigar a los suyos ni en disposición de complacerlos, descendió de su tribunal y se encerró en su tienda, adonde dio orden para que ninguno entrase que no fuese criado de su casa. Mantúvose indignado dos días; y habiéndose dejado ver al tercero, hizo levantar doce altares de piedra cuadrada en memoria de su expedición; ordenando también que se dilatasen los alojamientos de su ejército y que se dejasen allí las camas mayores que las ordinarias, para que aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias, admirasen a la posteridad.

Torció desde allí el camino, fue a acampar a orillas del Acesines, donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida, si bien la lloró el rey, no pudiendo contenerse dijo que para los cortos días que había de vivir, había sido demasiado dilatado el discurso que había hecho, si hubiese de ser sólo él quien volviese a Macedonia.

Estando ya a la vela los bajeles que había mandado fabricar, le llegaron de Tracia seis mil caballos de reclutas conducidos por Memnón, con siete mil infantes que le enviaba Hárpolo y veinticinco mil pares de armas guarnecidas de oro y plata, las cuales repartió entre los soldados, habiendo hecho quemar las viejas. Hallándose, pues, cercano a embarcarse en el Océano con mil velas, compuso a Taxiles y a Poro, reyes de la India, evitando que se renovasen sus antiguas enemistades con la paz, que asentó entre ellos por medio de nueva alianza, dejándolos quietos en sus reinos, después de haber proveído de ellos cuanto fuere necesario para su armada. Fundó también dos ciudades; púsoles por nombre a una Nicea y Bucéfala a otra, en honor del caballo que se le había muerto, llamado Bucéfalo. Y dada orden de que le siguiesen los elefantes y el bagaje por tierra, para que pudiese alojar más cómodamente el ejército, se embarcó por último en el río, por el cual le salía el viaje a cuatrocientos estadios por día.

CAPÍTULO 4

Habiendo reducido Alejandro a su obediencia a los sibos y a otros pueblos, entra en la región de los oxidracas y de los mallos. Pone en fuga a los bárbaros y sitia su ciudad, sin acordarse de la predicción de Demofonte, adivino.

Pasó de aquella suerte hasta donde el Hidaspes se junta con el Acesines, y desde donde toman su curso hacia la provincia de los sibos, los cuales se vanagloriaban de que sus antecesores eran del ejército de Hércules, y que habiendo caído enfermos en aquel paraje, continuaron en él su habitación. Vístense de pieles de animales, no llevan más armas que clavos, y aunque muy bastardeados en ellos los estilos de los griegos, no dejaban de conservar muchos vestigios de su origen. Continuando su navegación se adelantó ciento cincuenta estadios, y después de haber forrajeado el país tomó la ciudad capital de él. Habiendo ordenado los bárbaros en batalla cuarenta mil infantes en la ribera para estorbarle el tránsito, y pasado, sin embargo, a vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus muros y tomó por asalto su ciudad, donde fueron pasados a cuchillo los que

podían llevar armas y vendidos los demás. Marchó después contra otra ciudad, donde rechazado vigorosamente perdió muchos macedones, si bien reconociendo los habitantes su persistencia y desesperando de su remedio, pusieron fuego a sus casas y se entraron en ellas con sus hijos y sus mujeres. Extinguíanle los enemigos a igual proporción de como le aumentaban ellos. Extraño modo de guerra a la verdad, en el cual se veía destruir por los habitantes su ciudad y defenderla los enemigos. Tan abominable cosa es la guerra, que trastorna y pervierte aun el orden y las leyes de la naturaleza.

Preservóse del fuego el castillo, en el cual puso guarnición; y entrando en un barquillo lo rodeó todo para reconocerle. Sírvenle de foso los tres mayores ríos de la India después del Ganges. Báñale el Indo hacia el Septentrión, y por la parte del Mediodía el Acesines y el Hidaspes. Júntanse con tan gran violencia que causan allí iguales tormentas a las que se experimentan en ancho mar; y respecto de la gran cantidad de cieno y tierra que llevan, sólo dejan un corto estrecho por donde pasan los bajeles, en el cual, batiéndolos las olas por las proas y los costados, quisieron los marineros recoger las velas, pero no pudieron, así por su pavor, como por la gran furia de los ríos. Perecieron a su vista dos bajeles de los mayores que llevaban, y fueron arrojados a tierra sin daño alguno los menores, aunque no más fáciles de gobernarse. El del mismo rey volvió el costado en la corriente, donde estuvo muy a pique de que le sorbiesen los remolinos del agua, los cuales rompieron el timón.

Habíase quitado sus vestiduras para arrojarle al río, donde estaban los suyos dispuestos a recibirle, pero siendo tan igual el riesgo de intentar pasarle a nado como de permanecer varado allí, quedó irresoluto. Hiciéronse cuantos esfuerzos fueron posibles por romper las olas, que por último cedieron al de los remos y a la industria de los marineros, los cuales sacaron al rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el navio ni evitar que encallase en el primer bajo.

Libre Alejandro de aquel peligro, hizo levantar igual número de altares al de los ríos, a quienes habiendo hecho sacrificios en acción de gracias, se adelantó treinta estadios más y entró en la región de los sudracas y de los malos. Hallábanse aquellos pueblos en continuas guerras entre sí, pero habiéndolos unido entonces el interés común, habían juntado hasta ochenta mil infantes mancebos, todos vigorosos, y diez mil caballos con novecientos carros.

Viendo los macedones que cuando creían hallarse fuera de todos los peligros de la guerra, se les ofrecía nuevamente el de contender con la nación más belicosa de las Indias, perdidos de ánimo, empezaron a maquinar inquietudes y sediciones.

Decían que verdaderamente no les habían obligado a que pasasen el Ganges y a ir de la otra parte a hacer frente a tantos millares de hombres y de elefantes, sino para transferir la guerra contra enemigos más feroces, y no para vencerla; que los precisaban a pasar a parajes que hicieron los dioses inaccesibles a los hombres, llevándolos, a pesar suyo, a aquéllos en los que carecían de la vista del sol y de las estrellas, para que le abriesen, al precio de su sangre, camino al Océano; que para que estrenasen las armas que les habían dado, les ofrecían nuevos enemigos en que emplearlas; pero aun cuando los derrotasen y pusiesen en fuga, ¿qué habrían logrado sino espesísimas nieblas, profundísimas tinieblas y eterna noche que cubría la faz de aquel inmenso mar, lleno de espantosos monstruos y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma naturaleza parecía como que iba a expirar?

Quedó el rey en gran conflicto, no tanto por él, cuanto por lo que miraba a los suyos, y habiéndolos juntado, les manifestó «que aquellos pueblos a quienes temían tanto, no eran guerreros, y que vencidos ellos, no había quien les impidiese el que, habiendo atravesado por tan dilatados reinos, llegasen al fin del mundo y de sus trabajos; que hallándose atemorizados del Ganges y de las numerosas naciones que habitaban de la otra parte, por corresponder al amor que los tenía y complacerlos, los libró de ellas tomando otra derrota por donde era igual la gloria y menor el peligro; que ya veían el Océano y empezaron a sentir el aire del mar; que no le usurpasen el lauro a que aspiraba, pasando los límites de Hércules y de Baco; que podían a poca costa adquirir inmortal renombre a su rey; y por último, que a lo menos tuviesen sufrimiento, para que se retirasen de las

Indias con honra, y no con fuga.»

Es ordinario en la muchedumbre, y con especialidad entre la gente de guerra, que se aquiete con tan ligeras causas cuales son las que suele tener para alterarse, como se experimentó en esta ocasión, en la cual nunca prorrumpieron con más gusto que entonces los soldados, diciendo en altas voces «que los llevasen en buen hora y que se igualase a los que pretendía imitar». Con cuyas aclamaciones, gustoso el rey, marchó contra los enemigos, que eran los más valientes de las Indias, los cuales se disponían a recibirle con todo género de prevenciones de guerra. Habían elegido un cabo de los sudracas, persona de gran valor y de larga experiencia, el cual, acampado al pie de la montaña, mandó hacer grandes fuegos por todas partes para que pareciese mayor su muchedumbre, y dar grandes gritos y alaridos a su bárbara usanza, con los que pensaban amedrentar a los macedones.

El rey, alegre y esperanzado, reconociendo la buena disposición de su gente, la mandó al romper el día tomar las armas y ponerse en batalla. Pero los bárbaros, preocupados del miedo o, lo que es más cierto, poco conformes entre sí, se acogieron prófugos a las montañas, donde los siguió el rey sin ningún fruto y sin haber podido ganar más que el bagaje. Encaminóse desde allí a la ciudad de los sudracas, donde se habían retirado la mayor parte de ellos, aunque fiando más en sus armas y en su valor que en la plaza. Acercábase a ella el rey, cuando se llegó a él cierto adivino a advertirle que desistiese de aquella empresa o que la defiriese a lo menos, porque corría gran riesgo su vida.

El rey, mirando a Demofonte, que así se llamaba el adivino, le dijo: «Si al tiempo que te ejercitas en reconocer las entrañas de las víctimas llegase alguno a interrumpirte, ¿no recibirías disgusto de ello y tendrías por molesto e importuno a quien lo hiciese?» Y respondiéndole Demofonte que sí, le replicó el rey: «Pues siendo así, ¿cómo no prevenías que hallándome empleado, no ya en examinar las entrañas de los animales, sino en una de las mayores empresas del mundo, nada podía serme de mayor importunidad que un adivino lleno de superstición?» Y diciendo esto hizo plantar las escalas. Tardando con gran disgusto suyo en ejecutarlo, fue el primero que subió al muro, el cual era estrecho, y no tenía, como otros, almenas, sino un simple reparo que le rodeaba para impedir la entrada. Por lo cual el rey, más inmóvil que adelantado, quedó expuesto a los innumerables tiros que descargaban en él desde las torres, los cuales resistía con su escudo. Su gente, aunque no podía subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando que si no se apresuraba quedaba perdido el rey, atropellando por él, se esforzaron a porfía todos a procurar librarle; a cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las escalas, que rotas éstas con el demasiado peso, dejaron al rey sin esperanza de socorro.

CAPÍTULO 5

Queda herido en la ciudad de los sudracas, donde se arrojó de un brinco, y después de haber perdido algunos de sus mejores capitanes y tomándose la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto y desamparado de todo socorro.

Habiendo quedado allí abandonado a vista de todo su ejército, como pudiera si se hallase solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de aguantar los golpes que ya no podía resistirlos, le dijeron a grandes voces los suyos desde abajo que no le quedaba otro recurso sino el de dejarse caer, que ellos le recibirían. Con lo cual se resolvió a ejecutar una increíble acción, más digna de atribuirse a efecto de temeridad que de valor.

Saltó en medio de la plaza, llena toda de enemigos, donde no podía esperar sino ser muerto antes que pudiese levantarse y quedar incapaz de defenderse y de tomar venganza de sus enemigos, pero se abalanzó por dicha suya de tal suerte, que cayó de pies y con la espada en la mano, con la cual retiró a los que tenía más inmediatos, habiendo andado tan próspera la fortuna en su defensa, que para que no fuese cogido en medio le ofreció un viejo árbol, cuyas dilatadas y espesas ramas se extendían para cubrirle, y cuyo tronco, sumamente grueso, le sirvió para que se afirmase en él, como lo hizo, reparando por delante con su escudo los tiros que le disparaban. Es bien verdad que lo

hacían a distancia, por no atreverse ninguno a acercársele, y que caían más saetas en el árbol que en el escudo. Combatía a favor suyo la fama de su esclarecido nombre, de considerable terror a todos aquellos pueblos, y la desesperación, de eficazísimo estímulo para incitar a los hombres a morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, a cuyo tiempo, cargándole los bárbaros desatinadamente, los recibió con tal brío como si entonces empezase a resistirlos, descargando tan recias cuchilladas en ellos que derribó a dos por tierra, a vista de lo cual no hubo quien se atreviese a acercársele.

Pero siendo el blanco de todos los dardos, y no pudiendo en aquella postura defenderse sin gran incomodidad, descargó cierto indio en él una flecha de dos codos, de cuyo tamaño son todas las suyas, como dejamos dicho, que le pasó la coraza y llegó a penetrarle bastante en el lado derecho, del cual le salía la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las armas de las manos, quedando como muerto y sin fuerzas aun para sacarse la flecha. Viéndole en aquel estado el que le había herido, partió presuroso y con gran gusto a él para despojarle; pero no bien le hubo sentido, cuando, a lo que juzgo, irritado del oprobio y recobrando sus perdidos alientos, le entró el puñal en un vacío. Causaron aquellos tres cuerpos tendidos delante de él tal pavor en los enemigos, que no se atrevían sino a mirarlos de lejos, sin hacer otra cosa.

En tanto el rey, deseoso de morir combatiendo, procuraba levantarse con su escudo, y sintiendo que le faltaban las fuerzas se asía de las ramas del árbol para hacer el último esfuerzo. Pero no bastando volvió a caer de rodillas, desafiando al más animoso de los enemigos a que combatiese de cerca con él.

Finalmente, Peucestes, habiendo entrado por otra parte, a pesar de los que defendían el muro, se puso al lado del rey, que viéndole no esperaba pudiese ya servir para librarle la vida, sino para consolarle en su muerte, y hallándose casi para rendir el espíritu, se reclinó sobre su escudo. Sobrevino algo después Timeo, luego Leonnato y después Arístono.

Los indios, luego que entendieron que el rey estaba en la ciudad, acudieron de todas partes allí y cargaron vivamente a los que le defendían; entre los cuales Timeo, después de haber recibido muchas heridas y hecho vigorosa resistencia, cayó muerto. Peucestes, aunque herido de tres tiros de flechas, sólo atendía a cubrir al rey con su escudo; no pudiendo resistir más tiempo por sus heridas, le abandonó por último. Leonato, rechazando esforzadamente a los bárbaros que le cargaban, le alcanzó tan gran golpe en el cuello que cayó muerto de él a los pies del rey.

Toda la esperanza se libraba en Arístono; pero ¿qué podía hacer un hombre solo y herido contra tanta muchedumbre? En tanto, habiéndose esparcido entre los macedones la voz de que había muerto el rey, cuya noticia, siendo más natural que los atemorizase, les infundió tan grande ánimo, que despreciando el peligro derribaron el muro a golpes de picas y de maderos, y entrando de tropel por la brecha dieron muerte a más indios en la fuga que en la defensa.

No perdonaron edad ni sexo: a cualquiera que encontraban creían que era el que había herido al rey, y así lo sacrificaban todo a su cólera, la cual mitigaban con la sangre y la venganza que tomaban en sus enemigos.

Refieren Clitarco y Tímagenes que se halló en esta ocasión Ptolomeo, que reinó después, pero él mismo, de quien no es creíble que quisiese deslucir su gloria, escribe que no estuvo en ella y que le había enviado el rey a otra parte. Tal fue la osadía que hubo para referir semejante falsedad, o la crueldad, que no es menor vicio, de los que se emplearon en escribir la historia.

Habiendo llevado a Alejandro a su tienda, los médicos, por no mover la punta de la flecha, que tenía clavada dentro del cuerpo, cortaron diestramente el asta. Pero reconocieron después de haberle desnudado que la flecha era dentellada, y que no se le podía sacar sin gran riesgo si no se prolongaba también la herida que podría resultar de hacerlo, y que perdiese considerable porción de sangre, respecto de ser grande el hierro de la flecha y de haber profundizado tanto, que no parecía posible hubiese dejado de lastimar las partes nobles. Por lo cual, desanimado Cristóbulo, uno de los primeros en aquella profesión, a vista de tan gran riesgo, no resolviéndose a ejecutarlo, temeroso de que se convirtiese contra él el daño si no correspondía favorable el suceso, se deshacía en lágrimas,

hallándose mortal del susto.

Viéndole el rey de aquella suerte, le preguntó que por qué le tenía padeciendo y no le libraba prontamente de aquellos dolores, aunque fuese con la muerte, estando en su mano el hacerlo, y que si su herida era mortal, por qué temía.

Finalmente Cristóbulo, depuesto el miedo, o disimulando haberle perdido, le pidió que se dejase tener de alguno mientras le sacaba el hierro, por el gran daño que podría causarle el menor movimiento del cuerpo, pero aseguróle el rey que no era menester, como lo mostró, pues se mantuvo firme y sin hacer movimiento alguno. Prolongada, pues, la herida y sacada la flecha, fue tanta la cantidad de sangre que salió, que no pudiéndola restañar, por más que se procuró, previno al rey un síncope, que le redujo tan a los últimos términos de la vida, que teniéndole ya todos por muerto, le lloraban como a tal con tristes gemidos y desconsolados lamentos. Si bien conseguido por último que se restañase la sangre, fue volviendo poco a poco y empezó a conocer a los que tenía más inmediatos a su persona.

Todo aquel día y la noche siguiente se mantuvo el ejército alrededor de su tienda con las armas en la mano, confesando todos que ninguno vivía sino por él, y sin haberse querido apartar de allí hasta que se aseguraron de que se hallaba mejor y de que empezaba a reposar algo, cuyas felices nuevas llegaron a sus compañeros.

CAPÍTULO 6

Pídenle sus amigos que mire por su salud y por la pública, pero respóndeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el mundo.

Habiendo gastado siete días en la curación de su herida, que aún no tenía bien cerrada, noticioso de cuánto se aumentaba la falsa voz de su muerto entre los bárbaros, hizo poner juntos dos bajeles, y levantar en medio de ellos su tienda, a vista de todos, para desengañar por aquel medio a los que la habían creído y desvanecer las esperanzas que habían concebido sus enemigos con tan falsa noticia. Y descendiendo por el agua, y apartándose alguna distancia de su armada, para evitar le impidiese el ruido de los remos el sosiego, de que tanto necesitaba, llegó en cuatro días a una región abandonada de sus habitantes, pero tan abundante de granos y de ganados, que le pareció muy a propósito para que refrescasen en ella sus tropas y para que procurase el recuperar su salud.

Era costumbre entre los principales de la corte hacer guarda por la noche delante de la tienda del rey cuando estaba enfermo, y observándose entonces el mismo estilo, entraron dentro de ella todos.

Viéndolos el reír juntos, y poniéndolo en algún cuidado, les preguntó si se descubrían aún los enemigos. A lo que Crátero, que iba a hablarlo por todos, le respondió así: «Persuádate, señor, de que aun cuando tuviésemos a nuestras puertas los enemigos, nos darían tanto cuidado ellos como el que nos cuesta el deseo de tu conservación, por quien tan poco miras. Conjúrense contra nosotros todas las potencias del mundo, cuantos ejércitos ocupan las tierras y cuantas armadas cubren los mares, y aun las más feroces y desconocidas fieras, que de todos quedaremos invencibles como vivas tú. Pero precipitándote, como lo haces, a tan evidentes riesgos, sin atender a que es consecuente a tu ruina la de todos nosotros, ¿qué dioses nos aseguran que este grande astro de Macedonia, único apoyo suyo, dejará de faltarnos? ¿Quién, muerto tú, querrá o podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aquí conduciéndonos tú, y ninguno espera volver a su patria si no le restituyes tú a ella. Si disputases aún con Darío el imperio de los persas, aunque te veríamos, no sin considerable disgusto, expuesto a los peligros, no lo extrañaríamos, porque cuando son iguales el peligro y el premio, es mayor el fruto de la victoria, y mayor también en la adversidad del suceso el consuelo. Pero ¿quién podrá tolerar, no ya de tus soldados, sino aun de las más bárbaras naciones a quienes ha llegado alguna noticia de la fama de Alejandro, que sea una vida como la tuya precio de una mala bicoca?

Estreméceme del horror el espíritu cuando vuelvo la consideración a lo que acabamos de ver. Hubiera llegado ya la hora de que se alzasen las más viles manos del mundo con los despojos

del mayor príncipe de la tierra, si piadosa la fortuna no nos hubiese librado de tan considerable desdicha. Somos tantos traidores y desertores cuantos aquí estamos, no habiendo podido seguirte.

Mucha razón tendrás para vituperarnos y notarnos de infames a todos tus soldados, entre los cuales no habrá ninguno que rehúse padecer la pena del delito que no pudimos dejar de cometer; pero pedímoste, señor, por gracia, que no sean estos los medios de que te valgas para manifestar el desprecio que hicieres de nosotros, sino los de ofrecernos a todo género de peligros, dejándonos estas guerras de tan poca importancia y reputación, y reservando para tu real persona las que se proporcionaren con tu magnánima generosidad y grandeza; porque desluce mucho el esplendor de su gloria quien se emplea en tan abatidos y viles enemigos, y malogra sus ilustres acciones obrándolas donde no pueden resplandecer.»

Dijéronle casi lo mismo Ptolomeo y los demás, suplicándole todos con lágrimas que procediese con más moderación en el insaciable deseo de gloria, de que se hallaba tan colmado, y mirase más por su salud y por la de todos.

Quedó el rey tan gustoso y agradecido de experimentar aquellas demostraciones de afecto, que habiéndolos abrazado a todos uno por uno, los hizo sentar, y levantando algo la voz les dijo:

«Estímoos a cuantos os halláis aquí, que sois los mejores de nuestros ciudadanos y de mis amigos, no sólo la fineza con que preferís hoy mi salud a la vuestra, sino también la que he reconocido en vosotros desde el principio de esta guerra, en la cual no ha habido testimonio que no me hayáis dado de vuestro celo y de vuestro amor, cuya debida gratitud me obliga a confesaros que nunca he apreciado tanto la vida como hoy, que la deseo para gozar más tiempo de vosotros y del fruto de vuestra amistad. Pero por lo mismo que conozco cuan grande es el deseo que mostráis de morir por mí, y que no os he merecido, sino con el excesivo valor que me culpáis, me habéis de permitir que os diga que son muy otros vuestros dictámenes que los míos, porque vosotros deseáis gozarme largo tiempo y siempre si fuera posible, y yo no medir mi duración con los años, sino con la eternidad.

Pudiera haber terminado mi ambición en los límites de Macedonia, y contento con el reino de mis padres, esperar entre ociosidad y delicias una vergonzosa vejez, si es dado a holgazanes y perezosos disponer y dilatar a su arbitrio los términos fatales; pues vemos que cuando con mayor ansia libran toda su falsedad en vivir más, suele sobrevenirles anticipadamente la muerte, pero como no numero por mis años mis victorias, hallo que he vivido mucho, sin olvidar los favores que debo a la fortuna. Habiendo empezado a reinar en Macedonia, me he hecho dueño de la Grecia, he dominado a Tracia y a Iliria, mando a los tribalos y a los medos, véome señor de toda el Asia, desde el Helesponto hasta el mar Rojo, y hálleme muy próximo a los últimos términos del mundo, desde donde pretendo entrar en otro y hacer de dos imperios uno solo.

En menos espacio que el de una hora, he pasado del Asia a Europa. ¿Pareceos, pues, justo, que hallándome vencedor de las dos mejores partes del Universo en el nono año de mi reinado y en el vigésimo octavo de mi edad, debo suspender el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi gloria, a cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? No; no puedo hacerle tal ofensa.

Cualquier parte donde yo combata, me parecerá que es teatro del mundo, y que en él me ven todos. Yo haré ilustres les más desconocidos lugares, y franquearé al mundo aquellas regiones que tanto alejó la naturaleza aun del conocimiento de los hombres. En cuya empresa si muriese, ¿dónde podré eternizar mejor mi gloria?

No soy de linaje capaz de apetecer antes que un inmortal renombre una larga vida. Acordaos de que nos hallamos en una región a la que hicieren célebre las ilustres acciones de una varonil mujer. ¿Qué ciudades no fundó Semíramis? ¿Qué pueblos no reduje debajo de su obediencia y qué magníficas obras no hizo? Aún no hemos igualado a la gloria de una mujer, y ya nos contentamos con lo que hemos obrado. Favorézcannos los dioses, que lo más nos falta por ejecutar; si bien el medio de llegar al fin, es no desestimar nada por corto ni pequeño, donde se ofrece tanta gloria que adquirir.

Aseguradme sólo de los peligros y traiciones domésticas, que los riesgos de la guerra no los

temo. No ignoráis que Filippo estuvo más seguro en los combates que en los espectáculos públicos del teatro, y que habiéndose librado de las manos de los enemigos, no pudo de las de sus vasallos. Lo mismo sucedió a los demás reyes. Haced memoria de todos, y hallaréis que más fueron los que murieron por los suyos que por los contrarios.

Esto es lo que os ruego, y pues la ocasión se me ofrece oportuna de declararos lo que ha mucho que premedito, sabed que el mayor fruto que podré lograr de mis fatigas y de mis victorias, será el que coloquéis en el número de los dioses a mi madre Olimpias cuando éstos la saquen del mundo, a cuyo fin haré todo lo posible; pero si muriere antes, acordaos de que os lo he pedido.»

Dicho esto, los despidió y se detuvo allí algunos días.

CAPÍTULO 7

Sosiegase la rebelión de los griegos en las tierras de los bactrianos. Da Alejandro un banquete a los embajadores de los indios. Sobreviene un disgusto entre Horratas y Dioxipo, y para en un duelo, en que riñeron con desiguales armas. Dase algunos días después Dioxipo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.

Mientras pasaban estas cosas en las Indias, naciendo algunas discordias entre los soldados griegos que había dejado Alejandro dispuestos por colonias por los contornos de Bactria, pasaron después a la rebelión, no porque viviesen disgustados de Alejandro, sino porque temiesen el castigo. Habiendo muerto algunos de sus compañeros, los que se hallaron más fuertes buscaron en las armas su asilo; y apoderados de la fortaleza de Bactria, la cual estaba con bien débil guarda, llevaron a su partido a los bárbaros.

Era cabeza de él, y quien se había usurpado el título de rey, Atenedoro, no tanto por la ambición de reinar cuanto por volver a su patria con los que por la autoridad de él le seguían. Si bien antes de que pudiese ejecutarlo, entrando en celos de su nueva fortuna cierto griego como él, llamado Bitón, le dispuso algunas emboscadas, y habiéndole convidado a comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Boxo mauritano.

Juntó al día siguiente todas sus tropas, procurando persuadir a muchos que sabiendo que Atenedoro había querido hacer lo mismo con él, se había anticipado. Pero hallándose los más en conocimiento de la impostura, y quedándolo poco después todos, tomaron las armas con resolución de darle muerte en la primera ocasión que se les presentara. Sin embargo, temerosos los cabos de que pasase adelante el mal, sosegaron a los soldados, pero no bien se vio libre de aquel riesgo Bitón, cuando maquinó la muerte de los que le habían preservado de él, aunque con tan infeliz efecto, que descubierta la trama, fueron él y Boxo presos y sentenciados a muerte, resolviendo dársela a éste pronta, y a aquél en el tormento.

Disponiéndole, pues, para él, tomaron repentinamente las armas como desatinados los griegos, sin que pudiese saberse la causa de aquella demostración. A vista de la cual, temerosos los que le llevaban al suplicio, y creyendo que su intento era librarle, le dejaron allí. Donde poniéndose el reo desnudo, como estaba en manos de los griegos, movidos a piedad al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Conque habiéndose librado por dos veces de la muerte, se volvió a su patria con los que abandonaron las colonias que les señaló Alejandro. Esto es cuanto sucedió en Bactria y en las fronteras de Escitia.

En el ínterin los dos pueblos de quien hemos tratado, enviaron embajadores al rey, los cuales eran de prodigiosa gentileza: iban vestidos de ropas de lino bordadas de oro y púrpura, y en carros.

El fin de su jornada miraba a representarle que ellos, sus ciudades y tierras las ponían a su disposición, y que era el primero a quien rendían su libertad; la cual habían conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos; que no el temor, sino la disposición de los dioses les obligaba a darle la obediencia, cuando teniendo aún enteras sus fuerzas se ponían debajo de su yugo.

Habiendo el rey tenido consejo sobre esto, los admitió a su obediencia, imponiéndoles el mismo tributo que pagaban a los aracosios, y dióles orden de que previniesen dos mil quinientos

caballos, que lo ejecutaron con puntualidad. Después de los cuales mandó disponer un magnífico banquete, y convidó a estos embajadores y a los señores indios que se hallaban allí. Hizo poner cien asientos de oro bien cerca unos de otros, colgar ricas tapicerías de oro y púrpura, y que se ostentasen en aquella ocasión los más exquisitos muebles y cuanto la antigua soberbia de los persas y la moderna delicadeza de los macedones empleaba en la superfluidad, para que se viesen mezclados los vicios de ambas naciones.

Hallábase en aquel festín cierto ateniense, cuyo nombre era Dioxipo, célebre entre los atletas y muy querido del rey, así por su fuerza como por su destreza; y como en las cortes nunca faltan envidiosos y malignos, no dejaban éstos de provocarle, unas veces con las veras y otras con las burlas, diciendo que qué era lo que el rey quería de aquel grueso animal, el cual no era bueno para nada, pues mientras los demás se exponían a los tiros, él sólo entendía el untarse con aceite y dilatar el pellejo para llenar mejor su vientre. Cuyos oprobios, repetidos por cierto macedón, llamado Horratas, los aumentó embriagado, diciéndole que si tenía valor, le buscarse al día siguiente con la espada en la mano; y que si el rey gustaba, sería juez de la temeridad del uno y de la cobardía del otro.

Rióse Dioxipo de la bravata del soldado, y aceptó el desafío, y al día siguiente el rey, viendo que más irritados solicitaban el reñir y que no podía hacerlos amigos, se lo permitió. Concurrió a aquel espectáculo gran multitud de soldados, entre los cuales estaban los griegos, que favorecían a Dioxipo.

Presentóse el macedón armado de pies a cabeza; el escudo de cobre y la media pica, a la que llaman sarisa, en la mano izquierda; la lanza en la derecha, y al lado la espada como si hubiese de combatir con muchas personas. Llegó al mismo tiempo Dioxipo resplandeciente todo su cuerpo del aceite, con una corona en la cabeza, una capa escarlata arrollada en el brazo izquierdo, y una crecida y nueva clava en la derecha. Admiró a todos esta entrada, y no sólo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir un hombre desnudo con otro tan bien armado. Y así el macedón, teniendo como por seguro el que le daría muerte desde lejos, le enristró la lanza, de cuyo golpe se libró Dioxipo inclinando un poco el cuerpo; a cuyo tiempo partiendo veloz a él, sin darle lugar a que pasase la sarisa de una a otra mano, la partió por medio con su clava. Entonces Horratas, perdidas aquellas dos armas, iba a valerse de la espada; pero más pronto el griego, habiendo llegado a asirse de él le arrojó a tierra de un puntapié, y después de haberle quitado su espada le puso el pie sobre el pescuezo, y alzando la clava iba a descargarla sobre la cabeza, como lo hubiera hecho a no haberlo estorbado el rey.

Disgustó no sólo a los macedones el fin de aquel espectáculo, sino también al mismo Alejandro, por haber sido en presencia de los bárbaros, entre quienes estando en tan gran reputación el valor de los macedones, sentían hubiese quedado aquél expuesto al desprecio y a la risa común. De que nació que diese el rey más crédito del que debiera a las calumnias de los enemigos de Dioxipo, y que pocos días después éstos, habiendo faltado en cierto festín donde él concurrió una copa de oro que maliciosamente habían ocultado los oficiales, se quejasen al rey como si en efecto no pareciese.

Suele muchas veces la vergüenza perjudicar al inocente y causarla mayor en el que lo está la calumnia que en el culpado. Así sucedió a Dioxipo, el cual, reconociendo que todos le miraban como autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantó de la mesa, y después de haber escrito al rey, se dio por sí mismo muerte. Mostró gran disgusto de ello Alejandro, mirándolo más como testimonio de generoso despique que como arrepentimiento del delito de que le juzgaba inocente, en cuyo dictamen le confirmó el excesivo gusto que manifestaron sus enemigos del suceso.

CAPÍTULO 8

Habiendo recibido Alejandro presentes de los embajadores indios, doma a los sabarcas, musicanos, prestos y otros pueblos. Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida con el beneficio de una hierba que vio en un sueño Alejandro.

Volvieron pocos días después con presentes a Alejandro los embajadores a quienes había despedido. Componíanse éstos de trescientos caballos y mil trescientos carros, a cuatro caballos cada uno, algunas ropas de lino, mil escudos indios, cien talentos de hierro blanco, leones y tigres de espantosa grandeza, unos y otros domesticados, dilatadísimas pieles de caimanes, y todo género de conchas y escamas de tortuga. Ordenó después el rey a Crátero que llevase el ejército por tierra costeando el río, en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocó en la frontera de los malos, desde donde pasó a los sabarcas, nación poderosa entre los indios, y que se gobiernan sin rey y a manera de república. Habían levantado hasta setenta mil infantes y seis mil caballos con quinientos carros, y elegido tres valientes generales para que los mandase; pero hallándose aquel país muy lleno de poblaciones pequeñas, y con especialidad las riberas del río, luego que le vieron desde lejos cubierto todo de bajeles, y con tan gran número de hombres y de armas resplandecientes, creyeron, no habiendo visto cosa semejante, que era la armada de los dioses la que iba, u otro Baco, tan célebre en aquellas regiones.

Uníase a esto los gritos de los soldados, el ruido de los remos y las confusas voces con que los marineros se animaban unos a otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror de suerte que vueltos a acelerado paso a su ejército, dijeron a grandes voces que si estaban locos pretendiendo combatir con los dioses, que era imposible numerar los bajeles que conducían innumerables hombres invencibles. Infundieron en todos tan gran miedo, que despacharon embajadores ofreciendo rendirse. Habiendo recibido el rey el homenaje, marchó cuatro días contra otros pueblos, que no se defendieron mejor que sus vecinos, y después de haber fundado una ciudad, a quien puso también por nombre Alejandría, entró en las tierras de los musicanos. Quiso allí oír las quejas de los parapamisidas contra Teriolte, a quien les había dejado por gobernador, y juzgar de aquella causa, y hallándole convencido de hurtos y violencias, le condenó a muerte. No así a Oxiartes, sátrapa de la Bactriana, al cual no sólo le absolvió, sino le aumentó los límites de su gobierno.

Y habiendo reducido después a los musicanos a su obediencia, puso guarnición en su ciudad, y pasó a las tierras de los prestos, otros indios de quienes era rey Porticano, el cual se había encerrado en la mejor de sus plazas con gran número de gente. Sitióla Alejandro, y habiéndola tomado al tercer día, se retiró aquel príncipe al castillo, desde donde envió embajadores al rey para capitular; pero derribadas dos grandes torres antes que llegasen, entraron los macedones y dieron muerte a aquel príncipe, que combatía en la brecha con pocos de los suyos.

Arrasada la fortaleza y vendidos los prisioneros, entró en los estados del rey Sambo, donde se le rindieron muchas ciudades, habiendo tomado la mayor parte de los conductos subterráneos.

Parecía a los bárbaros, imperitos en el arte militar, cosa de prodigio ver salir debajo de tierra en medio de su ciudad hombres armados, sin haber reconocido antes rastro alguno de camino que hubiesen hecho. Refiere Clitarco, que fueron muertos en aquella región ochenta mil indios y vendidos muchos prisioneros en almoneda.

Subleváronse nuevamente los musicanos, y Pitón, enviado a dominarlos, se apoderó de la persona de su príncipe, autor de la rebelión, y lo llevó al rey, el cual le hizo poner en cruz.

Desde allí, volviendo a tomar el río donde le esperaba su armada, llegó al cuarto día a una ciudad del rey Tíabo; el cual, aunque se había rendido, oponiéndose los habitantes al nuevo dominio, cerraron las puertas a Alejandro, que despreciando su corto número, envió allí quinientos agrianos con orden de que se acercasen a las murallas y que se retirasen después poco a poco de ellas, para llevar a sí al enemigo, que no dejaría de seguirlos si mostraban huir. Habiendo tenido, pues, una ligera escaramuza y fingido que huían como se les había ordenado, cargaron desatinadamente en su seguimiento los bárbaros, y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo rey. En ella no dejaron de defenderse, hasta que habiendo quedado muertos seiscientos y prisioneros

mil, de tres mil que eran, se retiraron a los muros. Sin embargo, no fue la victoria tan feliz como pareció, por haber envenenado los indios sus espadas, de suerte que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los médicos alcanzar la causa de aquella malignidad que hacía incurables aun las menores heridas.

Habían creído los bárbaros que el rey, por su denuedo y bizarría no dejaría de participar de ella, pero fue tan feliz, que en medio de haberse hallado en la refriega no salió herido. Entre los que quedaron, el que más cuidado le daba era Ptolomeo, porque aunque la herida que había sacado en el hombro izquierdo no era importante, no estaba el riesgo en ella, sino en la ponzoña. Reconocíale Alejandro por pariente suyo, y teníanle algunos por hijo de Filipo, o por lo menos de alguna de sus damas, por lo cual lograba el primer lugar después del rey: era valerosísimo, muy estimado en la guerra, y aun más en la paz, enemigo de toda profusión y superfluidad, sumamente liberal y apacible y ajeno del fausto y vanidad que pudiera causarle el esplendor de su nacimiento, cuyas buenas prendas le hicieron tan amado del rey y de todos, que se dudaba de quién lo estaba más.

Fué esta ocasión en la que con mayor fineza le mostraron los macedones su afecto, el cual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estuvieron con menor cuidado que el rey, que sentado en su cama, fatigado del combate y de la inquietud en que le tenía el peligro de Ptolomeo, hizo traer allí la suya, para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, cuando le embargó un profundo sueño, del cual habiendo despertado, dijo: «Que había visto un dragón que llevaba en el gizonte una hierba, que le ofreció como triaca, y eficaz remedio para el veneno y las heridas.» Refirió el color de ella, y aseguró que si la veía la conocería. Con lo cual, buscando por todas partes y hallándola uno, se la puso en la herida, cuyos dolores se le empezaron a mitigar inmediatamente a Ptolomeo, el cual en breves días quedó bueno.

Los bárbaros, destituidos de su esperanza, se rindieron. Con lo cual pasó Alejandro a Patalia, provincia inmediata, cuyo rey, llamado Meris, se había apoderado de las montañas y abandonado la ciudad, en la cual entró Alejandro después de haber corrido y robado la campaña, donde fue grande la presa que se hizo de ganado y de trigo. Ejecutado esto, tomó por guías varias personas prácticas en el río.

CAPÍTULO 9

Desea Alejandro sumamente ver el Océano, y lógralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y pilotos.

Llegó a una isla situada casi en medio de la canal, donde se vio necesitado a detenerse más tiempo del que quería, porque habiéndosele escapado los guías, le fue preciso buscar otros, y no hallándolos, ni permitiéndole el ansia que tenía de ver el Océano y de dilatar sus conquistas hasta el fin del mundo mayores dilaciones, continuó su viaje, exponiéndose con tan valerosos soldados a merced de un desconocido río. Bogaban, pues, a la contingencia, sin saber qué derrota tomar, cuánto distaba de allí el mar, qué pueblos habitaban aquellas costas, si la entrada del río era navegable, ni de qué bajeles era capaz.

Todo se reducía a conjeturas bien débiles, sin que tuviesen otro consuelo en empresa tan temeraria que el que les ofrecía la continuada felicidad del rey, a quien después de haber caminado cuatrocientos estadios, dijeron los pilotos que empezaban a sentir el aire del mar, y que les parecía que no estaban lejos del Océano, con cuya noticia, sumamente regocijado, animaba a los galeotes a que remasen a toda fuerza, representando a los soldados «que habían llegado ya al deseado fin de sus trabajos; que nada podía resistir a su valor ni aumentar su gloria; que sin más combate ni derramamiento de sangre se hallaban señores del Universo; que aun la misma naturaleza no podía pasar más adelante, y que bien aprisa verían cosas que sólo eran permitidas a los dioses inmortales.»

Desembarcó sin embargo alguna gente, esperando que tomasen lengua de aquellos rústicos; como en efecto, habiendo hallado a algunos recogidos en cabañas y preguntándoles si estaba lejos de allí el mar, respondieron que nunca habían oído hablar del mar, que sólo sabían que a tres jornadas de allí había una agua amarga, que corrompía el agua dulce. Con cuya expresión,

entendiendo que denotaban el mar, sin alcanzar la naturaleza de él, bogaban los marineros con grande alegría, creciendo sus alientos cuanto más se adelantaban a proporción de su esperanza.

Reconocieron al tercer día que el agua del mar empezaba a mezclarse con la del río, y que volvía a subir la marea, que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo cual arribaron a otra isla, situada en medio del agua, donde se emplearon en hacer provisiones sin prevenir lo que les sucedería; pero a las tres horas de haber estado en ella, volviendo el Océano a su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del río, pero después, repeliéndole, lo arrojó con mayor impetuosidad que con la que se precipita el torrente de cualquiera desde una eminencia a un valle.

Ignorando los soldados que este era el flujo y reflujo del Océano, creyeron, al verlo crecer repentinamente e inundar los campos, que era manifiesta señal de la indignación de los dioses y del castigo que querían dar a su temeridad. En tanto el mar levantó los navíos y dividió por completo la armada, y aturdidos de tan inopinado accidente los que habían desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los bajeles, pero cuanto más se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaba.

Hacían esfuerzos unos por llegar con garfios a las barcas y estábanse quietos otros, viendo que no se podían valer de los remos. Los que presurosos no habían esperado a sus compañeros, se hallaban imposibilitados de gobernar sus bajeles por sí solos, e incapaces de moverse las galeras, en las cuales había entrado en gran tropel la gente, por estar tan cargadas, donde en unas por poca y en otras por mucha, era igual el desorden.

Decían a grandes voces unos que se detuviesen, otros que anduviesen; con cuyo tropel y confusión, aturdidos los remeros no sabían a quién obedecer. Aun los mismos pilotos eran inútiles en aquella ocasión, en la cual el ruido embarazaba para oír sus órdenes, y el pavor impedía que se ejecutasen. Empezaron, pues, los bajeles a chocar reciamente entre sí y los remos a romperse o enredarse unos con otros, de suerte que no parecía una armada sola, sino dos que combatían. Daban las popas de los unos contra las proas de los otros, recibiendo de los que tenían detrás el mismo daño que causaban por delante; finalmente, eran tantos los gritos y tantos los baldones de unos y otros, que de las palabras pasaron a las manos.

Ya crecido el mar, había inundado la campaña que estaba alrededor del río, sin que de toda ella se viesen más que algunas eminencias en forma de pequeñas islas, a las cuales llegaron muchos a nado abandonando sus navíos, cuya mayor parte se mantenía en alta mar, quedando encallados o al través los demás, según era la desigualdad de las aguas. Sobrevínoles aún mayor susto que el primero cuando vieron que lo restante del mar se retiraba con la misma impetuosidad que había crecido, descubriendo las tierras que había sumergido poco antes. Con lo cual, quedando los bajeles en seco, caían unos sobre las proas y otros de costado, veíanse los campos sembrados del bagaje, de remos rotos y de pedazos de tablas, vestigios todos del naufragio.

Los soldados ni se resolvían a saltar en tierra ni se tenían por seguros a bordo, temerosos de algún accidente peor que los pasados, y sin acabar de persuadirse de los naufragios que veían en tierra ni de que pudiese el mar desembocar en un río. Tampoco discurrían en que hubiese llegado el fin de sus males, porque ignorando que poco después volvería a crecer el mar y que levantaría sus bajeles, esperaban morir de hambre experimentando las últimas calamidades, llegándose a este desconsuelo para acabar de aumentar su horror el haberse descubierto cien monstruos marinos que había dejado el mar, los cuales gateaban alrededor de los bajeles.

Acercábase en tanto la noche, y el rey, no de otra suerte que los demás, sin saber qué hacerse, se hallaba en considerable inquietud; pero como nada era capaz de rendir su espíritu, se mantuvo toda ella en la gavia o en el combés, para dar sus órdenes y disponer que partiese alguna gente a caballo a la entrada del río y advirtiese cuándo volvía la marea. Hizo también reparar los bajeles maltratados y levantar los caídos, ordenando que estuviesen prontos todos para cuando volviese a crecer el mar.

Pasóse toda la noche en vela y en animar al ejército, hasta que volvieron a toda rienda a avisar

los que habían ido a aquel fin, y después de ellos la marea, la cual, dilatándose suavemente, no hizo más que levantar los navios, e inundando poco después la campaña, dejar en disposición a toda la armada de que pudiese navegar. A vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, así los soldados como la chusma, lo celebraban con crecidos gritos y espantosa algazara. Preguntado, no sin grande admiración, cómo volvía tan de prisa el mar allí, a qué parte se había retirado el día antes, y cuál era la naturaleza de un elemento tan discordante como sujeto a la revolución de los tiempos. Habiendo conjeturado el rey de lo que había sucedido que la marea volvía después de salido el sol, se quiso anticipar, y haciéndose a media noche a la vela con pocos bajeles y habiendo ganado la boca del río, se entró cuatrocientos estadios dentro del Océano, logrando por último el fin de sus votos y el colmo de sus deseos.

CAPÍTULO 10

Vuelve del Océano a los términos de los arabitas, cedrosios y de los indios, donde pelea su ejército con el hambre y la peste, pero da providencia para su remedio. Dispone después, en imitación de Baco, cierto género de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astarpes, sátrapa.

Habiendo después sacrificado a los dioses tutelares del mar, y de aquellas regiones, volvió a juntar su armada, la cual, remontando por el río llegó al día siguiente cerca de un lago salado, donde ignorantes muchos de la calidad del agua, se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por haberles sobrevenido cierta especie de sarna contagiosa, de que inficionaron a sus compañeros, si bien se les quitó untándose con aceite.

Envió desde allí delante a Leonnato para que dispusiese algunos pozos en los parajes por donde había de pasar el ejército, respecto de ser sumamente árida la tierra, y estuvo allí el invierno con sus tropas hasta que dio principio la primavera. En cuyo ínterin se ocupó en fundar ciudades y en hacer puertos y arsenales para los navíos.

Mandó después a Nearco y a Onesícrito, bien expertos en las cosas marítimas, que se embarcasen en los mejores bajeles, y que surcando el Océano con la mayor seguridad y cuidado que pudiesen, reconociesen la calidad de él, y se volviesen por el Éufrates o por el mismo río.

Pasados los grandes fríos, hizo quemar los bajeles inútiles, y conduciendo su ejército por tierra llegó en nueve días de marcha a las de los cedrosios, pueblo libre y que después de haber tenido su consejo, se rindió al rey, el cual sólo le pidió víveres.

Desde allí paso en cinco jornadas al río Arabo, y atravesando grandes desiertos, donde no halló gota de agua, a la región de los horitas. Dio en ella la mayor parte de sus tropas a Hefestión, dividiendo las demás, armadas a la ligera, con Ptolomeo y Leonnato, con cuyas tres partes de ejército saquearon a un tiempo a los indios e hicieron considerables presas. Robaba Ptolomeo las regiones marítimas y desolaba la llanura el rey por una parte y Leonnato por otra.

Fundó, sin embargo, en ella una ciudad, a la que pobló con los aracosios, y encaminóse después hacia aquellos pueblos marítimos, los cuales tienen considerable porción de país inhabitado, sin conservar comunicación alguna con sus vecinos. Aquella soledad acabó de hacer más groseros sus ingenios naturalmente feroces. Déjanse crecer las uñas y el cabello sin cortársele jamás, edifican sus cabañas de conchas y de otros excrementos del mar, vístense de pieles de bestias salvajes y aliméntanse de pescados que secan al sol y de las ballenas que las tormentas arrojan a aquellas costas.

Los macedones, después de haber consumido allí todas sus provisiones, empezaron a padecer falta de bastimentos, y a pocos días tan grande hambre, que se hallaron precisados de ella a cortar las raíces de los palmares, único árbol que ofrece aquel territorio, y faltándoles aún aquel tenue socorro, a comer los animales de mayor estimación y después los caballos de servicio, quemando aquellos ricos despojos por los que se habían dilatado hasta los términos del mundo, respecto de no tener con qué conducirlos. Sucedió al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos a que no estaban acostumbrados, del trabajo del camino y del disgusto en que se hallaban, viéndose

imposibilitados de marchar y de detenerse sin perecer, por ser preciso si se mantenían morir de hambre, y si intentaban adelantarse que se inflamase más la peste. Por lo cual se hallaba toda la campaña cubierta de muertos, y aún más de moribundos, y sin que pudiesen huir ni los menos enfermos, respecto de la celeridad con que marchaba el ejército, creyendo que cuanto más se adelantase, tanto más se apartaría del peligro y aseguraría su remedio.

Los que se habían quedado en los caminos pedían socorro a grandes voces a conocidos y no conocidos, pero faltaban enteramente carruajes en que conducirlos, pudiendo apenas los soldados llevar sus armas, fuera de que estando próximos a verse en el mismo infeliz estado, cualquiera atendía sólo a librarse del riesgo. Con que, por más que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el socorro que buscaban, porque negando el miedo lugar a la compasión, volvían los más a otra parte los ojos por no mirarlos. A vista de cuya impiedad pedían con mayor aliento a sus compañeros que no los desamparasen por los dioses, por el rey y por las cosas más sagradas; hasta que reconociéndolos sordos a sus ruegos, convertidos éstos en desesperación y rabia, los maldecían, deseándolos igual fin al suyo y semejantes amigos a los que en ellos experimentaban.

Corrido y afligido el rey de ser causa de aquella miseria, envió a mandar a Fratafernes, sátrapa de los parteos, que le enviase en camellos y dromedarios víveres cocidos, e hizo partícipes también de su necesidad a los gobernadores de las demás provincias, los cuales concurrieron a socorrerla. De suerte que habiendo quedado el ejército libre del hambre, fue últimamente conducido a los confines de Gedrosia, región apacible y abundante, donde se detuvo algunos días para repararse.

Recibió en ella cartas de Leonnato, en que le avisaba había peleado y derrotado a ocho mil infantes y cuatrocientos caballos de los horitas, y también de Crátero, el cual le participaba tenía presos a Ocines y Zariaspes, ambos señores persas, por haberles descubierto cierta rebelión que tramaban. Después de lo cual puso en el gobierno de aquella región, en lugar de Menón, que había muerto pocos días antes de enfermedad, a Sibirtio, y se encaminó hacia Carmania, de la cual era sátrapa Astaspes, el cual estaba acusado de haberse querido levantar mientras el rey se hallaba en las Indias. Si bien, habiéndose puesto en su presencia, le hizo buena acogida, y disimulando su desconfianza, le mantuvo en el gobierno hasta averiguar lo cierto.

En el ínterin los gobernadores indios, en cumplimiento de la orden que tenían, le habían enviado de todas las provincias que estaban sujetas a su obediencia gran cantidad de caballos y de animales de estimación, con los que socorrió a los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos armas tan buenas como las primeras, no habiéndole sido muy difícil, respecto de estar cerca de Persia, entonces no sólo pacífica, sino también abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento que siempre había tenido de igualar en todo la gloria de Baco, afectó imitarle, no sólo en las victorias que había obtenido de aquellos pueblos, sino también en la forma de su triunfo, fuese instituido por Baco o introducido sólo en alguna borrasca, aspirando a ostentarse dios como él. Para cuyo fin hizo llenar de flores y de guirnaldas todos los caminos por donde había de pasar, ordenando pusiesen delante de las puertas de las casas tazas llenas de vino y vasos de desmesurado tamaño.

Mandó después disponer carros capaces de que pudiese estar mucha gente en ellos, a los que hizo cubrir en forma de tiendas con lienzos blancos unos y con ricos paños otros. Iban primero los familiares del rey con sombreros de flores y guirnaldas. Oíanse por una parte flautas y chirimías y por otra gran variedad de instrumentos. Seguía después de todo el ejército, comiendo y bebiendo con gran exceso en carros más o menos compuestos, según era la posibilidad de cada uno, llevando pendientes alrededor de ellos sus riquísimas armas. Iba el rey en medio de sus camaradas sobre un carro magnífico, cargado de crecidos frascos y vasos de oro, tan macizos y pesados que rendían al tomarlos.

De esta suerte marchó por espacio de siete días aquel victorioso ejército, empleado en glotonerías y borracheras. ¡Oh, qué considerable hubiera sido el botín que habrían hecho allí los vencidos si les hubiesen quedado algunos alientos para acometer a toda aquella gente anegada en el vino! Sin duda que mil hombres en su sano acuerdo hubieran bastado a rendir y aprisionar en medio

de su triunfo a aquel ejército, que después de siete días continuaba en su embriaguez. Pero la fortuna, que es quien pone y da precio y estimación a las cosas, convirtió en gloria suya aun la infamia de sus armas; y así, no sólo su siglo, sino también la posteridad, admiró juntamente que se hubiese ejecutado esto entre pueblos acabados de sujetar y que los bárbaros tuviesen por confianza tal temeridad.

Siguió a aquel grande aparato el verdugo que había de dar muerte a Astaspes, el sátrapa de quien hemos tratado, y en quien se experimentó que ni la lujuria se oponía a la crueldad, ni tampoco la crueldad a la lujuria.

LIBRO X.

CAPÍTULO 1

Quedan perdonados los delitos de Cleandro y de algunos capitanes, y castigados los de otros, aunque más ligeros. Intenta Alejandro pasar a la parte occidental de la Europa. Su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines sátrapa ilustre.

Llegaron casi al mismo tiempo Cleandro, Sitalces, Agatón y Heracón, los cuales habían muerto a Parmenión por orden del rey, y llevaban consigo cinco mil infantes y mil caballos. Seguíanlos los diputados de las provincias que habían gobernado, para acusarlos de tan graves delitos, que no parecía creíble que en medio de haber sido tan grato servicio al rey el de la muerte que ejecutaron, bastase a librarles del castigo que por ellos merecían. Pues no contentos con haber desolado las familias con sus imposiciones, habían robado hasta los templos y sepulcros, sin perdonar la honestidad de las señoras más ilustres, las cuales lloraban con lágrimas de sangre el desacato de habérsela violado. Con cuya desenfrenada avaricia y libertad habían hecho aquellos brutos odioso y detestable el nombre de los macedones.

Sin embargo, entre todos ninguno igualaba a Cleandro; el cual después de haber forzado a una doncella de calidad, la dio por concubina a sus esclavos. Por lo cual temían muchos de los amigos de Alejandro que pudiese con él, más que la enormidad de los delitos, que era notoria, la clemencia a favor de los reos. Si bien no dejaban de discurrir por otra parte alegres en que sería posible que, pasada la ocasión del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiese su indignación contra los que habían sido ministros de su ira, y que se viese cuan poca duración tenía el poder adquirido por malos medios.

El rey, habiendo conocido de la causa, pronunció: «qué habían cometido los acusadores el más grave delito, cual era el de haber desesperado de su vida; pues no podía ser creíble que se hubiesen atrevido a ejecutar semejantes maldades si juzgasen que había de volver de las Indias.» En su consecuencia hizo cargar de cadenas y dar muerte a trescientos soldados que habían sido instrumentos de su ira, y que en el mismo día se ejecutase la de los autores de la rebelión de los persas, que Crátero había llevado.

Vueltos Nearco y Onesícrito, que por orden del rey habían surcado por el Océano lo más adentro que les fue posible, refirieron diversas cosas, unas que oyeron y otras que vieron: «Que en la isla que está a la boca del río, había gran cantidad de oro, y tanta carestía de caballos, que los que se atrevían a pasarlos allí vendían a un talento cada uno. Que estaba aquel mar lleno de ballenas, las cuales surcando por él, según el aumento de la marea, se descubrían sobre el agua tan grandes como las mayores naos. Que cuando seguían la armada las espantaban a fuerza de grandes gritos y de crecido rumor; y que se zambullían en el mar con tan horrible ruido como pudiera causarle éste si se hubiese sorbido otros tantos bajeles. Que en cuanto a lo que habían oído de los moradores de aquellas costas, era, entre otras cosas, que el mar Rojo no se llamaba así porque fuesen de este color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del rey Eritro, cuyo nombre en griego es lo mismo que rojo. Que poco después de la tierra firme había allí una isla llena de palmeras, y que en medio del bosque se ofrecía una columna muy alta, que era el sepulcro del rey Eritro, grabado con caracteres de aquel país; y añadían que de cuantos navíos mercantes habían pasado aquella isla, movidos de la fama del oro, no había vuelto ninguno.»

Deseoso el rey de saber más, les mandó que fuesen costeando la tierra hasta la boca del Éufrates, y que embarcados allí pasasen a Babilonia. Y acumulando intentos a intentos aquel infatigable espíritu, tenía resuelto el haber sujetado toda la región marítima del Oriente, pasar de Siria a África para abatir el orgullo de Cartago, a quien miraba como a enemiga, y desde ella, atravesando los desiertos de Numidia, tomar la derrota a Cádiz, donde era fama que estaban las columnas de Hércules; pasar luego a España, a quien los griegos llaman Iberia, del nombre del río

Ibero; encaminarse después a los Alpes y a las costas de Italia, desde donde hay corto espacio a Epiro. Con cuyo fin ordenó a los gobernadores de Mesopotamia que hiciesen cortar cantidad de madera en el monte Líbano y que la mandasen pasar a Tapsaco, ciudad de Siria, para la fábrica de las galeras, que habían de ser de siete órdenes de remos, y conducir las a Babilonia.

Tuvieron orden los reyes de Chipre para que las proveyesen de espolones, de velas y de cuerdas. Hallándose en estas disposiciones llegaron cartas de Poro y de Taxiles, en que le avisaban que Abisares había muerto de enfermedad, así como también Filipo, su gobernador, violentamente, y quedaban castigados los homicidas. Con cuyas noticias puso en el lugar de Filipo a Eudemón, capitán de Tracia, y nombró por sucesor de Abisares en el reino a su hijo.

Llegó desde allí a Persagada, ciudad de Persia, de quien era sátrapa Orsines, descendiente de Ciro, y quien lograba, demás de las riquezas que le dejaron sus antecesores, los considerables tesoros que había acumulado en los muchos años que había gozado sus Estados. Púsose en la presencia del rey con gran variedad de presentes, así para él como para sus validos. Componíanse de rebaños de fieras, de carros adornados de plata y oro, de muebles preciosos, de riquísima pedrería, de vasos cincelados de desmesurado tamaño, de ropas de púrpura y de cuatro mil talentos de plata en moneda. Pero costóle bien cara esta generosa magnificencia, porque habiendo usado con los principales de esta corte con más exceso del que pudieron desear, y no hecho demostración alguna con el eunuco Bagoas, a quien amaba Alejandro con poco honesto afecto, advertido por algunos de esto, respondió que él obsequiaba a los amigos del rey, pero no a sus concubinas, y que los persas no estilaban usar de los hombres para lo que Alejandro se servía del eunuco. De cuyas palabras noticioso Bagoas aplicó toda la gracia que lograba en la del rey para disponer la ruina de aquel príncipe, cuya sangre era la más esclarecida del Oriente y cuya vida inculpable.

Sobornó algunos testigos de entre los suyos, instruyéndoles en lo que habían de deponer contra él cuando fuese tiempo, y dedicóse en el ínterin a influir en el ánimo del rey, siempre que se quedaba a solas con él, cuantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lograrse mayor crédito su acusación. Y si bien el rey no acababa de persuadirse a que fuese culpado, no hacía ya la estimación de él que solía.

Disponíase la trama con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ajeno del peligro que le amenazaba, sin que cesase aquel malvado de imputarle de avaro y de traidor. Finalmente llegó el tiempo de que se viese la inocencia oprimida de la calumnia y necesitada la virtud a rendirse al inevitable destino, porque habiendo mandado Alejandro abrir acaso el sepulcro donde descansaba el cuerpo de Ciro, para hacerle fúnebres honras, creyendo que estuviese lleno de plata y oro, como divulgaban los persas, sólo halló en él un escudo podrido, dos arcos al uso de Escitia y su cimitarra. Puso sobre la urna corona de oro y cubrióla con su manto, admirando mucho que tan grande y esclarecido rey se hubiese enterrado tan pobremente. A lo cual Bagoas, valiéndose de la ocasión para sus malévolos fines, le dijo que no debía extrañar estuviesen los sepulcros de los reyes tan vacíos, cuando rebosaban las casas de los sátrapas tanto oro del que habían sacado de ellos: que nunca había visto aquél, pero que le oyó decir a Darío que estaban dentro de él tres mil talentos. Y que sin duda habrían salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas a granjear su gracia con lo que tan injustamente había usurpado.

Teniendo ya inclinado el ánimo del rey con semejantes artificios al logro de sus intentos, hizo entrar a su presencia a los testigos que había prevenido, los cuales por una parte y Bagoas por otra supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por último le mandó Alejandro poner preso antes que él tuviese la menor sospecha de acusación alguna. Pero no contento el infame eunuco de ser causa de que padeciese aquel inocente la muerte que no merecía, pasó su insolencia a tanto, que llevándole al suplicio le tomó la mano, a cuya demostración habiendo vuelto a mirar Orsines, le dijo a aquél: «Había oído decir que en otro tiempo reinaron en Asia las mujeres, pero ahora veo la novedad de que mande un eunuco.» Este fin tuvo el mayor príncipe de Persia, hallándose inocente, y habiendo acreditado en repetidas demostraciones su gran afecto a Alejandro. Ejecutóse también por entonces la muerte de Fradates, acusado de haberse querido alzar con el reino.

Había empezado Alejandro a tener tanta facilidad en condenar a muerte a los hombres como en creer los falsos informes que le hacían. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir aun los mejores naturales, y tan raro el hombre que acierta a usar bien de su fortuna. No se había atrevido antes a condenar a Alejandro Lincestes, aunque resultaba culpado por la deposición de dos testigos: había tolerado que los que lo estaban en delitos de menor consecuencia quedasen, a pesar suyo, absueltos, por haberlos juzgado inocentes los demás, y había hecho merced de los reinos a los enemigos que había vencido; pero degenerando ya de sí, daba, contra su propio dictamen, los reinos a unos y quitaba la vida a otros por condescender con el gusto de un infame.

Llegáronle casi por aquel mismo tiempo cartas de Ceno, en que le participaba todo cuanto había pasado en Europa y Asia mientras sojuzgó las Indias. Decíale que habiendo pasado Zopirio, gobernador de Tracia, a la guerra contra los getas con una poderosa armada, le sobrevino tan furiosa borrasca que perecieron en ella todos, y que noticioso de esta pérdida Seutes, había sublevado el pueblo de los odrisas, de suerte que quedaba perdida Tracia y bien trabajosa Grecia...

(laguna)

CAPÍTULO 2

Mientras discurre en sosegar las revoluciones de la Grecia y en licenciar algunos soldados a quienes había pagado y en que darse con otros, se levanta una sedición en el campo, la cual sosiega con un severo razonamiento.

Por lo tanto con 30 naves cruzan al Sunio, el promontorio del Ántica, desde donde querían ir al puerto de la ciudad. Igualmente irritado el rey contra Hárpalo que contra los atenienses, hizo disponer una armada con resolución de ir en persona a Atenas, pero mientras daba secretas providencias para esta jornada, llegóronle cartas en que le avisaban: «Que aunque Hárpalo había entrado en Atenas y ganado a fuerza de dinero a los principales de ella, habiéndose juntado el pueblo, le había mandado salir de aquella ciudad, donde acogíendose a las tropas griegas, que le retuvieron, fue poco después muerto a traición por un pasajero.» Gustoso con estas noticias, desistió del intento de pasar a Europa, si bien mandó a todas las ciudades de la Grecia que volviesen a ellas a los desterrados, exceptuando a los que habían teñido sus manos en la sangre de sus ciudadanos.

No se atrevieron los griegos a oponerse a esta orden, aunque contravenía a sus leyes, y así restituyeron a los desterrados los bienes que se hallaron ser suyos. Solos los atenienses, más celosos de la libertad pública que de la particular y no acostumbrados a tolerar el yugo de la monarquía, la resistieron, echándolos a todos de sus confines y queriendo antes exponerse a cualquier riesgo que admitir la gente más viciosa de que se había purgado la ciudad, y que aun entonces lo era en el destierro.

Después de haber licenciado Alejandro a los ancianos soldados, mandó que se escogiesen trece mil infantes y dos mil caballos para que quedasen en Asia, creyendo que este corto ejército sería suficiente a conservarla, y respecto de haber puesto guarnición en toda ella y de que las nuevas ciudades pobladas de sus colonias serían muy poderoso freno contra cualquiera que tentase alterarla; pero habiendo mandado, antes que se nombrasen los que habían de quedar, que declarasen todos sus deudas, pues aunque no ignoraba que la mayor parte de ellos se hallaban con grandes empeños y que estos procedían de sus desórdenes, quería pagarlas. Sospechando ellos que esto miraba a descubrir lo mal que se habían aprovechado de lo que habían adquirido, interpusieron dilaciones.

Conoció el rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenía remisos en el cumplimiento de aquella orden. Y así, mandó poner en dilatadas mesas, repartidas por el campo, diez mil talentos, con cuya demostración, conociendo que era muy distinto el fin de Alejandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las cuales, no quedaron de tan considerable suma más que ciento treinta talentos. De suerte que aquel ejército, que había triunfado de las más ricas naciones del mundo, llevó mayor gloria que botín. Pero cuando entendieron que se volvían unos y que quedaban otros, creyendo que quería establecer en el Asia la silla de su imperio, se precipitaron

furiosos, y atropellando por su buena disciplina, llenaron el campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos a decir al rey a gritos en su misma presencia, con mayor libertad y desacato que habían tenido jamás, que los licenciase a todos, y le mostraron todos sus rostros desfigurados con la continuación de las heridas y contraídos por los trabajos que sufrían.

Ni las amenazas de los cabos ni el respeto del rey bastaron a reprimir su furor, pues cuanto más los procuraban templar aquéllos, tanto más enfurecidos los interrumpían las razones con que solicitaban persuadirles, continuando incesantemente en sus desmesurados gritos, y protestando que no se apartarían de allí sino para volverse a sus casas. Finalmente, habiendo callado, no porque se diesen por vencidos en su furor, sino porque les parecía que el rey cedía, quedaron atentos a lo que les decía, que fue en estos o semejantes términos:

«¿Qué es lo que llevo a experimentar hoy en vosotros, o de qué se origina tan repentino motín y tan desenfrenado atrevimiento? ¿Hallaréme con aliento para mover los labios al ver tan ultrajada mi autoridad por vuestro desacato y sin que me haya quedado de rey más que el nombre, pues me habéis quitado que hable, que solicite saber vuestros intentos, que os haga partícipes de los míos, y, a lo que me parece también, que os mire? Había resuelto enviar a unos y llevar bien aprisa conmigo a otros, y tan disgustados os mostráis los que habíais de iros ahora como los que lo habíais de hacerlo después. ¿Qué es esto? ¿Cómo puede proceder de causas tan distintas un mismo sentimiento? Preciso es que sepa si los que se quejan son los que han de partir o los que han de quedarse.»

A lo cual respondieron unánimes y a un tiempo a grandes gritos, que todos juntos eran los que se quejaban. «No podré creer yo nunca (replicó el rey) que tan general disgusto proceda sólo de la causa que vosotros suponéis, cuando la mayor parte del ejército no está comprendida en ella, pues son más los que envío que los que dejo.

Más alto origen trae el mal y otra muy distinta es la ocasión que os aparta de mi servicio, porque ¿quién ha visto hasta ahora que todo un ejército abandone a su rey? Aun los mismos esclavos, cuando intentan la fuga, no la ejecutan juntos, avergonzándose de dejar a su dueño al verle desamparado de los otros. ¿Qué haré, pues, cuando hablo con hombres tan frenéticos, esforzándome en vano a curar ánimos tan incapaces de remedio? Depongo ya el buen concepto que hasta aquí tenía hecho de vosotros, y ofrezco trataros desde hoy, no como a mis soldados, pues no lo sois, sino como a los más ingratos hombres del mundo.

Mi gran benignidad os tiene tan perdidos y tan olvidados del estado de donde os saqué, al cual merecíais volver y consumir lo restante de vuestros días en él, pues os halláis mejor en la adversa que en la próspera fortuna. Los que no ha mucho que eran tributarios de los ilirios y de los persas, se muestran hoy disgustados de las riquezas del Asia y de los despojos del Oriente. Los que en tiempo de Filipo andaban poco menos que desnudos, visten ropa de púrpura, y deslumbrándoles el resplandor del oro, apetecen más vajillas de madera, escudos de zarzos entretejidos y despreciables espadas cubiertas de orín, que fue el rico aparato con que los hallé.

No ignoráis que cuando tomé posesión de la corona la hallé empeñada en quinientos talentos, y que sólo había en el erario sesenta. Este fue el caudal que tuve para dar principio inmediatamente a la guerra, y con el que puedo decir, sin vanidad, que me he hecho señor de casi todo el universo. ¡Que tanto os disguste el Asia, teatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala con los mismos dioses! Deseáis con gran prisa volver a Europa y abandonar a vuestro rey, sin considerar que entre vosotros hay muchos que, a no haberles pagado yo sus deudas, las cuales he satisfecho de la presa del Asia, se hallarían imposibilitados de hacer el viaje. ¿Y no os avergonzáis de volver con las manos vacías a ver a vuestras mujeres y a vuestros hijos después de haber adquirido de las naciones conquistadas tantos despojos? ¿Qué les responderéis cuando os pregunten por los frutos de vuestras victorias? No sé cuál de vosotros es el que podrá mostrárselos; sí sólo que muchos han empeñado hasta sus mismas armas con la esperanza de su vuelta.

¿Pensaréis que pierdo muy ventajosos soldados en vosotros, en quienes no ha quedado de tantas riquezas sino la costumbre de la relajación y de los desórdenes en que las habéis consumido?

¿No queréis dejarme? Pues idos, que el camino está libre: idos, y sea adonde no vuelva a veros más. Los persas y yo os preservaremos de los riesgos que os puedan sobrevenir. Quitaos de mi presencia, ingratos ciudadanos, pues a ninguno estorbo que fe vaya, porque ya me falta el sufrimiento para toleraros. Allá reconoceréis el gusto con que os recibirán vuestras mujeres y vuestros hijos al veros volver sin vuestro rey. ¿Con qué alegría se pondrán en vuestra presencia y darán los brazos a unos traidores y desertores? Idos, idos, pero tened por cierto que he de triunfar de vuestra fuga y que me he de vengar de vosotros en cualquier paraje donde os hallareis, prefiriendo en todo a los extranjeros con quienes me dejáis. Idos, por último, que algún día conoceréis lo que es un ejército sin cabeza y lo que en mí habéis perdido.»

Dicho esto, se arrojó colérico de un brinco desde su tribunal, y entrándose por en medio de los soldados armados, y dirigiéndose a un grupo de los amotinados se asió uno a uno de todos, sin que se atreviese ninguno a estorbárselo, y entregó trece de ellos a sus guardas.

CAPÍTULO 3

Desbarata los malos intentos de su ejército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guarda de su persona a los persas.

¿Quién creyera que aquella desatinada muchedumbre se sosegase repentinamente, y que fuese tan grande el pavor que ocupase sus ánimos, al ver que arrastraban al suplicio a sus compañeros, que habiendo quedado inmóviles y sin atreverse a articular palabra alguna se mirasen unos a otros, temiendo cada uno no se ejecutase con él el mismo rigor? Lo cierto es que, o porque naciese de la gran veneración que en las monarquías tienen los pueblos a sus reyes, a quienes adoran como a dioses, o del particular respeto con que miraban su persona, o de la confianza y resolución con que usaba de su autoridad, ellos quedaron aturcidos en aquella ocasión, en la cual acreditaron bien su paciencia y su sujeción, hallándose tanto más lejos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus compañeros cuando supieron se había ejecutado por la noche, cuando sólo atendía cada uno a purgar su delito y a solicitar perdón de él.

Al día siguiente, llegando delante del alojamiento del rey, y hallando que les impedía la entrada, franqueándosela a los soldados asiáticos, llenaron el campo de desconsolados clamores, diciendo a grandes gritos, como desesperados, que querían morir si el rey no mitigaba sus enojos. Pero aquel príncipe, que no revocaba fácilmente la resolución que una vez tomaba, habiendo ordenado que se retirasen los macedones a su campo y que se pusiesen los extranjeros en su presencia, concurriendo considerable número de ellos, les habló así por medio de un príncipe:

«Cuando pasé de Europa al Asia, esperé juntar a mi imperio muchas célebres naciones e infinitos millares de hombres. No sólo correspondió puntual la fama a sus promesas, sino excedió liberal a mis esperanzas, pues hallé pueblos belicosos, y cuyo amor a sus reyes es increíble. Habíame persuadido a que entre vosotros todo era una vana pompa y desmesurada profanidad, y que vuestra grande felicidad y abundancia os tendría envejecidos en torpes deleites, pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos y de vuestros ánimos, que os hace capaces de tolerar las fatigas de la guerra, y lo que yo más estimo, vuestra fidelidad, que en medio de ser grande vuestro valor, no es inferior.

Ha días que vivo con este conocimiento, aunque no os lo he manifestado hasta hoy. Él me ha movido a escoger lo mejor de vuestra juventud para incorporarla en mis tropas, como lo he hecho. Vuestro traje y vuestras armas no se diferencian de las tuyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han obligado a la resolución de casarme con la hija de Oxiartes, que es de vuestra misma nación, y a que no desdeñándome de tener hijos de una de mis cautivas, y deseando que mi casa se dilate con copiosa sucesión, haya elegido también por esposa mía a la hija de Darío, habiendo movido con mi ejemplo a los principales de mi corte a que ejecutasen lo mismo con sus prisioneras, para que por medio de tan santa alianza quede borrada la diferencia que puede haber entre vencedores y vencidos. Por lo cual debéis estar ciertos de que os tengo por naturales soldados míos y no por extraños, y de que os estimo como a mis antiguos

ciudadanos.

Ya Asia y Europa no son más que un reino; ni las armas que os he dado ni la librea de que os he vestido son otras que las de los macedones. Y ya ni a los persas es indigno imitar a los macedones, ni a los macedones seguir las costumbres de los persas; porque es preciso que sean comunes las leyes y las utilidades a los que han de vivir debajo del dominio de un mismo príncipe.»

[Concluido así este razonamiento, fió la guarda de su persona de los persas, cuyos nuevos oficiales llevaban al suplicio a los macedones que habían quedado por castigar. Refiérese que entonces uno de los condenados, persona autorizada y a quien hacía más venerable su edad, dijo al rey:] (conjetura de J. Froben)

CAPÍTULO 4

Palabras de cierto soldado macedón aprisionado. Conspiración contra Alejandro, el cual muere de veneno.

«¿Cuándo se saciará tu crueldad de martirizar con tan extraños castigos a los de tu nación? ¿Tus soldados y tus ciudadanos permites que vayan conducidos al suplicio por sus mismos prisioneros, sin que haya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, ¿no pudieras haber nombrado otros ministros de su misma nación que se la diesen?»

El consejo aunque libre, era útil si hubiese sabido aprovecharse de él, pero tenía tan preocupado su fortuna y su indignación, que no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los ejecutores la muerte de aquellos infelices, ordenó que los arrojasen al río. Pero ni aun esta impía demostración fue bastante a causar la menor alteración en los soldados, los cuales bien ajenos de procurarla, acudían en cuadrillas a sus capitanes y a los validos del rey para que le pidiesen condenase a muerte a todos los demás que entre ellos se averiguase hallarse culpados, pues todo el ejército estaba pronto a comprar al precio de sus vidas su desenojo...

(laguna)

CAPÍTULO 5

Lo que hizo y lo que dijo antes de su muerte. Sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Darío, que rendida al dolor murió poco después. Elogio de Alexandro.

Fue tanto lo que aumentaron sus gemidos y sollozos al verle, que más parecía que le lloraban muerto que doliente. Era empero aún mayor la aflicción en los que estaban más inmediatos a su persona, a quienes, volviéndolos a mirar Alejandro, les preguntó que adonde hallarían, muerto él, rey digno de tales vasallos. Verdaderamente que fue cosa digna de admiración que hallándose aquel príncipe tan postrado y casi moribundo, se mantuviese en la misma postura con que recibió a su ejército todo el tiempo que tardaron en saludarle uno a uno sus soldados. Después de lo cual, y de haberles dado el último adiós, se volvió a echar, como si ya no le quedase otro cuidado que el de morir; y haciendo acercar al lecho los suyos, por empezar ya a faltarle la voz, se quitó el anillo que traía y se lo dio a Perdicas, a quien pidió que hiciese llevar su cuerpo al templo de Amón.

Y preguntándole todos que a quién dejaba por sucesor suyo en el imperio, respondió: «Que al que más dignamente le mereciese. Pero que prevenía se disponían sobre la declaración de él extraños espectáculos fúnebres a su muerte.» Preguntóle también Perdicas que cuándo gustaba de que se le hiciesen divinos honores, a lo que le respondió : «Cuando seáis felices». Después de cuyas últimas palabras rindió el espíritu.

No se oían en aquel palacio al principio sino copiosos llantos, espantosos sollozos y tiernos gemidos, los cuales, haciendo el dolor lugar a cuidadosas imaginaciones y a infelices discursos sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecía sino que se hallaban en una vasta soledad. Corrían de una a otra parte como desatinados sus pajes y las guardas de su persona, llenando la ciudad de tristeza y de los sentimientos en que suele prorrumpir en semejantes ocasiones el dolor. A vista de lo cual los que estaban fuera del palacio, así bárbaros como macedones, corrieron en tropa a él, sin que en tan común desesperación se pudiesen

diferenciar los vencedores de los vencidos, porque unos y otros mostraban a porfía su dolor; llamándole los persas «el más justo y benigno dueño que tuvieron», y los macedones «el mejor y más valeroso príncipe del mundo», quejándose todos a los dioses de que lo hubiesen quitado a los hombres en la flor de su edad y de su fortuna.

Acordábanse entonces de su invencible valor, y del ánimo y alegría con que los conducía al combate, sitiaba las ciudades, subía a los muros y premiaba sus servicios; y arrepentíanse entonces los macedones de haberle rehusado los divinos honores, confesándose ingratos e impíos por haberle defraudado título que le era tan debido.

Finalmente, después de haberlos tenido embargados por algún rato la veneración a su persona o el desconsuelo de su pérdida, convirtieron hacia ellos mismos su compasión, considerando que habiendo partido de Macedonia se hallaban de la otra parte del Éufrates, sin cabo y en medio de sus enemigos, disgustados éstos del nuevo dominio. Que habiendo muerto el rey sin hijos y sin dejar sucesor, cualquiera procuraría ganar a favor suyo las fuerzas públicas. Sobre lo cual preveían las guerras civiles que resultarían, y que les sería preciso derramar aún su sangre y exponerse a que abriesen nuevas heridas en sus antiguas cicatrices, no ya para conquistar el imperio del Asia, sino para darla rey. Y finalmente, que aquellos ancianos soldados que habían obtenido licencia de su legítimo príncipe para volver a su patria, se hallarían obligados a emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quizá de algún miserable soldado.

Cogióles la noche en estos desconsolados discursos, que los hizo aún más funestos. Pasáronla toda armados los soldados y los babilonios o sobre los muros o en los miradores de sus casas, para advertir mejor desde ellos lo que pasaba, si bien ninguno se atrevía a encender luz. Conque no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oídos, aplicándolos al menor ruido que se les ofrecía. Muchos, desmayados de las vanas sombras que les figuraba su medrosa imaginación, corrían por aquellas oscuras calles, dando unos con otros, sin conocerse ni asegurarse.

Los persas, que según su estilo se habían cortado el pelo en demostración de su sentimiento, y puesto luto, así como también sus mujeres y sus hijos, lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel príncipe a quien no miraban ni como a vencedor suyo ni como a quien poco antes había sido su enemigo, sino como a su más justo y legítimo rey; contestando que desde que se estableció su monarquía no habían tenido otro que más dignamente que él mereciese su obediencia. No se limitó sólo a los muros de aquella ciudad tan considerable tristeza. Pasó inmediatamente a las regiones cercanas, y dilatose desde ellas a toda aquella gran porción del Asia que está a la otra parte del Éufrates.

Llegó sin mucha dilación la nueva a la madre de Darío, la cual, arrebatada del dolor, rasgó sus vestiduras, se puso luto, se mesó los cabellos y se arrojó a tierra. Tenía consigo a una de sus nietas, a quien hallándose aún recientes las lágrimas por la muerte de su marido Hefestión, acordaba el dolor público su particular aflicción. Sisigambis empero acumulaba en sí todos los infortunios de su casa y lamentaba el de aquellas desgraciadas princesas, nietas suyas, renovando con la infelicidad presente la memoria de las pasadas. No parecía, según todas las demostraciones del dolor que en ella se veían, sino que Darío era el muerto. Lloraba a muertos y a vivos igualmente. «¿Quién mirará (decía) desde hoy por mis nietas? ¿Dónde hallaremos otro Alejandro?» Añadiendo que nuevamente quedaban cautivas, que nuevamente habían perdido su reino y que aunque les faltó Darío, hallaron quien las amparase, pero que muerto Alejandro, ninguno las atendería. Hacía memoria de que habiendo tenido ochenta hermanos, fueron degollados todos en un día por orden de Oco, el más cruel tirano que vio el mundo, y con ellos su padre. Que de siete hijos que había dado a luz no le había quedado más que uno, y que aunque Darío había florecido por algún tiempo, sólo le elevó la fortuna para hacer mayor su precipicio. (24)

Finalmente, rendida al dolor se cubrió la cabeza, y habiendo hecho separar de sí a sus nietas y a su nieto, a quien tenía en las faldas, no quiso ver más el día ni que entrase ya alimento alguno en su cuerpo. Y de esta suerte subsistió hasta el quinto día, en el cual perdió los últimos alientos de la

vida.

Verdaderamente que esta muerte es gran testimonio de la benignidad que el rey usó, así con ella como con todos los demás prisioneros, pues no habiendo tenido valor para quitarse la vida muerto Darío, tuvo por ignominia vivir muerto Alejandro.

Lo cierto es que, si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel príncipe, habremos de confesar que sus virtudes las debió a la naturaleza, y que sus vicios le procedieron, o de la fortuna, o de la edad. La constancia de su ánimo fue increíble, su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesivas, como capaz de rendir a los más robustos y acostumbrados a ellas y su valor incomparable, no sólo respecto de los reyes, sino de los que más se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aún más de lo que pudiera pedirse a los dioses. Su clemencia con los vencidos fue tan grande, que no sólo volvió los reinos a los mismos de quienes los había conquistado, sino que hizo merced de otros a muchos. La muerte, que tan horrorosa es a los demás hombres, la miraba él tan sin ningún temor, que parecía la buscaba a cada paso. No se puede negar que su ambición era sin límites; pero tampoco que fue dispensable en un príncipe del verdor de sus años, y en quien correspondiendo a sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria, en que ardía su corazón.

Y si volvemos la consideración a la piedad que usó con los que le dieron el ser, ¿no lo acreditó bien con Olimpiade, habiendo resuelto colocarla en el número de los dioses? ¿Y con Filipo, habiendo tomado venganza de su muerte? ¿Pero qué diremos de su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Qué de su afecto con sus soldados? ¿Qué de su continencia con las mujeres? Su talento era igual a su gloria, y su destreza y juicio superior a su edad.

Estas fueron las grandes prendas de que le dotó la naturaleza; los vicios de que fue causa la fortuna se redujeron a haber pretendido igualarse con los dioses, a haber mandado que se le hiciesen divinos honores, a haber dado más crédito del que debiera a los oráculos que le lisonjeaban con semejantes vanidades, a haberse irritado con los que rehusaron adorarle, a haberse vestido al uso extranjero, a haber imitado las costumbres de los pueblos que había vencido y despreciado antes de la victoria. Porque aunque no debe omitirse su propensión a la cólera y al vino, tampoco negar que la misma edad, que contribuyó mucho a ocasionársela, pudiera también haber sido tan gran parte para moderársela. Pero si bien es preciso conceder que fue muy deudor a su virtud, también que lo fue aún más a su fortuna, pues entre los mortales sólo él la tuvo como a su arbitrio y disposición. ¿Cuántas veces se le arrebató como de entre las manos a la muerte? ¿Cuántas le sacó felizmente de los mayores riesgos a que se arrojó, sin desampararle nunca, disponiendo, para colmo de sus beneficios, que el curso de su vida terminase en el período de su gloria? Porque hasta que hubo sujetado el Oriente, llegado a surcar las ondas del Océano y ejecutado cuanto es posible a un mortal, le preservó su destino de los rigores de la Parca.

Atendíase, pues, a dar sucesor a tan gran rey y a tan esclarecido conquistador; pero el peso de tan considerable máquina excedía a las más robustas fuerzas; y con efecto, aun solo el nombre y la fama de Alejandro constituyó reyes y reinos casi por todo el mundo, habiéndose hecho célebres en él aun los que en la derrota de tan gran fortuna pudieron lograr los menores vestigios de ella.

CAPÍTULO 6

Consejo y parecer de los grandes sobre declarar sucesor Alejandro.

Pero volviendo a Babilonia, de donde nos hemos apartado, convocaron en ella para el alojamiento del rey las guardas de su persona a los grandes y a los oficiales del ejército, a quienes siguió considerable muchedumbre de soldados deseosos de saber quién sucedería en tan gran poder. No podían llegar muchos, respecto del demasiado tropel, por lo cual dijo un heraldo en alta voz, que no entrasen más de los que eran llamados. Pero faltando quien los contuviese en obediencia, todos se burlaron de la prohibición. Llegóse a esto el renovarse allí los llantos y los gemidos de todos, sin que se hubiesen podido templar hasta que el cuidado de los intereses públicos dio treguas a ellos y lugar al silencio. Entonces Perdicas expuso a vista del vulgo la silla real en que estaba la diadema,

el manto y las armas de Alejandro, entre las cuales puso el anillo que le había dado el día antes. A vista de cuyos objetos volvieron a renovar su llanto y sus gemidos, no de otra suerte que cuando lloraron su muerte, hasta que Perdicas empezó a hablarles así:

«Pongo en vuestro poder el anillo que el rey me dio al tiempo de su muerte, con el cual sellaba sus órdenes y mantenía su autoridad. No sé que el cielo en su mayor indignación contra nosotros pudiera habernos enviado igual calamidad a la de la pérdida de tan gran príncipe, pero si consideramos la grandeza de lo que ha ejecutado es preciso que creamos que los dioses le habían dado como de prestado al mundo, y que habiendo obrado las maravillas que hemos visto, lo restituyeron al cielo, de donde lo enviaron. Por eso debemos, no quedándonos otra cosa que lo que se sustrae de la inmortalidad, atender primeramente a satisfacer en cuanto nos sea posible las obligaciones que nos corren a su cuerpo y a su memoria, y después considerar en qué ciudad nos hallamos, en medio de qué pueblos, qué rey, y, qué apoyo hemos perdido. Lo que debemos hacer, ¡oh compañeros míos!, es asegurar nuestras victorias entre las que hemos vencido. Para esto necesitamos de una cabeza, pues sin ella no ignoráis que cualquiera ejército es un cuerpo sin alma. De vuestro arbitrio pende elegir ésta o muchas. Roxana se halla embarazada de seis meses: permitan los dioses que nos gobierne el que naciere cuando tenga edad para poderlo hacer, en cuyo ínterin es preciso que determinéis de quién hemos de fiar la regencia.»

Esto fue lo que Perdicas les representó, a que Nearco se opuso, diciendo que ninguno pondría en duda que heredaría el reino quien fuese de la sangre de Alejandro, pero que era impracticable, así en el genio de los macedones como en el estado presente de los intereses, esperar para él a quien no había nacido, excluyendo al que lo estaba, y que pues el rey había dejado un hijo, habido en Bársines, sería más conveniente coronarle.

Disgustó tanto a todos esta proposición, que dando en sus escudos con los cabos de los dardos, no cesaban de murmurar de ella, destemplándolos tanto la tenacidad con que Nearco insistía en un dictamen, que fue preciso que tomase la mano Ptolomeo, el cual dijo:

«¡Por cierto que es muy digna estirpe la de los hijos de Roxana, o de Bársines, para que saquen de ella los que han de mandar a los macedones, unos semiesclavos cuyos nombres apenas habrá quien se atreva aún a pronunciarlos en Europa! ¿Vencimos, por ventura, a los persas para sujetarnos a sus hijos, cuando aún Darío y Jerjes, poderosísimos y legítimos reyes, no pudieron conseguirlo con tan formidables ejércitos, así terrestres como marítimos? Mi dictamen es que se transfiera a palacio el tribunal, y que cuando se hubiere de deliberar sobre la gravedad de este negocio, se convoque el consejo, y que en él no concurren más que los que le componían en vida de Alejandro, y que obedezcan los cabos y los capitanes las resoluciones que se acordaren en él con la mayor parte de los votos.»

Eran algunos del dictamen de Ptolomeo y pocos del de Perdicas, pero levantándose Arístono, dijo que cuando se le preguntó a Alejandro que a quién dejaba por sucesor de la corona, respondió que al más digno, y que habiendo dilatado la vista por todos los que se hallaron presentes a su muerte y elegido entre todos a Perdicas para entregarle su anillo, había declarado bastante en aquella demostración que en su aprecio ninguno lo era más, y consecuentemente que le destinaba por sucesor suyo.

Asegurados los más de que era cierto lo que decía, le intimaron que se pusiese en medio de ellos y que volviese a tomar el real anillo. Batallaba Perdicas entre el deseo y la vergüenza, y discurriendo en que cuanto más rehusaba admitir lo que con tanta ansia apetecía, tanto más se le instaría porque lo aceptase, después de haber estado por algún rato irresoluble, se retiró, por último, detrás de los que había tenido a sus espaldas.

Entonces Meleagro, uno de los capitanes, valiéndose de la ocasión que le dio la irresolución de Perdicas, dijo en altas voces: «No permitan los dioses que caiga sobre tan débiles hombros la fortuna de Alejandro y el peso de tan gran imperio, el cual juzgo por incapaz de que ningunas fuerzas humanas sustenten. No hablo de los que se hallan aquí con más derecho que él, sino de todos los hombres valerosos que están presentes, contra cuya voluntad no se ejecutará nada. Importa

poco que tengáis por rey al hijo de Roxana, cuando le dé a luz, o a Perdicas, pues de cualquiera suerte usurpará éste el reino con el pretexto de la tutela. Por cuya razón no ha gustado de ninguno de los que se han propuesto, sino del que aún no está en el mundo, librando todo nuestro remedio en el parto de una mujer, en ocasión donde precisa a nuestra justa impaciencia la más urgente necesidad a que elijamos rey, como si tuviese por cierto que de él ha de nacer varón; pero ¿quién os asegurará que no le suponga e introduzca el que le antoje? Verdaderamente que si Alejandro le dejó por sucesor, sería la única orden suya que no debáis obedecer. ¿Cuánto más justo será ¡oh soldados! que presurosos os apoderéis de esos tesoros, pues es el ejército legítimo heredero de las reales riquezas que están en el campo?»

Dicho esto, pasó por en medio de las tropas, que estaban allí en orden de batalla; siguiéronle los mismos que le habían abierto lugar para que le hiciese, como encaminándose al pillaje, a que los habían incitado.

CAPÍTULO 7

Saludan por rey algunos a Arrideo, hijo de Filipo, a solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil.

Conque hallándose rodeado Meleagro de un grueso de soldados armados, corría gran riesgo que la discordia pasase a sedición. Suspendióla empero cierto hombre de lo más íntimo de la plebe y apenas conocido de alguno, el cual dijo:

«¿Qué causa os obliga a valeros de las armas, a empeñaros en una guerra civil, cuando tenéis entre vosotros el rey que buscáis? ¿No está aquí Arrideo, hijo de Filipo, hermano de Alejandro, compañero suyo en los sacrificios y en los sagrados misterios, y el día de hoy único heredero suyo? ¿Qué ha cometido en ofensa vuestra que queréis usurparle tan injustamente el derecho que le da el común de las gentes? Porque si buscáis un rey como Alejandro, nunca le hallaréis, y si el más cercano a él, ninguno lo es más que éste.»

Miráronse al principio unos a otros, oída la proposición, que los dejó suspensos por algún rato, hasta que después prorrumpieron todos diciendo a gritos que era preciso llamar a Arrideo, y que eran dignos de muerte los que habían ordenado la junta sin él.

Pero Pitón, bañado en lágrimas, empezó a decir que con muy justa razón podía quejarse Alejandro de que le hubiese usurpado la muerte el fruto del afecto de tan buenos ciudadanos y de tan generosos soldados, los cuales, atentos sólo al nombre y a la memoria de Alejandro, olvidaban lo que era más importante aun a su misma gloria.

No estaba tan oculta la malicia de estas palabras que no conociesen todos que se dirigían contra aquel juvenil príncipe a quien se le destinaba el imperio, pero granjearon antes el odio contra su autor que el desprecio de Arrideo, a cuyo favor movieron la compasión y el afecto de la junta, de suerte que no cesando de decir a gritos que no consentirían reinase otro que él, el cual había nacido con aquella esperanza, le llevó inmediatamente Meleagro, declarado enemigo de Perdicas, a palacio, donde hizo a los soldados le proclamasen rey debajo del nombre de Filipo.

Esta era la voz del pueblo, no empero el parecer de los grandes, entre los cuales Pitón, en cumplimiento de lo que habían resuelto con Perdicas, nombró por tutores del infante que había de nacer de Roxana a Perdicas y a Leonnato, ambos de la sangre real. Declaró a Crátero y a Antípatro por directores de los negocios de la Europa, e hizo que reconociesen por rey a aquel renuevo de Alejandro. Meleagro, temeroso de que le sobreviniese lo que merecía, se retiró con los de su partido, si bien cobrando alientos después y llevando consigo a Filipo, forzó las puertas del palacio, donde le entró diciendo a gritos que la vigorosa edad de aquel príncipe autorizaba la elección del pueblo; que se acordasen que era sangre de Filipo e hijo y hermano de dos reyes, cuyas razones debían obligarlos a que a lo menos hiciesen experiencia de él y juicio por sí mismos, sin dejarse llevar de ajenos dictámenes.

No hay piélagos que mayores olas ni más tempestuosas borrascas levante que las que suscita la muchedumbre oprimida y recelosa de que no subsista su nueva libertad. Fueron pocos los que

siguieron el partido de Perdicas, a quien acababan de nombrar en la regencia, y más de los que se esperaron los que se llegaron al de Filipo. Si bien todo era irresoluciones y mudanzas, arrepintiéndose tan aprisa de lo que habían ejecutado como del mismo arrepentimiento que habían tenido, por último fueron a dar en la real stirpe. Receloso Arrideo de la autoridad de los príncipes, dejó la junta y se retiró, con cuya acción, en vez de entibiar el afecto de los soldados, lo avigoró tanto que, habiéndole vuelto a llamar, le pusieron las reales vestiduras de Alejandro, que estaban sobre la silla. Habiéndose puesto Meleagro la coraza y tomado sus armas, le siguió, como capitán de sus guardas; y la falange, dando con las picas en los escudos, amenazaba destruir a cualesquiera que intentase usurpar la corona, a que tenía derecho, pues era preciso que ésta quedase en la real casa y en el legítimo heredero, que aun el mismo nombre de Filipo hacía venerable, hallándose ellos acostumbrados a obedecer a los príncipes que tenían, y que ninguno que no hubiese nacido para reinar se atrevió a tomar.

Habiase encerrado Perdicas en la sala donde estaba el cuerpo de Alejandro, bien receloso y asistido de seiscientos hombres escogidos. Llegóse Ptolomeo con toda la juventud de la corte, pero no habiendo resistencia que bastase contra el gran número de soldados que seguía a Filipo, derribadas las puertas, entró rodeado de una compañía de soldados bien armados y resueltos, de quienes era capitán Meleagro. Irritado Perdicas de aquella violencia, salió de allí, haciendo que le siguiesen los que guardaban el cuerpo. Pero los que habían entrado nuevamente, de tal manera cargaron sobre él y los que le acompañaban, que habiendo herido a muchos, se vieron precisados los más ancianos a levantar las celadas para darse a conocer mejor, y pidieron a los que estaban con Perdicas que excusasen llegar a las manos, y que cediesen al rey y al partido más fuerte.

Fue Perdicas el primero que lo ejecutó, a quien siguieron los demás; los cuales, poniéndolos en sospechas de que se les disponía alguna traición las instancias con que los persuadía Meleagro a que no abandonasen el cuerpo de Alejandro, salieron por una puerta falsa y ganaron la otra parte del Éufrates. Siguió la caballería, compuesta de toda la nobleza, a Perdicas y a Leonnato, cuyo dictamen era abandonar a Babilonia y hacerse dueños de la campaña; pero no asintió a él Perdicas, el cual, esperando que le asistiese también la infantería, se quedó en aquella ciudad, porque no se creyese que llevando consigo la caballería se separaba de las demás tropas.

CAPÍTULO 8

Opónense los principales capitanes a los artificios de Meleagro. Procura Arrideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algún medio de satisfacción entre unos y otros.

Meleagro, entre tanto, no cesaba de incitar al rey a que dispusiese la muerte de Perdicas, ponderándole que era el único medio de asegurar la corona, y era preciso que se librase de aquel ambicioso genio; que se acordase de lo que ejecutó con el rey, y tuviese por cierto que nunca podían ser seguros los que vivían recelosos. Aunque el rey no aprobaba este consejo, dio con oírle bastante ocasión a Meleagro para que teniendo por orden su silencio, enviase algunos soldados de su compañía a que llamasen a Perdicas de parte del rey, mandándoles que le diesen muerte si mostraba alguna repugnancia en ejecutarlo. Advertido Perdicas de la llegada de aquellos soldados, no teniendo consigo más que seis caballos de la compañía real, los esperó a pie firme en la puerta de su alojamiento, y después de haberlos tratado muy mal de palabra, y llamádoslos verdugos y esclavos de Meleagro, de tal modo los amedrentó con la firmeza de su valor y con la ferocidad de su semblante, que perdidos de ánimo se encomendaron a la fuga. Hizo poner inmediatamente a caballo a aquellos mancebos, y acompañado también de algunos de sus amigos, pasó a buscar a Leonnato, donde se puso en estado de defenderse por si le acometían. Divulgóse al día siguiente el peligro en que se había visto Perdicas, y extrañándole los macedones, resolvieron irritados tomar satisfacción de Meleagro, pasando tumultuosamente a la presencia del rey, a quien preguntaron si había mandado que se le llevase preso a Perdicas. Respondióles que sí, pero que había sido a persuasión de Meleagro, y que debían sosegar respectó de hallarse libre Perdicas y de no haberle resultado daño alguno.

Despedidos de esta suerte, quedó Meleagro bien temeroso, mayormente viéndose abandonado de la caballería; y no sabiendo qué partido tomar, habiendo caído en la red que había armado a su enemigo, se mantuvo por espacio de tres días consultando consigo mismo lo que debía ejecutar. Conservábase aún alguna parte de aquella grande autoridad de Alejandro, porque los embajadores acudían al rey, el cual les daba audiencia. Los capitanes asistían cerca de su persona, y los soldados hacían guardia a las puertas de palacio, pero veíase en los semblantes tan general inquietud y disgusto como el que pudieran mostrar en la última desesperación.

Desconfiaban unos de otros, de suerte que ninguno se atrevía a hablar ni a juntarse con sus más conocidos, viéndose precisados a conservar en sí sus pensamientos, sin permitir el menor desahogo a alguno de sus cuidados. Comparaban a aquel rey con el que habían perdido, y aumentaba su aflicción la gran diferencia que había de uno a otro, buscando en vano aquel príncipe debajo de cuyas órdenes habían triunfado del mundo. Considerábanse como abandonados y a merced de aquellas indómitas naciones, que tenían por enemigos, de quienes esperaban que vengasen en la primera ocasión que se les ofreciese los ultrajes que habían hecho de ellos. Hallándose, pues, con la aflicción de semejantes discursos, llegaron a decirles que la caballería que seguía a Perdicas embargaba todos los mantenimientos que llevaban a la ciudad. De ello se siguió en breves días la carestía y después el hambre, el cual les precisaba, o a que se acomodasen a Perdicas, o a que tomasen las armas contra él. Llegóse a esto el haberse retirado la gente del campo a la ciudad, temerosa de los robos y daños que causaban y hacían los soldados, y el haber salido muchos de ella por falta de víveres y por creer que lo pasarían mejor en las vecinas que en la propia.

Los macedones, recelosos de que se alborotasen los habitantes, se juntaron en el alojamiento del rey, a quien propusieron enviase diputados a tratar con la caballería y a disponer que depusiesen las armas. Conforme el rey con este acuerdo, despachó inmediatamente a Pasas de Tesalia, a Amiso de Megalópolis y a Perilao, que después de haber propuesto su comisión, llevaron por respuesta: «Que no dejarían las armas si primero no se les entregaba los autores de la división.» Con la cual, movidos de propio impulso los soldados, tomaron presurosos las armas, a cuyo ruido salió Filipo de palacio, y poniéndose a vista de todos, les dijo:

«Ninguna cosa nos conviene más que manteneros en sosiego, pues el que lo hiciere logrará el premio de los que combatieren entre sí. Sobre lo cual debéis considerar que habéis de contender con vuestros ciudadanos, y que si mostráis desesperar de algún ajuste, os precipitáis a una guerra civil. Solicitémosles antes segunda vez, que podrá ser que no habiendo aún dado sepultura al cuerpo del rey, pueda volvernos a unir este común oficio de piedad. Por lo que mira a mis intereses, desde luego los depongo todos, porque quiero antes renunciar el imperio, que no ser causa de que se derrame gota alguna de sangre de mis ciudadanos. Y así, os ruego que si consiste en esto el sosiego público, pongáis los ojos en otro que acierte a regir mejor.» Y dicho esto, se quitó, vertiendo algunas lágrimas, la diadema, y extendiendo la mano en que la tenía, la ofreció al que se juzgase más digno que él de ella. La modestia y madurez de este razonamiento hizo concebir tan grandes esperanzas de aquel príncipe, cuyo merecimiento había tenido desconocido hasta entonces el esplendor de la gloria de su hermano, que se conformaron todos en que se ejecutase lo que había propuesto. Despacháronse, pues, los mismos diputados a Perdicas y a Leonnato, pidiéndoles por medio de ellos que admitiesen por tercer capitán a Meleagro. Obtuvo fácilmente, porque Perdicas no deseaba otra cosa que apartarle del lado del rey, previniendo que sola una cabeza no podía hacer resistencia a dos. Con lo cual salió Meleagro con la falange a encontrarle, encaminándose a él Perdicas con la caballería, y habiéndose saludado recíprocamente de ambas partes, se juntaron, creyendo tuviese perpetua duración la concordia que ajustaron.

CAPÍTULO 9

Pierde Perdicas a Meleagro por cierta astucia que usó, y casi a trescientos hombres que le habían seguido.

Pero el destino del imperio macedónico había resuelto ya su ruina y derramado las semillas de

las guerras civiles que lo habían de destruir, porque no admitiendo las monarquías más que una cabeza que las rija, en ésta todos querían ser dueños de mandarla. Así unieron primero sus fuerzas y las dividieron después, y como en un cuerpo a quien se le carga de más peso que el que puede sufrir desfallecen los miembros oprimidos, así aquel imperio que pudiera mantenerse regido por solo uno, quedó arruinado por tantos. A vista de lo cual, debe con muy justa razón reconocer el pueblo romano su prosperidad a un príncipe que en medio de aquella tenebrosa noche, que creímos fue la última, se nos apareció como nuevo astro de feliz influencia. Su nacimiento iluminó al mundo más que el del sol, y dio a miembros tan divididos con horribles discordias una cabeza que los uniese. ¿Cuántos incendios no extinguió? ¿A cuántas espadas no embotó sus acerados cortes? ¿Y cuántas tempestades no calmó con tranquila serenidad? A cuyo gran beneficio debe su imperio, no sólo la gloria con que volvió a florecer, sino con la que hoy florece, y si los dioses no envidian la felicidad que reconocemos a tan augusta casa, espero que cuando no la prosperen con tan eterna sucesión como la solicitan nuestros votos, que sea a lo menos con larga y feliz duración.

Pero volviendo a tomar el hilo de la narración que me obliga a cortar la consideración de la felicidad pública, Perdicas libraba su mayor bien en la muerte de Meleagro, por haber experimentado en él que su vanidad e infidelidad no le permitían dejarse de maquinarse siempre novedades, y reconoció que siendo su mortal enemigo nada le convenía más que desembarazarse de él, si bien gobernaba este intento con la profunda disimulación que era preciso para su logro. A cuyo fin sobornó secretamente a algunos de la caballería que mandaba para que se lamentasen públicamente de que se le hubiese dado la misma autoridad a Meleagro que a él. Noticioso de esto Meleagro, pasó colérico a quejarse con Perdicas, el cual, mostrando gran admiración de lo que le refería, dio voces, se quejó e hizo cuanto le pareció conveniente a persuadirle su disgusto, resolviendo por último ambos que se prendiese a los autores de aquellos sediciosos intentos. A vista de cuyas demostraciones, abrazándole agradecido Meleagro, alabó sumamente su bizarría y estimó su afecto, quedando conformes en castigar a los culpados. Decretóse, pues, con el motivo de la discordia pasada, que convenía purificar el ejército conforme al estilo de su patria. Ejecutábanlo los reyes de Macedonia de esta suerte. Despedazaban una perra, cuyas entrañas esparcían por los dos extremos del campo adonde se había conducido el ejército, dentro de cuyo espacio estaban todas las tropas en orden de batalla, a una parte la caballería y a otra la infantería.

Llegado el día destinado para esta ceremonia, se puso el rey delante de la caballería, y los elefantes enfrente de la falange que mandaba Meleagro. No bien se hubo movido la caballería, cuando embargada de repentino pavor la infantería al ver delante de sí a sus enemigos nuevamente reconciliados, desesperaban tanto de todo buen suceso, que estuvieron casi resueltos a volverse a la ciudad, respecto de la ventaja que daba la llanura a la caballería, pero considerando que era temeridad condenar por una ligera presunción la fe de sus compañeros, se mantuvieron firmes aunque con resolución de vender bien caras sus vidas en caso de que los acometiesen. Acercábanse ya unos a otros los batallones, cuando alargándose el rey con una de las alas de la caballería hacia la infantería, preguntó instigado por Perdicas por los autores de la sedición para castigarlos (cuando debiera él protegerlos), amenazándolos de que si no se los entregaban haría pasar sobre ellos los caballos y elefantes.

Quedaron atónitos aquellos infelices de tan improvisado mal, y Meleagro sin aliento y sin consejo, si bien teniendo por mejor en aquel estado esperar antes a ver lo que disponía de ellos la fortuna que moverse a nada, se mantuvieron quietos. Entonces Perdicas, reconociéndolos perdidos y en disposición de hacer de ellos lo que gustase, mandó sacar de los escuadrones hasta trescientos soldados que habían seguido a Meleagro cuando se retiró de la primera junta que se tuvo después de la muerte de Alejandro, y exponerlos a vista de todo el ejército a los elefantes, que los despedazaron a todos, sin que se opusiese a ello Filipo o lo mandase embarazar, pues antes parecía por el suceso que autorizaba el hecho. Cuya acción fue de infeliz agüero y principio de las guerras civiles para arruinar el imperio de los macedones. Habiendo reconocido Meleagro, aunque muy tarde, los artificios de Perdicas, se mantuvo con la falange, en cuyo tiempo no se atrevieron a hacerle daño

alguno, pero poco después, viendo que sus enemigos tiraban a su ruina debajo del nombre del que había hecho rey, se acogió desesperado de todo remedio al templo, donde profanado su sagrado le dieron furiosos muerte.

CAPÍTULO 10

Divídese en muchas partes el imperio de Alejandro. Dase la mayor a Arrideo, y las provincias a los grandes del Estado. Llevan el cuerpo de Alejandro a Alejandría de Egipto.

Habiendo vuelto Perdicas el ejército a la ciudad hizo juntar en ella a los principales de él, con cuyo acuerdo fue dividido el imperio de esta suerte: que se conservase en la persona del rey la soberana autoridad, y que Ptolomeo quedase sátrapa de Egipto y de todas las provincias de Africa que estaban debajo de su jurisdicción. Dióse la Siria y la Fenicia a Laomedonte; la Cilicia a Filotas, y Licia, Panfilia y la gran Frigia a Antígono. Fue Casandro enviado a Caria, y Menandro a Lidia. Obtuvo Leonnato a Frigia menor, con toda la costa del Helesponto. Consignaron a Capadocia y a Paflagonia a Eumenes, con orden de que guardase toda aquella región que se dilata hasta Trapezunta y de que hiciese guerra a Ariarates, que era el único que no había querido sujetarse al imperio de los macedones. Nombróse a Pitón para el gobierno de Media y a Lisímaco para el de Tracia y de pueblos del Ponto contiguos a aquella provincia; ordenándose que los que mandaban a los indios, bactrianos, sogdianos y a otras naciones que habitaban hacia el mar Océano y Rojo quedasen en sus cargos, y Perdicas al lado del rey por general de sus armas. Creyeron algunos que Alejandro dejó en su testamento distribuidas así las provincias, pero tenémoslo por falso, aunque hay autores que lo refieren.

Hecha, pues, esta división, gozaban todos de la porción que se les había señalado, habiendo quedado en estado de poderse conservar muy bien entre aquellos pueblos, si fuese factible que se prescribiese a términos la desenfrenada ambición de los hombres, pues debajo del pretexto de servir a su señor se hallaban en posesión de grandes reinos, que gobernaban por sí, habiendo llegado desde la inferioridad de ministros a la superioridad de reyes, sin otro cuidado que el de reinar en paz, pues eran todos de una nación y tenían los Estados tan apartados unos de otros, que les faltaban enteramente las ocasiones para las menores discordias y disgustos, pero siendo infeliz propensión de nuestra humana naturaleza despreciar lo que se goza cuando se espera mejorar con el logro de lo que se apetece, mal podían vivir contentos con lo que la fortuna les había concedido, fuera de que creían les sería menos difícil aumentar los reinos de lo que les fue el adquirirlos.

Hacia siete días que estaba expuesto en el real solio el cuerpo del rey, sin que le hubiesen hecho las honras funerales, por no haberlo permitido el cuidado de los intereses públicos y el de dar providencia para el gobierno del Imperio. Pero aunque no hay tierras donde sean más excesivos los calores que en Mesopotamia, a cuyo rigor mueren muchos animales si los sufren en campo raso, ni en donde sea tan ardiente el sol, el cual abrasa como el mismo fuego, dando lugar esto a padecer suma esterilidad de agua y a reservar para sí los naturales la corta porción que hay de ella, ocultándola de los extranjeros; reconociendo el cuerpo, le hallaron, no sólo entero y sin el menor indicio de corrupción, sino conservando en el rostro el mismo vigor que mantiene cualquier viviente. Por lo cual los egipcios y caldeos, a cuyo cuidado estaba embalsamarlo a su estilo, se hallaron remisos en ejecutarlo, creyendo que aún alentaba, hasta que por último, después de haberle hecho oración y pedirle permitiese que llegasen a él mortales manos, lavado el cuerpo, le embalsamaron y le pusieron en un trono de oro, lleno de perfumes, con la diadema en la cabeza y todas las demás insignias del imperio.

Creyeron muchos que fue muerto con veneno que Yolas, hijo de Antípatro, su copero mayor, le dio por orden de su padre. Lo cierto es que en muchas ocasiones se dejó decir Alejandro que Antípatro aspiraba a la corona, que era más poderoso de lo que era lícito a un gobernador, y que orgulloso con la victoria de Esparta pretendía haber alcanzado por sí lo que no lograba sino por la benignidad de su señor.

También se persuadieron algunos que llevaba orden para matarle Crátero cuando le despachó

Alejandro con los soldados viejos. Afirman todos que el veneno que se engendra en Macedonia es el más eficaz y violento, que consume al mismo hierro, y que no se puede llevar sino en la uña de algún mulo. Llamam Styx a la fuente donde corre tan mortal licor, el cual aseguran que le llevó Casandro y dio a su hermano Yolas, y que éste lo introdujo en la copa en que bebió Alejandro la última vez. Pero diéranle o no el veneno, lo cierto es que la autoridad y el poder de los acusados suprimió bien aprisa esta voz, porque habiéndose apoderado Antípatro de Macedonia y de la Grecia, y sucediendole sus hijos, exterminaron toda la estirpe de Alejandro sin perdonar a los más remotos parientes. Ptolomeo, a quien en el repartimiento le consignaron a Egipto, mandó llevar el cuerpo a Menfis, y desde allí después de algunos años a Alejandría, donde se le hicieron cuantos honores eran debidos a su nombre y a su memoria.

ÍNDICE GENERAL

LIBRO III.

- 1 Apodérase Alejandro de la ciudad y fortaleza de Celenas. Entra en la capital de Frigia, donde habiendo cortado el nudo gordiano, resuelve pasar en busca de Darío.....3
- 2 Pasa revista al ejército de los persas, y Caridemo, ateniense, es condenado a muerte, por haber dicho, aunque con orden de Darío, libremente su sentir.....4
- 3 Pompa de los reyes de Persia cuando salen a campaña. Descripción de las tropas de Alejandro.. .5
- 4 Apodérase Alejandro en muy buena coyuntura del paso de Cilicia, que había abandonado Arsames, capitán de Darío.....7
- 5 Sobrevino a Alejandro una enfermedad de cuidado por haberse bañado fuera de tiempo en el río Cidno.....8
- 6 Recupera su salud por medio de Filipo, docto y fiel médico, a quien todo el ejército da grandes gracias.....9
- 7 Viéndose Alejandro sano, resuelve acometer a Darío. Manda dar muerte a Sísenes por sospechar de él alguna conspiración, a que dio motivo su negligencia.....10
- 8 Consejo y resolución de Darío antes de la batalla. Consternación del ejército de los persas y presagio de su derrota.....11
- 9 Fuerzas y comparación de uno y otro ejército.....13
- 10 Discurso de Alejandro a sus soldados.....13
- 11 Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos, entregándose a la fuga el resto del ejército. Queda Alejandro señor del campo, en que hace una considerable presa.....14
- 12 Consuela con real generosidad a la madre y mujer de Darío y a las demás princesas en la pérdida del rey, a quien creían muerto.....16
- 13 Entrega el gobernador de Damasco a Parmenión los tesoros de Darío e infinita nobleza.....18

LIBRO IV.

- 1 Responde Alejandro con real magnanimidad a las orgullosas cartas de Darío. Da el reino de los sidonios a Abdalónimo, descendiente de reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazón. Muerte de Amintas, que había dejado el partido de Alejandro, a manos de los persas, y de muchos capitanes de Darío, en muchos lugares, a las de los macedones.....20
- 2 Pone Alejandro sitio a los tirios por no haberle querido admitir.....23
- 3 Hacén célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.....25
- 4 Apodérase por último Alejandro de Tiro, en quien hace considerable estrago su ejército.....27
- 5 Escribe Darío a Alejandro con más urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia. Presentan los griegos a Alejandro una corona de oro. Reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.....28
- 6 Mientras Darío se dispone para la guerra toma Alejandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente a Betis, su gobernador.....30
- 7 Pasa Alejandro a visitar el templo de Júpiter Ammón, a cuyo oráculo hace varias preguntas.....32
- 8 Fundación de Alejandría en Egipto y diversas expediciones de Alejandro.....34
- 9 Llega Darío a Arbela y bien a pesar suyo pasa Alejandro el Eufrates y el Tigris.....35

10 Amedrenta y turba a los soldados de Alejandro un eclipse de luna, pero él los asegura y esfuerza por medio de los adivinos de Egipto. Pone en fuga a los persas que asolaban y destruían por todas partes. Muere la mujer de Darío, prisionera, de la tristeza, y llora Alejandro su desgracia. Sospechas, sentimiento y votos de Darío.....	37
11 Pide Darío por tercera vez la paz sin fruto y niégasela también Alejandro, persuadiéndole a que se rinda o haga la guerra.....	39
12 Atemorízanse los macedones viendo en batalla el ejército de los persas; pero por último, llegando a ellos, toman alegres las armas.....	41
13 Opónese Alejandro al voto de Parmenión y de Poliperconte, que era de que se combatiese de noche; y después de haberse entregado por algún rato al reposo, anima a los suyos al combate..	43
14 Oración de Alejandro a los griegos y de Darío a los persas.....	45
15 Descripción de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela. Vencedor Alejandro, sigue a Darío vencido y roto.....	47
16 Vese Alejandro en peligro y líbrale de él su gran valor. Obtienen finalmente los macedones una cumplida victoria y obligan al resto de los persas a que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.....	50

LIBRO V.

1 Habiendo entrado Darío en Media, se apodera Alejandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situación y viciosas costumbres de sus habitantes se describen.....	52
2 Propone premios a los soldados para obligarlos a huir de la ociosidad. Recibe la ciudad de Susa con los tesoros del rey de Persia y consuela a Sisigambis.....	55
3 Después de haber vencido Alejandro la región de los uxios concede libertad a Medates, su gobernador, y a todos los rendidos y prisioneros, eximiéndolos de todo género de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero oblígale Ariobarzanes a que se retire.....	56
4 Muéstrale cierto prisionero un camino desconocido por medio del cual llegó a combate con los persas; en él deja roto su ejército y muerto a Ariobarzanes.....	58
5 Pasando Alejandro a Persépolis pone en libertad cuatro mil prisioneros griegos.....	60
6 Después de haber robado a Persépolis, ciudad rica, llega a la Persia y sujeta a los mardos.....	62
7 Hace Alejandro quemar el palacio de los reyes de Persia, a persuasión de Tais y de los cortesanos que seguían el ejército, y resuelve seguir a Darío.....	63
8 Discurso de Darío a los suyos exhortándolos a la batalla.....	64
9 Varios pareceres de los grandes. Alteración y tumulto, ocasionado de la traición que Nabarzanes y Beso habían tramado.....	65
10 Cruel determinación de Beso y de Nabarzanes sobre entregar a Darío o darle muerte. Tienenla oculta por extraños medios.....	67
11 Descubre Darío los intentos de los traidores. Rehúsa el socorro de los griegos que tenía presente, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.....	67
12 Apodérase Beso de Darío después de haberle engañado con unguidas lágrimas y cautelosas palabras; y habiéndole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro tan indigno de la majestad de su persona como si hubiese olvidado iba en él tan gran príncipe.....	68
13 Sabiendo Alejandro la infelicidad a que se hallaba reducido Darío, marcha contra el ejército de los persas; pero Beso y los demás parricidas, temiendo sus armas y la presencia del vencedor, dejan a Darío cargado de muchas heridas y se entregan a la fuga.....	70

LIBRO VI.

- 1 Descripción de la batalla entre lacedemonios y macedones. Vencedor Alejandro, concede la paz a los griegos, que se habían sublevado en su ausencia.....73
- 2 Invencible Alejandro en la guerra, se deja vencer en la ociosidad de las delicias. Corre voz en el ejército de que había recordado de aquel adormecimiento.....74
- 3 Discurso de Alejandro a sus soldados exhortándolos a concluir la guerra comenzada en Asia...75
- 4 Descripción de Ziobetis, admirable río. Ofrece Alejandro a Nabarzanes el perdón que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallándose cercano al mar Caspio admite a su gracia a los capitanes de Darío.....77
- 5 Habiendo recibido Alejandro a Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona a los griegos que habían socorrido a Darío, y después de haber vencido a los mardos condesciende con el ruego de la reina de las Amazonas.....78
- 6 Oféndense los macedones del modo de vivir de Alejandro, el cual, por evitar algún motín, se dispone a hacer la guerra contra Beso. Empiézala por una estratagema y sigue primero a Satibarzanes por haber dejado su partido. Echa de las montañas a los bárbaros y toma la ciudad de Artacacna.....80
- 7 Dimno descubre a Nicómaco la conspiración que se disponía contra Alejandro, por medio de Cebalino, su hermano, lo cual es causa de que Dimno se dé muerte por sus mismas manos.....82
- 8 Filotas, hijo de Parmenión, a quien se tenía por autor de esta conspiración o por gran parte de ella, es preso a instancia de los favorecidos de Alejandro y llevado a palacio cubierta la cabeza.....84
- 9 Discurso de Alejandro a sus soldados, en que se queja de la conspiración de Filotas, a quien habiéndole llevado delante de ellos se dispone a su defensa.....86
- 10 Defensa de Filotas, en la cual niega enteramente la acusación contra él.....88
- 11 La Junta, animada por cierto Bolón, se irrita contra Filotas, el cual poco después; por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiración y muere apedreado con todos los demás a quienes acusa.....90

LIBRO VII.

- 1 Manda Alejandro dar muerte a Lincestes, convencido del delito de majestad ofendida, y poco después, que se proceda contra Amintas y Simias, amigos de Filotas. Defienden su inocencia con gran valor y constancia.....94
- 2 Vuelven a la gracia del rey Amintas y sus hermanos. Envía Alejandro a la Media a Polidamante para que dé muerte a Parmenión, de que se originó algún motín, que se sosegó por último.....96
- 3 Sujeta Alejandro muchos pueblos y pasa en diez y seis días el Cáucaso con su ejército.....99
- 4 Procura Beso disponer un festín, en el cual se resuelve la guerra contra Alejandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobares. Llega en el ínterin Alejandro a Bactria, donde tiene noticia de la revolución de los griegos y de haber muerto a Satibarzanes en un reencuentro.....100
- 5 Pasa el ejército de Alejandro con extraña industria el río Oxo. Cogido Beso por medio de cierto ardíd y llevado a la presencia del rey, le manda entregar a Oxatres, hermano de Darío, para que le haga poner en cruz.....102
- 7 No bien convalecido Alejandro de la herida tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerra a los escitas. Declara Aristandro conforme al gusto del rey los presagios que descubre en las entrañas de las víctimas. Queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil infantes y trescientos caballos macedones, cuya rota disimula Alejandro astutamente.....107

- 8 Mientras se dispone el ejército para la guerra llegan embajadores de los escitas, los cuales hacen un admirable discurso a Alejandro sobre la paz.....109
- 9 Habiendo despedido el rey a los embajadores, pasa el Tanais, hace guerra a los escitas, y trata benignamente a los vencidos.....111
- 10 Valor invencible de los nobles sogdianos. Castigo de Beso. El ejército de Alejandro reforzado de nuevas tropas.....112
- 11 Obliga Alejandro a la fortaleza a que se rinda, en medio de ser por su situación sumamente fuerte y casi inexpugnable.....113

LIBRO VIII.

- 1 Habiendo sujetado Alejandro a los dahas y a los sogdianos, le ofrecen los escitas en matrimonio la hija de su rey. Mata por sí sólo a un león en cierta caza, y poco después da muerte a Clito en un festín por la gran libertad con que habló de él.....116
- 2 Arrepíentese Alejandro de haber muerto a Clito. Sus expediciones contra Sisimetres y los tráfugas bactrianos. Muerte de Filipo, mancebo ilustre y de crédito.....118
- 3 Manda Alejandro a la mujer de Espitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, a quien había muerto, que salga fuera del campo. Venga algunas provincias de los ultrajes y agravios de los gobernadores.....121
- 4 Vese en riesgo de perecer todo el ejército de Alejandro con el rigor del frío, caminando a Gazaba. Constancia del rey y su gran humanidad con los soldados sencillos. Su casamiento con Roxana.....122
- 5 Mientras ocupa sus pensamientos sólo en la expedición de la India, se ensoberbece por la malicia de los lisonjeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Júpiter, lo cual condena Calístenes en un discurso grave y juicioso.....123
- 6 Conspiración contra Alejandro, ocasionada de un agravio hecho a Hermolao. Descúbrese, y aunque Calístenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.....125
- 7 Hermolao hace una invectiva contra Alejandro y prueba que Calístenes es inocente.....127
- 8 Respuesta de Alejandro a la invectiva de Hermolao. Castigo de los conjurados y del inocente Calístenes.....128
- 9 Hermosa descripción del río Indo. Del Ganges. De Diardines. De la India. De sus habitantes. De sus reyes y de sus sabios.....130
- 10 Sujeta Alejandro con admirable felicidad diversos pueblos de la India, aunque no sin efusión de sangre.....132
- 11 Pone sitio Alejandro a Aorno , peña y fortaleza inaccesible, y tómala, habiéndola abandonado los de dentro.....134
- 12 Onfis, príncipe poderoso, abandonándose se rinde a Alejandro con su reino, pero consérvale en él. Presentes que se hacen ambos.....135
- 13 Hace Alejandro la guerra al rey Poro a persuasión de Onfis, cuyos principios son dudosos.....136
- 14 Combate sangriento y señalado entre los indios y los macedones. Gran valor de Poro, a quien Alejandro trata con real clemencia.....138

LIBRO IX.

- 1 Pasa Alejandro a la India después de haber vencido a Poro y reducido a su obediencia muchos pueblos y ciudades, cuyas costumbres y estilos se describen.....141
- 2 Hallándose Alejandro pronto a acometer a los gangaridas y prasios, exhorta con largo razonamiento a sus soldados a la perseverancia, reconociéndolos fatigados y que rehusaban

continuar la guerra.....	142
3 Responde Ceno por todos a Alejandro, y muere poco después de enfermedad.....	145
4 Habiendo reducido Alejandro a su obediencia a los sibos y a otros pueblos, entra en la región de los oxidracas y de los mallos. Pone en fuga a los bárbaros y sitia su ciudad, sin acordarse de la predicción de Demofonte, adivino.....	146
5 Queda herido en la ciudad de los sudracas, donde se arrojó de un brinco, y después de haber perdido algunos de sus mejores capitanes y tomándose la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto y desamparado de todo socorro.....	148
6 Pídenle sus amigos que mire por su salud y por la pública, pero respóndeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el mundo.....	150
7 Sosiégase la rebelión de los griegos en las tierras de los bactrianos. Da Alejandro un banquete a los embajadores de los indios. Sobreviene un disgusto entre Horratas y Dioxipo, y para en un duelo, en que riñeron con desiguales armas. Dase algunos días después Dioxipo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.....	152
8 Habiendo recibido Alejandro presentes de los embajadores indios, doma a los sabarcas, musicanos, prestos y otros pueblos. Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida con el beneficio de una hierba que vio en un sueño Alejandro.....	154
9 Desea Alejandro sumamente ver el Océano, y lógralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y pilotos.....	155
10 Vuelve del Océano a los términos de los arabitas, cedrosios y de los indios, donde pelea su ejército con el hambre y la peste, pero da providencia para su remedio. Dispone después, en imitación de Baco, cierto género de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astarpes, sátrapa.....	157

LIBRO X.

1 Quedan perdonados los delitos de Cleandro y de algunos capitanes, y castigados los de otros, aunque más ligeros. Intenta Alejandro pasar a la parte occidental de la Europa. Su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines sátrapa ilustre.....	160
2 Mientras discurre en sosegar las revoluciones de la Grecia y en licenciar algunos soldados a quienes había pagado y en que darse con otros, se levanta una sedición en el campo, la cual sosiega con un severo razonamiento.....	162
3 Desbarata los malos intentos de su ejército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guarda de su persona a los persas.....	164
4 Palabras de cierto soldado macedón aprisionado. Conspiración contra Alejandro, el cual muere de veneno.....	165
5 Lo que hizo y lo que dijo antes de su muerte. Sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Darío, que rendida al dolor murió poco después. Elogio de Alejandro.....	165
6 Consejo y parecer de los grandes sobre declarar sucesor Alejandro.....	167
7 Saludan por rey algunos a Arrideo, hijo de Filipo, a solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil.....	169
8 Opónense los principales capitanes a los artificios de Meleagro. Procura Arrideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algún medio de satisfacción entre unos y otros.....	170
9 Pierde Perdicas a Meleagro por cierta astucia que usó, y casi a trescientos hombres que le habían seguido.....	171
10 Divídese en muchas partes el imperio de Alejandro. Dase la mayor a Arrideo, y las provincias a los grandes del Estado. Llevan el cuerpo de Alejandro a Alejandría de Egipto.....	173

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*

- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicos*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles (3 tomos)*
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación (3 tomos)*
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*

- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*